



JAMES M. BARRIE

Peter Pan

Peter Pan en los jardines de Kensington

Peter Pan y Wendy



El personaje de Peter Pan se presentó por primera vez al público en la obra de teatro *Peter Pan: o el niño que no quiso crecer*, del escritor escocés James M. Barrie, que se estrenó en Londres en 1904. En 1911 Barrie transforma esta pieza dramática en cuento, *Peter Pan y Wendy*: nacía así un mito moderno y universal de la cultura popular, tan emblemático para algunos como el Don Juan, Otelo o Hamlet.

El germen de esta fantasía inolvidable se gestó en los paseos que Barrie daba por los jardines de Kensington junto con los hijos pequeños de un matrimonio amigo, a los que contaba historias de hadas. *Peter Pan en los jardines de Kensington* (1906) es el título del relato donde aparece por primera vez Peter Pan, y en él se nos revelan las costumbres de las hadas del jardín de Kensington y la historia de un bebé que dejó de ser un niño como los demás para jamás crecer y quedarse a vivir en el parque.

Peter Pan y Wendy (1911), como todo el mundo sabe, es la historia de tres niños ingleses que una noche, tras recibir la visita de un extraño ser que tiene poderes mágicos y se llama Peter Pan, salen volando con él hasta llegar al sorprendente país de donde procede: la isla de Nunca Jamás. Allí, acompañados por el hada Campanilla, vivirán divertidas y peligrosas aventuras entre indios, fieras y una banda de piratas capitaneada por un archivero llamado capitán Garfio. La presente edición reúne el relato *Peter Pan en los jardines de Kensington* (con ilustraciones a color y blanco y negro, de Arthur Rackham) y la historia completa *Peter Pan y Wendy* (con ilustraciones a color de Mabel L. Atwell y Flora White, y dibujos de F. D. Bedford).

Lectulandia

J. M. Barrie

Peter Pan (Edición ilustrada)

**Peter Pan en los jardines de Kensington - Peter Pan y
Wendy**

ePub r1.0

Titivillus 03.06.2019

Título original: *Peter Pan in Kensington Gardens - Peter Pan and Wendy*

J. M. Barrie, 1906

Peter Pan in Kensington Gardens, 1906

Peter Pan and Wendy, 1911

Traducción: Mauro Armiño

Ilustraciones: Arthur Rackham & Mabel Lucie Attwell & Flora White & F. D. Bedford

Ilustración de portada: Mabel Lucie Attwell

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

Presentación

Si hablamos de Peter Pan tendremos que hablar de Nunca Jamás, de Wendy y por qué se llama así, de los «Niños Perdidos», Garfio, Tigridia, Campanilla, un cocodrilo y sobre todo de un escocés nacido hace más de un siglo llamado James Matthew Barrie. Hablaremos también, aunque poco, de complejos psicológicos, del cine de Walt Disney, y de esa época dorada de la literatura infantil que fue la edad eduardiana. Y nos referiremos finalmente, a los Jardines de Kensington, el teatro y las hadas. Lo difícil es saber por dónde empezar a explorar el mapa de un mito como Peter Pan que, lleno de claves personales y leyendas muy británicas, se ha convertido en un clásico universal.

Hacia 1904, un periodista y autor dramático de cierto éxito propone al empresario teatral londinense con el que habitualmente trabaja poner en escena una obra, cuyo argumento un chiquillo de nuestros días resumiría más o menos así: se trata de un trío de niños ingleses que una noche, tras recibir la visita de otro chaval que tiene poderes mágicos y se llama Peter Pan, salen volando con él hasta llegar al país donde éste habita: la isla de Nunca Jamás. Allí les ocurrirán divertidas y, al mismo tiempo, peligrosas aventuras, entre indios, fieras y una banda de piratas capitaneada por un archivero llamado capitán Garfio. El empresario inglés al que Barrie presentó su obra la consideró costosa —más de cincuenta personajes—, difícil y arriesgada. No vio realizable su puesta en escena pero, eso sí, se la hizo llegar a un colega suyo en Estados Unidos que, enamorado del proyecto, se comprometió a hacerlo posible. *Peter Pan: o el niño que no quiso crecer*, pues tal es el nombre de la obra, se estrena en Londres en 1904 y alcanza poco después un éxito arrollador. Desde entonces no ha dejado de representarse hasta nuestros días. En 1911 esta pieza dramática es convertida por su autor, J. M. Barrie, en un cuento —que ahora tienes en tus manos—: *Peter Pan y Wendy*. En 1924 Hollywood realiza una magnífica adaptación de esta ficción infantil de Barrie al cine mudo, pero el cénit de su fama lo alcanza Peter Pan en 1954, cuando Walt Disney realiza su versión en dibujos animados. A partir de entonces ya

no es sólo un clásico de la literatura infantil, sino de la cultura popular, y como tal siguen basándose en él películas como *Hook* (Steven Spielberg), juguetes, calendarios, cómics como los de Max o Loisel y productos culturales e industriales de todo tipo.

James Matthew Barrie (1860-1937) acertó a concebir y poner a disposición del público su Peter Pan en un momento socio-cultural especialmente apropiado. En la Inglaterra, primero victoriana y luego eduardiana de fines del XIX y primeras décadas del XX, la fascinación por el mundo infantil hace que se acumulen en aquellos años los mejores clásicos que la literatura para niños ha dado. *Winnie the Pooh*, *Alicia en el País de las Maravillas*, *El viento en los sauces*, el *Pook* de Kipling, las ilustraciones de Rackham y Sheppard...; de hecho se sigue hablando de aquellos años como los de la «Edad de Oro» de la literatura infantil. E indudablemente Peter Pan reúne las más acabadas perfecciones que caracterizaron esa edad dorada: humor, fantasía, aventuras, ternura y una captación exquisita de los matices del comportamiento infantil que —no seamos demasiado ingenuos— más capaces son de emocionar a un adulto. Pero para su vigencia de ya casi un siglo no resultan explicación suficiente su indudable calidad literaria y la oportunidad de su aparición. Hay que concluir que Barrie alcanzó a plasmar en su Peter Pan aciertos fundamentales válidos para toda época. Para algunos en Peter Pan, al igual que ocurre con Don Juan, Otelo, o Hamlet, cristaliza un arquetipo básico de la psicología humana. Pero va siendo hora ya, en esta presentación, de echarle un vistazo a la isla de Nunca Jamás.

Como pasa con la mayoría de los mundos imaginarios, la localización de Nunca Jamás es bastante precisa, pero de difícil acceso para las expediciones de prestigiosas instituciones como la National Geographic Society, nuestro Instituto Geográfico y Catastral o los autores de las Guías Michelin o Guías del Trotamundos. Se puede llegar en sueños, y se sabe de buena tinta que está algo más allá de no-sé-cuál estrella a la derecha; pero sigue siendo la más certera forma de llegar allí la lectura del texto escrito por Barrie o esperar a que el propio Peter Pan entre por la ventana de la casa que uno habita. Lo que sí sabemos de cierto sobre Nunca Jamás es que es una isla de dimensiones bastante reducidas y que, básicamente, su población se compone de media docena de Niños Perdidos —o así—, una tribu no demasiado numerosa de pieles rojas, algunas fieras, la tripulación de un barco pirata, y unas cuantas sirenas hermosas, coquetas, sensuales y un poquitín arpías. Por supuesto viven también allí Peter Pan, el hada Campanilla y un cocodrilo, cada uno de los cuales forma por sí mismo categoría aparte. En todo caso, ronda la idea, o

esa impresión se tiene, de que la población de hecho de la isla no debe de ir más allá del centenar de personas. Y con ello basta y sobra para reflejar literariamente toda la nostalgia que un ser humano puede sentir respecto a sus recuerdos de niñez —o respecto a «cómo» debió de ser esa niñez si es que uno se vio privado de ella—. De lo que James Matthew Barrie nos cuenta sobre Nunca Jamás y lo que allí ocurre cabe suponer que ese diminuto país es un trasunto de las actividades propias de la infancia. Básicamente, allí se juega. A combatir con piratas, indios y fieras —las iconografías típicas de las aventuras infantiles—, pero también a las adivinanzas, a «las casitas», o a «papas y mamas» en el caso de Wendy. Pero todo ello con un alto grado de trascendencia. Por la lógica interna de Nunca Jamás, ya no se trata de puras ficciones. Son en gran medida realidades y por ello esos juegos tienen consecuencias, y el peligro es auténtico. Y junto a toda esta arquitectura infantil de alto rango, imbricados en ella, aparecen en Peter Pan sentimientos profundos de adulto, interpretables y turbadores, que le dan a esta fantasía infantil unas dimensiones simbólicas y un grosor psicológico capaz de hacer las delicias de cualquier aficionado o profesional de la psicología. Lo que Barrie ha conseguido en su *Peter Pan y Wendy* es invocar tan poderosamente los sentimientos propios de la infancia que, por empatía o por magia, los adultos que se asoman a ellos acaban empapados en nostalgias de niñez. Y ése es su primer y más ingenuo logro.

Una lectura menos inocente del texto permite observar algunas otras cuestiones. Por ejemplo, una lucha feroz entre los personajes femeninos para seducir a Peter Pan y arrastrarlo por caminos «menos infantiles»... Wendy, Campanilla, Tigridia y hasta las sirenas de la laguna, aspiran a que Peter Pan las quiera de forma distinta «a una mamá» y se muestran celosas y agresivas con cualquier otra fémina que pueda aparecer como rival. Realmente las desespera la cortedad de Peter, un galán ingenuo que no se da por aludido ante sus maniobras de seducción y que, perplejo, muestra su sorpresa ante un comportamiento femenino que se le escapa. Desde luego ellas juegan a cosas «más serias y adultas» que aquellas que preocupan a Peter y al resto de los niños. Pero el texto, muy rico en simbolismos, da pie a seguir leyendo entre líneas. Peter es distinto a los demás niños porque olvida enseguida las injusticias que con él se cometen. Eso es lo que impide que se convierta en adulto. No se desengaña. A la postre, mientras se rehuye la sensualidad propia de la madurez y se da a entender que el camino hacia la adultez pasa por la injusticia y la decepción, lo que se está produciendo es un cierto rechazo de la vida adulta y una sacralización de la infancia. Cuando a éstas y otras lecturas

posibles se une lo que sobre la vida del autor conocemos, y lo narrado en otras obras suyas como *Tommy and Grizel*, se acaba concluyendo que, tanto James Matthew Barrie, como su áter ego Peter Pan, se refugian en la niñez porque no les gusta la complejidad de la vida adulta.

La historia de Peter Pan fue reelaborada durante años por su autor, como si nunca estuviera dispuesto a dar la tarea por acabada para que nadie salvo él pudiera hacer suyo el personaje. Hasta 1928 no dejó fijada una versión definitiva de la obra de teatro. Pero no fue esta obra de teatro estrenada en 1904 la primera aparición literaria de Peter Pan. En forma de bebé de una semana de vida, medio pájaro, medio hada, aparece por primera vez en un capítulo de *The Little White Bird* (1902), una novela que narraba la amistad de un distinguido caballero con un niño. En alguno de esos capítulos se le explicaban al joven David las costumbres de las hadas de los Jardines de Kensington, y la historia del bebé que dejó de ser un niño como los demás para jamás crecer y quedarse a vivir en el parque. Estos capítulos fueron desgajados de la novela y publicados en 1906, excelentemente ilustrados por Arthur Rackham, como *Peter Pan in Kensington Gardens*, cuando ya Peter Pan había triunfado como obra de teatro. Su texto es precisamente el que se ofrece en este volumen acompañando al de *Peter Pan y Wendy*. Quizá no se alcanza en sus páginas la originalidad y riqueza logradas en la versión posterior y más extensa que es asunto fundamental de este libro, pero resulta básico para conocer la génesis del mito y, en todo caso, un buen cuento de hadas. Peter, en esta su primera aparición, tiene la apariencia de un bebé grande, amigo de los pájaros, y aceptado por las hadas. Este Peter Pan inicial da la impresión de que estaba destinado a ser, meramente, el duende del Parque de Kensington, teniendo su historia ecos de todas esas tradiciones célticas de bebés humanos raptados o adoptados por seres fantásticos, como hadas y mandrágoras. En todo caso, algo más próximo a un divertimento explicativo sobre la existencia de las hadas y sus costumbres que a la elaborada construcción expuesta años más tarde en el Peter Pan obra dramática, o en su cristalización literaria de *Peter Pan y Wendy*.

La peculiar vida del autor de esta fantasía infantil, James Matthew Barrie, nacido en Kirriemuir, una pequeña localidad de Escocia, su infancia, feliz por una parte, pero marcada por la tragedia de la pérdida de uno de sus hermanos y la profunda depresión en que sumió a su madre esa desgracia, por otra, así como su fracaso marital y la peculiar relación que establecía con los hijos pequeños de sus amigos, han servido para que los aficionados a la psicología disfruten de lo lindo buscándole cinco pies al gato a su *Peter Pan y Wendy*.

La tendencia ni es nueva, ni se aplica a él con exclusividad. Humphrey Carpenter en su *Secret Gardens: A study of the Golden Age of Children's Literature*, pasa revista a la obra de J. M. Barrie, Charles Kingsley, Carroll, George MacDonald, Louise May Alcott, Kenneth Grahame y A. A. Milne — lo cual es decir la «crème de la crème» de la literatura infantil más clásica— para concluir que todos ellos trabajaron bajo el influjo de una sexualidad con problemas personales... Bien, una tesis fascinante, y que estará proporcionando, sin duda, largas y agradables discusiones sobre el tema. Pero volviendo a Barrie y Peter Pan, poca importancia tiene el asunto previo para el lector interesado en el disfrute de su obra y no en sus vericuetos. En todo caso, lo morboso no sería esta espléndida y sugerente plasmación de una fantasía infantil, sino el deseo de un adulto de refugiarse en ella para no afrontar la vida real. Una vida real que en el caso de Barrie, al menos externamente, fue de triunfo. Buenas críticas como dramaturgo, fama y fortuna con su inmortal álgter ego Peter Pan, amistad con escritores como Bernard Shaw, Milne, H. G. Wells o Conan Doyle —¡cómo no con este último, ferviente admirador y creyente en el mundo de las hadas!— y, eso sí, también desgracias como la muerte de uno de sus hijos adoptivos, George, en 1915, combatiendo en la I Guerra Mundial, y sobre todo, la muerte de su hijo adoptivo favorito, Michael, ahogado con un amigo en una alberca, muy probablemente un suicidio. Cuando Barrie murió en 1937 fue enterrado en su localidad natal de Kirriemuir.

Y quedan algunas pequeñas cuestiones pendientes cuya solución no se alcanzará con la lectura de este libro. ¿De dónde sale el nombre de Wendy? Bien, es un invento del propio Barrie tomado de la extraña manera en que una niña de cuatro años amiga suya, Margaret Henly, pronunciaba la palabra «friendly» refiriéndose a Barrie. Siempre sonaba como *fwendy* o, finalmente, Wendy. ¿Y de dónde sale la niñera perra Nana?, pues de un gran perro san bernardo que Barrie poseía y que se llamaba Porthos. ¿Y cuándo surgió exactamente la idea de Nunca Jamás y los niños perdidos y el nombre de Peter Pan? Parece ser que todo ello se gestó básicamente durante los largos paseos que Barrie daba por Kensington Gardens con los hijos pequeños del matrimonio formado por Arthur y Sylvia Llewelyn Davies, a quienes contaba historias de hadas y a los que acabaría adoptando tras la muerte de sus padres. Por cierto, que el nombre de uno de estos chavales, Peter, sirvió tras uno de esos agradables paseos con charla en Kensington, como nombre para ese niño que no quiso crecer. También se dijo al iniciarse esta presentación que se hablaría de un cocodrilo... en fin, han pasado muchas páginas, y hay un

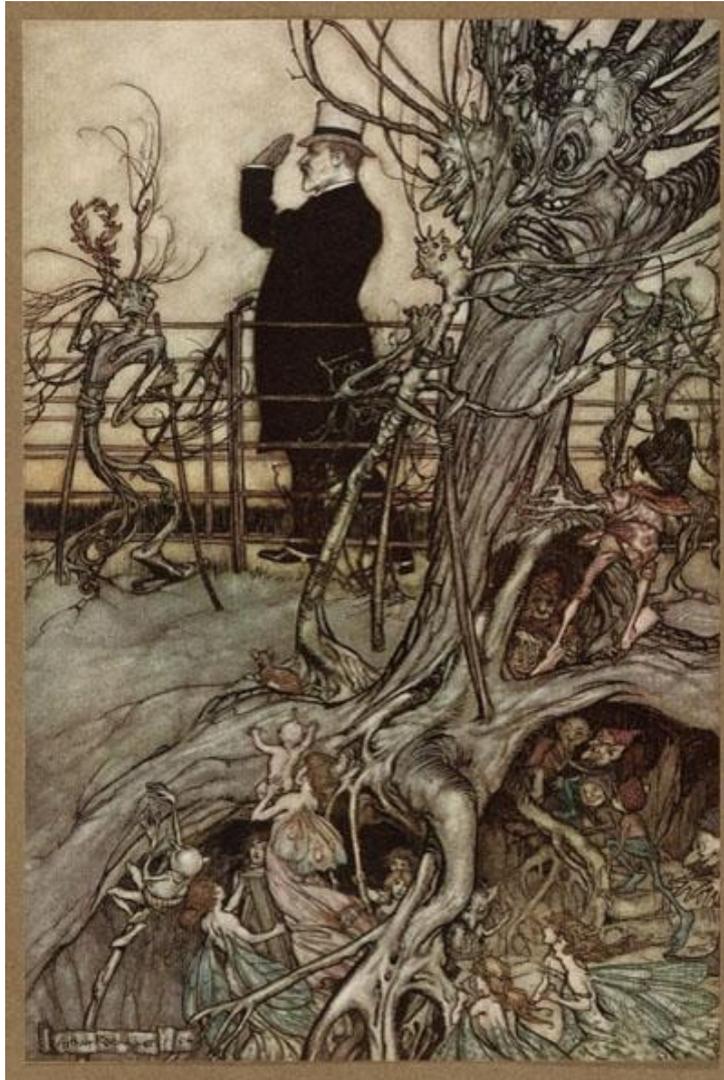
sonido de reloj que indica que ya se hizo tarde. Habrá que dejar eso para otra ocasión.

Alfredo Lara López

Peter Pan en los jardines de Kensington

Ilustraciones

Arthur Rackham



Los jardines de Kensington están en Londres,
donde vive el rey





Capítulo I

Una larga visita a los Jardines

Vosotros mismos no tardaréis mucho en daros cuenta de que será muy difícil seguir las aventuras de Peter Pan si no estáis familiarizados con los jardines de Kensington^[1]. Están en Londres, donde vive el rey, y yo solía llevar allí a David todos los días, a no ser que su semblante irradiase salud. Ningún niño ha conseguido nunca recorrer todos esos Jardines, porque la hora de volver a casa se echa encima muy pronto. La razón de que la hora de volver a casa se eche encima muy pronto es que, si eres tan pequeño como David, duermes de las doce a la una. Si tu madre no se empeñase tanto en que durmieras de las doce a la una, lo más probable es que pudieras ver los Jardines en su totalidad.



Los Jardines limitan por un lado con una infinita hilera de autobuses, sobre los que vuestras niñeras tienen tanta autoridad que si levanta el dedo a uno, se para en el acto. Y entonces la niñera cruza tranquilamente con vosotros a la otra acera.

Para entrar a los Jardines hay más de una puerta de entrada, pero para vosotros no hay más que una, y antes de entrar os quedáis charlando un rato con la señora de los globos que se sienta allí mismo. Se queda lo más cerca posible de la entrada porque, si por un momento se le olvidara agarrarse a las rejas, los globos la levantarían y se la llevarían volando. Se sienta en cuclillas, porque

los globos siempre están tirando de ella, y el esfuerzo hace que su cara esté siempre colorada. Hace mucho fue aprendiz, hasta que la antigua señora de los globos desapareció; y, aunque David lo lamentó mucho por la anciana, cuando ella desapareció, quedó encantado de estar allí para verlo.



La señora de los globos, que se sienta justo fuera

Los Jardines son un sitio enormemente grande, con millones y centenares de árboles; nada más entrar te encuentras con las Higueras, pero no conviene perder el tiempo con ellas porque las Higueras es un centro donde viven pequeños seres de alta clase que tienen prohibido mezclarse con el vulgo, y se llaman así, de acuerdo con la leyenda, porque se visten con higos. David y otros héroes dieron despectivamente el nombre de Higos a los niños

delicados, y para que estéis al tanto de los modales y costumbres de esa delicada zona de los Jardines os diré que al juego del críquet lo llaman «criquetetes». De vez en cuando algún higo rebelde escala la cerca que lo separa del mundo, tal como le ocurrió a la señorita Mabel Gray^[2], de la que os hablaré cuando llegemos a la puerta de Miss Mabel Gray. Fue la única Higuera que alcanzó realmente la celebridad.

Ahora nos encontramos en el Paseo Ancho^[3], que es mucho mayor que cualquiera de los demás paseos, tanto como vuestro padre es mucho más alto que vosotros. David se preguntaba si el paseo había empezado siendo pequeño y luego se puso a crecer y crecer hasta que se hizo totalmente mayor, y también si los otros paseos eran hijos suyos; llegó a hacer un dibujo, que le gustó mucho, del Paseo Ancho dando una vuelta para tomar el aire a un diminuto paseo en un cochecito. En el Paseo Ancho puedes encontrarte a todas las personas que merece la pena conocer; por regla general van acompañadas por personas mayores para evitar que se metan en la hierba húmeda, y las obligan a sentarse, muy disgustadas, en la esquina de un banco si han sido perros rabiosos o mariquitas. Ser mariquita es comportarse como una niña, llorar porque la niñera no quiere llevarte en brazos, o reírse tontamente con el dedo metido en la boca, que es una costumbre odiosa; en cambio, ser un perro rabioso es dar patadas a diestro y siniestro, y en esto sí se puede encontrar alguna satisfacción

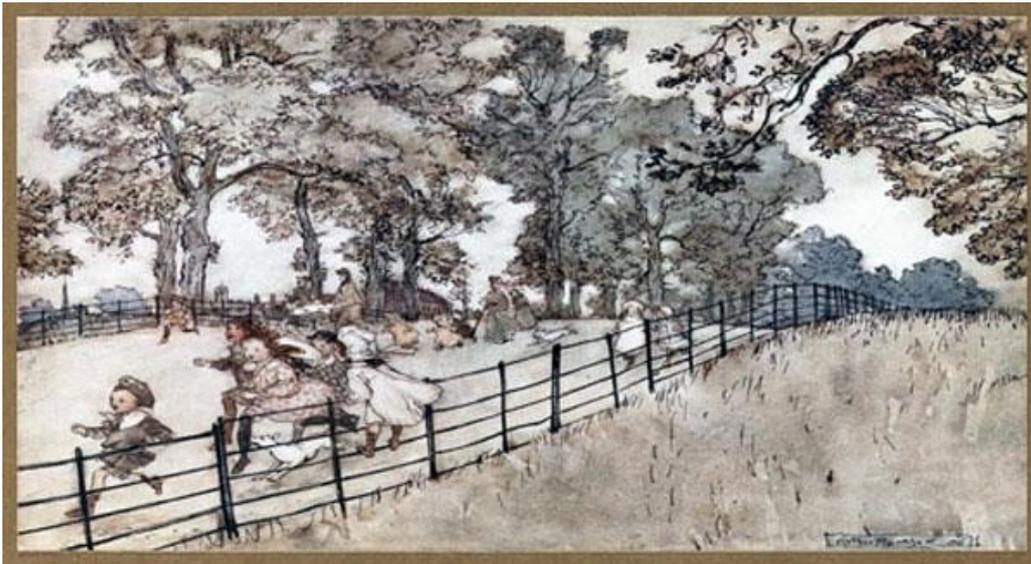


En el Paseo Ancho puedes encontrarte a todas las personas que merece la pena conocer

Si tuviera que indicaros todos los lugares notables por los que pasamos en el Paseo Ancho se nos echaría encima la hora de volver a casa antes de llegar a ellos, por eso me limitaré a señalar con mi bastón al árbol de Cecco Hewlett^[4], lugar memorable donde un niño llamado Cecco perdió su único penique y, buscándolo, encontró una moneda de dos peniques. Desde entonces ha habido un montón de excavaciones en aquel lugar. Siguiendo paseo adelante está la casita de madera en la que se escondió Marmaduke Perry. Nunca hubo en los Jardines una historia más terrible que la de Marmaduke Perry, que había sido mariquita tres días seguidos, y fue castigado a presentarse en el Paseo Ancho vestido con las ropas de su hermana. Se escondió en la casita de madera y se negó a salir hasta que le llevasen unos pantalones bombachos con bolsillos.

Ahora trataréis de ir hacia el Estanque Redondo, pero las niñeras lo odian, porque no son realmente valientes, y os obligan a mirar hacia otra parte, hacia el Gran Penique^[5] y el Palacio de la Niña^[6]. Esta era la niña más famosa de los Jardines, y vivía en el palacio completamente sola, con muchísimas muñecas; pero llamaba a su campanilla tanta gente que saltó de la cama, a pesar de que eran más de las seis, y con una vela encendida fue a abrir la puerta en camisión; entonces todos gritaron con gran alegría: «¡Viva la Reina de Inglaterra!». Lo que más desconcertaba a David era que supiera dónde estaban guardadas las cerillas. El Gran Penique es una estatua dedicada a ella.

Siguiendo con nuestro paseo llegamos al Montículo, que es la parte del Paseo Ancho donde se corren grandes carreras; y aunque no tengas intención de correr, corres cuando llegas al Montículo, porque es una especie de pendiente por la que te deslizas de maravilla. A menudo intentas detenerte cuando ya has hecho la mitad del camino, y entonces estás perdido; pero como muy cerca de allí hay otra casita de madera, llamada la Casa de los Perdidos, puedes decirle al hombre que hay en ella que te has perdido, y entonces él te encuentra. Es un juego muy divertido deslizarse cuesta abajo por el Montículo, aunque no puedes hacerlo los días de viento, porque esos días no te llevan a los Jardines; las hojas que caen lo hacen en vez de vosotros. No hay casi nada que tenga un sentido tan agudo de la diversión como una hoja muerta.



El Montículo, que es la parte del Paseo Ancho donde se corren grandes carreras

Desde el Montículo podemos ver la puerta que lleva el nombre de la señorita Mabel Gray, la Higuera de la que prometí hablaros. Siempre había dos niñeras con ella, o por lo menos una madre y una niñera, y durante mucho tiempo ella misma había sido una niña modelo que siempre se apartaba de la mesa para toser y preguntaba a las demás Higueras: «¿Qué tal estáis?»; el único juego que practicaba era lanzar con mucha gracia una pelota y dejar que la niñera se la devolviese. Pero un día se cansó de todo eso y quiso hacer de perro rabioso; empezó por demostrar que era de verdad un perro rabioso, se quitó los cordones de sus dos zapatos y sacó la lengua al Este, al Oeste, al Norte y al Sur. Arrojó luego su cinturón a un charco y bailó metida en él hasta que el agua sucia le salpicó todo el vestido; luego saltó la cerca y tuvo una serie de increíbles aventuras, la menor de las cuales consistió en tirar sus dos botitas. Por fin llegó a la verja que ahora se conoce con su nombre, y una vez fuera echó a correr por calles en las que ni David ni yo hemos estado nunca aunque hayamos oído hablar mucho de ellas; siguió corriendo, y nunca habríamos vuelto a oír hablar de ella si su madre no se hubiera subido a un autobús para poder alcanzarla. Os diré que todo esto ocurrió hace mucho tiempo, y que no es la Mabel Gray a la que David conoció más tarde.



No hay casi nada que tenga un sentido tan agudo de la diversión como una hoja muerta

Volviendo al Paseo Ancho, a la derecha tenemos el Paseo de los Niños, que está tan lleno de cochecitos que sólo puedes cruzar de un lado a otro pisando a los niños, aunque las niñeras no te lo permiten. Desde este paseo, un pasaje llamado Dedo del Pájaro Hortelano, porque ésa es su longitud, lleva a la Calle de la Merienda, donde hay auténticas cafeterías y donde las flores de los castaños caen dentro de las tazas mientras bebéis. También los niños corrientes meriendan aquí, y las flores caen dentro de sus tazas lo mismo.

Luego viene el Pozo de San Govor, que estaba lleno de agua cuando Malcolm el Atrevido se cayó dentro. Era el preferido de su madre, y le permitía echarle los brazos al cuello en público porque era viuda; pese a todo, intervino en muchas aventuras, y le gustaba jugar con un limpiachimeneas que había matado un montón de osos. El nombre del limpiachimeneas era Tiznado, y un día, cuando estaba jugando junto al pozo, Malcolm cayó dentro, y se habría ahogado de no ser por Tiznado, que se tiró al agua y lo rescató; el agua lavó completamente a Tiznado, y entonces fue reconocido como el padre perdido de Malcolm. Por eso Malcolm ya no permitió a su madre volverle a echar los brazos alrededor del cuello nunca más.

Entre el pozo y el Estanque Redondo se encuentran los campos de críquet, y a menudo la elección de campo lleva tanto tiempo que apenas se puede jugar un partido. Todos quieren tirar los primeros, y en cuanto uno mete la pelota otro pretende luchar, y mientras el segundo empieza a luchar con él los demás se marchan para jugar a otra cosa. Los Jardines son notables por dos clases de críquet: el críquet de los niños, que es un críquet auténtico con un bate, y el críquet de las niñas, que es con una raqueta y con la niñera. Las niñas no saben realmente jugar al críquet, y cuando te pones a mirar sus esfuerzos inútiles no puedes dejar de lanzarles gritos de burla. Sin embargo, un día se produjo un incidente muy desagradable cuando varias niñas descaradas desafiaron al equipo de David, y una perturbadora criatura llamada Ángela Clare hizo tantos *yorkers* que... Bueno, en vez de contaros el resultado de aquel lamentable partido pasaré deprisa al Estanque Redondo, que es la rueda que hace funcionar todos los Jardines.

Es redondo porque se encuentra en el centro mismo de los Jardines, y cuando llegas a él ya no quieres seguir adelante. Por mucho que lo intentes, no puedes estarte quieto mucho tiempo en el Estanque Redondo^[7]. Puedes estarte quieto en el Paseo Ancho todo el tiempo, pero en el Estanque Redondo no, y la razón es porque te olvidas de todo, y, cuando te acuerdas, estás tan mojado que ya no te importa seguir mojándote. Hay hombres que hacen navegar barquitos de vela en el Estanque Redondo, algunos tan grandes que hay que llevarlos en carretillas y, a veces en el cochecito del niño, y entonces el niño tiene que ir andando. En los Jardines, los niños patizambos son los que tuvieron que andar muy pronto porque su padre necesitaba el cochecito para el velero.

Siempre habéis querido tener un barquito velero para hacerlo navegar en el Estanque Redondo, y al final un tío os regala uno; y llevarlo al estanque la primera vez es algo estupendo, lo mismo que hablar sobre él a los niños que no tienen tío, pero pronto preferiréis dejarlo en casa. Porque la nave más fantástica que echa sus amarras en el Estanque Redondo es la que llaman barquito-bastón, pues se parece mucho a un bastón hasta que lo metes en el agua y lo sujetas con la cuerda. Luego, cuando vais tirando de ella alrededor del Estanque, podéis ver a unos hombrecitos corriendo por el muelle, y las velas se elevan mágicamente y se hinchan con la brisa; y en las noches de perros echáis el ancla en puertos acogedores que los veleros señoriales ignoran. La noche pasa como un relámpago, y de nuevo vuestra graciosa embarcación avanza llevada por el viento, las ballenas saltan, y os deslizáis sobre ciudades sepultadas, y os enfrentáis a los piratas, y echáis el ancla en

islas de coral. No eres más que un niño que está solo mientras ocurren todas estas cosas, porque dos niños juntos no pueden aventurarse muy lejos en el Estanque Redondo; y aunque puedes hablar contigo mismo durante el viaje, dando órdenes y ejecutándolas rápidamente, cuando llega la hora de volver a casa no sabes dónde has estado ni qué fue lo que hinchó vuestras velas; el tesoro encontrado quedará guardado bajo llave, por así decir, en vuestra bodega, que quizá otro niño abra muchos años después.

Pero los barquitos de vela no guardan nada en su bodega. ¿Hay alguien que vuelva a ese lugar favorito de su juventud en busca de los barquitos que solía hacer navegar? No. En cambio, los barquitos-bastón están cargados de recuerdos. Los barquitos veleros son juguetes, su dueño un marinero de agua dulce; sólo pueden atravesar una y otra vez el estanque, mientras el barquito-bastón navega por el mar. Vosotros, patrones de embarcación con vuestros bastones de mando, pensáis que todos os admiran, pero vuestros barquitos sólo son casualidades en este lugar, y si los patos las abordan y echan a pique todas, la vida del Estanque Redondo seguiría como siempre.

Los senderos van por todas partes lo mismo que los niños van al estanque. Algunos son senderos ordinarios, con una barandilla a cada lado, y fueron hechos por hombres sin chaqueta, pero otros son vagabundos, anchos en un punto, y en otro tan estrechos que se puede montar en ellos a horcajadas. Se llaman Senderos que se Hicieron Solos, y David siempre deseó poder verlos mientras se hacían. Pero hemos tenido que llegar a la conclusión de que, como todas las cosas más extraordinarias que ocurren en los Jardines, ésta se hace de noche, después de cerrarse las verjas. También hemos llegado a la conclusión de que los senderos se hacen solos porque es su única oportunidad de llegar al Estanque Redondo.



Uno de los Senderos que se Hicieron Solos

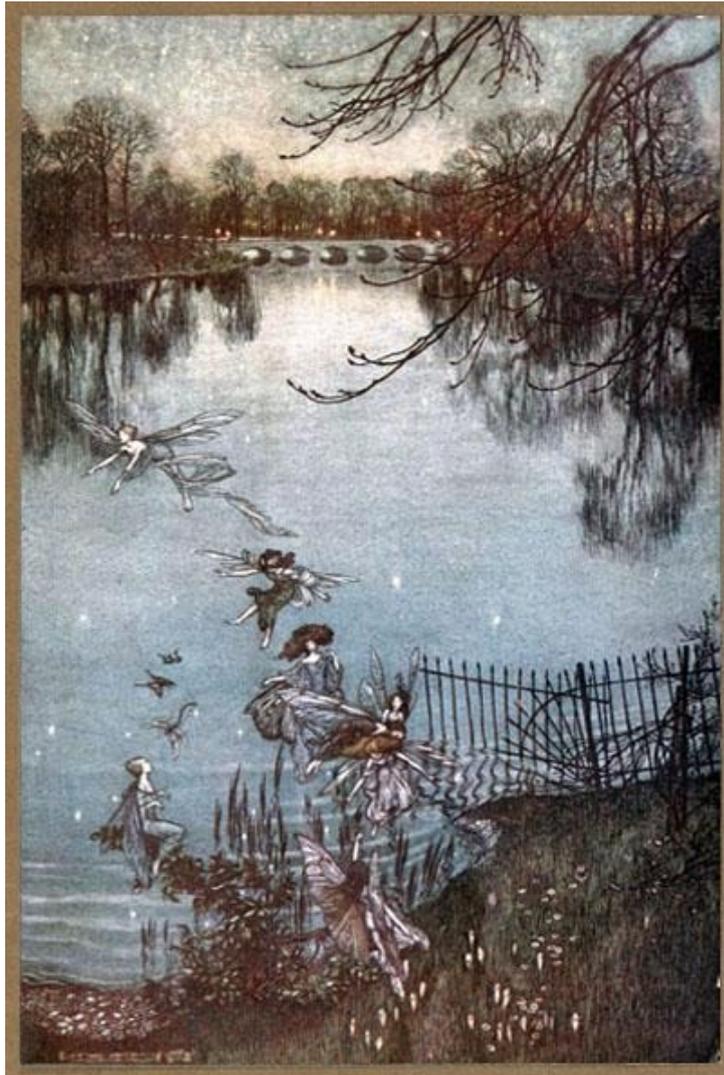
Uno de los senderos vagabundos viene del lugar donde se corta la lana a las ovejas. Me han contado que, cuando David dejó sus rizos en casa del peluquero, se despidió de ellos sin temblar, mientras que su madre nunca volvió a ser la radiante criatura de antes; por eso David desprecia a las ovejas que huyen de su esquilador, y las llama en tono burlón: «Cobardes, flanes temblones». Pero cuando el esquilador las sujeta entre sus piernas, David le amenaza con el puño por utilizar unas tijeras tan grandes. Otro momento emocionante es cuando el esquilador retira la lana sucia del lomo de la oveja: entonces se parecen de pronto a damas en los palcos de un teatro. Las ovejas se han asustado tanto por el esquileo que se han vuelto totalmente blancas y delgadas, y, en cuanto quedan en libertad, acto seguido empiezan a mordisquear con ansia la hierba, como si tuviesen miedo a no ser capaces de comer.

David se pregunta si ahora que son tan distintas llegan a reconocerse unas a otras, y si no se equivocan a la hora de luchar entre sí. Porque son grandes luchadoras, y tan distintas de las ovejas de campo que todos los años provocan un gran impacto en mi san bernardo,



Porthos^[8]. Puede llevar a pastar rápidamente a todo un rebaño de ovejas de campo con el solo anuncio de su presencia, pero las ovejas de ciudad se le acercan sin ninguna promesa de amistad amable, y entonces en la mente de Porthos aparece el recuerdo del año anterior. Como no puede escapar con dignidad, se detiene y mira a su alrededor como si estuviese perdido en la contemplación del paisaje, y al cabo de un momento empieza a pasear con delicada indiferencia y haciéndome un guiño con los ojos.

Muy cerca de aquí empieza la Serpentina. Es un lago precioso, y en su fondo hay una selva sumergida. Si miráis más allá de las orillas podréis ver que los árboles crecen hacia abajo, y dicen que de noche también hay estrellas ahogadas en él. De ser así, Peter Pan^[9] puede verlas cuando navega por el lago en el Nido del Tordo.



La Serpentina es un lago precioso, y en su fondo hay una selva sumergida. Si miráis más allá de las orillas podréis ver que los árboles crecen hacia abajo, y dicen que de noche también hay estrellas ahogadas en él

En los Jardines sólo hay un trocito de la Serpentina, porque enseguida pasa por debajo de un puente para irse lejos, hasta la isla en la que han nacido todos los pájaros que se convertirán en niños y en niñas. Ningún ser humano, excepto Peter Pan (que es humano sólo a medias), puede desembarcar en la isla, pero podéis escribir vuestros deseos (niño o niña, moreno o rubio) en un trozo de papel y luego, doblándolo como si fuera una barquita, lanzarlo al agua; y por la noche llegará a la isla de Peter Pan.



La isla en la que han nacido todos los pájaros que se convierten en niños y en niñas

Ahora ya estamos en el camino de vuelta a casa, aunque, como es lógico, poder ir a tantos lugares en un solo día, sólo es una pretensión. Hace mucho que habría tenido que coger a David en brazos, y descansar en todos los bancos, como el viejo señor Salford. Le llamaban así porque siempre estaba hablando de un bonito lugar llamado Salford donde había nacido. Era un viejo caballero cascarrabias que se pasaba todo el día en los Jardines de banco en banco, tratando de coincidir en alguno con alguien que conociese la ciudad de Salford; y cuando ya hacía un año o más que lo conocíamos, encontramos a otro anciano solitario que una vez había estado de sábado a lunes en Salford. Era sumiso y tímido, y llevaba escritas sus señas dentro del sombrero, y fuera cual fuese la parte de Londres a la que se dirigía, siempre arrancaba de la abadía de Westminster como punto de partida. Lo llevamos triunfalmente junto a nuestro otro amigo, con la historia de aquel espacio de tiempo, de sábado a lunes, y nunca olvidaré la alegre mirada con que el señor Salford saltó sobre él. Desde entonces fueron grandes amigos, y me he fijado en que el señor Salford, que naturalmente dirige la conversación, mantiene apretado entre sus manos el abrigo del otro viejo.



El anciano señor Saldford era un cascarrabias que se pasaba todo el día en los Jardines

Los dos últimos lugares que debéis visitar antes de llegar a nuestra verja son el Cementerio de los Perros y el nido del pinzón, pero olvidémonos de saber qué es el Cementerio de los perros, porque Porthos nos acompaña. El nido es muy triste. Es totalmente blanco, y la forma en que lo encontramos fue maravillosa. Estábamos buscando la última pelota de lana perdida por David entre los arbustos y, en vez de la pelota, encontramos un precioso nido hecho con aquella lana, con cuatro huevos, con unos garabatos encima que se parecían a la caligrafía de David, por lo que supusimos que debían de ser cartas de amor de la madre a sus crías que estaban dentro. Siempre que íbamos a los Jardines hacíamos una visita al nido, teniendo cuidado de que ningún niño cruel pudiera vernos, y le echábamos migas; y cuando el pájaro supo que éramos amigos, se sentó en su nido mirándonos cariñosamente con la espalda encorvada. Pero un día, cuando llegamos, sólo había dos huevos en el nido, y a la vez siguiente ya no había ninguno. Lo más triste fue que el

pobre pinzón revoloteaba alrededor de los matorrales, mirándonos con reproche: comprendimos que creía que habíamos sido nosotros; y David trató de explicárselo, pero hacía tanto tiempo que no hablaba el lenguaje de los pájaros que mucho me temo que el pinzón no le entendiese. Ese día, él y yo abandonamos los Jardines restregándonos las lágrimas de los ojos.





Capítulo 2

Peter Pan

Si le preguntáis a vuestra madre si alguna vez oyó hablar de Peter Pan cuando era niña, os dirá: «Pues claro, por supuesto que sí, cariño»; y si le preguntáis si en aquellos tiempos iba montado en una cabra, os dirá: «¡Qué pregunta más tonta! ¡Pues claro que sí!». Y si le preguntáis a vuestra abuela si alguna vez oyó hablar de Peter Pan cuando era niña, también os dirá: «Pues claro, por supuesto que sí, cariño», pero si le preguntáis si en aquellos tiempos iba montado en una cabra, os dirá que nunca oyó decir que Peter Pan tuviese una cabra. Quizá se le haya olvidado, como algunas veces olvida vuestro nombre y os llama Mildred, que es el nombre de vuestra madre. Sin embargo, difícilmente podía olvidar algo tan importante como una cabra. Por lo tanto, cuando vuestra abuela era una niña no había cabra. Lo cual demuestra que empezar por la cabra para contar la historia de Peter Pan (como hacen casi todos) es tan tonto como ponerse la chaqueta antes que el chaleco.

Naturalmente, esto también demuestra que Peter existe hace mucho, aunque realmente siempre tenga la misma edad, cosa que en última instancia tampoco importa mucho. Su edad es de una semana, y aunque nació hace mucho nunca ha tenido día de cumpleaños ni hay la menor posibilidad de que lo tenga. Y la razón es que se libró de ser humano cuando tenía siete días; escapó por la ventana y regresó volando a los jardines de Kensington.

Si creéis que es el único niño que siempre tuvo deseos de escaparse, eso demuestra que habéis olvidado por completo vuestra propia niñez.

Cuando David oyó este cuento por primera vez estaba totalmente seguro de que él nunca había intentado escapar; pero le pedí que volviese a pensar intensamente, apretándose las sienes con las manos, y cuando lo hizo intensamente, e incluso muy intensamente, recordó con toda claridad un deseo infantil de volver a las copas de los árboles; y junto con ese recuerdo, volvieron otros, como el del día en que, tumbado en la cama, planeaba escaparse en cuanto su madre se durmiera, y cómo su madre lo atrapó cuando ya había recorrido media chimenea.

Todos los niños podrían recordar cosas parecidas si se apretasen intensamente las sienes con las manos, porque, como fueron pájaros antes de ser seres humanos, por temperamento son algo indómitos durante las primeras semanas, y sienten un gran hormigueo en los hombros, donde solían estar las alas. Es lo que David me dijo.

Debo mencionar aquí la forma en que vamos a exponer una historia: primero yo se la cuento a él, y luego él me la cuenta a mí; y esta versión es una historia totalmente distinta; luego, yo se la vuelvo a contar con las cosas que él ha añadido, y así sucesivamente hasta que ninguno pueda reconocer si la historia es de uno o de otro. En esta historia de Peter Pan, por ejemplo, el esquema narrativo y la mayoría de las reflexiones morales me pertenecen, aunque no todas, ya que este chico puede llegar a ser un severo moralista; pero los detalles interesantes sobre modales y costumbres de los niños durante su etapa infantil son, sobre todo, recuerdos de David, traídos a la memoria mediante el sistema de apretar las manos contra las sienes y pensar intensamente.

Pues bien, Peter Pan salió por la ventana, que no tenía barrotes. Sentado en la cornisa, podía ver a lo lejos unos árboles, que sin duda eran los jardines de Kensington; y cuando los vio se olvidó por completo de que en ese momento era un niño en camisón, y salió volando directamente por encima de las casas a los Jardines. Es maravilloso que pudiese volar sin alas, pero en su lugar sintió un tremendo hormigueo y... quizá todos podríamos volar si estuviésemos completamente convencidos de nuestra capacidad de hacerlo como lo estaba el intrépido Peter Pan aquella tarde.



Salió volando directamente por encima de las casas a los Jardines.

Descendió alegremente en pleno césped, entre el Palacio de la Niña y la Serpentina, y lo primero que hizo fue tumbarse de espaldas y patalear en el aire. Había olvidado por completo que una vez había sido humano, y se creía un pájaro, incluso en lo físico, como en sus primeros días; y cuando intentó atrapar una mosca no pudo entender por qué se le había escapado, y era porque intentó atraparla con la mano cuando, naturalmente, un pájaro nunca hace eso. Vio, sin embargo, que debía de ser la Hora de Cerrar, porque había por allí gran cantidad de hadas, demasiado interesadas en observarle; estaban preparando el desayuno, ordeñando sus vacas, sacando agua, etcétera, y al ver los cubos de agua sintió sed, por lo que voló al Estanque Redondo para beber. Se detuvo y metió el pico en el estanque; pensó que era su pico, pero, naturalmente, sólo era su nariz, y por eso sólo pudo beber muy poca agua, y no tan fresca como de costumbre; luego intentó hacerlo en un charco, pero se cayó dentro.

Cuando un pájaro de verdad cae dentro del agua, extiende las alas y las agita para secarlas, pero Peter no conseguía recordar qué es lo que tenía que hacer y decidió de bastante mal humor irse a dormir al sauce llorón del Paseo de los Niños.

Al principio le resultó algo difícil mantenerse en equilibrio encima de una rama, pero luego recordó la manera de hacerlo y se quedó dormido. Despertó antes del amanecer, tiritando y diciéndose a sí mismo: «Nunca he pasado una noche tan fría»; en realidad había pasado noches más frías cuando era pájaro, pero, lógicamente, como todo el mundo sabe, lo que a un pájaro le parece una noche templada para un niño en camisón es una noche fría. Peter también se sintió extrañamente incómodo, como si le pesase la cabeza; oyó unos ruidos muy grandes que de repente le hicieron mirar a su alrededor: se trataba de sus propios estornudos. Había algo que deseaba ardientemente, pero, aunque sabía qué era lo que deseaba, no acertaba con ello. Lo que deseaba tanto era que su madre le limpiase las narices, pero no dio con ello, por lo que decidió ir en busca de las hadas para que le ayudasen. Tenían fama de saber un montón de cosas.

Había dos que paseaban, cogidas por la cintura, por el Paseo de los Niños, y dando brincos se dirigió hacia ellas. Las hadas tienen sus peleas con los pájaros, aunque en general responden educadamente cuando la pregunta es amable; él se enfadó mucho cuando aquellas dos echaron a correr nada más verle.



Las hadas tienen sus peleas con los pájaros



Se enfadó mucho cuando aquellas dos
echaron a correr nada más verle

Otra estaba apoltronada en una silla de jardín, leyendo un sello de correos que había dejado caer algún ser humano, y cuando oyó la voz de Peter se escondió alarmada detrás de un tulipán.



Cuando oyó la voz de Peter, se escondió asustada detrás de un tulipán

Para gran asombro de Peter, descubrió que todas las hadas que encontraba huían de él. Un grupo de obreros que estaban serrando una seta, salieron corriendo, abandonando sus herramientas. Una lechera dio la vuelta a su cubo y se escondió debajo. No tardaron los Jardines en convertirse en un tumulto. Multitudes de hadas corrían de acá para allá, preguntándose unas a otras si tenían miedo; se apagaron las luces, en las puertas pusieron barricadas, y desde los terrenos del palacio de la reina Mab^[10] llegaba un redoble de tambores, indicando que la guardia real había sido alertada. Un regimiento de Lanceros se acercaba a paso de carga por el Paseo Ancho, armados con hojas de acebo, con las que, al pasar, pinchaban al enemigo de una forma horrible. Peter oyó a toda aquella gente menuda gritando por todas partes que había un

ser humano en los Jardines después de la Hora de Cerrar, pero en ningún momento se le ocurrió pensar que el humano era él. Se sentía cada vez más impresionado y con mayores deseos de saber lo que quería hacer con su nariz, pero perseguía inútilmente a todo el mundo haciéndoles esa pregunta vital; las tímidas criaturas huían de él, e incluso los Lanceros, cuando se acercó a ellos en el Montículo, torcieron rápidamente por un paseo lateral, con el pretexto de que lo habían visto por allí.



Un grupo de obreros que estaban serrando una seta, salieron corriendo, abandonando sus herramientas.

Desesperando de las Hadas, decidió consultar a los pájaros, pero entonces recordó, como algo muy extraño, que todos los pájaros del sauce llorón habían echado a volar cuando él se había sentado allí, y, aunque entonces no le había preocupado, ahora comprendió lo que significaba. Todos los seres vivos le rehuían. ¡Pobre Peter Pan! Se sentó y se echó a llorar, pero ni siquiera entonces se dio cuenta de que, para ser pájaro, se había sentado por su peor parte. Fue una suerte que no se diese cuenta, porque en caso contrario habría perdido la fe en su poder de volar; y es que, en el momento en que dudáis de que podéis volar, perdéis para siempre la capacidad de hacerlo. Esa es la razón de que los pájaros vuelen, y si nosotros no podemos es simplemente porque ellos tienen una fe total, porque tener fe es como tener alas.

Ahora bien, si no es volando, nadie puede alcanzar la isla en la Serpentina, porque las barcas de los seres humanos tienen prohibida la

entrada, y hay estacas clavadas en el agua rodeando la isla, y en cada una de ellas un pájaro centinela que vigila día y noche. Peter volaba ahora hacia la isla para exponer su extraño caso ante el viejo Salomón Graznido, y aterrizó en ella suspirando, muy animado por estar de nuevo en casa, como los pájaros llaman a la isla. Todos estaban durmiendo, incluidos los centinelas, salvo Salomón, que estaba totalmente despierto en un lado, y que oyó en silencio las aventuras de Peter y luego le dijo lo que de verdad significaban.



Expone su extraño caso al viejo Salomón
Graznido

—Mira tu camisón, si no me crees —dijo Salomón.

Y Peter miró fijamente su camisón, y luego a los pájaros dormidos. Ninguno de ellos llevaba nada.

—¿Cuántos pulgares tienes en los pies? —dijo Salomón con cierta

crueldad.

Y Peter, consternado, vio que ninguno de los dedos de sus pies eran pulgares. Su sorpresa fue tan grande que desapareció el frío que sentía.

—Agita tus plumas —le dijo aquel viejo y desagradable Salomón.

Y Peter trató desesperadamente de agitar sus plumas, pero no tenía ninguna. Luego se levantó temblando, y, por primera vez desde que se subiera a la cornisa, se acordó de una señora que le había querido mucho.

—Creo que debo volver con mi madre —dijo tímidamente.

—Adiós —contestó Salomón Graznido con una mirada curiosa.

Pero Peter dudaba.

—¿Por qué no te vas? —le preguntó cortésmente el viejo.

—Espero... —dijo Peter con voz ronca—, espero ser capaz todavía de volar.

Como veis, había perdido la fe.

—¡Pobre pequeño mitad y mitad! —dijo Salomón, que en el fondo no tenía un corazón duro—. Nunca volverás a volar, ni siquiera los días de viento. Tendrás que vivir aquí, en la isla, para siempre.

—¿Y nunca podré ir a los jardines de Kensington? —preguntó Peter en tono trágico.

—¿Cómo vas a cruzar? —dijo Salomón.

Sin embargo, muy amablemente prometió Peter enseñarle muchos trucos de los pájaros, a pesar de la extraña figura que tenía.

—Entonces, ¿no seré exactamente un ser humano? —preguntó Peter.

—No.

—¿Ni tampoco un pájaro?

—No.

—¿Qué seré?

—Serás Ni Lo Uno Ni Lo Otro —dijo Salomón.

Y desde luego era un viejo muy sabio, porque eso fue exactamente lo que pasó.

Los pájaros de la isla nunca se acostumbraron a él. Sus rarezas les fastidiaban todos los días, como si fuesen algo nuevo, pero eran los pájaros los nuevos. Cada día, nada más salir del huevo, ya se reían de él; luego, se convertían en seres humanos, y otros pájaros salían de otros huevos; y así sucesivamente. Cuando las astutas mamás pájaro se cansaban de estar incubando los huevos, solían hacer que los pajarillos jóvenes rompieran el cascarón un día antes del tiempo debido, susurrándoles que así tenían la posibilidad de ver a Peter lavándose, bebiendo o comiendo. Todos los días se

congregaban a millares a su alrededor para verle hacer esas cosas, lo mismo que vosotros vais a ver los pavos reales, y gritaban entusiasmados cuando Peter cogía con las manos las cortezas que le tiraban en vez de hacerlo de la manera habitual, es decir, con la boca. Todo este alimento se lo llevaban los pájaros de los Jardines por orden de Salomón. No quería comer gusanos ni insectos (a ellos les parecía una bobada de parte de Peter), de ahí que le llevasen pan en sus picos. Por eso, cuando gritáis «¡Glotón! ¡Glotón!» a un pájaro que vuela con una corteza grande, habéis de saber que no deberíais hacerlo, porque es muy probable que se la lleve a Peter Pan.



Los pájaros de la isla nunca se acostumbraron a él. Sus rarezas les fastidiaban todos los días.

Ahora Peter ya no utilizaba camisón. Los pájaros siempre estaban pidiéndole trocitos de tela para rellenar sus nidos, y, como era bueno, no podía negarse, aunque por consejo de Salomón había escondido lo que le quedaba de esa prenda. Pero, aunque ahora iba completamente desnudo, no vayáis a pensar que tenía frío o se sentía desgraciado. Siempre estaba muy contento y alegre, y era porque Salomón había cumplido su promesa y le

había enseñado muchos de los trucos de los pájaros. Le había enseñado, por ejemplo, a estar satisfecho con muy poco, a estar haciendo siempre algo, y a pensar que lo que estaba haciendo era una cosa de la mayor importancia. Peter demostró mucha inteligencia ayudando a los pájaros a construir sus nidos; no le costó mucho aprender a hacerlo mejor que una paloma torcaz y casi tan bien como un mirlo, aunque nunca pudo dejar satisfechos a los pinzones; y también hacía unos preciosos y pequeños abrevaderos cerca de los nidos, y buscaba gusanos con los dedos para las crías. También consiguió ser un experto en la ciencia de los pájaros y sabía distinguir un viento del Este de un viento del Oeste por el olor, y consiguió ver crecer la hierba y oír a los insectos caminando dentro de los troncos de los árboles. Pero lo mejor que Salomón le enseñó fue a tener el corazón alegre. Todos los pájaros tienen el corazón alegre, salvo que les robéis sus nidos, y por eso, como ésa era la única clase de corazones que Salomón conocía, le resultó muy fácil enseñar a Peter a tener uno igual.

El corazón de Peter estaba tan feliz que se creía obligado a cantar todo el día, lo mismo que los pájaros cantan de alegría; pero como en parte era humano, necesitaba un instrumento; por eso se hizo una flauta de junco, y solía sentarse por la noche a la orilla de la isla para ensayar el silbido del viento y el murmullo del agua, y, recogiendo puñados de luz de luna, los ponía en su flauta y los tocaba tan bien que hasta los pájaros se equivocaban y se decían unos a otros: «¿Era un pez dando brincos en el agua, o Peter imitando el brinco de un pez con su flauta?». Y algunas veces interpretaba el nacimiento de los pájaros, y las mamás daban vueltas alrededor de sus nidos para ver si habían puesto un huevo. Si eres un niño de los Jardines, conocerás el castaño que está cerca del puente, que es el primero que florece de todos los castaños; pero quizá nadie os haya dicho por qué ese árbol es el primero en florecer. Es porque Peter se harta de esperar que llegue el verano e interpreta su llegada; el castaño, que está muy cerca, lo oye y cae en la trampa.

Pero cuando Peter se sienta en la orilla tocando deliciosamente su flauta, a veces se le ocurren pensamientos tristes, y entonces también la música se vuelve triste; y el motivo de toda esta tristeza es que ya no puede llegar a los Jardines, aunque pueda verlos a través del arco del puente. Sabía que nunca volvería a ser una criatura humana real, cosa que apenas deseaba, pero ¡cuánto echaba de menos poder jugar con los demás niños! Y, por supuesto, ¡para jugar no hay sitio más bonito que los Jardines! Los pájaros le llevaban

noticias de cómo jugaban los niños y las niñas, y unas lágrimas nostálgicas asomaban a los ojos de Peter.

Acaso os preguntéis por qué no cruzaba a nado. La razón es que no sabía nadar. Deseaba aprender a nadar, pero en la isla nadie sabía, salvo los patos, y eran tan estúpidos... Estaban empeñados en enseñarle, pero sólo sabían decir: «Te echas al agua así, y luego mueves las patas así». Peter lo intentó varias veces, pero antes de empezar a mover los pies se hundía. Lo que en realidad necesitaba saber Peter era cómo mantenerse en el agua sin hundirse, y ellos le decían que era totalmente imposible explicar una cosa tan sencilla como ésa. De vez en cuando llegaban cisnes a la isla, y Peter quería darles toda su comida del día primero y preguntarles luego la forma de mantenerse en el agua, pero en cuanto se quedaba sin comida que darles aquellos seres odiosos se reían de él y se iban.

En una ocasión creyó realmente que había descubierto una forma de llegar a los Jardines. Una maravillosa cosa blanca, como un periódico fugitivo, flotaba sobre la isla y luego cayó bamboleándose como un pájaro al que se le ha roto un ala. Peter sintió tanto miedo que se escondió, pero los pájaros le dijeron que se trataba simplemente de una cometa, en qué consiste una cometa, y que la cuerda debía de habersele escapado de las manos a un niño y se le había volado lejos. Luego se echaron a reír al ver lo entusiasmado que estaba Peter con la cometa; la quería tanto que se durmió con ella en la mano, y a mí esto me parece algo conmovedor y precioso, por la sencilla razón de que la quería porque había pertenecido a un niño de verdad.

Los pájaros no daban mucha importancia a esa razón, pero los más viejos le estaban muy agradecidos a Peter porque, para ese momento, ya había cuidado de muchos de sus polluelos durante la época del sarampión alemán, y se ofrecieron a enseñarle la manera que tenían los pájaros de volar una cometa. Seis de ellos cogieron el extremo de la cuerda en sus picos y echaron a volar; y, para gran maravilla de Peter, la cometa voló tras ellos y subió incluso a mayor altura todavía.

Peter gritó: «¡Hacedlo otra vez!», y los pájaros lo hicieron varias veces de buena gana, y Peter, en lugar de darles las gracias, repetía: «¡Hacedlo otra vez!», lo que demuestra que seguía sin olvidar del todo que había sido un niño.

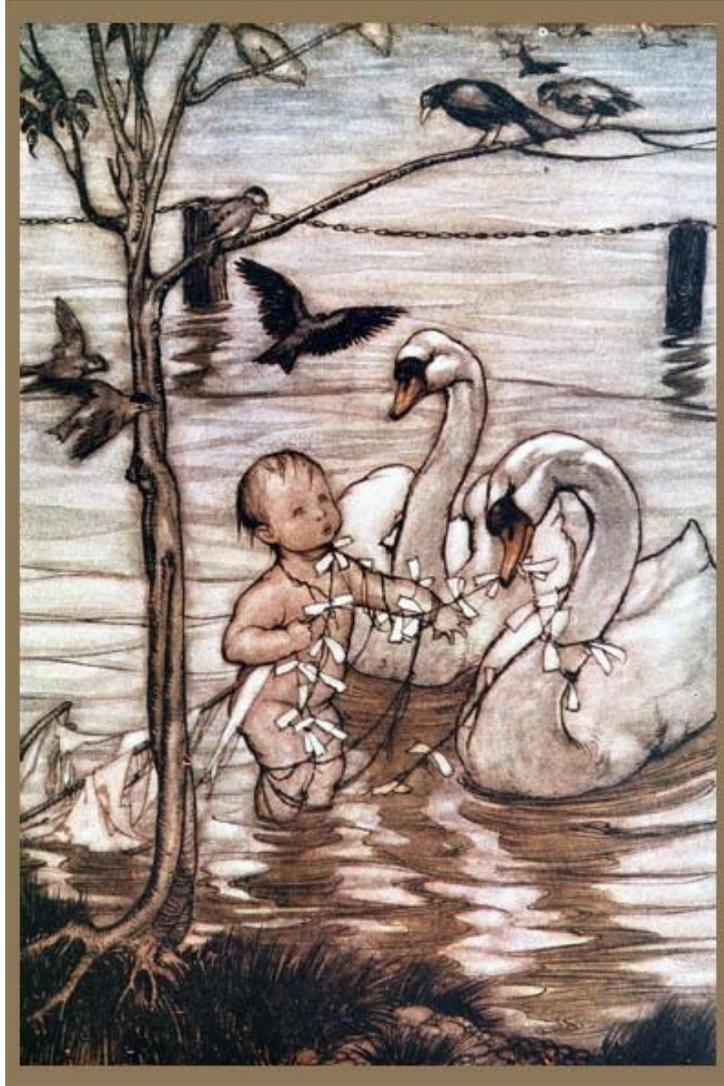


Peter gritó: «¡Hacedlo otra vez!», y los pájaros lo hicieron varias veces de buena gana.

Finalmente, con un gran proyecto ardiendo dentro de su valiente corazón, les pidió que lo hicieran una vez más con él agarrado a la cola, y entonces cientos de pájaros tiraron de la cuerda mientras Peter se agarraba a la cola con la idea de dejarse caer cuando pasasen encima de los Jardines. Pero la cometa se hizo trizas en el aire, y Peter se habría ahogado en la Serpentina de no ser porque consiguió agarrarse a dos irritados cisnes, a los que obligó a llevarle a la isla. Después de esto, los pájaros dijeron que no querían volver a ayudarlo en su loca empresa.



Cientos de pájaros tiraron de la cuerda
mientras Peter se agarraba a la cola.



Tras estas aventuras, los pájaros prometieron
dijeron que no querían volver a ayudarlo en su
loca empresa.

Sin embargo, Peter terminó alcanzando los Jardines con la ayuda de la
barca de Shelley, como ahora mismo os contaré.





Capítulo 3

El nido del tordo

Shelley era un caballero joven y tan adulto que no podía esperar seguir creciendo. Era un poeta; y los poetas nunca son exactamente adultos. Son gentes que desprecian el dinero, salvo lo que necesitan para el día, y él tenía lo imprescindible y cinco libras más. Por eso, un día que estaba paseando por los jardines de Kensington, hizo un barquito de papel con su billete de banco, y lo echó a navegar por la Serpentina.

Llegó a la isla de noche; y el centinela lo llevó a presencia de Salomón Graznido, quien al principio pensó que sería lo de siempre, un mensaje de alguna dama diciéndole que le quedaría muy agradecida si le enviaba algún pájaro convertido en niño. Siempre le pedían el mejor, y si le gustaba la carta enviaba uno de clase A, pero si no le gustaba enviaba unos muy burlones. Algunas veces no mandaba ninguno, y otras enviaba una nidada; todo dependía del humor con que le pillase la carta. Le gusta que le dejen decidir, y si le sugerís alguna particularidad que esperáis que cumpla, como *que sea niño esta vez*, entonces podéis estar seguros de que enviará otra niña. Y de cualquier modo, seáis una señora o un niño que desea una hermanita, tened cuidado y escribid con mucha claridad vuestras señas. No podéis imaginaros la cantidad de niños que Salomón ha enviado a la casa equivocada.

Cuando Salomón, totalmente asombrado, abrió el barquito de Shelley, pidió ayuda a sus consejeros, que después de caminar por él un par de veces, primero con los dedos de los pies hacia afuera y luego con los dedos de los pies hacia adentro, decidieron que el barco venía de parte de alguna persona muy codiciosa que quería cinco niños. Y creyeron eso porque había un gran 5 impreso en el papel. «¡Absurdo!», gritó Salomón furioso, y se lo regaló a

Peter; cualquier cosa inútil que llegaba a la isla solía terminar en manos de Peter como juguete.



«¡Absurdo!», gritó Salomón furioso.

Pero esta vez no se puso a jugar con el precioso billete: supo inmediatamente lo que era, porque los había visto la semana en que había sido un niño normal. Pensó que, con tanto dinero, por fin podría alcanzar los Jardines; meditó sobre todas las formas posibles y decidió (muy sabiamente, en mi opinión) elegir la mejor. Pero antes tenía que informar a los pájaros del valor del barco de Shelley; y aunque eran demasiado honrados para pedir a Peter que se lo devolviese, vio que estaban irritados y lanzaban unas miradas tan negras a Salomón —que presumía demasiado de su inteligencia— que lo hicieron volar al otro extremo de la isla, donde se sentó muy deprimido con la cabeza metida debajo del ala. Ahora Peter sabía que, si no tienes a Salomón de tu parte, en la isla nunca conseguirás nada, y por eso Peter le siguió y trató de animarle.

Pero no fue eso lo único que hizo Peter para ganarse las simpatías del viejo y poderoso personaje. Debéis saber que Salomón no tenía intención de pasar el resto de su vida en aquel trabajo. Había pensado ir retirándose poco a poco para dedicar su vejez a una vida de placer cerca de cierto tronco de tejo,

entre las Higueras, con el que se había encaprichado; y con esa idea había ido llenando en silencio el calcetín durante muchos años. Era el calcetín perdido de algún bañista, que había llegado a la isla; en el momento de que os hablo, ya tenía ciento ochenta migas, treinta y cuatro nueces, dieciséis cortezas, un limpiaplumas y un cordón de zapato. Cuando el calcetín estuviese lleno, Salomón calculaba que podría retirarse con la cantidad suficiente para poder vivir. Peter le dio entonces una libra. Cortó un trozo de su billete con un palito afilado.



Había ido llenando un calcetín en silencio

Esto le ganó para siempre la amistad de Salomón, y, después de deliberar, convocaron una reunión de tordos. Enseguida veréis por qué sólo invitaron a los tordos.

El proyecto que iban a presentarles pertenecía realmente a Peter, pero fue Salomón el encargado de hablar, porque se enfadaba enseguida si eran otros los que hablaban. Empezó diciendo que había quedado muy impresionado por el superior ingenio demostrado por los tordos construyendo nidos, y esto les puso de buen humor, que era lo que se pretendía; el motivo de todas las peleas entre pájaros siempre es sobre la mejor forma de construir nidos. Otros pájaros, dijo Salomón, no forran sus nidos con barro, y por eso carecían de agua. En este punto levantó la cabeza como quien ha utilizado un argumento irrefutable, pero, por desgracia, una señora Pinzona había acudido a la reunión sin ser invitada, y chilló muy enfadada: «¡Nosotros no hacemos nidos para tener agua, sino para tener huevos!», y acto seguido los tordos dejaron de aplaudir; Salomón se quedó tan perplejo que tuvo que beber varios sorbos de agua.

—Piense en el calor que el barro proporciona al nido —dijo por fin.

—Piense —exclamó la señora Pinzona— que cuando el agua se mete en el nido se queda allí y las crías se ahogan.

Los tordos suplicaron a Salomón con una mirada que dijese algo aplastante como réplica, pero de nuevo estaba perplejo.

—Bebe otro trago —sugirió la señora Pinzona con descaro.

Se llamaba Kate, y todas las Kate son muy descaradas.

Salomón volvió a beber otro trago y esto le inspiró.

—Si se coloca un nido de pinzón en la Serpentina, se llena y se hace pedazos, mientras que un nido de tordo sigue tan seco como la copa del lomo de un cisne.

¡Cómo aplaudían los tordos! Ahora sabían por qué forraban sus nidos con barro, y cuando la señora Pinzona contestó: «Nosotros no ponemos nuestros nidos en la Serpentina», hicieron lo que debían de haber hecho desde el principio: expulsarla de la reunión. Luego todo volvió a la calma. Habían sido convocados a aquella reunión, dijo Salomón, para comunicarles que su joven amigo Peter Pan, a quien todos conocían de sobra, deseaba ardientemente ser capaz de alcanzar los Jardines, y se proponía construir, con su ayuda, un barco.

Al oír esto, los tordos empezaron a inquietarse, lo que hizo que Peter temblase por su proyecto.

Salomón se apresuró a explicarles que no se trataba de uno de esos barcos enormes que usan los hombres; el barco propuesto sería simplemente un nido



de tordo lo suficientemente grande para que Peter cupiera.

Pero, para gran dolor de Peter, los tordos seguían de mal humor.

—Somos gente muy ocupada —se quejaron—, y eso dará mucho trabajo.

—Es cierto —dijo Salomón—, y naturalmente Peter no permitirá que trabajéis de balde. Debéis recordar que en este momento se encuentra en circunstancias muy favorables y que os pagará unos salarios como nunca os han pagado hasta ahora. Peter Pan me autoriza a decir que cobraréis seis peniques diarios.

Entonces todos los pinzones saltaron de contento, y ese mismo día empezó la famosa Construcción del Barco. Todos los quehaceres habituales fueron abandonados. Esto ocurría en la época del año en que los tordos debían emparejarse, pero no se construía ningún nido de tordo menos el grande: pronto Salomón se vio sin tordos para abastecer la demanda de tierra firme. Todos los niños robustos y más bien tragones, que tan buen aspecto tienen en sus cochecitos pero que jadean fácilmente en cuanto caminan, eran crías de tordo, y las damas solían preferirlos. ¿Qué creéis que hizo Salomón? Mandó a buscar un montón de gorriones y les ordenó poner sus huevos en los viejos nidos de los tordos; y luego envió las crías a las señoras, jurándoles que se trataba de tordos. Después, todo esto se conoció en la isla como el Año de los Gorriones; por eso, cuando encontréis en los Jardines a personas mayores que resoplan y se hinchan como si se creyesen mucho más grandes de lo que son, es que probablemente nacieron ese año. Preguntádselo.



Cuando encontráis en los Jardines a personas mayores que resoplan y se hinchan como si se creyesen mucho más grandes de lo que son.

Peter era un patrón justo, y pagaba a sus obreros todas las noches. Se colocaban en hileras sobre las ramas, esperando cortésmente, mientras él cortaba los seis peniques de su billete; entonces los llamaba y, cuando se decían sus nombres, los pájaros volaban y recogían los seis peniques. Debía de ser un espectáculo precioso.

Y por fin, tras meses de trabajo, el barco quedó terminado. ¡Qué gloria la de Peter al verlo crecer más y más cada día como un gran nido de tordo! Desde el inicio de su construcción durmió a su lado, y a menudo se despertaba para hablarle dulcemente; y cuando estuvo forrado de barro y el barro se secó, siempre dormía en el barco. Dormía en su nido totalmente inmóvil, y tenía una manera fascinante de acurrucarse, porque el espacio no ofrecía posibilidades de estar cómodo a no ser que se acurrucase como un gatito. Por dentro, desde luego, era de color pardo, pero por fuera era en su mayor parte verde, porque lo habían tapizado con hierba y ramitas; cuando éstas se secan o se rompen, las paredes vuelven a cubrirse de nuevo. También había, acá y allá, algunas plumas que se les habían caído a los tordos mientras trabajaban.

Los demás pájaros sentían mucha envidia y decían que el barco no se mantendría a flote en el agua, pero aguantó estupendamente; decían que le entraría agua, pero el agua no entró. Luego dijeron que Peter no tenía remos, y entonces los tordos se miraron unos a otros consternados; pero Peter replicó que no necesitaba remos porque tenía una vela, y con la cara llena de orgullo y de felicidad sacó una vela que había hecho con su camisón, y aunque seguía notándose que era un camisón, resultaba una vela preciosa. Y aquella noche, de luna totalmente llena, y mientras los pájaros dormían, se metió en su barca de mimbre (como hubiera dicho el capitán Francis Pretty^[11]) y se alejó de la isla. Primero, sin saber por qué, miró hacia arriba, con las manos unidas, y desde ese momento sus ojos se clavaron en dirección oeste.

Había prometido a los tordos que empezaría haciendo viajes cortos, con ellos por guías, pero divisó a lo lejos los jardines de Kensington haciéndole señas por debajo del puente, y no pudo resistirse. Su cara se puso colorada, pero nunca volvió la vista atrás; había tal júbilo en su pecho que sintió miedo. ¿Era Peter el último valiente de los marineros ingleses que navegaban en dirección oeste en busca de lo Desconocido?

Al principio, su barca daba vueltas y más vueltas, y no tardó en darse cuenta de que había regresado al punto de partida, por lo que redujo la vela quitándole una de las mangas; pero de esta forma se vio arrastrado hacia atrás por una brisa contraria, con no poco peligro. Entonces arrió la vela, con el resultado de ser arrastrado hacia la orilla opuesta, donde había negras sombras cuyos peligros desconocía, aunque los sospechara, y una vez más volvió a izar su camisón y se refugió en las sombras hasta que aprovechó un viento favorable que lo llevó en dirección Oeste, pero a una velocidad tan grande que a punto estuvo de estrellarlo contra el puente. Después de haberlo evitado, pasó bajo el puente, y, en medio de una gran alegría, llegó a la vista de los deliciosos Jardines.



Pasó bajo el puente, y, en medio de una gran alegría, llegó a la vista de los deliciosos Jardines.

Pero cuando trató de echar el ancla, que era una piedra al extremo de un trozo de la cuerda de la cometa, no encontró fondo, viéndose obligado a permanecer a cierta distancia de la playa buscando fondo para el ancla; y cuando lo hacía, chocó contra un arrecife hundido, con tal fuerza que Peter salió despedido por la borda y a punto estuvo de ahogarse; pero consiguió volver a subirse al barco. Entonces se levantó una fuerte tormenta, acompañada por un bramido de las aguas como nunca hasta entonces había oído: fue zarandeado de un lado para otro, y sus manos estaban tan ateridas por el frío que no podía cerrarlas. Cuando logró escapar de ese peligro, fue arrastrado por suerte a una pequeña bahía donde su barco atracó tranquilamente.



Entonces se levantó una fuerte tormenta, acompañada por un bramido de las aguas como nunca hasta entonces había oído: fue zarandeado de un lado para otro

Sin embargo, todavía no estaba a salvo, porque, al tratar de desembarcar, se encontró con una multitud de personas diminuta plantadas en la costa, que se oponían a su desembarco y lanzaban gritos estridentes contra él porque había pasado la Hora de Cerrar. Además, blandían gran cantidad de hojas de acebo; e incluso un grupo llevaba una flecha que algún niño había olvidado en los Jardines, y parecían dispuestos a utilizarla como ariete.

Entonces Peter, que los conocía por las hadas, les gritó que él no era un ser humano normal y que no deseaba molestarles, sino ser amigo suyo; pero, después de haber encontrado un puerto precioso, no estaba de humor para marcharse, y les advirtió que si querían causarle algún daño deberían asumir la responsabilidad del mismo.

Y diciendo esto, saltó con audacia a la playa, y ellos se arremolinaron a su alrededor con la intención de matarle; pero entonces se levantó un gran griterío entre las mujeres, y era porque se habían dado cuenta de que la vela era un camisón de niño. Con lo cual, inmediatamente se enamoraron de él, y se lamentaban de que sus regazos fueran demasiado pequeños, cosa que no podemos explicar, salvo si decimos que las mujeres son así. Los hombres-hada abandonaron las armas al observar el comportamiento de sus mujeres, cuya inteligencia apreciaban mucho, y con mucha cortesía lo llevaron ante su reina, quien le otorgó la gentileza de visitar los Jardines después de la Hora de Cerrar; desde ese momento Peter podría ir a donde quisiese; y a las hadas se les ordenó ocuparse de alojarlo cómodamente.

Así fue su primer viaje a los Jardines, y por la antigüedad del lenguaje habréis deducido que ocurrió hace mucho tiempo. Pero Peter no crece nunca, y si esta noche pudiésemos esperarle bajo el puente (pero, claro, no podemos), me atrevería a decir que lo veríamos izando su camisón y navegando o remando hacia nosotros en el Nido del Tordo. Cuando navega a vela, se sienta, pero para remar permanece de pie. Ahora os contaré como consiguió su remo.

Mucho antes de la hora de apertura de las verjas, volvía a escondidas a la isla para que nadie pudiese verle (no era tan humano como para eso), pero, aun así, disponía de muchas horas para jugar, y jugaba exactamente como juega un niño de verdad. Por lo menos, eso era lo que él pensaba, y una de las cosas más patéticas era que con frecuencia jugaba muy mal.

No tenía quien le dijera cómo juegan los niños realmente, porque las hadas están más o menos escondidas hasta el crepúsculo, no aprenden nada acerca de ellos, y aunque los pájaros pretendían que podían contarle muchas cosas, cuando llegó el momento de contárselas, fue asombroso lo poco que sabían de verdad. Le contaron la verdad sobre el juego del escondite, y Peter juega a menudo a ese juego, pero ni siquiera los patos del Estanque Redondo han podido explicarle por qué el estanque les resulta tan fascinante a los niños. Por la noche, los patos han olvidado todos los acontecimientos del día, menos el número de trozos de pastel que les han echado. Son criaturas melancólicas, y dicen que el pastel ya no es como era en otros tiempos.



Todas las hadas están más o menos escondidas hasta el crepúsculo

Por eso Peter tuvo que aprender muchas cosas por sí solo. Jugaba con frecuencia a los barcos en el Estanque Redondo, pero su barco no era otra cosa que un aro que había encontrado en la hierba. Naturalmente, nunca había visto un aro, y se preguntaba cómo se jugaba con ellos, y decidió que podían utilizarse como si fueran barcos. El aro se hundía siempre enseguida, pero Peter lo buscaba vadeando el agua y a veces lo arrastraba alegremente alrededor del borde del estanque, y se sentía muy orgulloso pensando que había descubierto lo que hacen los niños con los aros.

En otra ocasión encontró un cubo de niño, creyó que era para sentarse y se sentó con tanta energía que a duras penas logró salir de él. También encontró un globo. Estaba saltando alrededor del Montículo, lo mismo que si estuviera jugando solo, cuando Peter lo atrapó tras una excitante cacería. Pero pensó que era una pelota, y Jenny Wren le había contado que los niños daban

patadas a las pelotas, y por eso le dio patadas; pero luego no pudo encontrarlo por ninguna parte.

Quizá la cosa más sorprendente que encontró fue un cochecito de niño. Estaba debajo de un limero, junto a la entrada del Palacio de invierno de la Reina de las Hadas (que está dentro del círculo de los Siete castaños españoles), y Peter se acercó a él con recelo, porque los pájaros nunca le habían hablado de cosas como aquélla. Por si estaba vivo, se dirigió a él con mucha educación; y luego, como no respondía, siguió acercándose y lo tocó con mucha cautela. Le dio un empujoncito, y el cochecito se apartó de él, lo que le hizo pensar que después de todo podía estar vivo, pero que, como se había apartado de él, no le tenía miedo. Por eso tendió la mano para tirar del cochecito; pero esta vez el cochecito se abalanzó hacia él, y Peter se asustó tanto que saltó la verja y se refugió en su barco. No debes pensar, sin embargo, que era un cobarde, porque a la noche siguiente volvió con una corteza en una mano y un palo en la otra; pero el cochecito había desaparecido, y nunca volvió a ver otro. Os he prometido hablaros también de su remo. Era una espada de niño que había encontrado junto al Pozo de San Govor, y pensó que era un remo.

¿No os da pena Peter Pan por cometer estos errores? De ser así, creo que sois bastante tontos. Quiero decir que, por supuesto, podríamos compadecerle de vez en cuando, pero compadecerle todo el tiempo sería una impertinencia. Creía que lo pasaba muy bien en los Jardines, y creer eso es casi tan divertido como pasarlo realmente. Jugaba sin cesar, mientras que vosotros perdéis muchas veces el tiempo haciendo de Perros rabiosos o de Mariquitas. Peter no podía hacer ninguna de estas cosas, porque nunca había oído hablar de ellas, pero ¿creéis que hay que compadecerle por eso?

¡Qué feliz era! Era mucho más feliz de lo que vosotros, por ejemplo, lo sois en comparación con vuestros padres. A veces se caía, como una peonza, de pura felicidad. ¿Habéis visto a un galgo saltar las verjas de los Jardines? Pues así las saltaba Peter.

Pensad, además, en la música de su flauta. Los caballeros que regresaban de noche a su casa y escribían a los periódicos para decir que habían oído cantar un ruiseñor en los Jardines, lo que realmente oían era la flauta de Peter. Naturalmente, no tenía madre —al fin y al cabo, ¿para qué le servía?—. Podéis compadecerle por eso, pero no os pongáis demasiado tristes, porque ahora voy a contaros cómo pudo volver a visitarla. Fueron las hadas las que le dieron esa oportunidad.





Capítulo 4

La Hora de Cerrar

Es horriblemente difícil saber mucho sobre las hadas, y casi lo único que se sabe con seguridad es que hay hadas en todas partes donde hay niños. Hace mucho, los niños no podían entrar en los Jardines, y en ese tiempo no había hadas en ese lugar; luego admitieron a los niños y las hadas llegaron en tropel esa misma tarde. No pueden dejar de seguir a los niños, pero rara vez se las ve, en parte porque de día viven detrás de las verjas de hierro, donde vosotros no podéis pasar, y en parte también porque son muy astutas. No son nada astutas después de la Hora de Cerrar, pero hasta la Hora de Cerrar, ¡si yo os contara!



Son muy astutas

Cuando vosotros erais pájaros conocíais muy bien a las hadas, y recordabais muchas cosas sobre ellas en vuestra infancia, pero es una lástima que no podáis escribirlo porque poco a poco se os van olvidando, y he oído a niños declarar que nunca han visto un hada. Es casi seguro que, si dijeron eso en los jardines de Kensington, mientras lo decían estaban plantados delante de un hada. La razón de que se engañen es que las hadas se hacen pasar por otra cosa. Es uno de sus mejores trucos. Suelen hacerse pasar por flores, porque la corte se reúne en el Pilón de las Hadas^[12], y hay tantas flores allí, y a lo largo de todo el Paseo de los Niños^[13], que lo más probable es que una flor no llame la atención. Visten exactamente igual que las flores, y cambian con las estaciones, poniéndose de blanco cuando las azucenas están blancas y de azul con las campanillas, y así sucesivamente. Lo que más les gusta es la época del azafrán de primavera y del jacinto, porque son partidarias de un poco de color, pero consideran chillones a los tulipanes (excepto los blancos, que son las cunas de las hadas), y a veces tardan varios días en vestirse como los tulipanes; por eso el mejor momento para encontrarlas son las primeras semanas de los tulipanes.

Cuando creen que no las estáis mirando, desaparecen dando saltitos muy animados, pero si las miráis y temen que no les dé tiempo a esconderse, se quedan muy quietas haciéndose pasar por flores. Luego, una vez que habéis pasado sin daros cuenta de que eran hadas, corren a casa y les cuentan a sus madres que han tenido una aventura. El Estanque de las Hadas, como recordaréis, está todo cubierto de hiedra (con la que hacen su aceite de ricino), con flores que crecen aquí y allá. En realidad, muchas de ellas son flores, pero algunas son hadas. Nunca se puede estar seguro; un buen plan es pasar mirando hacia otro lado y volver de repente la cabeza. Otro buen plan, que David y yo seguimos algunas veces, es mirarlas fijamente. Al cabo de un rato, no pueden evitar pestañear, y así podéis estar seguros de que son hadas.



Cuando creen que no las estáis mirando, desaparecen dando saltitos muy animados...



... Pero si las miráis y temen que no les dé tiempo a esconderse, se quedan muy quietas haciéndose pasar por flores.

También hay muchas en el Paseo de los Niños, que es un conocido lugar delicado, como suele llamarse a los sitios frecuentados por las hadas. En cierta ocasión, a veinticuatro de ellas les ocurrió una aventura extraordinaria. Era una escuela de niñas que había salido a dar un paseo con su niñera; todas llevaban batas de jacintos, y, de pronto, la niñera se llevó el dedo a la boca y entonces todas se quedaron inmóviles sobre un arriate fingiendo que eran jacintos. Por desgracia, lo que la niñera había oído era a dos jardineros que iban a plantar flores nuevas precisamente en aquel arriate. Traían una carretilla llena de flores y se quedaron muy sorprendidos al encontrar ocupado el arriate. «¡Qué pena arrancar los jacintos!», dijo uno de los hombres. «Son órdenes del Duque», replicó el otro, y, tras vaciar la carretilla, empezaron a arrancar todo el internado de niñas y a meter en la carretilla a aquellas pobres

y aterrorizadas criaturas en cinco hileras. Naturalmente, ni la niñera ni las niñas se atrevieron a confesar que eran hadas, por lo que fueron transportadas hasta un cobertizo del que se escaparon por la noche sin los zapatos; los padres armaron por todo ello un gran jaleo, y la escuela se arruinó.

Por lo que se refiere a sus casas, es inútil buscarlas, porque son justo lo contrario de las nuestras. Nuestras casas, podéis verlas de día, pero no podéis verlas en la oscuridad. Pues bien, sus casas podéis verlas en la oscuridad, pero no podéis verlas de día, porque son del color de la noche, y nunca he oído hablar de nadie que haya podido ver la noche durante el día. No quiero decir con esto que sean negras, porque la noche tiene sus colores lo mismo que el día, aunque muchísimos más brillantes. Sus azules y rojos y verdes son como los nuestros, pero con luz detrás de ellos. Su palacio está totalmente construido de cristales multicolores, y es con mucho la más deliciosa de todas las residencias reales; la reina se queja a veces de que el pueblo se asoma para ver lo que está haciendo. Las gentes son muy curiosas y se aprietan con fuerza contra el cristal: por eso tienen respingonas las narices. Las calles son muy largas y retorcidas, y a cada lado hay senderos hechos de estambre muy brillante. Los pájaros solían robar el estambre para sus nidos, pero las hadas terminaron contratando a un policía que se aposta en el otro extremo.

Una de las grandes diferencias entre las hadas y nosotros es que ellas nunca hacen nada útil. Cuando el primer niño se rió por primera vez, su risa estalló en mil pedazos, y todos esos pedazos se marcharon dando saltitos. Ése fue el principio de las hadas. Siempre parecen ocupadísimas como si no tuvieran un momento que perder, pero si les preguntáis qué están haciendo, no podrían deciros lo más mínimo. Son tremendamente ignorantes, y todo lo que hacen es fingir. Tienen un cartero, pero nunca llama menos en Navidad, con su cajita^[14], y también escuelas muy bonitas, aunque en ellas no se enseña nada; como la más pequeña es la jefe, siempre la eligen para que haga de maestra, y una vez que ha pasado lista, las demás salen a dar un paseo y nunca vuelven. Resulta muy curioso que, en las familias de hadas, la más pequeña siempre sea la jefe, y por regla general llega a ser un príncipe o una princesa; y como los niños recuerdan esto, piensan que debe ocurrir lo mismo entre los hombres, y por eso se sienten incómodos cuando ven a su madre poniendo a escondidas nuevos volantes en el cochecito.

Probablemente habréis observado que vuestra hermanita quiere hacer las mismas cosas que vuestra madre y que su niñera no quiere que lo haga: por ejemplo, levantarse cuando toca sentarse, y sentarse cuando toca levantarse, o despertarse cuando debería estar dormida, o andar a gatas cuando lleva su

mejor vestido, y cosas parecidas que quizá a vosotros os parezcan diabluras despreciables. Pero no lo son; significan únicamente que están haciendo lo que han visto hacer a las hadas. Empieza por seguir sus pasos, y tarda unos dos años en conseguir parecerse a los seres humanos. Sus ataques de cólera, que resultan espantosos, se conocen con el nombre de dentición, pero no son tal cosa, sino su natural irritación porque no la entendemos, aunque está utilizando un lenguaje inteligible. Está hablando como hada. La razón de que las madres y las niñeras sepan, antes que otras personas, lo que intenta decir con «Aaaalo», que significa «Dámelo enseguida», mientras «Pooosom» es «¿Por qué llevas un sombrero tan ridículo?», es porque, después de estar tanto tiempo con niños, han aprendido un poco del lenguaje de las hadas.

Últimamente, David ha estado pensando intensamente sobre la lengua de las hadas, con las manos apretándose las sienes, y ha recordado cierto número de sus frases que algún día os diré si no se me olvida. Las oyó en los días en que era un tordo, y, aunque le sugerí que tal vez fuese realmente el lenguaje de los pájaros lo que recordaba, asegura que no, porque esas frases tratan de diversión y de aventuras, y de lo único que hablan los pájaros es de construir nidos. Recuerda con toda claridad que los pájaros solían ir de un sitio para otro como señoritas delante de los escaparates, mirando los diferentes nidos y diciendo: «No es mi color, querida», y «¿Qué tal quedaría con un forro suave?», y «Pero ¿se llevará?» y «¡Qué adorno tan feo!», y cosas parecidas.

Las hadas son unas bailarinas exquisitas, y, por eso, una de las primeras cosas que hace el niño es indicarnos que bailemos para él y luego llorar cuando lo hacemos.



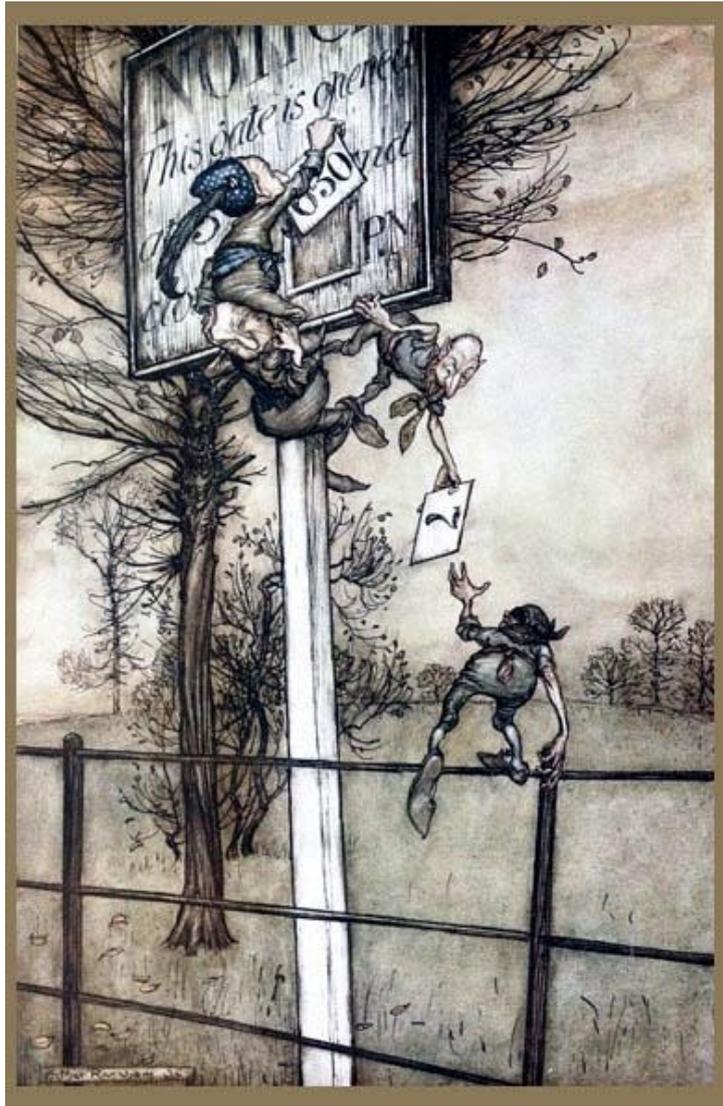
Las hadas son unas bailarinas exquisitas.

Las hadas celebran sus grandes bailes al aire libre, en lo que se llama un círculo de hadas. Varias semanas después todavía podéis ver el círculo en la hierba. Cuando empiezan, no existe: pero lo hacen dando vueltas y más vueltas mientras bailan. A veces podéis encontrar setas dentro del círculo, y son las sillas de las hadas que los criados han olvidado llevarse. Las sillas y los círculos son las únicas marcas reveladoras que estas personillas dejan tras de sí, y podrían eliminarlas si no fueran tan aficionadas a bailar hasta el mismo momento de abrirse las verjas. Una vez, David y yo encontramos un círculo de hadas todavía caliente.



Un círculo de hadas.

Pero también hay una forma de enterarse del baile antes de que se produzca. Ya conocéis las tablillas donde está escrita la hora a que se cerrarán los Jardines. Pues bien, las muy taimadas hadas cambian astutamente algunas veces la tablilla cuando toca una noche de baile, para que diga que los Jardines se cierran a las seis y media, por ejemplo, en vez de a las siete. Esto les permite empezar media hora antes.



Las astutas hadas cambian a veces la tablilla
la noche de baile

Si en una de esas noches pudiésemos quedarnos en los Jardines, como hizo la famosa Maimie Mannering, podríamos ver cosas deliciosas; cientos de maravillosas hadas corriendo hacia el baile, las casadas llevando sus anillos de boda alrededor de la cintura, los caballeros, todos de uniforme, sosteniendo las colas de las damas, y los pajes que portan las antorchas corriendo delante, llevando alquequenjes, que son los faroles de las hadas; el guardarropa, donde se ponen sus zapatillas de plata y donde les dan un resguardo por sus ropas; las flores que afluyen desde el Paseo de los Niños para mirar, y siempre son bien acogidas porque pueden prestarse como alfileres; la mesa del banquete, con la Reina Mab a la cabecera, y detrás de ella el Lord Chambelán, que lleva un diente de león sobre el que sopla cuando su Majestad necesita saber la hora.



... los pajes que portan las antorchas
corriendo delante, llevando alquequenjes.



Cuando Su Majestad quiere saber la hora.

El mantel de la mesa varía según las estaciones, y en mayo está hecho de flores de castaño. La forma de ponerlo las hadas camareras es la siguiente: muchos hombres trepan a los árboles y sacuden las ramas, y las flores caen como nieve. Entonces las hadas camareras las barren sacudiendo sus faldas hasta que son como un mantel de verdad; y así es como consiguen su mantel.

Tienen vasos de verdad y vino de verdad de tres clases diferentes, a saber, vino de endrino, vino de avellana y vino de primula, y la reina lo sirve, pero las botellas pesan tanto que sólo finge servirlo. Hay pan con mantequilla para empezar, en rebanadas de una moneda de tres peniques; y pasteles de postre, pero tan pequeños que ni siquiera tienen miga. Las hadas se sientan alrededor, sobre las setas, y al principio se portan muy bien y siempre tosen fuera de la mesa y demás, pero al poco rato ya no se portan tan bien y meten los dedos en la mantequilla, que extraen de las raíces de árboles viejos; y las que peor se portan se arrastran a gatas sobre el mantel buscando azúcar y otras golosinas

con la lengua. Cuando la reina las ve hacerlo, indica a los criados que limpien y retiren la mesa, y entonces todo el mundo pasa al baile, con la reina al frente mientras el Lord Chambelán la sigue, llevando dos pequeños recipientes; el primero contiene jugo de alhelí, y el otro jugo del sello de Salomón^[15].



Las hadas se sientan alrededor, sobre las setas, y al principio se portan muy bien.

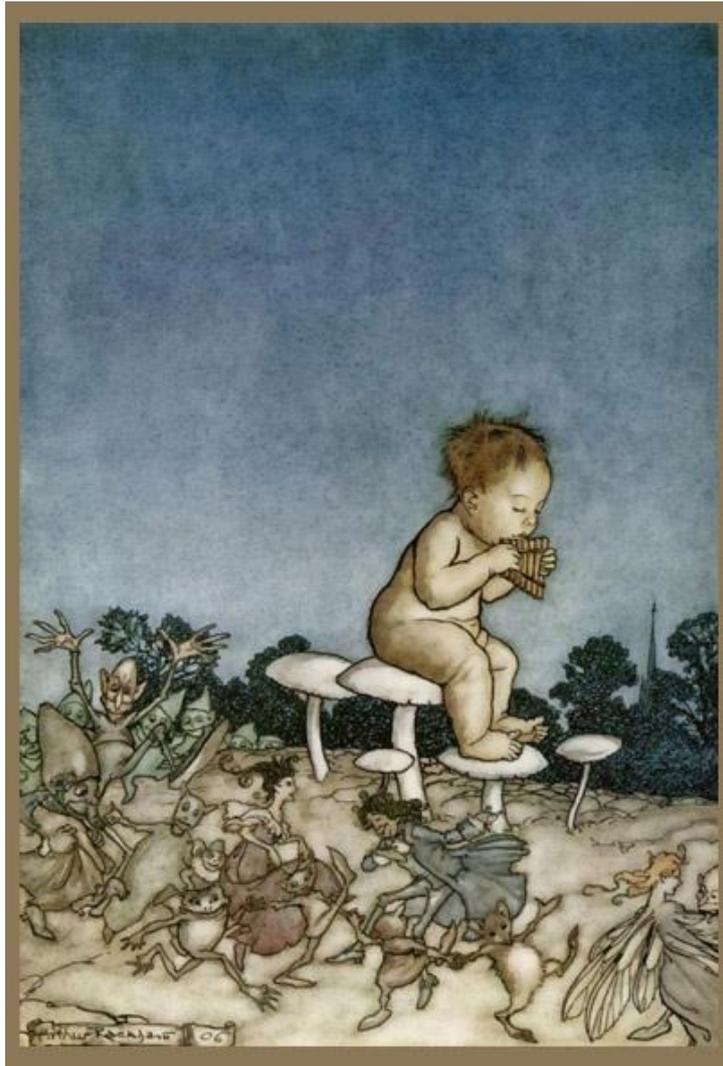


Extraen la mantequilla de las raíces de árboles viejos

El jugo de alhelí es bueno para reanimar a las bailarinas que caen al suelo cuando les da un ataque, y el jugo del sello de Salomón es para los arañazos. Se arañan con mucha facilidad, y, cuando Peter toca más y más deprisa, mueven los pies hasta que caen en medio de un ataque. Porque, como sabréis sin que os lo diga, Peter Pan es la orquesta de las Hadas. Se sienta en el centro del círculo, y hoy en día las hadas no podrían imaginar un baile elegante sin él. En la esquina de todas las tarjetas de invitación enviadas por todas las mejores familias está escrito P. P. También son gente agradecida, y en la puesta de largo de la princesa (llegan a esa edad cuando cumplen dos años, y cumplen años todos los meses) ofrecieron a Peter Pan el mayor de sus deseos.



El jugo de atheli es bueno para reanimar a las bailarinas que caen al suelo cuando les da un ataque.



Peter Pan es la orquesta de las hadas.

Y lo hicieron de la siguiente manera. La reina le ordenó que se arrodillase, y después dijo que, por tocar de una forma tan maravillosa, le concedería el mayor de sus deseos. Luego todas las hadas se apiñaron alrededor de Peter para oír cuál era el mayor de sus deseos, pero Peter dudó mucho tiempo porque no estaba seguro.

—Si elijo volver con mi madre —preguntó al final—, ¿podrías concederme ese deseo?

La pregunta las molestó, porque, si Peter volvía con su madre, las hadas se quedarían sin su música; la reina arrugó la nariz desdeñosamente y dijo:

—¡Bah!, pide un deseo mucho mayor que éste.

—¿Es un deseo pequeño? —preguntó él.

—Así de pequeño —contestó la reina, juntando casi las manos.

—¿De qué tamaño es un deseo grande? —volvió a preguntar Peter.

La reina lo midió en su vestido y era de una longitud magnífica.

Entonces Peter caviló y dijo:

—Bueno, entonces creo que tengo derecho a dos deseos pequeños en lugar de uno grande.

Como es lógico, las hadas tuvieron que aceptar, aunque su inteligencia las sorprendió bastante; Peter dijo que su primer deseo era volver con su madre, pero reservándose el derecho de regresar a los Jardines si quedaba decepcionado. Su segundo deseo lo mantenía en reserva.

Las hadas trataron de disuadirle, e incluso pusieron obstáculos en su camino.

—Puedo concederte el poder de volar a tu casa —dijo la reina—, pero no puedo abrirte la puerta.

—La ventana por la que volé seguro que estará abierta —dijo Peter lleno de confianza—. Mamá siempre la tiene abierta con la esperanza de que vuelva volando.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntaron muy sorprendidas.

Y de hecho Peter no fue capaz de explicar cómo lo sabía.

—Sólo sé que lo sé.

Y como persistía en su deseo, tuvieron que concedérselo. Le dieron el poder de volar de la siguiente forma: todas se pusieron a hacerle cosquillas en los hombros, y enseguida empezó a sentir un divertido hormigueo en aquella parte, y luego empezó a subir cada vez más alto y salió volando de los Jardines por encima de los tejados.



Todas se pusieron a hacerle cosquillas en los hombros.

Era tan delicioso que en lugar de volar en línea recta a su casa, pasó casi rozando sobre San Pablo hacia el Palacio de Cristal y volvió por el río y el Parque del Regente; y durante el tiempo que tardó en llegar a la ventana de su madre, decidió que su segundo deseo sería convertirse en pájaro.

La ventana estaba abierta de par en par, exactamente como él sabía que estaría, y entró revoloteando, y allí estaba su madre totalmente dormida. Peter se posó suavemente en el barrote de madera a los pies de la cama y se quedó contemplándola un rato. Dormía con la cabeza en la mano, y su hueco, sobre la almohada, era como un nido forrado con su cabellera oscura y rizada. Recordó, aunque lo había echado en olvido mucho tiempo, que su madre siempre daba vacaciones al pelo por la noche. ¡Qué agradables eran los volantes de su camisión! Se puso muy contento por tener una madre tan bonita.

Pero parecía triste, y Peter sabía por qué parecía triste. Uno de sus brazos se movió como si quisiera rodear algo, y Peter supo qué era lo que quería rodear.

—¡Ay, mamá —dijo Peter para sus adentros—, si supieras quién está sentado en el barrote a los pies de la cama!

Muy despacio dio unas palmaditas sobre el pequeño bulto que formaban sus pies, y pudo ver en la cara de su madre que le gustaba. Sabía que le bastaba decir «Mamá», incluso muy bajito, para que ella se despertase. Las madres siempre se despiertan enseguida si sois vosotros los que decís su nombre. Entonces ella lanzaría un grito de júbilo y le abrazaría con fuerza. ¡Qué bonito habría sido para él, pero para ella sería mucho más delicioso y exquisito! Me temo que así era como Peter lo veía. Al volver con su madre, nunca dudó de que estaba dándole el mayor regalo que una mujer puede desear. No hay nada más hermoso, pensaba Peter, que tener un niño propio. ¡Qué orgullosas de él se sienten las madres! ¡Y qué justo y apropiado es además!

Pero ¿por qué Peter se queda sentado tanto tiempo en el barrote? ¿Por qué no le dice a su madre que ha vuelto?

Retrocedo ante la verdad, y es que, mientras estaba sentado allí, su mente se dividía en dos. Unas veces miraba largamente a su madre, y otras miraba largamente a la ventana. Desde luego, sería muy agradable volver a ser su hijo, pero, por otro lado, ¡qué tiempos aquellos que había pasado en los Jardines! ¿Estaba tan seguro de que le gustaría volver a ponerse la ropa? Saltó de la cama y abrió algunos cajones para echar una ojeada a sus viejas prendas. Seguían estando allí, pero no pudo recordar cómo tenía que ponérselas. Por ejemplo, los calcetines, ¿se ponían en las manos o en los pies? Estaba a punto de probarse uno en la mano cuando ocurrió una gran aventura. Quizá el cajón habría crujido; sea como fuere, su madre se despertó, porque la oyó decir: «Peter», como si ésta fuera la palabra más hermosa de la lengua. Se quedó sentado en el suelo conteniendo la respiración, preguntándose cómo sabía ella que había vuelto. Si volvía a decir «Peter», él estaba seguro de que diría «Madre», y correría a abrazarla. Pero su madre no dijo nada más, sólo gimió un poco, y, cuando luego él la miró, volvía a estar dormida, con lágrimas por la cara.

A Peter esto le hizo sentirse muy desdichado, ¿y qué creéis que fue lo primero que hizo? Sentado en el barrote a los pies de la cama, tocó una bonita nana para su madre en la flauta. Se le había ocurrido en el mismo momento en que ella dijo «Peter», y no paró de tocar hasta que la vio feliz.

Le pareció tan divertido que a duras penas pudo resistir la tentación de despertarla para oírle decir: «Peter, ¡qué bien tocas!». Sin embargo, como su madre parecía contenta, volvió a echar miradas hacia la ventana. No debéis

creer que estaba pensando en irse volando para no volver nunca. Estaba totalmente decidido a ser el niño de su madre, pero dudaba de empezar a serlo aquella misma noche. Era su segundo deseo el que le perturbaba. Ahora ya no quería tener el deseo de ser pájaro, pero no pedir un segundo deseo le parecía un despilfarro, y, naturalmente, no podía pedirlo si no regresaba con las hadas. Además, se preguntó si no sería perjudicial tardar mucho en pedirlo. Se preguntaba si no sería despiadado salir volando sin despedirse de Salomón.

—Me gustaría muchísimo navegar en mi barco una vez más —dijo en tono de nostalgia a su madre dormida.

Discutía con ella como si pudiese oírle.

—Sería tan maravilloso contarles a los pájaros esta aventura —dijo para convencerla—. Te prometo que volveré —añadió solemnemente, y lo decía en serio.

Sin embargo, al final se marchó volando. Dos veces volvió desde la ventana, queriendo besar a su madre, pero sintió miedo ante el placer de poder despertarla, por lo que al final interpretó para ella un hermoso beso en la flauta, y luego, volando, regresó a los Jardines.

Antes de que pidiese a las hadas su segundo deseo pasaron muchas noches, e incluso meses; y no estoy seguro de saber por qué lo retrasó tanto tiempo. Una de las razones es que tenía que hacer muchas despedidas, no sólo de sus amigos especiales, sino de un centenar de lugares favoritos. Luego emprendió su última travesía, la última travesía de verdad, la última de todas sus travesías, y así sucesivamente. En su honor volvieron a darse muchas fiestas de despedida; y otra razón fácil era que, después de todo, no había prisa, porque su madre nunca se cansaría de esperarle. Esta última razón enfadó al viejo Salomón, porque animaba a los pájaros a dejar las cosas para más tarde. Salomón tenía varios lemas aplicables al trabajo, tales como: «No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy», y «En este mundo no hay segundas oportunidades», y resulta que Peter lo aplazaba todo alegremente sin que le ocurriese lo peor. Los pájaros se contaban esto unos a otros, y se volvieron perezosos.

Pero, fijaos, aunque Peter tardaba tanto en volver con su madre, estaba totalmente decidido a volver. La mejor prueba de ello era su cautela con las hadas. Lo que más querían las hadas era que se quedase en los Jardines para tocar, y a fin de conseguirlo trataban de engañarle haciéndole observaciones como: «Me gustaría que la hierba no estuviera tan húmeda», y algunas bailaban fuera de ritmo con la esperanza de oírle gritar: «¡Me gustaría que llevaras el ritmo!». Entonces ellas habrían dicho que ése era su segundo

deseo. Pero Peter descubrió sus designios y, aunque en alguna ocasión empezó a decir: «Desearía...», siempre se interrumpió a tiempo. Por eso, cuando por fin les dijo lleno de valentía: «Ahora deseo volver con mi madre para siempre», tuvieron que hacerle cosquillas en los hombros y dejarle marchar.

Al final le entró mucha prisa, porque había soñado que su madre estaba llorando, y él conocía el motivo de aquellas lágrimas, y que un abrazo de su estupendo Peter enseguida la haría sonreír. ¡Oh!, estaba tan seguro de ello, y tan ansioso por acurrucarse entre sus brazos, que esta vez voló directamente a la ventana, que siempre estaba abierta para él.

Pero la ventana estaba cerrada, y había barrotes de hierro en ella; cuando miró dentro vio a su madre durmiendo tranquilamente con su brazo alrededor de otro niño.

Peter gritó: «¡Mamá! ¡Mamá!». Pero ella no le oyó; fue inútil que golpease los barrotes con las manos. Tuvo que regresar llorando a los Jardines, y nunca volvió a ver a su madre. ¡Qué no habría hecho por ser su hijo otra vez! ¡Ay, Peter!, los que cometemos grandes errores, en la segunda oportunidad obraríamos de forma muy distinta. Pero Salomón estaba en lo cierto: no hay segunda oportunidad, no la hay para la mayoría de nosotros. Cuando llegamos a la ventana es la Hora de Cerrar. Las rejas están echadas para toda la vida.





Capítulo 5

La Casita

Todos han oído hablar de la Casita en los jardines de Kensington, que es la única casa de todo el mundo que las hadas han construido para los seres humanos. Pero nadie la ha visto realmente, excepto tres o cuatro, que no sólo la han visto sino que han dormido en ella, y es que sin dormir en ella no se puede ver. Y la razón es que no hay casa cuando te acuestas, pero allí está cuando te despiertas y sales fuera de la casa.

En cierto modo, todo el mundo puede verla, pero lo que se ve no es la Casita en realidad, sino sólo la luz en las ventanas. Se puede ver la luz después de la Hora de Cerrar. David, por ejemplo, la distinguió claramente a lo lejos, entre los árboles, una vez que volvíamos a casa después de ir al teatro, y Oliver Bailey la vio la noche en que se quedó hasta muy tarde en el Temple, que es como se llama la oficina de su padre. Angela Clare, a la que le gusta que le saquen un diente porque después la llevan a merendar a una pastelería, vio más de una luz, vio centenares de luces todas juntas; debían de ser las hadas construyendo la casa, porque la construyen cada noche, y siempre en una parte distinta de los Jardines. Pensó que una de las luces era más grande que las otras, aunque no podía estar segura del todo, porque saltaban de acá para allá y podía ser una y no otra la mayor. Pero si era aquélla, seguro que era la luz de Peter Pan. Montones de niños han visto la luz, por eso no tiene importancia. Pero Maimie Mannering es la famosa niña para la que se construyó la casa la primera vez.

Maimie siempre había sido una niña bastante extraña, y era de noche cuando era extraña. Tenía cuatro años, y de día era una niña normal. Se ponía contenta cuando su hermano Tony, que era un extraordinario muchacho de

seis años, se fijaba en ella, y entonces lo miraba de una manera normal, y trataba inútilmente de imitarle; y se sentía más halagada que enojada cuando él la empujaba. Además, cuando ella estaba a punto de batear, se detenía, incluso con la pelota en el aire, para decirte que llevaba unos zapatos nuevos. De día era una niña completamente normal.

Pero cuando caían las sombras de la noche, Tony, el fanfarrón, dejaba de despreciar a Maimie y la miraba con ojos aterrados; y no es de extrañar, porque, en la oscuridad, en la cara de la niña aparecía una mirada que únicamente puedo describirlos como una mirada desorbitada. También tenía una mirada serena que contrastaba enormemente con las ojeadas inquietas que echaba Tony. Entonces él le regalaba sus juguetes preferidos (que siempre le quitaba a la mañana siguiente), y ella los aceptaba con una sonrisa enigmática. La razón de que Tony tratara de engatusarla y de que Maimie se comportara de forma tan misteriosa era (en pocas palabras) que sabían que no tardarían en mandarlos a la cama. En ese momento Maimie se ponía terrible. Tony le suplicaba que no lo hiciera esa noche, y la madre y la niñera de color la amenazaban, pero Maimie se limitaba a sonreír de una manera inquietante. Y al poco rato, cuando estaban solos con las lamparillas de noche, se levantaba exclamando: «¡Chis!, ¿qué es eso?» Tony le suplicaba: «¡No es nada... no lo hagas, Maimie, no lo hagas!», y se tapaba la cabeza con la sábana. «¡Ya se acerca! —gritaba ella—. ¡Míralo, Tony! Está rozando tu cama con los cuernos..., ¡está buscándote, oh, Tony, oh!», y no paraba hasta que Tony corría escaleras abajo en camisón, dando alaridos de miedo. Cuando subían para dar unos azotes a Maimie, solían encontrarla tranquilamente dormida..., y no es que disimulara, estaba dormida de verdad y parecía el más dulce de los angelitos, que es lo que a mí me parece lo peor del caso.

Pero, naturalmente, a los Jardines iban de día, y entonces Tony era el más hablador. De sus palabras podríais deducir que era un chico muy valiente, y nadie se sentía más orgulloso de él que Maimie. Le habría gustado llevar un cartel que dijese que ella era su hermana. Y lo admiraba sin límites cuando Tony le decía, la mayoría de las veces con extraordinaria firmeza, que un día se quedaría en los Jardines cuando las verjas estuvieran cerradas.

—¡Oh, Tony —le decía con un respeto horrorizado—, las hadas se enfadarán muchísimo!

—No me importa —replicaba Tony en tono despreocupado.

—Quizá Peter Pan te deje navegar en su barca —decía ella, muy emocionada.

—Le obligaré a que me deje —respondía Tony.

No es de extrañar que estuviese orgullosa de su hermano.

Pero no deberían haber hablado tan alto, porque en cierta ocasión les oyó un hada que estaba recogiendo esqueletos de hojas, con las que esa gente tan pequeña teje sus cortinas de verano, y desde entonces Tony fue un niño marcado. Aflojaban las barandillas cuando él se sentaba en ellas, de modo que se caía de espaldas; le hacían tropezar pisándole el cordón del zapato, y sobornaban a los patos para que le hundieran el barquito. Casi todos los accidentes horribles que os suceden en los Jardines os pasan por la malevolencia de las hadas hacia vosotros; por eso conviene que tengáis mucho cuidado con lo que decís de ellas.



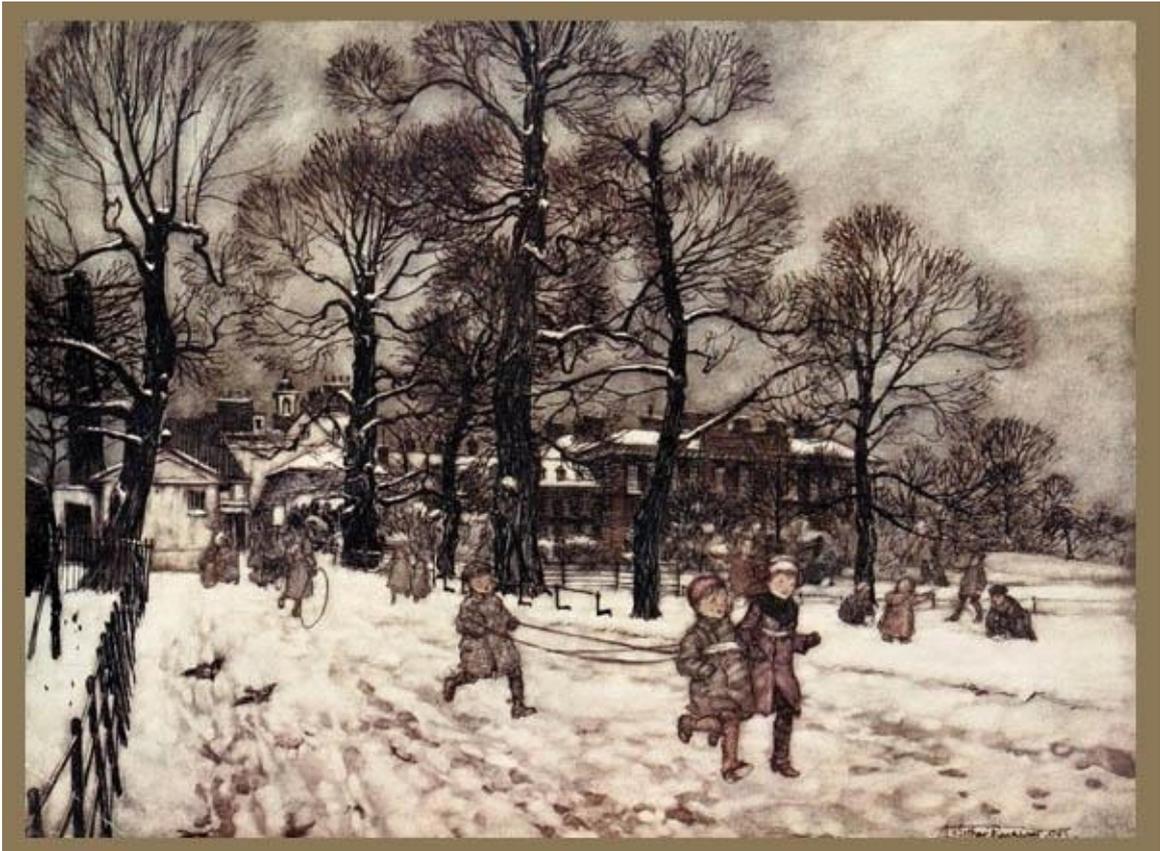
En cierta ocasión les oyó un hada.



La gente tan pequeña teje sus cortinas de verano con esqueletos de hojas.

Maimie era una de esas personas a las que les gusta fijar un día para hacer determinadas cosas, pero Tony no era igual, y, cuando ella le preguntaba qué día se quedaría en los Jardines después de la Hora de Cerrar, se limitaba a replicarle: «Un día de éstos»; era totalmente impreciso excepto cuando ella le preguntaba: «¿Será hoy?»; entonces Tony siempre replicaba que con toda seguridad hoy no sería. Por eso ella dedujo que su hermano estaba esperando una ocasión realmente buena.

Así llegamos a una tarde en que los Jardines estaban blancos de nieve y en que había hielo en el Estanque Redondo; un hielo que no era lo suficientemente sólido para patinar, pero por lo menos podrían estropearlo al día siguiente lanzando piedras, cosa que ya estaban haciendo un grupo de niños y niñas muy animados.





Una tarde en que los Jardines estaban blancos de nieve.

Cuando Tony y su hermana llegaron, quisieron ir directamente al Estanque, pero su aya^[16] replicó que, primero, debían dar un paseo rápido, y al decir esto echó una ojeada a la tablilla del horario para ver cuándo cerraban los Jardines aquella noche. Podía leerse: «A las cinco y media». ¡Pobre aya!, era una persona que siempre estaba riéndose de que hubiese tantos niños blancos en el mundo, pero ese día no iba a reírse mucho tiempo.

Bueno, recorrieron el Paseo de los Niños y luego regresaron, y, cuando estaban frente a la tablilla del horario, ella se quedó muy sorprendida al ver que en ese momento la hora de cierre que ponía era las cinco. Pero no conocía las artimañas de las hadas y por eso no vio (cosa que Maimie y Tony vieron enseguida) que las hadas habían cambiado la hora porque esa noche habría

baile. Dijo entonces que sólo les quedaba tiempo para ir hasta la cima del Montículo y volver, y cuando los niños trotaban a su lado no adivinó lo que emocionaba sus pequeños pechos. Como veis, se había presentado la ocasión de ver un baile de hadas. Tony se dio cuenta de que nunca se presentaría una ocasión mejor.

Maimie supo con toda claridad qué era lo que pasaba por la cabeza de su hermano. Sus ansiosos ojos hicieron la pregunta: «¿Será hoy?», y Tony respiró con dificultad y asintió con la cabeza. La mano de Maimie, que estaba caliente, agarró la de Tony, pero estaba fría. Luego hizo una cosa muy bonita: se quitó la bufanda y se la dio. «Por si acaso tienes frío», le susurró. Su cara estaba radiante, mientras los rasgos de Tony parecían sombríos.

Cuando se encontraban en la cima del Montículo y ya se volvían, él le susurró:

—Tengo miedo de que me vea la niñera, no sé si seré capaz de hacerlo.

Maimie le admiró más que nunca porque únicamente tenía miedo del aya, cuando tantos terrores desconocidos podían amedrentarle, y le dijo en voz alta:

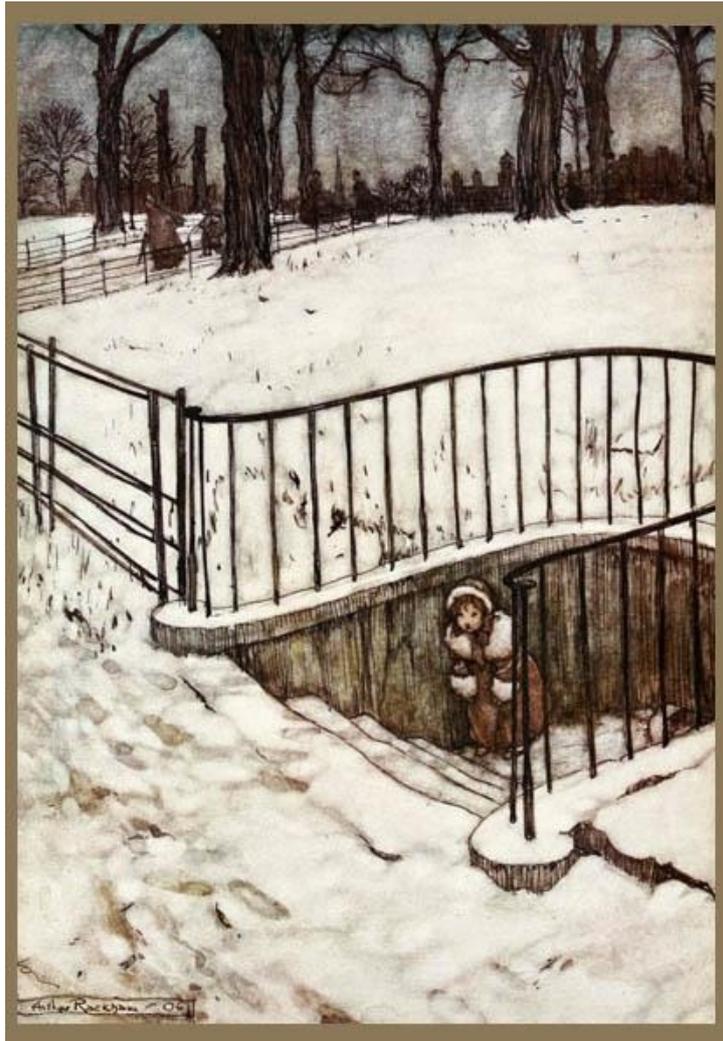
—Tony, te echo una carrera hasta la verja.

Y luego susurró:

—Así podrás esconderte.

Y echaron a correr.

A Tony no le hubiera costado mucho dejarla atrás, pero ella nunca le había visto correr con tanta rapidez como ahora, y estaba segura de que se daba prisa con el fin de tener más tiempo para esconderse. «¡Qué valiente! ¡Qué valiente!», estaban gritando sus ojos que lo adoraban, cuando sufrió una sorpresa terrible; en lugar de esconderse, ¡su héroe siguió corriendo después de alcanzar la verja! Ante aquel amargo espectáculo, Maimie se detuvo sin comprender, como si alguien robara de pronto todo su tesoro de cariño, y fue tal su disgusto que ni siquiera pudo sollozar; en medio de una oleada de protesta contra todos los cobardes llorones corrió hacia el Pozo de San Govor y se escondió allí en lugar de Tony.



Corrió hacia el Pozo de San Govor.

Cuando el aya llegó a la verja y vio a Tony a lo lejos pensó que la niña estaría con él y salió. Cayó el crepúsculo sobre los Jardines, y centenares de personas salieron, incluyendo la última, que siempre lo hacía corriendo; pero Maimie no la vio. Tenía los ojos fuertemente cerrados, pegados por unas lágrimas llenas de pasión. Cuando volvió a abrirlos, algo muy frío recorrió sus piernas y sus brazos y cayó sobre su corazón. Era la quietud de los Jardines. Luego oyó un *clang*, después, en otra parte, otro *clang*, luego *clang, clang*, cada vez más lejos. Era el Cierre de las Verjas.

Nada más desvanecerse a lo lejos el último *clang*, Maimie oyó con toda claridad una voz que decía: «¡Así está bien!». Era un sonido a madera y parecía venir de lo alto, y levantó los ojos a tiempo para ver un olmo que estiraba los brazos y bostezaba.

Estaba a punto de decir: «No sabía que usted pudiera hablar» cuando una voz metálica que parecía venir del cazo que había en el pozo le dijo al olmo:

«Supongo que hace algo de fresquito ahí arriba», y él sólo respondió: «No demasiado, pero te quedas entumecido estando tanto tiempo sobre una sola pierna», y agitó sus brazos vigorosamente, igual que los cocheros de los coches de caballos antes de arrancar. Maimie estaba sorprendidísima al ver que un gran número de árboles muy altos estaban haciendo lo mismo, y se escabulló hacia el Paseo de los Niños y se agachó muy atenta bajo un acebo de Menorca, que encogió los hombros pero no pareció preocuparse por ella.

No sentía el más mínimo frío. Llevaba puesto un abrigo de color rojizo y echada la capucha, por lo que no se veía nada de Maimie salvo su linda carita y sus rizos. El resto de su cuerpo estaba perfectamente oculto entre muchas ropas que le hacían parecer una pelota, de unos cuarenta centímetros en la cintura.

Había cosas muy interesantes en el Paseo de los Niños; Maimie llegó justo a tiempo para ver a un magnolio y a un lilo persa pasando por encima de la verja y marchándose a dar un elegante paseo. Por supuesto, caminaban dando una especie de saltitos, pero era porque utilizaban muletas.



Había cosas muy interesantes en el Paseo de los Niños.

Un saúco cruzó renqueando el paseo y se puso a charlar con unos jóvenes melocotoneros, que también llevaban muletas. Las muletas son los palos que sostienen los árboles jóvenes y los arbustos. Eran objetos muy familiares para Maimie, pero hasta esa noche nunca había sabido para qué se utilizaban.



Un saúco cruzó renqueando el paseo y se puso a charlar con unos jóvenes melocotoneros.

Espiando el paseo desde su escondite vio a su primera hada. Era un muchacho que corría paseo arriba junto a los sauces llorones. Y lo hacía de la siguiente forma: apretaba un resorte que había en los troncos y los sauces se cerraban como paraguas, inundando de nieve las pequeñas plantas de abajo. «¡Qué niño tan malo, qué niño tan malo!», gritó Maimie indignada, porque sabía lo que era tener un paraguas goteándote en las orejas.

Por suerte, el travieso granujilla no podía oírla, pero un crisantemo sí la oyó y dijo de manera tan directa: «¡Eh!, ¿quién anda ahí?», que a ella no le quedó otro remedio que salir y dejarse ver. Luego, todo el reino vegetal se quedó perplejo sin saber qué hacer.



Un crisantemo la oyó y dijo de manera directa:
«¡Eh!, ¿quién anda ahí?».

—Desde luego, no es asunto nuestro —dijo una madre selva después de que todos cuchichearan entre sí—, pero sabes de sobra que no deberías estar aquí, y quizá deberíamos denunciarte a las hadas. ¿Qué te parece?

—Me parece que no deberíais hacerlo —replicó Maimie.

Se quedaron tan perplejos que, enfurruñados, dijeron que no había nada que discutir con ella.

—No os lo pediría —les aseguró ella— si pensase que es incorrecto.

Y naturalmente, tras esta respuesta no quisieron ir con chismes a ninguna parte. Dijeron: «Qué le vamos a hacer», y «Así es la vida», porque pueden ser terriblemente sarcásticos; pero a ella le daban mucha pena los árboles que no tenían muletas, y dijo amablemente:

—Antes de ir al baile de las hadas, me gustaría llevaros a dar un paseo de uno en uno; podéis apoyaros en mí.

Los árboles aplaudieron entonces con sus manos y Maimie fue llevándolos y trayéndolos por el Paseo de los Niños, de uno en uno, poniendo un brazo, o un dedo alrededor de los más delicados, colocándoles recta la

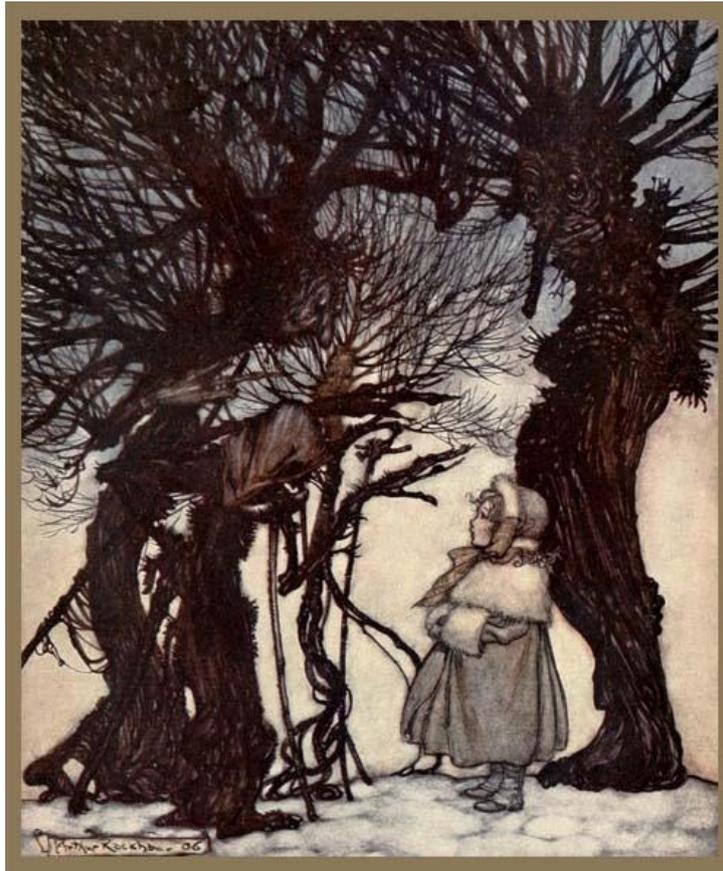
pierna derecha cuando se movían de forma demasiado ridícula, y tratando a los árboles extranjeros con la misma cortesía que a los ingleses, aunque no pudiese comprender ni una palabra de lo que decían.



Fue llevándolos y trayéndolos por el Paseo de los Niños

En general, se portaban bien, aunque alguno gimoteó que no los había llevado tan lejos como a Nancy, a Grace o a Dorothy, y otros la arañaron, pero fue sin querer, y ella era una dama demasiado educada para quejarse. Tanto paseo la cansaba y estaba ansiosa por ir al baile, pero ahora no sentía miedo. La causa de que ya no sintiese miedo es que había llegado la noche, y, como recordaréis, en la oscuridad, Maimie siempre era bastante extraña.

Ahora los árboles se resistían a dejarla, porque «si las hadas te ven», le advirtieron, «intentarán hacerte daño: apuñalarte hasta que mueras, o te obligarán a ser la niñera de sus hijos, o te convertirán en algo aburrido, como un roble de hoja perenne». Y al decir esto miraron con fingida piedad a un roble de hoja perenne, porque en invierno sienten mucha envidia de los árboles de hoja perenne.



Le advirtieron.

—¡Oh! —replicó el roble en tono mordaz—, qué acogedor es estar aquí abotonado hasta el cuello y miraros a vosotras, pobres criaturas desnudas que tiritáis de frío.

Los árboles se enfadaron, aunque ellos se lo habían buscado, y describieron para Maimie un cuadro muy sombrío de los peligros a los que tendría que hacer frente si insistía en ir al baile.

Un avellano púrpura le hizo saber que la corte no tenía su buen humor de siempre, por culpa del corazón seductor del Duque de las Margaritas de Navidad. Éste era un hada oriental, que sufría una enfermedad terrible, a saber, incapacidad para amar; y, aunque había tratado a muchas mujeres de muchos países, nunca había conseguido enamorarse de ninguna. La reina Mab, que rige los Jardines, había alimentado la esperanza de que alguna de sus doncellas lo hechizase, pero, por desgracia, su corazón seguía helado, según dijo el médico. Este doctor bastante importuno, que era el médico privado de la reina, auscultaba el corazón del Duque siempre que le presentaban a una dama y siempre movía su cabeza calva murmurando: «Frío, totalmente frío».



Movía su cabeza calva murmurando: «Frí o,
totalmente frí o».

Naturalmente, la reina Mab sentía mucha pena, y al principio intentó conseguir resultados ordenando a la corte que llorase durante nueve minutos; luego riñó a los Cupidos y decretó que llevaran gorritos de cascabeles hasta que el corazón del Duque se deshelase.



La reina Mab, que rige los Jardines.

—¡Cuánto me gustaría ver a los Cupidos con sus deliciosos gorros de cascabeles! —exclamó Maimie.

Y corrió en su busca de un modo muy imprudente, porque a los Cupidos no les gusta que se rían de ellos.

Siempre es fácil descubrir dónde se celebra un baile de hadas, porque hay unas cintas entre el lugar del baile y los puntos donde se reúne más gente de los Jardines, para que los invitados puedan ir al baile sin mojarse sus zapatos y zapatillas de baile. Aquella noche las cintas eran rojas, y lucían muy bonitas sobre la nieve.

Maimie caminó por una de ellas cierto trecho sin encontrar a nadie, pero al final vio un cortejo de hadas acercándose. A Maimie, que estaba muy sorprendida, le pareció que volvían del baile, y tuvo el tiempo justo de esconderse doblando las rodillas, estirando los brazos, y fingiendo que era una silla de jardín. Abrían la marcha seis jinetes a caballo, y otros seis iban al final; en el centro caminaba una dama muy repipi con un vestido de larga cola llevada por dos pajes, y sobre la cola, como si se tratase de una carroza, iba tumbada una niña encantadora, porque ésa es la forma que tienen las hadas aristócratas de viajar. Llevaba un vestido de lluvia dorada, pero la parte más envidiable de su persona era el cuello, de color azul, y de una textura de terciopelo que realzaba su collar de diamantes con un esplendor que no habría conseguido una garganta blanca. Las hadas de alta cuna consiguen ese admirable efecto pinchándose la piel y haciendo brotar la sangre azul que las tiñe; no podéis imaginar nada tan deslumbrante, a no ser que hayáis visto los bustos de damas en los escaparates de los joyeros.

Maimie también se dio cuenta de que todo el cortejo parecía estar furioso, levantando las narices hacia arriba por encima de lo que está permitido incluso a las hadas, y Maimie llegó a la conclusión de que el doctor había vuelto a decir otra vez: «Frío, totalmente frío».

Pues bien, Maimie siguió la cinta hasta el lugar donde formaba un puente sobre un charco de barro, en el que se había caído un hada incapaz de salir de allí. Al principio la pequeña damisela tenía miedo de Maimie, que acudía gentilmente en su ayuda; pero no tardó en sentarse en su mano charlando alegremente y explicándole que su nombre era Duende, y que aunque sólo era una pobre cantante callejera se acercaba al baile para ver si el Duque la miraba.

—Ya sé que soy muy poca cosa —dijo.

No le gustó esto a Maimie, porque en realidad aquella sencilla criatura era demasiado corriente para ser un hada.

Era difícil dar una respuesta apropiada.

—Ya veo que piensas que no tengo ninguna posibilidad —dijo Duende balbuceando.

—Yo no digo eso —respondió Maimie con mucha cortesía—, claro que tu rostro es un poco... un poco casero, pero...

Aquello le estaba resultando muy violento.

Por suerte, se acordó de la historia de su padre y el bazar. Él había ido a una feria de moda donde, el segundo día, podían verse por media corona las mujeres más hermosas de Londres, pero de vuelta en casa, en vez de

mostrarse insatisfecho con la madre de Maimie, había dicho: «No puedes imaginarte, querida, qué alivio es ver un rostro casero de nuevo».

Maimie repitió esta historia, que reconfortó enormemente a Duende, a la que ya no le quedaba la más pequeña duda de que el Duque la elegiría a ella. Por eso corrió por la cinta gritando a Maimie que no la siguiese, no fuera a ser que la reina le hiciera algún daño.

Pero la curiosidad de Maimie la llevó lejos, y bien pronto, junto a los Siete castaños españoles, vio una luz maravillosa. Gateó hacia adelante acercándose todo lo que pudo y se quedó vigilando detrás de un árbol.

La luz, que se alzaba de la tierra hasta la altura de su cabeza, estaba formada por miríadas de luciérnagas que se apretaban entre sí para formar un deslumbrante dosel sobre el círculo de las hadas. Había miles de personas diminutas contemplándolo, pero estaban en la sombra, y su color era pobre en comparación con las magníficas criaturas que había dentro del círculo luminoso; resultaban tan increíblemente brillantes que Maimie tuvo que guiñar los ojos todo el tiempo que se quedó mirándolas.

Era asombroso, e incluso molesto para ella, el hecho de que el Duque de las Margaritas de Navidad fuese capaz de resistirse por un instante al amor; y, sin embargo, era fácil comprobar que el sombrío personaje continuaba resistiendo por las miradas avergonzadas de la reina y de la corte (aunque todos fingían no preocuparse), por la forma en que las delicadas damiselas, después de haber sido presentadas al Duque, lloraban mientras les pedían que siguiesen avanzando, y por la deprimente cara del propio Duque.

Maimie también podía ver al pomposo doctor controlando el corazón del Duque y le oía expresarse con su grito de papagayo, y sentía pena sobre todo por los Cupidos, que estaban con sus gorros de payaso en sitios oscuros e inclinaban sus desdichadas cabecitas cada vez que oían aquel «¡Frío, totalmente frío!».

Estaba decepcionada por no ver a Peter Pan, y ahora sí que pudo contaros por qué tardaba tanto aquella noche. Porque su barca se había quedado encajada en la Serpentina, entre campos de hielos flotantes, a través de los cuales se abría un peligroso paso rompiéndolos con su leal remo.

Las hadas todavía no le habían echado de menos, porque su corazón, acongojado, no les permitía bailar. Se les olvidan todos los pasos de baile cuando están tristes, y vuelven a recordarlos cuando están contentas. David me cuenta que las hadas nunca dicen: «Me siento feliz»; lo que dicen es: «Me siento *bailarina*».



Las hadas nunca dicen: «Me siento feliz»; lo que dicen es: «Me siento bailarina».

Pues bien, lo cierto es que tenían un aspecto muy poco bailarín; y de repente estalló una carcajada entre los espectadores: era Duende, que acababa de llegar y exigía su derecho a ser presentada al Duque.



Tenían un aspecto muy poco bailarín.

Maimie estiró el cuello ansiosamente para ver cómo salía del paso su amiga, aunque en realidad no tenía esperanzas; nadie parecía tener la más mínima esperanza, salvo la propia Duende, que tenía una confianza absoluta. Fue llevada hasta su Gracia, y el doctor, poniendo despreocupadamente un dedo sobre el corazón ducal, al que, para mayor comodidad, podía llegarse a través de una trampilla practicada en su camisa de diamante, empezaba a decir mecánicamente: «¡Frío, total...», cuando de pronto se detuvo.

—¿Qué es esto? —exclamó.

Y lo primero que hizo fue agitar el corazón como si fuese un reloj, y luego acercarle su oreja.

—¡Por todos los diablos! —exclamó el doctor.

Como es lógico, la agitación que en ese momento se apoderó de los espectadores fue tremenda, con hadas que se desmayaban aquí y allá.

Todo el mundo contenía la respiración delante del Duque, que estaba muy asustado y parecía tener la intención de echar a correr. «¡Santo Cielo!», se oyó murmurar al doctor, porque, ahora, el corazón evidentemente estaba ardiendo; apartó con violencia los dedos y se los metió en la boca.

La incertidumbre era horrorosa.

Luego, en voz alta e inclinándose, el médico dijo entusiasmado:

—Milord Duque, tengo el honor de hacer saber a vuestra excelencia que vuestra Gracia se ha enamorado.



Milord Duque, tengo el honor de hacer saber a vuestra excelencia que vuestra Gracia se ha enamorado.

No podéis imaginaros el efecto de estas palabras. Duende tendió sus brazos al Duque y él cayó en ellos, la reina se echó en brazos del Lord Chambelán y las damas de la corte se echaron en brazos de sus caballeros, porque la etiqueta ordena seguir su ejemplo en todo. Por lo tanto, en un momento, se celebraron cincuenta matrimonios, ya que la forma que tienen

las hadas de casarse es echarse uno en brazos de otro. Por supuesto, tiene que estar presente un eclesiástico.

¡Cómo saltaba y brincaba la multitud! Se oyó el estruendo de las trompetas, salió la luna e, inmediatamente, miles de parejas sujetaron sus rayos como si fuesen cintas en una danza de mayo y bailaron frenéticamente alrededor del círculo de las hadas. Lo más asombroso de ver fue que los Amorcillos se arrancaron de la cabeza aquellos odiosos gorros de cascabel y los lanzaron a gran altura por el aire. Y entonces apareció Maimie y lo estropeó todo.

No lo pudo remediar. Estaba loca de alegría por la buena suerte de su amiguita; por eso dio varios pasos hacia adelante y exclamó extasiada:

—¡Oh, Duende, qué maravilla!

Todo el mundo se quedó inmóvil, cesó la música, se apagaron las luces, y todo esto ocurrió en menos tiempo del que se tarda en decir. «¡Oh, cariño!». Un espantoso sentido del peligro sobrecogió a Maimie; recordó, demasiado tarde, que era una niña perdida en un lugar en el que a ningún ser humano le está permitido permanecer entre el cierre y la apertura de las verjas; oyó el murmullo de una multitud furiosa, vio un millar de espadas relampagueantes en busca de su sangre, y lanzando un grito de terror huyó.

¡Cómo corría! Y todo el tiempo sus ojos parecían querer salirse de sus órbitas. Cayó al suelo muchas veces, y entonces se levantaba rápidamente y seguía corriendo. Su cabecita estaba tan dominada por el terror que corría sin saber que se encontraba en los Jardines. Sólo estaba segura de una cosa, de que no debía dejar de correr nunca, y pensó que seguiría corriendo mucho después de haberse desplomado en las Higueras y haberse ido a dormir. Pensó que los copos de nieve que caían sobre su cara eran los besos de su madre dándole las buenas noches. Creyó que el manto de nieve que la cubría era un cálido edredón, y trató de taparse con él la cabeza. Y cuando, en sueños, oyó hablar a alguien, pensó que era su madre llamando a su padre a la puerta del cuarto de los niños para verla dormir. Pero eran las hadas.

Me encanta poder decirlos que ya no deseaban hacerle daño. Cuando Maimie empezó a correr, habían desgarrado el aire con gritos como «¡Matadla!», «¡Convertidla en algo horrorosamente feo!», y cosas así, pero, mientras discutían sobre quién debía asumir el mando, la persecución se había retrasado mucho, y esto permitió a la Duquesa Duende arrojarle a los pies de la reina y pedirle una gracia.

Todas las novias tienen derecho a una gracia, y lo que ella pedía era la vida de Maimie.

—Cualquier cosa menos ésa —replicó duramente la reina Mab, y todas las hadas le hicieron coro:

—Cualquier cosa menos ésa.

Pero cuando supieron que Maimie había ayudado a Duende, permitiéndole llegar al baile para su gran gloria y fama, lanzaron tres hurras por el pequeño ser humano y se pusieron en marcha, como un ejército, para darle las gracias, con la corte al frente y el dosel a su lado. No les resultó difícil seguir las huellas que Maimie había dejado en la nieve.

Pero cuando la encontraron hundida en la nieve en las Higueras, les pareció imposible darle las gracias, porque no pudieron despertarla. De cualquier modo, celebraron la ceremonia de acción de gracias... es decir, el nuevo rey se subió encima de ella y le leyó un largo discurso de bienvenida, del que ella no oyó ni palabra. Luego le quitaron la nieve, pero como enseguida volvieron a cubrirla los copos, las hadas se dieron cuenta de que Maimie corría peligro de morirse de frío.

—Convertidla en algo a lo que no le importe el frío.

La sugerencia del doctor pareció acertada, pero lo único que, en su opinión, podía resistir al frío era un copo de nieve.

—Y además podría derretirse —observó la reina, por lo que abandonaron la idea.

Hicieron un gran intento por trasladarla a un lugar abrigado, pero, aunque las hadas eran muchas, la niña resultaba demasiado pesada para ellas. Cuando todas las damas estaban llorando en sus pañuelos, a los Amorcillos se les ocurrió una idea preciosa.

—Construid una casa alrededor —exclamaron.

Y acto seguido todos se dieron cuenta de que era lo que tenían que hacer; en un instante, un centenar de hadas serradoras se desparramaron entre las ramas; los arquitectos corrieron alrededor de Maimie tomándole medidas; y un taller de albañilería surgió a sus pies, setenta y cinco canteros trajeron la primera piedra y la reina la inauguró; se dispusieron vigilantes para mantener lejos a los niños, se levantaron andamios, todo el lugar resonó con el ruido de los martillos y cinceles y con el girar de los tornos, y en ese tiempo se construyó el tejado y los cristaleros colocaron las ventanas.



Construyendo la casa para Maimie.

La casa tenía exactamente las medidas de Maimie y era totalmente encantadora. Como ella tenía extendido uno de sus brazos, durante un rato eso les molestó; pero terminaron construyendo alrededor una galería que llevaba a la puerta principal. Las ventanas no eran más grandes que un libro coloreado y la puerta bastante más pequeña, pero para ella resultaba fácil salir levantando el tejado. Las hadas, siguiendo su costumbre, aplaudieron encantadas por su propia habilidad, y se enamoraron tan locamente de la casa que no podían soportar la idea de que estuviese acabada. Por eso le dieron una gran cantidad de pequeños retoques, y luego siguieron añadiéndole más retoques.

Por ejemplo, dos de ellas treparon por una escalera y pusieron una chimenea.

—Mucho me temo que esté terminada —suspiraron.

Pero no, porque otras dos treparon por una escalera y le pusieron un poco de humo a la chimenea.

—Ahora sí que está terminada —dijeron de mala gana.

—De ningún modo —exclamó una luciérnaga—; si la niña se despierta y no ve una lamparita de noche, podría asustarse; por eso yo seré su lamparita de noche.

—Espera un momento —dijo un comerciante de porcelana—, y te daré un platillo.

Ahora, ¡ay!, sí que estaba absolutamente terminada.

Nada de eso.

—Santo cielo —exclamó un cerrajero—, la puerta no tiene picaporte.

Y le puso uno.

Un herrero añadió un quitabarros, y una vieja dama llegó corriendo con un felpudo. Vinieron unos carpinteros con un barril para recoger el agua de lluvia, y los pintores insistieron en pintarla.

—¡Por fin está terminada!

—¡Terminada! ¿Cómo puede estar terminada —preguntó el fontanero en tono despectivo— si no tiene agua caliente ni fría?

E instaló agua caliente y agua fría. Luego apareció un ejército de jardineros con carretillas de hadas y azadas y semillas y bulbos, y no tardó en surgir un jardín de flores a la derecha de la galería, y una pequeña huerta de vegetales a la izquierda, y rosas y clemátides sobre las paredes de la casa, y en menos de cinco minutos todas estas cosas adorables habían florecido.

¡Qué hermosa era ahora la casita! Pero por fin estaba terminada de verdad, y las hadas tuvieron que abandonarla y regresar al baile. Todas le enviaron un beso con la mano cuando se alejaban, y la última en irse fue Duende. Mientras las otras se marchaban, ella se quedó un momento para dejar caer un dulce sueño chimenea abajo.

Durante toda la noche, la preciosa casita permaneció allí, en las Higueras, cuidándose de Maimie, pero ella no lo supo. Durmió hasta que su sueño hubo acabado del todo, y se despertó sintiendo una deliciosa sensación de bienestar justo en el momento en que la mañana estaba rompiendo el huevo; luego, estuvo a punto de volver a dormirse; por último gritó: «Tony», creyendo que estaba en casa, en el cuarto de los niños. Como Tony no le respondía, se sentó, y al hacerlo se golpeó la cabeza contra el techo y entonces se abrió como la tapa de una caja; muy sorprendida, vio a su alrededor los jardines de Kensington enterrados en la nieve. Como no estaba en el cuarto de los niños, se preguntó si en realidad era ella misma, y por eso se pellizcó las mejillas;

entonces comprendió que era ella, y recordó que estaba en medio de una aventura extraordinaria. Ahora recordaba todo lo que le había ocurrido, desde que se cerraron las verjas hasta la carrera huyendo de las hadas; pero ¿cómo había conseguido meterse en aquel sitio tan gracioso? Salió por el tejado, cruzó el jardín, y entonces vio la magnífica casa en que había pasado la noche. Quedó tan extasiada que no pudo pensar en otra cosa.

—¡Qué bonita! ¡Qué dulce! ¡Qué delicia! —exclamó.

Quizá una voz humana asustó a la casita, o tal vez comprendió que su tarea había terminado, por lo que, en cuanto Maimie se puso a hablar, empezó a menguar; se encogía tan despacio que apenas podía creer que estaba encogiéndose, aunque no tardó en darse cuenta de que ahora ya no podría contenerla. La casita seguía siendo tan completa como antes, pero cada vez se volvía más y más pequeña, y el jardín disminuía al mismo tiempo, mientras la nieve iba subiendo poco a poco, lamiendo la casa y el jardín. Ahora la casa tenía las medidas de una pequeña perrera, luego las de un Arca de Noé, pero se podía seguir viendo el humo y el picaporte de la puerta y las rosas en la pared, todo estaba completo. La brillante luciérnaga también estaba menguando, pero allí seguía.

—¡No te vayas, querida! —gritó Maimie cayendo de rodillas.

Ahora la casita tenía las dimensiones de un carrete de hilo, pero seguía estando completa. Mientras Maimie tenía los brazos extendidos en actitud de súplica, la nieve continuó subiendo hasta que se reunió por todas partes, y donde había estado la casita había ahora una intacta extensión de nieve.

Maimie dio una patada de disgusto en el suelo, y estaba poniéndose las manos en los ojos cuando oyó una voz amable decir:

—No llores, graciosa niña, no llores.

Se volvió y vio a un hermoso niño desnudo mirándola lleno de nostalgia. Supo en el acto que tenía que ser Peter Pan.





Capítulo 6

La cabra de Peter

Maimie sintió mucho miedo, pero Peter no sabía lo que era el miedo.

—Espero que hayas pasado una buena noche —dijo muy serio.

—Gracias —contestó ella—, he dormido muy bien y calentita. Pero tú — y lanzó una mirada incómoda a su desnudez—, ¿no tienes ni un poquito de frío?

Frío era otra de las palabras que Peter había olvidado, por lo que respondió:

—Me parece que no, pero puedo estar equivocado; verás, soy bastante ignorante. No soy exactamente un muchacho; Salomón dice que soy Ni Lo Uno Ni Lo Otro.

—Entonces así es como te llaman —dijo Maimie pensativa.

—Ese no es mi nombre —explicó él—, mi nombre es Peter Pan.

—Sí, por supuesto —respondió ella—. Ya lo sé, todos lo saben.

No podéis imaginaros la alegría de Peter al saber que todo el mundo había oído hablar de él al otro lado de las verjas. Rogó a Maimie que le dijera qué sabían y qué se decía de él, y ella se lo dijo. En ese momento estaban sentados encima de un árbol caído; Peter había limpiado la nieve para que Maimie se sentase, mientras él hacía lo mismo en un trocito nevado.

—Acércate más —dijo Maimie.

—¿Eso qué es? —preguntó Peter.

Ella se lo explicó y él lo hizo. Se pusieron a hablar, y Peter llegó a la conclusión de que la gente sabía un montón de cosas sobre él, pero no todas;

no sabían que había vuelto a casa de su madre y había encontrado cerrada la ventana, por ejemplo, pero no le dijo nada de esto a Maimie, porque todavía se sentía humillado.

—¿Sabe la gente que juego igual que los niños de verdad? —preguntó lleno de orgullo—. ¡Oh!, Maimie, cuéntaselo, por favor.

Pero cuando le explicó cómo jugaba, haciendo navegar su aro por el Estanque Redondo y demás, ella se quedó sencillamente horrorizada.

—Tu forma de jugar —dijo con sus grandes ojos muy abiertos— está total, totalmente equivocada, y no es para nada la manera como juegan los niños.

El pobre Peter lanzó un leve gemido al oír estas palabras, y lloró por primera vez durante no sé cuánto tiempo. Maimie sentía mucha pena por él y le ofreció su pañuelo, pero Peter no sabía qué se podía hacer con él; ella le enseñó, es decir, se secó los ojos y se lo entregó diciéndole: «Ahora hazlo tú», pero, en vez de enjugarse los ojos, secó los de Maimie, y ella pensó que lo mejor era fingir que Peter había entendido lo que le decía.

Llena de lástima, le dijo:

—Te daré un beso si quieres.

Pero aunque él una vez lo supo, hacía mucho que había olvidado lo que era un beso, y contestó: «Gracias», y extendió la mano, pensando que su amiga quería depositar en ella alguna cosa. Maimie quedó muy impresionada, pero pensó que no podía explicárselo sin avergonzarle, por lo que, con una delicadeza encantadora, le dio a Peter un dedal que casualmente tenía en el bolso, y pretendió que aquello era un beso. ¡Pobre niño! Se lo creyó, y todavía hoy lo lleva en el dedo, aunque no puedo creer que haya una persona en el mundo que necesite un dedal menos que él. Ya lo veis, aunque seguía siendo niño, habían pasado muchos años desde que había visto por última vez a su madre, y me atrevería a decir que el niño pequeño que había ocupado su sitio era ya un hombre hecho y derecho.

Pero no vayáis a pensar que Peter Pan era un niño al que había que compadecer; también había que admirarle. Si Maimie empezó pensando lo primero, pronto descubrió que estaba muy equivocada. Sus ojos brillaron llenos de admiración cuando él le contó sus aventuras, sobre todo cuando le contó su travesía de aquí para allá entre la isla y los Jardines en el Nido del Tordo.

—¡Qué romántico! —exclamó Maimie.

Pero Peter tampoco conocía esta palabra y bajó la cabeza pensando que ella lo despreciaba.

—Supongo que Tony nunca habría hecho eso, ¿verdad? —dijo humildemente.

—¡Nunca jamás! —respondió totalmente convencida—, habría tenido miedo.

—¿Qué es miedo? —preguntó Peter lleno de ansiedad. Pensó que debía de ser algo maravilloso.

—¡Cuánto me gustaría que me enseñases a tener miedo, Maimie! —dijo.

—Creo que a ti nadie podría enseñártelo —respondió ella con adoración.

Pero Peter pensó que la frase significaba que era un estúpido. Ella le había hablado de Tony y de las cosas perversas que solía decirle en la oscuridad para asustarle (sabía perfectamente que eso era ser mala), pero Peter volvió a equivocar el significado y dijo:

—¡Cuánto me gustaría ser tan valiente como Tony!

Estas palabras la irritaron completamente.

—Tú eres veinte mil veces más valiente que Tony —dijo—; eres, con diferencia, el niño más valiente que he conocido en mi vida.

Peter apenas podía creer lo que Maimie decía, pero cuando la creyó lanzó un grito de alegría.

—Y si de veras tienes muchas ganas de darme un beso —dijo Maimie—, puedes hacerlo.

A regañadientes, Peter empezó a quitarse el dedal de su dedo. Pensó que tenía que devolvérselo.

—No quería decir un beso —dijo ella corriendo—, quería decir un dedal.

—¿Y eso qué es? —preguntó Peter.

—Esto —dijo ella.

Y le dio un beso.

—Me gustaría darte un dedal —dijo Peter muy serio, y le dio uno.

Siguió dándole un montón de dedales, y luego se le ocurrió una idea deliciosa.

—Maimie —dijo—, ¿quieres casarte conmigo?

Es extraño, pero la misma idea se le había ocurrido a Maimie exactamente en el mismo momento.

—Claro que me gustaría —contestó—, pero ¿hay sitio suficiente para los dos en tu barca?

—Si te aprietas mucho contra mí... —respondió Peter con entusiasmo.

—¿Y no se enfadarían los pájaros?

Peter le aseguró que los pájaros también estarían encantados con ella, aunque yo no estoy tan seguro. Además de que en invierno había muy pocos

pájaros.

—Claro que quizá quieran tus vestidos —admitió Peter bastante dubitativo.

A Maimie eso le parecía algo indignante.

—Siempre están pensando en sus nidos —dijo Peter disculpándolos—, y algunas de tus cosas —le acariciaba la piel de su abrigo— les gustan mucho.

—No me quitarán mi piel —dijo ella en tono áspero.

—No —le dijo Peter que, sin embargo, seguía acariciándole la piel—, no. ¡Ah!, Maimie —exclamó efusivo—, ¿sabes por qué te quiero? Porque me pareces un nido precioso.

A Maimie estas palabras no le gustaron lo más mínimo.

—Me parece que ahora estás hablando más como un pájaro que como un niño —dijo, echándose hacia atrás.

Y realmente Peter parecía más bien un pájaro.

—Después de todo —continuó ella—, no eres más que un Ni Lo Uno Ni Lo Otro.

Viendo que estas palabras le habían ofendido, añadió inmediatamente:

—Debe de ser algo delicioso.

—Entonces ven y sé como yo, querida Maimie —le imploró Peter, que salió en busca del barco porque ya se acercaba la Hora de Abrir.

—Y no te pareces a un nido para nada —le susurró para complacerla.

—Pues a mí me parece que es muy bonito ser nido —dijo Maimie, contradiciéndose como una mujer—. Y Peter, querido, aunque no puedo darles mi piel, no me importaría que vinieran a vivir en ella. Imagínate un nido en mi cuello con un montón de huevecitos moteados. ¡Oh, Peter, sería totalmente delicioso!

Pero cuando estaban llegando a la Serpentina, Maimie sintió un escalofrío y dijo:

—Naturalmente, iré a visitar a mamá a menudo, muy a menudo. Esto no es como si dijera adiós para siempre a mi madre, no, no se parece nada a eso.

—No, claro —respondió Peter.

Pero en su corazón sabía que las cosas eran así, y se lo habría dicho si no hubiera temblado ante la idea de perderla. Le gustaba tanto Maimie que sentía que no podría vivir sin ella. «Con el tiempo se olvidará de su madre y será feliz conmigo», seguía diciéndose, y la apremiaba dándole dedales por el camino.

Pero incluso cuando vio la barca y lanzó exclamaciones entusiastas sobre su belleza, Maimie seguía hablando con voz temblorosa de su madre.

—Sabes de sobra, Peter —decía—, que no iría si no estuviera segura de poder volver con mi madre cuando quiera. Dilo, Peter.

Peter lo dijo, pero ya no pudo seguir mirándola a la cara.

—Si estás segura de que tu madre te querrá siempre... —añadió en tono agrio.

—¡Vaya una idea que mamá deje de quererme! —exclamó Maimie, con la carita radiante.

—Si no te cierra la puerta... —dijo Peter con voz ronca.

—La puerta siempre estará abierta, siempre —replicó Maimie—, y mamá siempre estará esperándome.

—Entonces —dijo Peter, no sin severidad—, si estás tan segura de ella, sube.

Y la ayudó a entrar en el Nido del Tordo.

—Pero ¿por qué no me miras? —le preguntó, agarrándole del brazo.

Peter trató de no mirarla, intentó zarpar, pero luego lanzó un gran sollozo, saltó a tierra y se sentó muy abatido en medio de la nieve.

Maimie se acercó a él.

—¿Qué te pasa, querido, querido Peter? —le dijo, sorprendida.

—¡Ay, Maimie! —exclamó Peter—, no es justo que te lleve conmigo si piensas que puedes volver. Tu mamá... —volvió a sollozar—... tú no conoces a las mamás tan bien como yo.

Y entonces le contó su dolorosa historia de cómo le habían cerrado la puerta, y ella balbuceaba todo el tiempo.

—Pero mi mamá —decía—, *mi* mamá...

—Sí, haría lo mismo —dijo Peter—, todas son iguales. Me atrevería a decir que ya está buscando otra niña.

Maimie dijo aterrada:

—No puedo creerlo. Mira, cuando tú te marchaste, tu madre no tenía a nadie, pero mi madre tiene a Tony, y seguro que las madres están satisfechas cuando tienen a alguien.

Peter replicó con amargura:

—Deberías ver las cartas que envían a Salomón algunas damas que tienen seis hijos.

Justo entonces oyeron un chirriante *criik*, seguido de *criik*, *criik*, todo alrededor de los Jardines. Era la Hora de Abrir las verjas, y Peter saltó nervioso dentro de su barca. Se dio cuenta de que, ahora, Maimie no se iría con él, y hacía grandes esfuerzos para no llorar. Maimie sollozaba dolorosamente.

—Si fuera demasiado tarde... —dijo ella, angustiada—. ¡Ay, Peter, si mamá ya tuviera otra niña!

Volvió a saltar a tierra como si Maimie le hubiera pedido que volviese.

—Esta noche iré a buscarte —le dijo abrazándola—, pero, si te das prisa, todavía creo que estás a tiempo.

Luego le dio un último dedal en su dulce boquita y se cubrió la cara con las manos para no ver que se iba.

—¡Mi querido Peter! —exclamó ella.

—¡Mi querida Maimie! —exclamó el trágico muchacho.

Ella se echó en sus brazos, como si aquello fuese una especie de matrimonio de hadas, y luego se puso a correr. ¡Qué prisa se dio hasta llegar a las verjas! Podéis estar seguros de que, aquella noche, Peter volvió a los Jardines en cuanto oyó la Hora de Cerrar, pero no encontró a Maimie; así supo que Maimie había llegado a tiempo. Durante mucho tiempo esperó que, alguna noche, la niña volviese con él; con frecuencia creía verla esperándole en la orilla de la Serpentina cuando su barco se acercaba a tierra, pero Maimie nunca volvió. Ella quería, pero tenía miedo de que, si volvía a ver a su querido Ni Lo Uno Ni Lo Otro, se habría quedado mucho tiempo a su lado; además, el aya tenía ahora los ojos bien abiertos. Pero con frecuencia hablaba cariñosamente de Peter, y tejió una funda de tetera para él; y un día que estaba preguntándose qué le habría gustado como regalo de Pascua, su madre tuvo una ocurrencia.

—Nada —dijo pensativa—, nada le resultaría tan útil como un cabra.

—Podría correr montado en ella —exclamó Maimie— y tocar la flauta al mismo tiempo.

—Entonces —le preguntó su madre— ¿por qué no le das tu cabra, la que usas para asustar a Tony por la noche?

—Pero no es una cabra de verdad —dijo Maimie.

—A Tony le parece de verdad —replicó su madre.

—También a mí me parece que asusta de verdad —admitió Maimie—, pero ¿cómo podría dársela a Peter?

Su madre conocía una manera, y al día siguiente, acompañadas por Tony (que era un niño realmente simpático, aunque, por supuesto, no pudiera compararse con Peter), fueron a los Jardines, y Maimie entró sola en un círculo de hadas; entonces su madre, que era una señora muy inteligente, dijo:

*Hija mía, si puedes, dime
¿qué tienes para Peter Pan?*

A lo que Maimie respondió:

*Tengo una cabra que darle,
una cabra para que cabalque.*

Luego movió los brazos como si estuviese esparciendo semillas, y giró sobre sí misma tres veces. Entonces Tony dijo:

*Si Peter anda por aquí,
ningún miedo me da.*

Y Maimie respondió:

*Ni de noche ni de día he de tener
cabras aquí, ni tampoco allá.*



También dejó una carta para Peter en un lugar muy bonito, explicándole que se la regalaba y rogándole que pidiese a las hadas que hiciesen de la cabra algo apropiado para cabalgar. Pues bien, todo ocurrió como esperaba: Peter encontró la carta y, naturalmente, no había nada más fácil para las hadas que convertir a la cabra en una cabra de verdad; y así consiguió Peter la cabra con que ahora cabalga todas las noches alrededor de los Jardines, tocando maravillosamente la flauta. Y Maimie cumplió su promesa, y no volvió a asustar a Tony con una cabra, aunque he oído que inventó otro animal. Hasta que se convirtió en una chica mayor, siguió dejando regalos para Peter en los Jardines (acompañados de cartas que explicaban cómo jugaban con ellos los niños de verdad), y no es la única persona que los deja. También David, por ejemplo, lo hace, y él y yo sabemos los mejores sitios para dejarlos; si os interesa, os los enseñaremos, pero, por favor, no nos los pidáis delante de Porthos, que está tan encaprichado con los juguetes que, si llega a encontrarlos, se quedaría con todos.

Aunque Peter todavía se acuerda de Maimie, está más contento que nunca, y a menudo salta de pura felicidad con su cabra y retoza alegremente en la hierba. ¡Qué días tan felices! Pero todavía tiene un vago recuerdo de que, una vez, fue un ser humano, y esto le hace ser amable con las golondrinas cuando visitan la isla, porque las golondrinas son los espíritus de los niños que han

muerto. Siempre hacen sus nidos en los aleros de las casas en que vivieron cuando fueron seres humanos, y a veces tratan de entrar volando por la ventana del cuarto de los niños; quizá por eso Peter quiere a las golondrinas más que a los demás pájaros.

¿Y la casita? Todas las noches normales (es decir, todas las noches menos aquellas en que hay baile) las hadas construyen la casita por si algún niño se ha quedado perdido en los Jardines, y Peter cabalga por la zona en busca de niños perdidos, y si los encuentra los monta en su cabra y los lleva a la casita; y cuando se despiertan y salen, pueden verla. Las hadas construyen la casa simplemente porque les parece bonita, pero Peter cabalga en su cabra por los Jardines en recuerdo de Maimie, y porque todavía le gusta hacer lo que cree que hacen los niños de verdad.

Pero no creáis que es algo seguro quedarse en los Jardines después de la Hora de Cerrar simplemente porque haya una casita encendida entre los árboles. Si, por casualidad, una de las hadas traviesas os encuentra de noche, desde luego que os haría alguna diablura; además, podríais moriros de frío y de miedo a la oscuridad antes de que Peter Pan os encuentre.

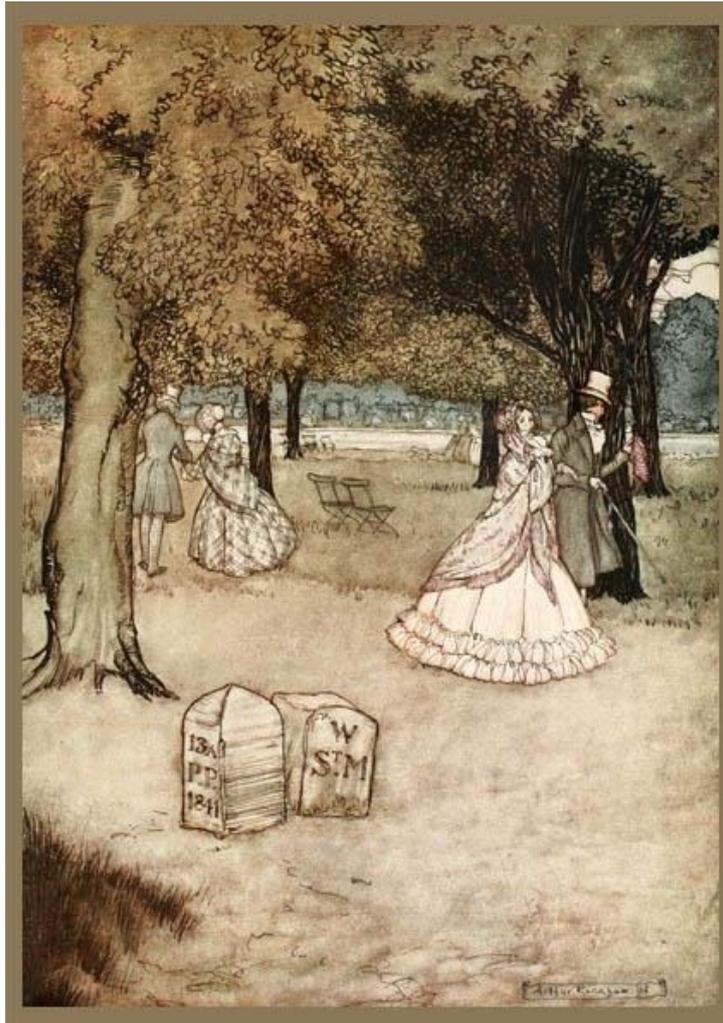


Si, por casualidad, una de las hadas traviesas os encuentra de noche...



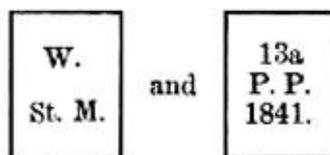
... desde luego que os haría alguna diablura.

Muchas veces ha llegado demasiado tarde, y, cuando se da cuenta, vuelve al Nido del Tordo en busca de su remo, cuyo verdadero uso le enseñó Maimie, y cava una tumba para el niño, erigiendo una pequeña lápida en la que esculpe las iniciales del pobre niño. Y lo hace porque cree que los niños de verdad lo harían; vosotros debéis de haber visto esas pequeñas lápidas, y os habréis dado cuenta de que siempre hay dos juntas. Las pone así, de dos en dos, porque le parece que estarán menos solos. Yo creo que el espectáculo más conmovedor que hay en los Jardines son las dos tumbas de Walter Stephen Matthews y de Phoebe Phelps^[17].



Yo creo que el espectáculo más conmovedor que hay en los Jardines son las dos tumbas de Walter Stephen Matthews y de Phoebe Phelps.

Están una al lado de la otra, justo donde acaba la parroquia de Santa María de Westminster y empieza la parroquia de Paddington. Ahí encontró Peter a los dos niños pequeños, que se habían caído del carrito sin que nadie se diera cuenta; Phoebe tenía trece meses y Walter probablemente era más joven; parece que, por delicadeza, Peter no quiso poner la edad en las lápidas. Yacen los dos juntos, y pueden leerse estas sencillas inscripciones:



Algunas veces, David pone flores blancas sobre estas dos tumbas inocentes.

¡Qué extraño debe de ser para los padres cuando corren a los Jardines, a la hora de abrir las puertas, en busca de sus hijos perdidos, encontrar en su lugar las delicadas y pequeñas tumbas! Espero que Peter no tenga que usar demasiado su azada. Es una cosa bastante triste.



Peter Pan y Wendy

Ilustraciones

Mabel Lucie Attwell

Flora White

F.D. Bedford

Capítulo I

La aparición de Peter

Todos los niños, menos uno, crecen. Desde muy pronto saben que van a crecer, y Wendy lo supo de la siguiente manera: un día, cuando tenía dos años, estaba jugando en el jardín, cogió una flor y corrió con ella hacia su madre. Supongo que en ese momento estaba encantadora, porque la señora Darling se llevó la mano al corazón y exclamó: «¡Ojalá pudieras quedarte así para siempre!». Fue todo lo que ocurrió entre ellas, pero desde ese instante Wendy supo que tenía que crecer. Todos nos enteramos de eso a los dos años. Los dos años son el principio del fin.

Vivían, por supuesto, en el número 14, y hasta la llegada de Wendy, su madre era la persona más importante de la calle. Era una dama encantadora, de mentalidad romántica y, con un dulce pliegue burlón en la boca. Su mentalidad romántica se parecía a esas cajitas que nos vienen del misterioso Oriente: por mucho que abráis una tras otra, siempre quedan más dentro; y en su boca dulcemente burlona siempre había un beso que Wendy nunca pudo alcanzar, a pesar de estar allí, bien visible, en la comisura derecha de los labios.

El señor Darling la conquistó de la siguiente manera: todos los caballeros que habían sido adolescentes en la época en que era una jovencita, descubrieron al mismo tiempo que estaban enamorados de ella, y todos echaron a correr a su casa para declararle su amor, menos el señor Darling, que tomó un coche y llegó el primero: así la consiguió. Lo había conseguido todo de ella, todo menos la última de las cajitas y el beso. De la caja nunca supo nada, y del beso, con el tiempo acabó renunciando a él. Wendy pensaba que tal vez Napoleón habría podido conseguirlo, pero yo me lo imagino intentando su conquista, y luego marchándose furioso y dando un portazo.

El señor Darling solía vanagloriarse delante de Wendy de que su madre no sólo le quería sino que lo respetaba. Era uno de esos hombres profundos que lo saben todo de cotizaciones y de acciones. En realidad, nadie entiende gran cosa de todo eso, pero él daba la impresión de entendido en la materia, y algunas veces decía que las cotizaciones subían y que las acciones bajaban de una manera que habría inspirado respeto a cualquier mujer.

La señora Darling se había casado de blanco, y al principio llevaba las cuentas a la perfección, incluso con alegría, como si se tratase de un juego y sin olvidarse de anotar hasta la más pequeña col de Bruselas; pero poco a poco empezaron a olvidársele coliflores enteras y en su lugar aparecieron figuritas de niños sin cara. Los dibujaba cuando tenía que estar haciendo sumas y restas. Eran presentimientos de la señora Darling.

Wendy llegó primero, luego John, y después Michael.

Una semana o dos después de la llegada de Wendy, sus padres se preguntaron si podrían quedársela, porque era una boca más que alimentar. El señor Darling estaba muy orgulloso de su hija; pero, muy preocupado por la honorabilidad, se sentó en el borde de la cama de la señora Darling cogiéndole la mano y calculando gastos, mientras ella le lanzaba una mirada suplicante. Estaba decidida a correr el riesgo, pasara lo que pasase, pero él no hacía las cosas así, sino con papel y lápiz, y cada vez que ella le confundía haciéndole sugerencias tenía que volver a empezar desde el principio.

—No me interrumpas —decía él en tono de súplica—. Tengo aquí una libra con diecisiete y dos libras con seis en la oficina; puedo suprimir el café de la oficina, pongamos diez chelines, es decir dos libras nueve chelines y seis peniques, con tus dieciocho chelines y tres peniques, en total tres libras y nueve chelines... —¿quién se ha movido?— ocho libras, nueve chelines, siete coma y me llevo siete... —no digas nada, cariño—... más la libra que le prestaste a aquel hombre que vino a llamar a nuestra puerta... —calla, niña— ... coma, y me llevo niña... —¿ves?, ya me has equivocado—... ¿He dicho nueve, nueve y siete? Sí, he dicho nueve, nueve y siete; el problema es: ¿podemos intentarlo durante un año con nueve libras, nueve chelines y siete peniques?

—Claro que podemos, George —exclamó ella.

Pero se ponía de parte de Wendy cuando, de los dos, era él en realidad el que tenía el carácter más fuerte.

—Acuérdate de las paperas —le advirtió él en tono casi amenazador, y siguió calculando—. Paperas una libra, eso es lo que he anotado pero me atrevería a decir que no bajará de treinta chelines... No digas nada... sarampión, una libra y cinco, la rubéola, media guinea^[18], en total dos libras, quince chelines y seis peniques... ¡no muevas así el dedo!... la tos ferina, pongamos quince chelines...

Y así sucesivamente, con un total siempre distinto; pero al final Wendy terminó siendo aceptada, con las paperas reducidas a doce chelines con seis y los dos sarampiones confundidos en uno solo.

Con John ocurrió exactamente lo mismo y Michael se libró por los pelos, pero ambos se quedaron en casa y no tardó en verse a los tres dirigiéndose en fila hacia el jardín de infancia de la señorita Fulsom, acompañados por su niñera.

A la señora Darling le gustaba respetar las conveniencias, y el señor Darling tenía verdadera pasión por no diferenciarse en nada de sus vecinos; por eso, como es lógico, tenían una niñera. Como eran pobres debido a la cantidad de leche que bebían los niños, su niñera era una perra terranova bastante remilgada, llamada Nana, que no había pertenecido a nadie en particular antes de que la contrataran los Darling. Sin embargo, los niños siempre le habían parecido importantes, y los Darling la habían conocido en los Jardines de Kensington, donde pasaba la mayor parte de su tiempo libre asomando el hocico dentro de los cochecitos de los niños, y donde era cordialmente odiada por las niñeras descuidadas a las que seguía hasta sus casas y de las que se quejaba a sus señoras. En su papel de niñera resultó ser una verdadera joya. ¡Qué cuidadosa era a la hora del baño! Y se levantaba en cualquier momento de la noche si alguno de los niños que tenía encomendados hacía el menor ruido. Por supuesto, su caseta estaba instalada en el cuarto de los niños. Tenía un talento especial para reconocer si una tos requería sólo un poco de paciencia o un calcetín de lana alrededor de la garganta. Hasta el fin de sus días tuvo fe en los remedios de toda la vida, como la hoja de ruibarbo, y emitía gruñidos de desprecio cuando oía mencionar las teorías de moda sobre los gérmenes y cosas así. Era todo un ejemplo de buenos modales cuando escoltaba a los niños a la escuela, caminando a su lado cuando se portaban bien y dándoles empujoncitos si se salían de la fila. Los días en que John jugaba al fútbol, nunca se le olvidaba su jersey, y por regla general llevaba un paraguas en la boca por si acaso llovía. En la planta baja del colegio de la señorita Fulsom había una sala donde esperaban las niñeras. Ellas se sentaban en los bancos mientras que Nana se tumbaba en el suelo, pero ésa era la única diferencia. Sin embargo, fingían despreciarla como a un ser de condición social inferior, y Nana detestaba su parloteo frívolo. Tampoco le gustaba que las amigas de la señora Darling visitasen el cuarto de los niños, y, si aparecían alguna vez, le quitaba rápidamente a Michael la blusa y le ponía el delantal de bordados azules, arreglaba la ropa de Wendy y pasaba un peine por el pelo de John.



En su papel de niñera resultó ser una verdadera
joya

Sería imposible encontrar un cuarto de niños tan cuidado, y el señor Darling lo sabía, aunque a veces estuviese preocupado, nervioso, por las habladurías de los vecinos.

Después de todo, había que tener en cuenta su posición social en la ciudad.

También le preocupaba Nana por otro motivo. A veces tenía la sensación de que no le admiraba.

—Sé que te admira enormemente —le aseguraba la señora Darling, que hacía a los niños una seña para que se mostraran especialmente cariñosos con su padre.

Luego se organizaban unos bailes maravillosos en los que a veces dejaban participar a Liza, la otra criada. Con su falda larga y la cofia de doncella casi parecía enana, aunque había jurado a sus señores, al entrar a su servicio, que nunca volvería a cumplir los diez años. ¡Qué alegría la de aquellos retozos! Y la más alegre de todos era la señora Darling, que daba brincos y hacía piruetas

con tal animación que lo único que se veía era su beso, y si alguien hubiese saltado entonces sobre ella habría podido cogerlo al vuelo. Nunca hubo familia más sencilla y más feliz hasta la aparición de Peter Pan.

La señora Darling oyó hablar de Peter por primera vez cuando estaba poniendo un poco de orden en la mente de sus hijos. Por la noche, las madres buenas, una vez que sus pequeños se han dormido, suelen ir a figonear en sus cabezas y ordenarlas para la mañana siguiente, volviendo a colocar en su sitio el gran montón de cosas que se han descolocado durante el día. Si pudieseis quedaros despiertos —pero claro está que no podéis—, sorprenderíais a vuestra propia madre haciéndolo, y os resultaría muy interesante observarla. Es algo así como ordenar cajones. Supongo que la veríais de rodillas, mirando divertida algunas de las cosas que contenéis, preguntándose de dónde habéis sacado esto o aquello, yendo de sorpresa en sorpresa, no siempre agradable, acercando esto a su mejilla como si fuera tan suave como un gatito, y apartando rápidamente esto otro de su vista. Al despertaros por la mañana, las travesuras y malas pasiones con que os metisteis en la cama la noche anterior están cuidadosamente dobladas y colocadas en el fondo de vuestra mente; y en la parte de arriba, bien aireados, están extendidos vuestros pensamientos más bonitos, listos para que os los pongáis.

No sé si habéis visto alguna vez el mapa de la mente de una persona. A veces, los médicos trazan mapas de otras partes de vuestro cuerpo, y vuestro propio mapa puede resultar enormemente interesante; pero ¿a que no los pilláis dibujando el de la mente de un niño? Porque esa mente no sólo es confusa, sino que no para de dar vueltas todo el tiempo. Veréis un montón de líneas en zigzag, como las de una ficha de vuestra temperatura cuando tenéis fiebre: probablemente sean los caminos que surcan vuestra isla, porque el País de Nunca Jamás siempre es, más o menos, una isla con maravillosas manchas de color aquí y allá, con arrecifes de coral y con veloces embarcaciones en alta mar, con grutas salvajes y solitarias, con gnomos que en su mayoría son sastres, con cavernas por las que corre un río, con jóvenes príncipes con seis hermanos mayores, con una cabaña que se derrumba rápidamente y una viejecita muy pequeña de nariz ganchuda. Sería un mapa muy fácil de dibujar si eso fuera todo, pero también está el primer día de escuela, la religión, los padres, el Estanque Redondo, la costura, los asesinatos, los ahorcados, los verbos que rigen dativo, el día del pastel de chocolate, ponerse tirantes, decir treinta y tres, los seis peniques por arrancarte un diente tú solo y demás; y todo esto forma parte de la isla, o forma otro mapa que aparece a través del

primero, con lo cual resulta bastante confuso, especialmente porque todo está en constante movimiento.

Por supuesto, los Países de Nunca Jamás son distintos unos de otros. En el de John, por ejemplo, había una laguna con flamencos rosa a los que John disparaba, mientras que Michael, más pequeño, tenía un flamenco con lagunas volando por encima. John vivía en el casco de una barca volcada sobre la arena, Michael en una tienda de indios, y Wendy en una casa de hojas cosidas con gran habilidad. John no tenía amigos, Michael los tenía por la noche, y Wendy se ocupaba de un lobezno abandonado por sus padres; pero, en general, los Países de Nunca Jamás tienen cierto aire de familia, y, si pudieseis ponerlos en fila uno tras otro y se estuvieran quietos, podríais decir que tenían las mismas narices y demás cosas. A estas mágicas costas los niños siempre llegan con sus barquichuelas que han encallado, también nosotros hemos estado allí; todavía tenemos en los oídos el rumor del oleaje, aunque nunca volveremos a desembarcar en ellas.



El País de Nunca Jamás

De todas las islas deliciosas, el País de Nunca Jamás es la más acogedora y más compacta, no se trata de un lugar grande y alargado, ya sabéis, con fastidiosas distancias que recorrer entre dos aventuras, sino que está deliciosamente agrupado. Cuando jugáis en ella de día con las sillas y el mantel no da ningún miedo, pero durante los dos minutos anteriores a que uno se quede dormido, poco falta para que se vuelva real. Y por eso hay lámparas de noche en las mesillas.

Algunas veces, durante su viaje por las mentes de sus hijos, la señora Darling descubría cosas que no podía comprender, y, de todas ellas, la más desconcertante era la palabra Peter. No conocía a ningún Peter, y, sin embargo, esa palabra estaba aquí y allá, en las mentes de John y de Michael, y empezaba a aparecer, garabateada, en la de Wendy. Ese nombre estaba escrito en letras más grandes que las de cualquier otra palabra, y mientras la señora Darling lo contemplaba tuvo la impresión de que tenía un aire curiosamente descarado.

—Sí, es un poco descarado —admitió Wendy a regañadientes.

Su madre le había preguntado por él.

—Pero ¿quién es, cariñito?

—Es Peter Pan, si ya lo sabes, mamá.

Al principio la señora Darling no lo sabía, pero después de volver a sus recuerdos de infancia, se acordó de un tal Peter Pan que, según decían, vivía con las hadas. Sobre él corrían historias extrañas; contaban, por ejemplo, que, cuando los niños morían, él los acompañaba durante una parte del viaje para que no tuviesen miedo. En esa época había creído en su existencia, pero, ahora que estaba casada y era una persona razonable, dudaba mucho de que tal persona existiera.

—Además —le dijo a Wendy—, ha debido de crecer mucho desde entonces.

—¡Oh!, no, no ha crecido —replicó Wendy—, tiene exactamente mi tamaño.

Con eso quería decir que tenía su tamaño tanto de cuerpo como de mente. No sabía cómo lo sabía, pero, eso sí, lo sabía.

La señora Darling consultó al señor Darling, que sonrió sin darle más importancia.

—Escúchame —dijo él—, son tonterías que Nana les ha metido en la cabeza. Esas ideas sólo pueden ocurrírsele a un perro. No le des más vueltas y verás como se les pasa.

Pero no se les pasó y no tardó el revoltoso niño en darle un buen susto a la señora Darling.

Los niños son capaces de las aventuras más extrañas sin sorprenderse. Por ejemplo, pueden acordarse al cabo de una semana de que, cuando estaban en el bosque, se encontraron a su padre muerto y se pusieron a jugar con él. Así fue como, una mañana, Wendy hizo en tono despreocupado inquietantes revelaciones. En el suelo de su cuarto habían aparecido algunas hojas que, desde luego, no estaban allí cuando los niños se habían acostado, y la señora Darling estaba dándole vueltas al asunto cuando Wendy le dijo con una sonrisa indulgente:

—¡Seguro que ha sido Peter otra vez!

—¿Qué quieres decir, Wendy?

—Me parece muy mal que no haya barrido —dijo Wendy con un suspiro, porque era una niña muy cuidadosa.

Con mucha naturalidad explicó que Peter entraba por la noche a veces en el cuarto de los niños y, sentado al pie de su cama, tocaba la flauta para ella. Por desgracia, ella nunca se despertaba, y por eso no sabía cómo lo sabía, pero, eso sí, lo sabía.

—¡Cuántas tonterías dices, cielo! Nadie puede entrar en casa sin llamar.

—Creo que viene por la ventana —dijo ella.

—Cariño, si está en el tercer piso.

—¿No había hojas al pie de la ventana, mamá?

Era totalmente cierto; las hojas habían aparecido muy cerca de la ventana.

La señora Darling no sabía qué pensar: a Wendy todo aquello le parecía tan natural que no se le podía quitar importancia diciendo simplemente que había soñado.

—Pequeña —dijo la madre—, ¿por qué no me lo has contado antes?

—Se me olvidó, mamá —dijo Wendy sin preocuparse demasiado.

Tenía prisa por empezar a tomarse el desayuno.

Sí, seguramente debía de haberlo soñado.

Por otra parte estaban aquellas hojas. La señora Darling las examinó con mucho cuidado; eran hojas secas, pero estaba segura de que no provenían de ningún árbol que creciese en Inglaterra. Se puso a cuatro patas y examinó el suelo buscando, con la ayuda de una vela, huellas de pie desconocidas. Hurgó en la chimenea con el atizador, dio golpecitos en las paredes. Dejó caer una cinta métrica desde la ventana hasta el suelo y comprobó que había una altura de treinta pies, sin la menor aspereza por la que poder trepar.

Desde luego, Wendy había soñado.

Pero Wendy no lo había soñado como quedó demostrado a la noche siguiente, la noche en que podría decirse que empezaron las extraordinarias aventuras de estos niños.

La noche de que hablamos, los tres niños estaban acostados como de costumbre. Era el día en que a Nana le tocaba librar, y la señora Darling los había bañado y les había cantado canciones de cuna hasta que uno tras otro fueron soltando su mano para deslizarse hacia el país de los sueños.

Todos parecían tan tranquilos y confiados que la señora Darling sonrió olvidándose de sus temores; y fue a sentarse junto al fuego para coser.

Estaba cosiendo para Michael, que el día de su cumpleaños se pondría su primera camisa. Pero con el calor del fuego, y en la penumbra del cuarto de los niños que sólo iluminaban tres lamparillas de noche, su labor resbaló al poco rato hasta el regazo de la señora Darling. Luego empezó a dar cabezadas, eso sí, con mucha gracia. Se había dormido. Ahí tenéis a los cuatro, a Wendy y Michael al fondo, John aquí, y la señora Darling junto a la chimenea. Habría habido que encender una cuarta lamparilla.

Mientras dormía, la señora Darling tuvo un sueño. Soñó que el País de Nunca Jamás se había acercado demasiado y que un extraño niño había conseguido escapar de él. No le inspiraba ningún miedo, porque tenía la impresión de haberlo visto antes, en las caras de muchas mujeres que no tienen hijos. Es posible que también se le pueda ver en las caras de algunas madres. Pero, en su sueño, el niño había rasgado el velo que oculta el País de Nunca Jamás, y la señora Darling vio a Wendy, a John y a Michael acechando por aquella rendija.

En sí mismo, el sueño no había tenido ninguna importancia, pero, mientras soñaba, la ventana del cuarto de los niños se abrió de golpe y un niño se posó en el suelo. Lo acompañaba una extraña luz, no mayor que uno de vuestros puños, que se movía de un extremo a otro de la habitación como una criatura viva; y creo que fue esa luz lo que despertó a la señora Darling.

Se levantó sobresaltada dando un grito, vio al niño, y entonces supo que era Peter Pan. Si vosotros, o yo, o Wendy hubiésemos estado allí, pronto nos habríamos dado cuenta de que se parecía mucho al beso de la señora Darling. Era un niño muy gracioso, vestido de hojas secas unidas por la savia que rezuma de los árboles; pero lo más encantador era que conservaba todos los dientes de leche. Cuando vio que enfrente tenía una persona mayor, hizo rechinar todas sus pequeñas perlas para enseñárselas.

Capítulo 2

La sombra

La señora Darling lanzó un grito, y, como si alguien respondiese a la llamada de una campanilla, se abrió la puerta y entró Nana, que volvía de su noche libre. Soltó un gruñido y se abalanzó sobre el niño, que dando un ligero brinco desapareció por la ventana. La señora Darling se puso a gritar de nuevo, esta vez desesperada ante la idea de que la pequeña criatura se hubiese matado en la caída, y bajó corriendo a la calle para recoger su cuerpecillo, pero allí no había nada; cuando miró hacia arriba, creyó ver en la oscuridad de la noche algo parecido a una estrella fugaz.

Volvió al cuarto de los niños y encontró a Nana con una cosa en la boca que resultó ser la sombra del niño. En el momento en que el niño saltaba por la ventana, Nana la había cerrado, pero no con suficiente rapidez para atraparlo; sin embargo a su sombra no le había dado tiempo a seguirle; la ventana, al cerrarse de golpe, se la había arrancado.

Puedo aseguraros que la señora Darling examinó aquella sombra atentamente, pero no encontró en ella nada extraordinario.

Nana no tenía ninguna duda de lo que había que hacer con aquella sombra. La colgó fuera de la ventana, como diciendo: «Seguro que volverá a por ella; pongámosla donde pueda cogerla fácilmente sin molestar a los niños».

Pero, por desgracia, la señora Darling no podía dejarla colgando de la ventana; parecería que habían tendido la ropa y rebajaría el prestigio de la casa. Pensó en enseñársela al señor Darling, pero éste se hallaba calculando los precios de los abrigos para el invierno de John y Michael, con un paño húmedo enrollado en la cabeza a fin de mantener la cabeza despejada, y le dio pena molestarle; además, sabía exactamente lo que diría: «Es lo que pasa por tener un perro de niñera».

Por lo tanto, la señora Darling decidió enrollar la sombra y guardarla cuidadosamente en un cajón, en espera de una ocasión favorable para decírselo, ¡ay!, a su marido.

La ocasión favorable se presentó la semana siguiente, aquel viernes que debía resultar inolvidable. Naturalmente, tenía que ser un viernes^[19].

—Debería de haber tenido un cuidado especial un viernes —solía decirle más tarde a su marido, mientras quizá Nana estaba a su lado, sosteniéndole la mano.

—No, no —decía siempre el señor Darling—. Yo soy el responsable de todo. Yo, George Darling —dijo—. *Mea culpa, mea culpa*^[20].

El señor Darling había recibido una educación clásica.

Noche tras noche se sentaban a recordar aquel fatídico viernes hasta que el más mínimo detalle quedó grabado en sus cerebros, y poco le faltaba para salir por el otro lado como las caras de una moneda mal acuñada.

—Si yo no hubiese aceptado aquella invitación a cenar con los del 27 —decía la señora Darling.

—Si yo no hubiese echado mi medicina en el cuenco de Nana —dijo el señor Darling.

—Si yo hubiese fingido que me gustaba esa medicina —decían los ojos húmedos de Nana.

—Mi debilidad por las fiestas, George.

—Mi desastroso sentido del humor, querida.

—Mi manía de picarme por nada, mis queridos amos.

En ese momento, uno de ellos, o más de uno se derrumbaba; Nana no hacía más que pensar: «Es cierto, es cierto, no deberían tener un perro por niñera». Y muchas veces era el señor Darling el que pasaba su pañuelo por los ojos de Nana.

—¡El muy canalla! —exclamaba el señor Darling, y el ladrido de Nana le servía de eco.

Pero la señora Darling nunca pensó reprocharle nada a Peter: había algo en la comisura derecha de su boca que le impedía insultar a Peter.

Así pues, permanecían sentados en el cuarto vacío de los niños, recordando con cariño el más mínimo detalle de aquella horrible noche. Sin embargo, había empezado de una manera normal, exactamente como cualquiera de tantas otras noches, con Nana preparando el agua para el baño de Michael y llevándolo montado en su lomo.

—¡No quiero irme a la cama! —había gritado él como si creyese que podía decir la última palabra sobre ese asunto—. No quiero y no quiero. Nana, todavía no son las seis. Por favor, por favor, ya no te quiero, Nana. Te digo que no quiero bañarme, ¡no y no!

En ese momento entró la señora Darling, vestida con su traje de noche blanco. Se había arreglado pronto porque a Wendy le encantaba verla con el traje de noche y el collar que George le había regalado. También llevaba la

pulsera de Wendy; le había pedido que se la prestara. A Wendy le encantaba prestar la pulsera a su madre.

Había encontrado a sus dos hijos mayores jugando a ser ella y el padre el día del nacimiento de Wendy, y John estaba diciendo:

—Me complace informarle, señora Darling, de que ya es usted madre — exactamente en el mismo tono que podría haber empleado el señor Darling en aquella ocasión real.

Wendy se había puesto a brincar de alegría, lo mismo que había podido hacerlo la señora Darling.

Y luego había nacido John, con la pompa extraordinaria que, según él, merecía la llegada al mundo de un varón, y Michael salió de su baño para decir que también él quería nacer, pero John replicó brutalmente que no querían más niños.

Michael estuvo a punto de echarse a llorar.

—Nadie me quiere —dijo.

Por supuesto, la dama del vestido de noche no pudo soportarlo.

—Yo sí —dijo ella—. Yo sí quiero tener un tercer hijo.

—¿Niño o niña? —preguntó Michael, sin demasiadas esperanzas.

—Niño.

Entonces él se echó en sus brazos. Era demasiado insignificante para que lo recordaran el señor y la señora Darling y Nana, pero no tan insignificante si aquella iba a ser la última noche que Michael había de pasar en el cuarto de los niños.

Y siguieron con sus recuerdos.

—Fue en ese momento cuando entré yo como un tornado, ¿verdad? — decía el señor Darling, burlándose de sí mismo.

Y era cierto que había irrumpido como un tornado.

Quizá tenía excusa para ello. También él había estado arreglándose para la fiesta, y todo había ido bien hasta que llegó el momento de anudarse la corbata. Es algo realmente curioso, porque este hombre experto en cotizaciones y acciones era incapaz de dominar su corbata. Había veces en que esa prenda se dejaba dominar sin lucha, pero otras, habría sido mejor para toda la casa si se hubiese tragado su orgullo y se hubiese resignado a ponerse una de nudo hecho.

Y aquella era una de esas ocasiones. Entró corriendo en el cuarto de los niños con aquella maldita corbata toda arrugada en la mano.

—Pero ¿qué es lo que te pasa, papá?

—¿Qué me pasa? —aulló él; y es que aulló de verdad—. Pues que a esta corbata es imposible hacerle el nudo.

Y continuó en un tono peligrosamente sarcástico:

—¡En mi cuello, no! ¡En el barrote de la cama, sí! He hecho el nudo veinte veces en el barrote de la cama, pero en mi cuello, ¡imposible! ¡Maldita sea!... Dice que la disculpe.

Le pareció que la señora Darling no había quedado suficientemente impresionada y continuó en tono serio:

—Te lo advierto, mamá —dijo—, si esta corbata no acaba alrededor de mi cuello, esta noche no salimos a cenar, y si esta noche no salgo a cenar, no vuelvo a la oficina en mi vida, y tú y yo nos moriremos de hambre y nuestros hijos se verán arrojados a las calles.

Incluso entonces la señora Darling seguía tranquila.

—Déjame intentarlo, querido —le respondió.

Y, a decir verdad, eso era lo que el señor Darling iba a pedirle que hiciera; con sus manos finas y lozanas le hizo el nudo de la corbata mientras los niños se apiñaban a su alrededor para ver cómo se decidía su destino. Algunos hombres se habrían sentido molestos ante la facilidad con que ella lo hacía, pero el carácter del señor Darling era demasiado bueno para tales mezquindades; le dio las gracias con aire distraído, se olvidó al instante de su furia y un momento más tarde ya estaba bailando por el cuarto llevando a Michael a la espalda.

—¡Cuánto nos divertimos! —dijo la señora Darling al recordar aquella noche.

—¡Fue la última vez! —respondió el señor Darling en tono apenado.

—¡Ah!, George, ¿te acuerdas de cuando Michael me preguntó de repente: «¿Cómo me conociste, madre?».

—Sí que me acuerdo.

—Eran encantadores, ¿verdad, George?

—Y eran nuestros, nuestros... ¡Ahora se han ido!

La diversión terminó con la aparición de Nana; por desgracia, el señor Darling topó con ella, poniéndose todo el pantalón lleno de pelos. No sólo eran unos pantalones nuevos, sino la primera vez en su vida que tenía unos pantalones con trencillas; y hubo de morderse el labio para no echarse a llorar. Como es lógico la señora Darling les pasó el cepillo, pero él volvió a hablar del error que habían cometido teniendo un perro por niñera.

—George, Nana es un tesoro.

—No lo dudo, pero a veces tengo la desagradable impresión de que toma a los niños por cachorros.

—No, no, querido; estoy segura de que sabe que tienen alma.

—No sé yo —dijo el señor Darling pensativo—. No sé yo.

Era una oportunidad, pensó su mujer, para hablarle del niño. Al principio, el señor Darling no ocultó su desprecio, pero cuando ella le enseñó la sombra, se puso serio.

—No es de nadie que yo conozca —dijo examinándola con cuidado—, ¡pero parece un granuja!

—Todavía estábamos hablando de ello —dijo el señor Darling— cuando entró Nana con la medicina de Michael. Nana, nunca vuelvas a llevar el frasco en la boca, aunque toda la culpa sea mía.

Siendo como era un hombre fuerte, no hay duda de que se había portado muy tontamente en el asunto de aquella medicina. Si alguna debilidad tenía era creer que siempre se había tomado las medicinas sin rechistar; por eso, al ver que Michael rechazaba la cuchara que Nana llevaba en la boca, gritó en tono de reproche:

—Michael, pórtate como un hombre.

—No quiero, no quiero —gritaba Michael con cabezonería.

La señora Darling salió del cuarto para ir a buscar una chocolatina, y al señor Darling le pareció que a su mujer le faltaba firmeza.

—Mamá, no le mimes tanto —dijo cuando ella ya se había ido—. Michael, yo a tu edad me tomaba las medicinas sin rechistar. Decía: «Gracias, queridos padres, por darme frascos que van a curarme».

Estaba convencido de que era cierto, y Wendy, que ya se había puesto el camión, también lo creía porque, para animar a Michael, dijo:

—Esa medicina que tú tomas algunas veces, sabe peor, ¿verdad, papá?

—Muchísimo peor —dijo el señor Darling, muy animoso—, y ahora mismo me la tomaría delante de ti, Michael, si no hubiese perdido el frasco.

No es que lo hubiera perdido exactamente; en plena noche se había subido en un taburete y lo había escondido en lo alto del armario. Lo que no sabía era que la fiel Liza lo había encontrado y vuelto a poner en el estante del lavabo.

—Yo sé dónde está, papá —dijo Wendy, siempre dispuesta a ser útil—. Ahora te lo traigo.

Y salió corriendo antes de que él pudiese detenerla. Inmediatamente su ánimo se fue a pique.

—John —dijo estremeciéndose—, es un potingue asqueroso. Es asqueroso, repugnante y dulzón.

—Pasaré enseguida, papá —dijo John alegremente, cuando Wendy volvía corriendo con la medicina en un vaso.

—Me he dado toda la prisa que he podido —dijo ella jadeando.

—¡No se podía hacer a mayor velocidad! —contestó su padre con una cortesía vengativa que Wendy no supo entender—. Michael primero —dijo con energía.

—Primero papá —dijo Michael, que era de carácter desconfiado.

—Me va a sentar mal, ya lo veréis —dijo el señor Darling en tono amenazador.

—Venga, papá —dijo John.

—Tú cierra el pico —le soltó su padre.

Wendy estaba completamente sorprendida.

—Yo creía que no te costaba nada tomártela, papá.

—El problema no es ése —contestó—. El problema es que en mi vaso hay más que en la cuchara de Michael.

Su orgulloso corazón estaba a punto de estallar.

—Y no es justo; lo diría aunque estuviese al borde de mi último suspiro: no es justo.

—Papá, estoy esperando —dijo Michael con frialdad.

—Está muy bien que digas eso de que estás esperando; también yo estoy esperando.

—Papá es un cobardica.

—Tú sí que eres un cobardica.

—Yo no tengo miedo.

—Tampoco lo tengo yo.

—Entonces, tómatela.

—Tómatela tú.

A Wendy se le ocurrió una idea espléndida.

—¿Por qué no os la tomáis los dos a la vez?

—De acuerdo —dijo el señor Darling—, ¿estás listo, Michael?

Wendy dio la señal, uno, dos, tres, y Michael se tragó la medicina, mientras el señor Darling escondía la suya detrás de la espalda.

Michael soltó un grito de indignación y Wendy exclamó:

—¡Oh, papá!

—¿Qué quieres decir con ese «¡Oh, papá!»? —preguntó el señor Darling—. Deja de armar lío, Michael. Pensaba tomármela, pero... se me ha escapado.

Fue espantosa la forma en que los tres se pusieron a mirarle, como si no le tuvieran ninguna admiración.

—Escuchadme todos —continuó el señor Darling en tono muy amable, una vez que Nana se metió en el cuarto de baño—. Se me acaba de ocurrir una jugarreta divertida. Voy a echar mi medicina en el tazón de Nana, y se la beberá creyendo que es leche.

Era del mismo color de la leche, pero los niños no compartían el sentido del humor de su padre y le lanzaron miradas de reproche mientras él vertía la medicina en el tazón de Nana.

—¡Qué divertido! —dijo sin demasiada convicción.

Y no se atrevieron a denunciarle cuando la señora Darling y Nana volvieron.

—Nana, perrita —dijo acariciándola—. Te he puesto un poco de leche en el tazón, Nana.

Nana movió la cola, corrió hacia la medicina y empezó a lamerla. Luego lanzó al señor Darling una mirada..., no una mirada de rabia, sino una mirada en la que brillaba esa gran lágrima roja que nos hace compadecernos de los perros nobles, y se metió arrastrándose en su caseta.

El señor Darling se sentía realmente muy avergonzado, pero no quería ceder. En medio de un silencio horrible, la señora Darling olió el tazón.

—Pero, George —dijo—, si es tu medicina.

—Era sólo una broma —rugió él, mientras ella consolaba a los niños y Wendy abrazaba a Nana.

—¡Sí que estamos buenos! —dijo amargamente el padre—. ¡Con lo que me esfuerzo por hacerme el gracioso en esta casa!

Y Wendy seguía abrazando a Nana.

—Eso, eso —gritó él—. ¡Mímala! A mí nadie me mimaba. ¡Oh, no hay peligro! Yo sólo sirvo para traer el pan a esta casa, así que ¿por qué ibais a mimarme a mí, por qué, por qué?

—George —le rogó la señora Darling—, no hables tan alto; pueden oírte los criados.

No se sabe por qué, habían tomado la costumbre de llamar a Liza «los criados».

—Pues que me oigan —replicó él sin atender a razones—. Que me oiga el mundo entero. Pero me niego a permitir que este perro sea el amo del cuarto de los niños una hora más.

Los niños se echaron a llorar, y Nana corrió hacia él suplicante, pero él la apartó con un gesto. Volvió a sentir que era un hombre fuerte.

—Es inútil, es inútil —exclamó—. El sitio adecuado para ti es el jardín, y allí es donde te voy a atar ahora mismo.

—George, George —susurró la señora Darling—. Acuérdate de lo que te he dicho de ese niño.

Por desgracia, no quiso escucharla. Estaba decidido a demostrar quién era el amo de la casa, y como sus órdenes no conseguían hacer salir a Nana de su caseta, la sacó de allí con palabras melosas y, agarrándola de repente, la arrastró fuera del cuarto de los niños. Estaba avergonzado, pero siguió adelante. Todo se debió a su carácter demasiado afectuoso, que necesitaba sentirse admirado. Después de haberla atado en la parte trasera del jardín, el desdichado padre fue y se sentó en el pasillo, con los nudillos de las manos sobre los ojos.

Mientras tanto, la señora Darling había metido a los niños en la cama en medio de un insólito silencio y encendido sus lamparillas de noche. Se oía ladrar a Nana en el patio, y John dijo gimoteando:

—Es porque la ha encadenado en el jardín.

Pero Wendy era más lista.

—Cuando Nana ladra así —dijo, muy lejos de adivinar el drama que se les avecinaba— no es porque se sienta desgraciada, es porque olfatea un peligro.

¡Un peligro!

—¿Estás segura, Wendy?

—Sí, sí.

La señora Darling se estremeció y se acercó a la ventana. Estaba bien cerrada. Echó una ojeada fuera: la noche estaba cuajada de estrellas que se apiñaban alrededor de las casas, como si sintiesen curiosidad por ver lo que iba a ocurrir; pero la señora Darling no se dio cuenta, ni vio tampoco que dos o tres de las estrellas más pequeñas le hacían guiños. Sin embargo, un miedo inexplicable encogió su corazón y le hizo exclamar:

—¡Ay, ojalá no tuviera que ir a una fiesta esta noche!

Hasta Michael, que ya estaba medio dormido, se dio cuenta de su preocupación y le preguntó:

—¿Crees que puede pasarnos algo malo si tenemos las lamparillas encendidas, mamá?

—Nada de nada, tesoro —respondió ella—, las lamparillas son los ojos que una mamá deja detrás de sí para proteger a sus hijos.

Iba de cama en cama, canturreando encantamientos, y el pequeño Michael le echó los brazos al cuello.

—Mamá —exclamó—, ¡qué contento estoy de ti!

Fueron las últimas palabras que su madre iba a oírle pronunciar durante mucho tiempo.

El número 27 sólo estaba a unos cuantos metros de distancia, pero había caído un poco de nieve y el señor y la señora Darling se abrieron paso caminando con cuidado para no mancharse los zapatos. Eran las únicas personas que había en la calle y todas las estrellas los observaban. Las estrellas son muy hermosas, pero no pueden tomar parte activa en nada, deben contentarse con mirar eternamente. Es un castigo al que fueron condenadas por faltas cometidas en un pasado tan lejano que ninguna de ellas recuerda ya lo que pasó. Por eso las estrellas de más edad tienen los ojos vidriosos y hablan poco (utilizan el parpadeo como lenguaje); pero las pequeñas todavía se maravillan por cualquier cosa. No sienten demasiada simpatía por Peter, porque éste se les acerca sigilosamente por detrás y trata de apagarlas de un soplo; pero les gusta tanto divertirse que, esa noche, estaban de su parte, y no deseaban otra cosa que quitarse a las mayores de encima. Por eso, cuando la puerta del 27 se cerró tras el señor y la señora Darling, se produjo una conmoción en el firmamento y la más pequeña de todas las estrellas de la Vía Láctea^[21] gritó:

—¡Ahora, Peter!

Capítulo 3

¡Vámonos, vámonos!

Poco después de que el señor y la señora Darling se marcharan de la casa, las lamparitas que tenían los niños al lado de sus camas continuaban ardiendo alegremente. Eran unas lámparas encantadoras de verdad, y ojalá hubieran podido quedarse despiertas para ver a Peter; pero la de Wendy empezó a parpadear y soltó tal bostezo que las otras dos también empezaron a bostezar, y antes de cerrar la boca las tres se apagaron.

En ese momento había otra luz en la habitación mil veces más brillante que las lamparitas de noche, y, en un abrir y cerrar de ojos, ya había hurgado en todos los cajones del cuarto de los niños, había revuelto de arriba abajo el armario y dado la vuelta a todos los bolsillos en busca de la sombra de Peter. En realidad no era una luz, se movía a gran velocidad lanzando destellos luminosos que, cuando se detenía durante un segundo, permitían ver que se trataba de un hada, del tamaño de un palmo, y que todavía estaba creciendo. Se llamaba Campanilla^[22], y llevaba un exquisito vestido de hojas, de corte bajo y cuadrado, que realzaba su silueta. Tenía una ligera tendencia a engordar.

Nada más aparecer el hada, la ventana se abrió de par en par gracias al soplo de las pequeñas estrellas, y Peter saltó al cuarto. Había transportado a Campanilla durante una parte del trayecto y su mano todavía estaba llena de polvillo encantado.



Peter saltó al cuarto

—Campanilla —dijo en voz baja después de asegurarse de que los niños dormían—. Campanilla, ¿dónde estás?

En ese momento estaba en el fondo de un jarrón, y parecía encontrarse muy a gusto; nunca había estado antes en un jarrón.

—Por favor, sal ahora mismo del jarrón y dime, ¿sabes dónde han escondido mi sombra?

Le respondió un delicioso tintineo como de campanillas de oro. Así es el lenguaje de las hadas. Vosotros, los niños normales, no podéis oírlas, pero si pudierais oírlas os daríais cuenta de que ya las habéis oído en alguna otra ocasión.

Campanilla le dijo que la sombra estaba en la caja grande. Se refería a la cómoda y Peter se lanzó sobre los cajones, sacando a dos manos todo su contenido y desparramándolo por el suelo, del mismo modo que los reyes lanzan monedas a la muchedumbre. No tardó mucho en recuperar su sombra

y, en su alegría, no se dio cuenta de que había encerrado a Campanilla en el cajón.

Si pensaba en algo, aunque no creo que pensara jamás, era que cuando su sombra y él se acercasen, su sombra y él se unirían como dos gotas de agua; cuando vio que no era eso lo que ocurría, se sintió horrorizado. Intentó pegársela con jabón del baño, pero no lo consiguió. Un escalofrío recorrió a Peter que, sentado en el suelo, se echó a llorar.

Sus sollozos despertaron a Wendy, que se incorporó en la cama. No se alarmó al ver a un desconocido llorando en el suelo del cuarto de los niños; sólo se sintió agradablemente intrigada.

—Niño —le dijo con mucha cortesía—, ¿por qué lloras?

También Peter podía dar muestras de una cortesía refinada; había aprendido modales en las ceremonias de las hadas; y se levantó y le hizo a Wendy una graciosa reverencia. Ella, encantada, le devolvió con mucha elegancia la reverencia desde la cama.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él.

—Wendy Moira Ángela Darling —contestó ella en tono satisfecho—. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Peter Pan.

Wendy estaba bastante segura de que debía de ser Peter, pero el nombre le pareció algo corto en comparación con el suyo.

—¿Nada más?

—No —dijo él en tono áspero.

Era la primera vez que caía en la cuenta de la brevedad de su nombre.

—Cómo lo siento —dijo Wendy Moira Angela.

—No importa —masculló Peter.

Ella le preguntó dónde vivía.

—La segunda a la derecha —dijo Peter—, y luego todo seguido hasta la mañana.

—¡Qué dirección tan rara!

Peter se sintió desanimado. Era la primera vez que se daba cuenta de que quizá fuese una dirección rara.

—No, no es rara —dijo.

—Quería decir —continuó Wendy amablemente, recordando que era la anfitriona— que si es eso lo que hay que poner en las cartas.

Peter hubiera deseado que no le hablase de cartas.

—Nunca recibo cartas —respondió en tono despectivo.

—Pero tu madre las recibe, ¿verdad?

—Yo no tengo madre —dijo él.

No sólo no tenía madre, sino que no sentía ningún deseo de tenerla. Le parecía que a ese tipo de personas se le daba una importancia muy exagerada. Wendy, sin embargo, tuvo en el acto la sensación de hallarse en presencia de una tragedia.

—¡Ay, Peter, no me extraña que estuvieses llorando! —dijo levantándose de la cama y corriendo hacia él.

—Si lloraba no era por las madres —respondió Peter bastante enfadado—. Lloraba porque no consigo pegarme la sombra... Además, no estaba llorando.

—¿Se te ha despegado?

—Sí.

Entonces Wendy vio la sombra en el suelo, una sombra miserable, y sintió una pena enorme por Peter.

—¡Es horrible! —dijo, pero no pudo evitar una sonrisa al ver que Peter había intentado pegársela con jabón.

¡Vaya idea! Sólo podía ocurrírsele a un chico.

Por suerte, enseguida dio con lo que había que hacer.

—Hay que coserla —afirmó Wendy en tono ligeramente protector.

—¿Coser? ¿Qué es eso?

—¿Cómo puedes ser tan ignorante?

—¿Yo? No, no lo soy.

Pero la ignorancia de Peter le hacía sentir entusiasmo.

—Voy a cosértela, pequeño hombrecito —le dijo, aunque era igual de alto que ella.

Y sacó su costurero y se puso a coser la sombra al pie de Peter.

—Creo que va a dolerte un poco —le avisó.

—No lloraré —dijo Peter, que ya se había convencido de que no había derramado una lágrima en toda su vida.

Y apretó los dientes y no lloró; y enseguida su sombra empezó a portarse como es debido, aunque seguía un poco arrugada.

—Quizá debía haberla planchado —dijo Wendy pensativa.

Pero Peter, como todos los chicos, era indiferente a las apariencias y, loco de alegría, se había puesto a dar saltos. Por desgracia, ya se le había olvidado que debía su felicidad a Wendy. Creía que se había pegado la sombra él mismo.

—¡Qué hábil soy! —gritaba entusiasmado—. ¡Ay, pero qué habilidad la mía!

Es humillante tener que admitir que esa vanidad de Peter era una de sus cualidades más fascinantes. Para decirlo con franqueza brutal, nunca se había visto niño más descarado.



... y se puso a coser la sombra al pie de Peter

De momento, Wendy estaba escandalizada.

—¡Vaya cara! —exclamó con un sarcasmo aterrador—. ¡Entonces, yo no he hecho nada!

—Sí, has hecho un poco —dijo Peter sin preocuparse demasiado.

Y siguió dando brincos.

—¡Un poco! —replicó ella llena de orgullo—. Si no sirvo para nada, por lo menos puedo retirarme.

Y con un aire de dignidad ofendida, se metió de un salto en la cama, tapándose la cara con las mantas.

Para conseguir que sacase la cabeza, Peter fingió que se marchaba, y luego, cuando esta estratagema le falló, fue a sentarse en el extremo de la cama y se puso a darle golpecitos con el pie.

—Wendy —dijo—, no te retires. No puedo dejar de fanfarronear cuando estoy contento conmigo mismo.

Aunque ella estaba escuchando atentamente, no se movió un palmo.

—Wendy —continuó él con una voz a la que ninguna mujer ha podido resistirse nunca—, Wendy, una chica siempre vale más que veinte chicos.

Wendy sintió de pronto que se convertía en mujer de pies a cabeza, aunque no fuera mucha la distancia, y sacó un ojo fuera de las mantas.

—¿Crees de verdad lo que dices, Peter?

—De verdad.

—Pues me parece que es encantador de tu parte —declaró Wendy—, y voy a levantarme otra vez.

Y fue a sentarse en el borde de la cama donde estaba Peter. También dijo que, si él quería, estaba dispuesta a darle un beso, y aunque Peter no entendía lo que Wendy quería decir, alargó la mano expectante.

—Pero ¿sabes lo que es un beso? —preguntó ella atónita.

—Lo sabré cuando me lo des —contestó él en tono seco.

Y para no herir sus sentimientos Wendy le dio un dedal.

—Y ahora —dijo él—, ¿te doy yo un beso?

Ella respondió inmediatamente:

—Si quieres.

Sin ninguna vergüenza inclinó la cabeza hacia Peter, que se limitó a dejar caer en su mano una caperuza de bellota, por lo que Wendy tuvo que volver lentamente la cara a la posición anterior, y dijo amablemente que llevaría su beso en una cadena que tenía al cuello. Fue una suerte que lo pusiera en la cadena, porque más adelante había de salvarle la vida.

Cuando la gente de nuestro mundo se conoce, es costumbre que se pregunten la edad, y Wendy, que siempre trataba de hacer las cosas correctamente, le preguntó a Peter cuántos años tenía. Pero no fue una pregunta muy afortunada; fue como una hoja de examen de gramática cuando lo que uno quiere es que le pregunten por los reyes de Inglaterra.

—No sé —respondió él algo incómodo—; pero soy muy joven.

En realidad, no sabía nada sobre ese asunto; sólo tenía algunas sospechas, pero contestó al azar:

—Wendy, me escapé el mismo día en que nací.

Wendy quedó tan sorprendida como interesada, y con deliciosos modales de salón, echando hacia un lado el camisón, le indicó que podía acercarse a ella.

—Fue porque oí a mi padre y a mi madre —le explicó él en voz baja— hablar de lo que sería cuando me volviese un hombre.

Ahora daba muestras de una gran agitación.

—No quiero volverme un hombre... nunca —dijo en tono apasionado—. Quiero ser siempre un niño pequeño y divertirme. Por eso me escapé a los jardines de Kensington y viví mucho tiempo con las hadas.

Ella le lanzó una mirada de la admiración más intensa, y él pensó que era por haberse escapado, cuando en realidad era porque conocía a las hadas. Wendy había hecho una vida tan hogareña que conocer hadas le parecía algo realmente maravilloso. Le hizo entonces un torrente de preguntas sobre ellas, cosa que sorprendió a Peter: a él le resultaban más bien molestas porque se metían en sus asuntos y todo lo demás, hasta el punto de que algunas veces había tenido que darles unos azotes. En general, sin embargo, le gustaban, y se puso a contarle a Wendy el origen de las hadas.

—Verás, Wendy, cuando el primer niño rio por primera vez, su risa se rompió en mil pedazos que saltaron por los aires en todas direcciones, y así fue como aparecieron las hadas.

La conversación era aburrida, pero a Wendy, que nunca se había movido de su casa, le gustaba.

—Por eso —continuó él amablemente— debería haber un hada para cada niño y cada niña.

—¿Por qué dices debería haber? ¿No hay suficientes?

—No. Verás, los niños de hoy en día saben tantas cosas que dejan de creer muy pronto en las hadas, y cada vez que un niño dice: «Yo no creo en las hadas», en alguna parte cae muerta un hada.

La verdad es que, para Peter, la conversación sobre las hadas había durado más que suficiente, y de pronto se dio cuenta de que Campanilla estaba muy callada.

—No sé dónde puede haberse metido —dijo levantándose.

Y llamó a Campanilla por su nombre. El corazón de Wendy le palpitaba en el pecho de emoción.

—Peter —exclamó cogiéndole del brazo—, no me digas que hay un hada en este cuarto.

—Estaba aquí hace un momento —respondió él con cierta impaciencia—. ¿No la oyes?

Y los dos permanecieron atentos escuchando.

—Lo único que oigo —dijo Wendy— es una especie de tintineo de campanas.

—Pues ésa es Campanilla, ése es el lenguaje de las hadas. Me parece que también la oigo.

El sonido provenía de la cómoda y Peter puso cara de alegría. Nadie podía tener un aire tan alegre como Peter cuando estaba contento y su risa de niño era el más delicioso de los gorjeos.

—Wendy —susurró alegremente—, me parece que la he dejado encerrada en el cajón.

Liberó del cajón a la pobre Campanilla, que se puso a revolotear por el cuarto de los niños chillando furiosa.

—No deberías decir esas cosas —le dijo Peter en tono de reproche—. Claro que lo siento mucho, pero ¿cómo iba a saber que estabas en el cajón?

Wendy no le escuchaba.

—¡Oh, Peter! —exclamó—. ¡Ojalá se quedase quieta para que yo pudiera verla!

—Casi nunca se están quietas —dijo él.

Pero de pronto, Wendy vio, durante un momento, la romántica figura posada sobre el reloj de cuco.

—¡Oh, qué bonita! —exclamó, aunque la cara de Campanilla todavía estaba crispada de rabia.

—Campanilla —dijo Peter, muy amable—, esta señorita dice que le gustaría mucho que fueses su hada.

Campanilla contestó con insolencia.

—¿Qué es lo que ha dicho, Peter?

Obligado a traducírselo, Peter respondió:

—No es demasiado cortés. Dice que eres una niña grande y fea y que ella es mi hada.

Peter trató de convencer a Campanilla:

—Sabes muy bien que no puedes ser mi hada, porque yo soy un caballero y tú una dama.

A lo que Campanilla replicó con estas palabras:

—¡Eres un imbécil!

Y desapareció en el cuarto de baño.

—Es un hada bastante ordinaria —explicó Peter disculpándose—. Se llama Campanilla porque se dedica a arreglar ollas y pucheros.

En ese momento ya estaban juntos en el sillón, y Wendy siguió molestándole con preguntas.

—Pero si ya no vives en los Jardines de Kensington...

—A veces sigo viviendo allí.

—Pero ahora ¿dónde vives más?

—Con los niños perdidos.

—¿Y quiénes son éstos?

—Son los niños que caen de sus cochecitos cuando las niñeras están mirando a otro lado. Si nadie los reclama a los siete días, los envían al País de

Nunca Jamás para reducir gastos. Yo soy el capitán.

—¡Qué divertido debe de ser!

—Sí —dijo el astuto Peter—, pero estamos bastante solos, y es que no tenemos ninguna compañía femenina.

—¿No hay ninguna niña?

—¡Oh, no!; ya sabes que las niñas son demasiado listas para caerse de sus cochecitos.

Wendy se sintió enormemente halagada.

—Creo que tienes una forma encantadora de hablar de las chicas; ese de ahí, John, nos desprecia.



Son los niños que caen de sus cochecitos cuando las niñeras está mirando a otro lado

Por toda respuesta, Peter se levantó y, de una patada, hizo salir a John de la cama con todas sus mantas; de una sola patada. A Wendy aquello le pareció demasiado atrevido para un primer encuentro, y con mucha energía le dijo que, en su casa, él no era capitán de nada. Sin embargo, viendo que John seguía durmiendo tranquilamente en el suelo, lo dejó que siguiese donde estaba.

—Como sé que lo has hecho para ser amable conmigo —le dijo ablandándose—, te dejo que me des un beso.

Por un momento había olvidado la ignorancia de Peter en materia de besos.

—Ya sabía yo que querías que te lo devolviese —dijo él con cierta amargura.

Y le devolvió su dedal.

—¡Ay!, tesoro —dijo la amable Wendy—, no quiero decir un beso, sino un dedal.

—¿Qué es eso?

—Es como esto.

Y le dio un beso.

—Es divertido —dijo Peter algo serio—. Y ahora, ¿te doy un dedal yo a ti?

—Si quieres —dijo Wendy manteniendo esta vez la cabeza erguida.

Peter se lo dio y ella soltó inmediatamente un chillido.

—¿Qué pasa, Wendy?

—Ha sido exactamente como si alguien me tirase del pelo.

—Seguro que ha sido Campanilla. Nunca la había visto portarse tan mal.

Y efectivamente, Campanilla se había puesto a revolotear otra vez, soltando palabras ofensivas.

—Dice que volverá a hacértelo, Wendy, cada vez que yo te dé un dedal.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué, Campanilla?

Y otra vez Campanilla le contestó:

—¡Qué imbécil!

Peter no comprendía los motivos de aquel ataque, pero Wendy sí; y quedó un poco desilusionada cuando oyó decir a Peter que, si había venido a la ventana del cuarto de los niños, no era para verla a ella, sino para oír cuentos.

—Verás, yo no sé ningún cuento. Y los niños perdidos tampoco saben ningún cuento.

—¡Qué horrible! —dijo Wendy.

—¿Sabes —preguntó Peter— por qué las golondrinas construyen siempre sus nidos en los aleros de las casas? Es para poder escuchar los cuentos. ¡Oh, Wendy, tu madre estaba contándote un cuento maravilloso!

—¿Qué cuento era?

—El del príncipe que no conseguía encontrar a la dama del zapatito de cristal.

—Peter —dijo Wendy muy emocionada—, ésa era Cenicienta, y el príncipe terminó encontrándola y vivieron felices para siempre.

Peter se puso tan contento que se levantó del suelo donde ahora estaban sentados y corrió a la ventana.

—¿Adónde vas? —preguntó ella preocupada.

—A contárselo a los demás chicos.

—No te vayas, Peter —le suplicó ella—. Me sé muchos cuentos.

Ésas fueron sus palabras exactas, por lo que no se puede negar que fue ella la primera en tentarle.

Peter regresó a su lado, con un brillo de avidez en la mirada que habría debido asustarla, pero no fue así.

—¡La cantidad de historias que podría contarles yo a los chicos! —exclamó Wendy.

Entonces Peter la agarró del brazo y empezó a arrastrarla hacia la ventana.

—¡Suéltame! —le ordenó ella.

—Wendy, ven conmigo para que les cuentes historias a los otros niños.

Por supuesto, se sentía muy halagada de que se lo pidiera, pero respondió:

—¡Ay, Dios mío, no puedo! ¡Piensa en mamá! Además, no sé volar.

—Yo te enseñaré.

—Debe de ser maravilloso volar.

—Sí, te enseñaré a montar a lomos del viento y luego nos iremos juntos.

—¡Uuuy! —exclamó ella extasiada.

—Wendy, Wendy, piensa que, en vez de dormir en esa estúpida cama, podrías estar volando conmigo diciéndoles cosas divertidas a las estrellas.

—¡Uuuy!

—Y además, Wendy, también hay sirenas.

—¿Sirenas? ¿Con colas?

—Con colas así de largas.

—¡Uuuy! —exclamó Wendy—, ¡qué maravilla ver una sirena!

La astucia de Peter iba en aumento.

—Wendy —le dijo—, todos te tendríamos mucho respeto.

Wendy había empezado a retorcerse de desesperación, como si hiciese los mayores esfuerzos por permanecer en el suelo del cuarto de los niños.

Pero él no demostraba ninguna piedad.

—Wendy —dijo el muy astuto—, podrías arrojarnos por la noche.

—¡Uuuy!

—A ninguno de nosotros nos han arrojado nunca por la noche.

—¡Uuuy! —y Wendy tendió los brazos hacia él.

—Y podrías remendarnos la ropa y hacernos bolsillos. Nunca hemos tenido bolsillos.

¿Cómo podía Wendy resistirse?

—¡Estoy segura de que será fascinante! —exclamó ella—. Peter, ¿enseñarías también a John y a Michael a volar?

—Si tú quieres... —respondió indiferente.

Wendy corrió hacia John y Michael y los sacudió.

—Despertaos —gritó—. ¡Peter Pan ha venido y va a enseñarnos a volar! John se frotó los ojos.

—Entonces me levantaré —dijo.

Pero no hay que olvidar que ya estaba en el suelo.

—Buenos días, ya estoy levantado.

También Michael estaba levantado, y tan dispuesto como un cuchillo de seis hojas de sierra, pero de pronto Peter les hizo seña de que guardasen silencio. Sus caras adoptaron la expresión astuta de los niños cuando acechan los sonidos que salen del mundo de los adultos. Se podía oír el vuelo de una mosca. Todo iba bien. No, alto. Todo iba mal. Nana, que llevaba toda la noche ladrando llena de inquietud, también se había callado. Era su silencio lo que habían oído.

—¡Apagad las luces! ¡Escóndete! ¡Rápido! —exclamó John, asumiendo por una vez el mando de las operaciones a lo largo de toda la aventura.

Por eso, cuando Liza entró seguida de Nana, el cuarto de los niños parecía el de siempre, completamente a oscuras; y alguien podría haber jurado que se oía la angélica respiración de sus tres traviosos ocupantes mientras dormían. En realidad, estaban fingiendo que dormían, escondidos detrás de las cortinas de la ventana.

Liza estaba de mal humor, porque cuando estaba preparando la masa de los pudines de Navidad en la cocina, se había visto obligada a dejarlo todo, por culpa de las absurdas sospechas de Nana, con una pasa pegada en la mejilla. Pensó que la única manera de lograr un poco de paz sería llevar un momento a Nana al cuarto de los niños, pero bajo vigilancia, por supuesto.

—¿Lo ves, malpensada? —dijo, secretamente satisfecha de ver a Nana caída en desgracia—, están perfectamente bien. Los tres angelitos duermen profundamente en sus camas. Escucha con qué dulzura respiran.

Entonces Michael, envalentonado por el éxito, respiró con tanta fuerza que poco faltó para que fuesen descubiertos. Nana conocía bien aquel tipo de respiración y trató de soltarse de las garras de Liza.

Pero Liza era testaruda:

—Se acabó, Nana —dijo en tono severo, arrastrándola fuera de la habitación—. Te advierto que, si sigues ladrando, voy a buscar al señor y a la señora aunque tenga que sacarlos de la fiesta, y verás entonces la paliza que te da el señor.

Volvió a atar a la desdichada perra, pero ¿creéis que Nana dejó de ladrar? ¡Sacar al señor y a la señora de la fiesta y traerlos a casa! ¡Eso era precisamente lo que ella quería! ¿Creéis que le importaba que le diesen una paliza con tal de que los niños estuvieran a salvo? Por desgracia, Liza volvió a sus pudines, y Nana, viendo que no le serviría de ninguna ayuda, tiró y tiró de la cadena hasta que por fin la rompió. Un momento después entraba corriendo en el comedor del 27, levantando sus patas delanteras hacia el cielo, que era su forma de comunicación más elocuente. El señor y la señora Darling comprendieron en el acto que algo terrible estaba ocurriendo en el cuarto de los niños, y, sin despedirse siquiera de su anfitriona, salieron corriendo a la calle.

Pero ya habían pasado diez minutos desde que los tres pillastres habían estado respirando detrás de las cortinas, y en diez minutos Peter Pan podía hacer muchísimas cosas.

Volvamos ahora al cuarto de los niños.

—Todo va bien —anunció John, saliendo de su escondite—. Dime, Peter, ¿es verdad que puedes volar?

Sin molestarse siquiera en responder, Peter se puso a volar por el cuarto rozando la repisa de la chimenea.

—¡Qué sensacional! —exclamaron John y Michael.

—¡Formidable! —exclamó Wendy.

—¡Sí, soy formidable, soy formidable! —exclamó Peter, olvidando una vez más sus buenos modales.

Aquello parecía maravillosamente fácil, y se pusieron a intentarlo primero desde el suelo, luego desde las camas, pero se iban hacia abajo en vez de hacia arriba.

—Oye, ¿cómo lo haces? —preguntó John, que era un chico muy práctico, frotándose las rodillas.

—Tenéis que pensar en cosas maravillosas —explicó Peter—, y ellas os levantarán por el aire.

Y volvió a hacer una demostración.

—Vas demasiado deprisa —dijo John—; ¿no podrías hacerlo una vez muy despacio?

Peter lo hizo dos veces, la primera muy rápido, la segunda despacio.

—¡Ahora sí que lo he entendido, Wendy! —gritó John.

Pero no tardó en darse cuenta de que se había equivocado. Ninguno de los tres era capaz de elevarse un centímetro, a pesar de que Michael sabía escribir palabras de dos sílabas, mientras que Peter no sabía siquiera el abecedario.

Desde luego, Peter se había burlado de ellos porque nadie puede volar si antes no lo han rociado con el polvillo mágico. Por suerte, como ya hemos dicho, una de sus manos aún tenía rastros de ese polvillo y se puso a soplarlo sobre cada uno de los niños, con resultados prodigiosos.

—Ahora tenéis que mover los hombros así —dijo—, y lanzaros.

Los tres estaban encima de sus camas, y el intrépido Michael fue el primero en lanzarse. Realmente no estaba muy decidido, pero lo hizo, e inmediatamente se puso a planear por la habitación.

—¡Estoy volando! —exclamó a media altura en el aire.

John también se lanzó y se encontró con Wendy cerca del cuarto de baño.

—¡Es fantástico!

—¡Estupendo!

—¡Miradme!

—¡Miradme!

—¡Miradme!

No tenían ni mucho menos la elegancia de Peter, ni podían evitar patear un poco, pero sus cabezas rozaban el techo y no hay cosa más deliciosa. Al principio, Peter le dio la mano a Wendy, pero tuvo que desistir porque Campanilla estaba furiosa.

Subían y bajaban, daban vueltas y más vueltas. Divino, era lo que decía Wendy.

—Oye —exclamó John—, ¿y por qué no vamos fuera?

Por supuesto, a eso les había estado empujando Peter.

Michael estaba listo: quería ver cuánto tiempo necesitaría para hacer un billón de millas. Pero Wendy dudaba.

—¡Sirenas! —le recordó Peter.

—¡Uuuy!

—Y hay piratas.

—¡Piratas! —exclamó John cogiendo su sombrero de los domingos—. ¡Vámonos ahora mismo!

Justo en ese momento, el señor y la señora Darling salían corriendo del 27 acompañados por Nana. Se lanzaron al centro de la calle para mirar la ventana del cuarto de los niños; y, sí, estaba bien cerrada pero en la habitación había mucha luz; y, lo más sobrecogedor de todo, sobre las cortinas pudieron ver las

sombras de tres pequeñas siluetas en pijama dando vueltas y vueltas, pero no en el suelo, sino en el aire.

¡No eran tres, eran cuatro!

Temblando, abrieron la puerta de la calle. El señor Darling quería lanzarse escaleras arriba, pero la señora Darling le indicó que fuese más despacio. Trató incluso de que los latidos de su corazón recuperasen la calma.

¿Llegarían a tiempo al cuarto de los niños? De ser así, qué maravillosa alegría para ellos, y qué suspiro de alivio soltaremos nosotros; pero entonces nosotros nos quedamos sin historia. Por otro lado, aunque no llegan a tiempo, prometo solemnemente que, al final, todo acabará bien.

Habrían llegado a tiempo al cuarto de los niños de no haber sido por las estrellitas, que estaban vigilándolos. Una vez más, las estrellas volvieron a abrir la ventana con su soplo y la más pequeña de todas gritó:

—¡Cuidado, Peter!

Entonces Peter supo que no había tiempo que perder.

—Vamos —gritó en tono imperioso.

Y se elevó acto seguido hacia la oscuridad de la noche seguido por John, Michael y Wendy.

El señor y la señora Darling y Nana irrumpieron en el cuarto de los niños demasiado tarde. Los pájaros habían volado.



Y se elevó acto seguido hacia la oscuridad de la noche seguido por John, Michael y Wendy



Los pájaros habían volado

Capítulo 4

El vuelo

La segunda a la derecha, y luego todo seguido hasta la mañana.

Ese era el camino a seguir para llegar al País de Nunca Jamás, según le había dicho Peter a Wendy; pero ni siquiera los pájaros, que llevan mapas y los consultan en todos los cruces de vientos, habrían podido encontrarlo con esas instrucciones. Peter, ya lo veis, siempre decía lo primero que se le pasaba por la cabeza.

Al principio sus compañeros confiaban plenamente en él, y era tan embriagador el placer de volar que perdieron mucho tiempo dando vueltas alrededor de los campanarios de las iglesias o de cualquier otro edificio elevado que encontraban a su paso.

John y Michael echaban carreras, y Michael iba el primero.

Recordaban con desprecio que, poco tiempo antes todavía, se habían creído muy importantes por volar dentro de una habitación.

Poco tiempo antes. Pero ¿cuánto exactamente? Estaban volando encima del mar cuando esa idea empezó a preocupar muy seriamente a Wendy. John pensaba que ya iba por su segundo mar y su tercera noche.

Unas veces estaba oscuro y otras había luz, y de pronto tenían mucho frío y luego tenían demasiado calor. ¿Les entraba de verdad hambre algunas veces, o simplemente lo fingían por la forma tan divertida y tan nueva en que Peter les daba de comer? Lo que hacía era perseguir a los pájaros que llevaban en el pico cualquier alimento comestible y robárselo; entonces los pájaros le perseguían para recuperarlo; y así iban persiguiéndose alegremente durante millas y más millas para terminar separándose amablemente. Pero Wendy observó con cierta preocupación que Peter no parecía saber que aquella forma de conseguir el pan y la mantequilla era bastante rara, ni que hubiese otras.

Desde luego, lo que no fingían era tener sueño; tenían sueño, y eso era un peligro porque, en el momento en que se adormilaban, empezaban a caer. Lo espantoso del caso es que a Peter le parecía divertido.



... y así iban persiguiéndose alegremente

—¡Ya está otra vez! —gritaba entusiasmado al ver que Michael caía como una piedra.

—¡Sálvale! ¡Sálvale! —gritaba Wendy, mirando horrorizada el cruel mar que tenían debajo.

Entonces, Peter se lanzaba a toda velocidad por los aires y atrapaba a Michael justo antes de que se estrellase en el mar, y era muy bonita la forma en que lo hacía; pero siempre esperaba al último momento y daba la impresión de que le interesaba más demostrar su habilidad que salvar una vida humana. Como además le gustaba la variedad, lo que le divertía durante un tiempo podía dejar de interesarle de pronto, de modo que siempre existía la posibilidad de que, la próxima vez que te cayeras, podía dejar que te hundieses.

Peter era capaz de dormir en el aire sin caerse, simplemente tumbándose de espaldas y flotando; pero lo conseguía, al menos en parte, porque era tan

ligero que si te ponías detrás de él y le soplabas, volaba mucho más deprisa.

—A ver si eres más educado con él —le susurró Wendy a John cuando estaban jugando al «sígueme».

—Pues dile que no sea tan presuntuoso —contestó John.

Cuando jugaban al «sígueme, capitán», Peter volaba a ras de agua y al pasar rozaba la cola de todos los tiburones, lo mismo que corriendo por la calle podéis tocar con el dedo una barandilla de hierro. Los niños no conseguían seguirle en este juego, y quizá sí fuese presunción de su parte, porque Peter se volvía una y otra vez para ver cuántas colas se le habían escapado.

—Tenéis que ser amables con él —decía Wendy a sus hermanos—. ¿Qué sería de nosotros si nos abandonase?

—Podríamos volvernos —dijo Michael.

—¿Y cómo encontraríamos el camino sin él?

—Bueno, entonces, seguiríamos hacia adelante —dijo John.

—Eso es lo horrible, John. Tendríamos que seguir volando, porque no sabemos parar.

Ésa era la verdad; a Peter se le había olvidado enseñarles a pararse.

John dijo que, en el peor de los casos, podrían seguir volando todo seguido, porque, como la tierra era redonda, terminarían por volver a su ventana.

—¿Y quién nos iba a dar de comer, John?

—Yo he conseguido comer del pico de esa águila hace un rato, Wendy.

—Después de intentarlo veinte veces —le recordó Wendy—. Y aunque llegásemos a conseguir comida, ya veis que no hacemos más que chocar con las nubes y otras cosas cuando él no está cerca para echarnos una mano.

Y lo cierto era que no hacían más que chocar todo el tiempo. Ahora podían volar bastante bien, a costa de patalear muchísimo, pero si tenían una nube delante, cuanto más se esforzaban por evitarla más probabilidades tenían de chocar con ella. Si Nana hubiese estado a su lado, hacía mucho que le habría puesto a Michael una venda alrededor de la cabeza.

Peter no se encontraba con ellos en ese momento y se sentían un poco abandonados a sí mismos. Como podía volar mucho más rápido que ellos, de vez en cuando salía disparado y desaparecía para correr alguna aventura en la que no participaban. Luego regresaba, riéndose todavía de una cosa increíblemente graciosa que le había estado contando a una estrella, pero ya se le había olvidado qué era, o volvía con escamas de sirena pegadas a la piel,

aunque no fuese capaz de contar lo que había ocurrido. Para unos niños que nunca habían visto una sirena, aquello resultaba muy irritante.

—Y si se olvida de ellas tan deprisa —razonaba Wendy—, ¿cómo podemos esperar que se acuerde de nosotros?

Y, en efecto, a veces, a su vuelta; no se acordaba de ellos, o por lo menos no demasiado bien. Wendy estaba segura. Varias veces había visto cómo le brillaban los ojos al reconocerlos cuando estaba a punto de pasar de largo; y, otra vez, incluso, Wendy tuvo que decirle cómo se llamaba.

—Soy Wendy —le dijo bastante preocupada.

Peter lo sintió mucho.

—Oye, Wendy —le susurró—, siempre que veas que me he olvidado de ti, repite: «Soy Wendy», y entonces me acordaré.

Como es lógico, aquella incertidumbre era poco satisfactoria. Sin embargo, para conseguir su perdón, los enseñó a tumbarse sobre una fuerte ráfaga de viento que iba en su misma dirección, y esto supuso un cambio tan agradable que lo intentaron varias veces y descubrieron que así podían dormir a salvo. Habrían podido dormir mucho más tiempo, pero Peter se cansaba enseguida de dormir y no tardaba en gritar con su voz de capitán:

—¡Lo dejamos aquí!

Con alguna que otra discusión, pero divirtiéndose como locos, poco a poco se acercaron al País de Nunca Jamás; después de varias lunas, terminaron por alcanzarlo y, lo que es más, nunca se habían desviado de la buena dirección, quizá no tanto por el sentido de la orientación de Peter y de Campanilla, sino porque la propia isla los estaba buscando. Esa es la única posibilidad de avistar esas costas encantadas.

—Ahí está —dijo Peter tranquilamente.

—¿Dónde, dónde?

—Donde apuntan todas las flechas.

En efecto, un millón de flechas de oro señalaban la isla a los niños, todas ellas lanzadas por su amigo el sol, que quería dejarlos bien encaminados antes de despedirse de ellos para pasar la noche.

Wendy, John y Michael se pusieron de puntillas en el aire para echar su primera ojeada a la isla. Cosa extraña, pero todos la reconocieron enseguida, y antes de que les entrase miedo, la saludaron entusiasmados no tanto como un sueño al fin cumplido, sino como a un viejo amigo al que se encuentra al volver a casa de vacaciones.

—John, ahí está la laguna.

—Wendy, mira las tortugas enterrando sus huevos en la arena.

—Mira, John, estoy viendo tu flamenco de la pata rota.

—Mira tu cueva, Michael.

—John, ¿qué hay en esos matorrales?

—Es una loba con sus cachorros. Wendy, me parece que ése es tu lobezno.

—Ahí está mi barca, John, con los costados llenos de agujeros.

—No, no es ésa. Tu barca la quemamos.

—Pues de todas formas, sí es ésa. Eh, John, estoy viendo el humo del campamento de los indios.

—¿Dónde? Enséñamelo, y por la forma en que se retuerce el humo te diré si están en el sendero de la guerra.

—Allí, al otro lado del Río Misterioso.

—Ya lo veo. Pues sí, ya lo creo que están en el sendero de la guerra.

A Peter le dio un poco de rabia que supieran tanto; pero, si lo que pretendía era convertirse en el amo de la situación, tenía todos los triunfos en la mano, porque, ¿no os he dicho antes que no tardó en caer sobre ellos el miedo?

Llegó cuando las flechas se fueron, dejando la isla en penumbra.

En los viejos tiempos, cuando estaban en casa, el País de Nunca Jamás siempre empezaba a volverse oscuro y amenazador cuando llegaba el momento de irse a la cama. Entonces surgían ante ellos unas zonas sin explorar en las que se movían sombras oscuras; el rugido de los animales de presa cambiaba por completo, pero, sobre todo, se perdía la seguridad de salir vencedor. ¡Qué alegría entonces ver encenderse las lamparitas de noche! ¡Y qué agradable oír a Nana diciendo que lo que allí se veía no era más que la repisa de la chimenea y que el País de Nunca Jamás no era más que una ilusión!

Claro que entonces el País de Nunca Jamás sólo era una ilusión; pero ahora era real; no había lamparitas y a cada momento se volvía todo más oscuro, y, ¿dónde estaba Nana?

Hasta entonces habían volado por separado, pero ahora se apiñaban los tres alrededor de Peter, cuya indiferencia había terminado desapareciendo: le brillaban los ojos y cada vez que tocaban su cuerpo les recorría un hormigueo. Ahora estaban justo encima de la temida isla, volando tan bajo que algunas veces un árbol les rozaba los pies. A la vista no había nada horrible en el aire, y sin embargo avanzaban de manera lenta y penosa, como si tuvieran que abrirse paso entre fuerzas hostiles. Algunas veces se quedaban colgados en el aire hasta que Peter los golpeaba con sus puños.

—Ellos no quieren que tomemos tierra —les explicó.

—¿Quiénes son ellos? —susurró Wendy temblando.

Pero él no podía o no quería decírselo. Campanilla se había dormido en su hombro y Peter la despertó y la envió por delante.

De vez en cuando se quedaba parado en el aire, escuchando atentamente con una mano en la oreja, y miraba hacia abajo con unos ojos tan brillantes que parecían capaces de hacer dos agujeros en la tierra. Después de hacer esas cosas, reemprendía el vuelo.

Su valor casi producía miedo.

—¿Queréis vivir una aventura ahora —le preguntó a John sin darle mayor importancia—, o preferís tomar antes el té?

Enseguida Wendy dijo que «primero el té», y Michael le apretó la mano para agradecérselo; pero John, más valiente, dudaba.



Ellos no quieren que tomemos tierra

—¿Qué clase de aventura? —preguntó prudentemente.

—Justo debajo de nosotros hay un pirata dormido en la paja —le dijo Peter—. Si queréis, podemos bajar y matarlo.

—No le veo —dijo John después de un largo silencio.

—Yo sí.

—Supón que se despierta —dijo John con una voz algo ronca.

Peter replicó indignado:

—¿No me creerás capaz de matarlo mientras está dormido? Primero lo despertaría, y luego le mataría. Siempre lo he hecho así.

—¡Vaya! Y ¿matas muchos?

—Montones.

John dijo: «Formidable», pero decidió tomar primero el té. Preguntó si había muchos piratas en la isla en ese momento y Peter respondió que nunca

había visto tantos.

—¿Quién es ahora su capitán?

—Garfio —respondió Peter, y se le demudó la cara al pronunciar aquella palabra aborrecida.

—¿Jas. Garfio^[23]?

—Sí.

Entonces Michael se echó a llorar y el propio John empezó a tartamudear, porque ambos conocían la fama de Garfio.

—Era el contraamaestre de Barbanegra —susurró John con voz ronca—. El peor de todos. El único hombre al que Barbacoa^[24] tenía miedo.

—El mismo —dijo Peter.

—¿Cómo es? ¿Es grande?

—No tanto como antes.

—¿Qué quieres decir?

—Yo le corté un pedazo.

—¿Tú?

—Sí, yo —dijo Peter en tono áspero.

—No quería ofenderte.

—Bueno, da lo mismo.

—Pero, oye, ¿qué trozo?

—La mano derecha.

—Entonces, ¿no puede luchar?

—¡Claro que puede!

—¿Es zurdo?

—Tiene un garfio de hierro en lugar de la mano derecha, y lo desgarró todo con él.

—¡Desgarra!

—Oye, John —dijo Peter.

—Sí.

—Di: sí, señor.

—Sí, señor.

—Hay una cosa —continuó Peter— que todos los chicos que sirven bajo mis órdenes deben prometer, y tú también.

John se puso pálido.

—Es lo siguiente: si nos encontramos con Garfio en combate abierto, debes dejármelo a mí.

—Lo prometo —dijo John lealmente.

En ese momento se les había pasado un poco la sensación de miedo porque Campanilla volaba con ellos y gracias a su luz podían distinguirse unos a otros. Por desgracia, Campanilla no podía volar tan despacio como ellos, y tenía que ir dando vueltas y más vueltas a su alrededor, haciendo un círculo en el que se movían como en un halo. A Wendy le encantaba, hasta que Peter le señaló el inconveniente.

—Campanilla me dice que los piratas ya nos habían descubierto antes de que se hiciera de noche y han sacado el Largo Tom.

—¿El gran cañón?

—Sí. Y seguro que han debido de ver la luz de Campanilla, y, como adivinarán que estamos cerca, seguro que abren fuego.

—¡Wendy!

—¡John!

—¡Michael!

—Dile que se marche ahora mismo, Peter —gritaron los tres niños al mismo tiempo, pero él se negó.

—Campanilla cree que nos hemos perdido —contestó en tono seco—, y está bastante asustada. ¿No pensaréis que voy a decirle que se marche sola con lo asustada que está?

Durante un instante, el círculo de luz se rompió, y algo le dio a Peter un pellizquito cariñoso.

—Entonces dile que apague su luz —suplicó Wendy.

—No puede. Eso es casi la única cosa que no pueden hacer las hadas. Sólo se apaga por sí misma cuando se duermen, lo mismo que las estrellas.

—Pues dile entonces que se duerma ahora mismo —casi le ordenó John.

—Sólo puede dormirse cuando tiene sueño. Es la otra cosa que no pueden hacer las hadas.

—Pues a mí me parece —gruñó John— que son las dos únicas cosas que merecen la pena.

También él recibió un pellizco, pero esta vez no fue cariñoso.

—Si alguno de nosotros tuviese un bolsillo —dijo Peter—, podríamos meterla dentro.

Sin embargo, habían salido con tanta prisa que ninguno de los cuatro llevaba bolsillo.

De repente se le ocurrió una idea feliz. ¡El sombrero de John!

Campanilla aceptó viajar en sombrero siempre que alguien lo llevara en la mano. John se hizo cargo de él, aunque Campanilla había tenido la esperanza de que la llevase Peter. Al poco rato lo cogió Wendy, porque John decía que

el sombrero iba dándole golpes en la rodilla mientras volaba; y esto, como veremos, planteó dificultades, porque Campanilla no estaba dispuesta a deberle nada a Wendy.

En la negra chistera la luz quedaba completamente oculta, y ellos siguieron volando en silencio. Era el silencio más absoluto que nunca habían conocido, roto a veces por un chapoteo lejano, que, según les explicó Peter, era producido por las bestias salvajes al beber en el vado, y también de vez en cuando una especie de crujido como el que hacen las ramas de los árboles al rozarse, aunque según Peter eran los pieles rojas afilando sus cuchillos.

Pero estos ruidos también cesaron. A Michael aquella soledad le resultaba espantosa.

—¡Ojalá alguien hiciese algún ruido! —exclamó.

Como si respondieran a su deseo, el aire fue desgarrado de repente por la detonación más tremenda que había oído en su vida. Los piratas habían disparado el Largo Tom contra ellos.

El rugido de la explosión resonó a través de las montañas, y el eco parecía gritar salvajemente:

—¿Dónde están, dónde están, dónde están?

Así fue como los tres niños, aterrorizados, aprendieron la diferencia que hay entre una isla imaginaria y la misma isla convertida en realidad.

Cuando por fin los cielos volvieron a serenarse, John y Michael se encontraron solos en la oscuridad. John batía maquinalmente el aire con sus pies, y Michael, sin saber cómo flotar, estaba flotando.

—¿Te han dado? —le susurró John con voz temblorosa.

—No lo sé —murmuró Michael respondiéndole.

Ahora sabemos que ninguno de los dos resultó herido. Sin embargo, Peter había sido arrastrado por el viento del disparo hacia alta mar, mientras Wendy era lanzada hacia arriba sin más compañía que la de Campanilla.

Las cosas le habrían ido mucho mejor a Wendy si en ese momento hubiese soltado el sombrero.

No sé si la idea se le ocurrió de improviso a Campanilla o si la había ido planeando por el camino, pero lo cierto es que saltó inmediatamente del sombrero y se puso a arrastrar a Wendy hacia su perdición.

Campanilla no era mala del todo: o, mejor dicho, en ese momento era pura maldad; aunque, por otro lado, algunas veces era totalmente buena. Las hadas tienen que ser o lo uno o lo otro, porque, siendo tan pequeñas, por desgracia sólo tienen sitio para un sentimiento a la vez. Les está permitido cambiar, pero el cambio debe ser completo. Por el momento, Campanilla estaba llena

de celos de Wendy. Wendy, desde luego, no podía entender lo que Campanilla decía con su gracioso tintineo —y yo creo que eran palabrotas, aunque sonase muy agradable—, y se puso a revolotear a su alrededor, queriendo decir claramente: «Sígueme, y todo saldrá bien».

¿Qué otra cosa podía hacer la pobre Wendy? Llamó a Peter, a John y a Michael, pero por toda respuesta sólo consiguió unos ecos burlones. Aún no sabía que Campanilla la odiaba con todo el odio feroz de una mujer de verdad. Y por eso, aturdida y dando tumbos en su vuelo, siguió a Campanilla hacia su perdición.

Capítulo 5

Una isla de verdad

Dándose cuenta de que Peter estaba de regreso, el País de Nunca Jamás renacía a la vida. Deberíamos utilizar el pluscuamperfecto y decir que había renacido, pero renacía es mejor y la palabra que siempre utilizaba Peter.

Por lo general, en su ausencia, la vida de la isla es tranquila. Las hadas duermen una hora más por la mañana, los animales se ocupan de sus crías, los pieles rojas se atiborran sin parar durante seis días y seis noches, y, cuando los niños perdidos se encuentran con los piratas, se limitan a lanzarse gestos de burla, poniéndose el dedo pulgar en la nariz unos a otros. Pero con la llegada de Peter, que detesta el letargo, la actividad general renace: si entonces pegaseis la oreja al suelo, oiríais la isla bullendo de vida.

Esa noche, las principales fuerzas de la isla estaban dispuestas de la siguiente manera: los niños perdidos estaban buscando a Peter, los piratas estaban buscando a los niños perdidos, los pieles rojas estaban buscando a los piratas y los animales salvajes estaban buscando a los pieles rojas. Todos estaban dando vueltas y más vueltas a la isla, pero nunca se encontraban porque todos iban al mismo paso.

Todos tenían sed de sangre menos los niños, que esa noche sólo pensaban en recibir a su capitán. Los niños de la isla varían, por supuesto, en número, según los vayan matando y demás; por otra parte, cuando parece que empiezan a crecer, porque crecer va contra las reglas, Peter los elimina sin ninguna piedad; esa noche había seis en total, contando a los Gemelos como si fuesen dos. Imaginemos que estamos tumbados entre las cañas de azúcar y que los observamos pasando en fila india, cada uno con un puñal en la mano.

Peter les tiene prohibido que se parezcan a él lo más mínimo, y llevan pieles de osos que ellos mismos han cazado y con las que están tan redondos y peludos que, si se caen, ruedan. Por eso procuran asegurar los pies cuando caminan.

El primero en pasar es Tootles, que no es el menos valiente pero sí el más desgraciado de toda esta valerosa banda. Había participado en muchas menos aventuras que sus compañeros porque las cosas importantes siempre se producían justo cuando él acababa de doblar la esquina: por ejemplo, si todo

estaba tranquilo, y él aprovechaba para ir a recoger unos cuantos leños para el fuego, cuando regresaba los otros ya estaban limpiando la sangre. La mala suerte había dado un delicado aire de melancolía a su rostro, pero, en lugar de amargar su carácter, se lo había suavizado y le había convertido en el más humilde de los niños. Pobre y bondadoso Tootles, esta noche el aire está cargado de peligros para ti. Ten cuidado, no vaya a ser que aceptes la aventura que se te ofrece y te hundas en la más profunda aflicción. Cuidado, Tootles, el hada Campanilla, que esta noche tiene el espíritu perverso, está buscando un arma y piensa que tú eres el niño más fácil de engañar. Cuidado con Campanilla.

Ojalá pudiera oírnos, pero nosotros no estamos realmente en la isla y él sigue su camino mordiéndose los nudillos.

Viene luego Nibs, alegre y jovial, seguido de Slightly, que corta flautas de los árboles y baila entusiasmado al son de sus propias melodías. Slightly es el más engreído de los chicos. Cree recordar la vida que llevó antes de perderse, con sus modales y costumbres, y eso da a su nariz un aire insolente. Curly es el cuarto; es un granuja, y ha tenido que entregarse tantas veces cuando Peter decía en tono enérgico: «Que dé un paso al frente el que haya hecho esto», que ahora, nada más oír la orden, da un paso al frente automáticamente, lo haya hecho o no. Están, por último, los Gemelos, a los que no podemos describir por temor a confundirlos. Peter no sabía muy bien qué era eso de gemelos, y como a la banda no le estaba permitido saber algo que él no supiese, estos dos nunca daban muchas explicaciones sobre ellos mismos, y se esforzaban por satisfacer a todos manteniéndose siempre juntos como si pidiesen perdón.

Los niños desaparecen en la penumbra y, al cabo de un rato, pero de un rato no muy largo, porque las cosas ocurren muy deprisa en la isla, llegan los piratas tras su rastro. Podemos oírlos antes de verlos, porque siempre llegan con la misma horrible canción:

*¡Soltad amarras, anclas levad,
que vamos a piratear,
y si un disparo nos separa
abajo nos hemos de encontrar!*

Nunca se vio colgar en hilera de la horca del Muelle de las Ejecuciones^[25] peor banda de rufianes. Aquí tenemos, algo adelantado, siempre escuchando con la oreja pegada al suelo, con grandes brazos desnudos y dos monedas de a ocho en las orejas como adornos, al guapo italiano Cecco^[26], que recortó su

nombre en letras de sangre en la espalda del gobernador de la prisión de Gao^[27]. El gigantesco negro que le sigue ha tenido muchos nombres desde que renunció al que todavía emplean las madres de piel oscura para asustar a sus hijos en las orillas del Guidjo-mo. Luego viene Bill Jukes, tatuado de pies a cabeza, a quien Flint, a bordo del *Walrus*^[28], tuvo que dar seis docenas de latigazos antes de que soltase su bolsa de *moidores*^[29]; y Cookson, que se decía hermano (aunque nunca se demostró) de Murphy el Negro; y el caballero Starkey, en otro tiempo profesor ayudante en una escuela pública y siempre delicado en su forma de matar; y Skylights (el Skylights de Morgan^[30]); y Smee, el contramaestre irlandés, un hombre curiosamente genial que apuñalaba, por así decir, sin ofender, y que era el único disidente^[31] de la tripulación de Garfio; y Noodler, que tenía las manos al revés; y Robert Mulins y Alf Mason^[32], y muchos otros rufianes célebres y temidos en todo el Caribe.

En medio de ellos, como la joya más negra y más imponente de aquella siniestra montura, reinaba James Garfio, o, como él mismo escribía, Jas. Garfio, de quien se decía que era el único hombre al que temía el Cocinero^[33]. Cómodamente tumbado en un tosco carruaje tirado e impulsado por sus hombres, en vez de mano derecha tenía un garfio de hierro con el que de vez en cuando los animaba a apretar el paso. Este hombre terrible los trataba como a perros, y como perros le obedecían. De aspecto cadavérico y negruzco, llevaba el pelo en tirabuzones tan largos que, a cierta distancia, parecían velas negras y prestaban a su apuesto semblante una expresión singularmente amenazadora. Sus ojos eran del azul del nomeolvides, profundamente melancólicos, menos cuando te clavaba el garfio, momento en que en el fondo de sus pupilas aparecían dos puntos rojos que las iluminaban de forma horrible. En cuanto a sus modales, todavía conservaba restos de gran señor, e incluso te destrozaba con su aire distinguido, y me han asegurado que tenía fama de *raconteur*. Nunca era más siniestro que cuando daba muestras de una cortesía refinada, lo cual es probablemente la mejor prueba de distinción; y la elegancia de su dicción, incluso cuando soltaba juramentos, lo mismo que la distinción de sus modales, subrayaba la diferencia de casta respecto a su tripulación. Hombre de un valor indomable, se decía que lo único que le aterrorizaba era la vista de su propia sangre, espesa y de un color insólito. En cuanto a su vestimenta, recordaba un poco el atuendo asociado al nombre de Carlos II^[34], por haber oído decir, en algún período anterior de su carrera, que tenía un extraño parecido con los infortunados Estuardo; y en la boca llevaba una boquilla que él mismo había inventado y que le permitía

fumar dos cigarros a la vez. Pero, indudablemente, la parte más siniestra de la persona era su garfio de hierro.

Matemos ahora un pirata, para mostrar el método de Garfio. Skylights nos servirá. Al pasar, Skylights choca torpemente con su capitán, descolocándole el cuello de encaje; el garfio sale disparado, se oye un desgarrón y un gemido, luego alguien echa a un lado el cuerpo de una patada y los piratas siguen adelante. Garfio ni siquiera se ha quitado los cigarros de la boca.

Éste es el hombre terrible al que debe enfrentarse Peter Pan. ¿Quién vencerá?



Éste es el hombre terrible al que debe enfrentarse Peter Pan

Siguiendo el rastro de los piratas, avanzando en silencio por el sendero de la guerra, que a unos ojos inexpertos les resulta imposible ver, llegan los pieles rojas, todos ellos ojo avizor. Llevan tomahawks y cuchillos, y sus cuerpos desnudos brillan embadurnados de pintura y aceite. De su cintura cuelgan cabelleras, tanto de niños como de piratas, porque estos hombres pertenecen a la tribu de los piccaninnis, y no hay que confundirlos con los

delawareos de corazón compasivo ni con los hurones^[35]. En vanguardia, a cuatro patas, va Gran Pantera Pequeña, un valiente con tantas cabelleras a su cintura que, en esa posición, entorpecen su avance. Cerrando la marcha, en el puesto de mayor peligro, va, orgullosamente erguida, Tigridia, una princesa por derecho propio. Es la más bella de las Dianas de piel morena y la favorita de los piccanninis, coqueta, fría y amorosa según le dé; no hay ningún bravo guerrero que no esté dispuesto a tomar por mujer a esta caprichosa, pero ella sabe librarse del altar con un hacha. Mirad cómo avanzan sobre las ramas secas sin hacer el menor ruido. Lo único que se oye es su respiración algo jadeante. La verdad es que, en estos momentos, están todos un poco hinchados porque acaban de darse una comilona, pero no tardarán mucho en perder ese peso. Por ahora, sin embargo, ése es el principal peligro que los amenaza.

Los pieles rojas desaparecen como han venido, como sombras, y al poco tiempo ocupan su lugar las fieras, una procesión tan grande como variada: leones, tigres, osos y las innumerables criaturas más pequeñas que huyen de ellos, ya que estos animales, y sobre todo los devoradores de hombres, viven codo con codo en esta isla privilegiada. Todos llevan la lengua fuera, porque esta noche tienen hambre.

Cuando han terminado de pasar, llega el último de todos, un gigantesco cocodrilo. Luego veremos a quién está buscando.

El cocodrilo pasa de largo, pero no tardan en aparecer otra vez los niños, porque la procesión debe continuar indefinidamente hasta que uno de estos grupos se detenga o cambie el paso. Entonces no tardarán mucho en echarse unos encima de otros.

Todos van mirando fijamente hacia adelante, y ninguno sospecha el peligro que podría estar acercándose sigilosamente por detrás. Esto demuestra lo real que era la isla.

Los primeros en salirse del círculo móvil fueron los niños. Se tumbaron en la hierba, muy cerca de su casa subterránea.

—Me gustaría que volviese Peter —decían todos en medio de un gran nerviosismo, aunque todos eran en altura, y más todavía en anchura, más grandes que su capitán.

—Soy el único que no tiene miedo a los piratas —dijo Slightly, en el tono que tanto desagradaba a los demás; pero quizás algún ruido lejano le llenó de inquietud, porque a renglón seguido añadió—: pero cómo me gustaría que volviera y nos contase algo más sobre Cenicienta.

Se pusieron a hablar de Cenicienta, y Tootles dijo que estaba seguro de que su madre debía de haberse parecido mucho a ella.

Sólo en ausencia de Peter se podía hablar de las madres, había prohibido el tema por considerarlo una tontería.

—Lo único que recuerdo de mi madre —dijo Nibs— es que muchas veces le decía a mi padre: «Oh, cómo me gustaría tener mi propio talonario de cheques». No sé lo que es un talonario de cheques, pero me encantaría darle uno a mi madre.

Cuando estaban hablando oyeron un ruido a lo lejos. Vosotros y yo, que no somos criaturas salvajes que vivan en los bosques, no habríamos oído nada, pero sus oídos sí, y era aquella siniestra canción:

*Ya-jú, ya-jú, qué estupenda la vida del pirata,
dos tibias y un cráneo en la bandera
una hora feliz y una buena sogá,
y viva Davy Jones a nuestra vera.*

Al instante, los niños perdidos... pero ¿dónde están? Han desaparecido. Ni los conejos podrían haber desaparecido tan deprisa.

Yo os diré dónde están. A excepción de Nibs, que ha salido disparado en misión de reconocimiento, todos están en su casa bajo el suelo, una residencia muy agradable que dentro de poco vamos a conocer. Pero ¿cómo han llegado hasta ella? Porque no se ve ninguna entrada, ni siquiera un montón de matorrales que, una vez apartados, dejarían al descubierto la entrada de una cueva. Sin embargo, mirad más despacio, y puede que veáis siete grandes árboles, y en cada uno de sus troncos huecos unos agujeros del tamaño de un niño. Son las siete entradas a la casa subterránea, que Garfio lleva buscando inútilmente durante muchas lunas. ¿La encontrará esta noche?

Cuando los piratas avanzaban, la aguda vista de Starkey vio a Nibs desaparecer entre los árboles, y al momento su pistola brilló en la oscuridad. Pero una garra de hierro se le clavó en el hombro.



Starkey vio a Nibs desaparecer entre los árboles

—¡Capitán, suélteme! —exclamaba retorciéndose de dolor.

Ahora es cuando vamos a oír por primera vez la voz de Garfio. Era una voz negra:

—Primero guarda la pistola —dijo en tono amenazador.

—Pero si era uno de esos chicos que usted odia. Hubiera podido matarle de un disparo.

—Sí, y el ruido nos habría echado encima a los pieles rojas de Tigridia. ¿Quieres perder tu cabellera?

—¿Le sigo entonces, capitán —preguntó el patético Smee—, y le haga unas cuantas cosquillas con Johnny Sacacorchos?

Smee siempre ponía nombres divertidos a todo, y su sable era Johnny Sacacorchos, porque solía dar vueltas a la hoja en la herida. Se podrían citar muchos otros rasgos encantadores de Smee. Por ejemplo, después de matar, eran sus propias gafas lo que se limpiaba en vez de su arma.

—Johnny es un muchacho discreto —le recordó a Garfio.

—Pero no ahora, Smee —dijo Garfio en tono sombrío—. Sólo es uno, y quiero la piel de los siete. Venga, separaos y encontradlos.

Los piratas desaparecieron entre los árboles, y al cabo de un momento su capitán y Smee se encontraron solos. Garfio lanzó un profundo suspiro; y no sé por qué fue, quizá por la belleza serena de la noche, pero lo cierto es que le entraron ganas de confiar a su fiel contramaestre la historia de su vida. Habló mucho tiempo y de todo corazón, pero Smee, que era más bien estúpido, no entendía de qué se trataba.

Hasta que oyó la palabra Peter.

—Y sobre todo —dijo Garfio apasionadamente— quiero a su capitán Peter Pan. Fue él quien me cortó el brazo.

Y blandió el garfio de forma amenazadora.

—He esperado mucho para estrecharle la mano con esto. ¡Lo haré pedazos!

—Sin embargo —dijo Smee—, muchas veces le he oído a usted decir que ese garfio valía más que un montón de manos, para peinarse y para muchos otros usos domésticos.

—Sí —repuso el capitán—, si yo fuese madre rezaría para que mis hijos nacieran con esto en vez de con esto otro.

Y echó una mirada llena de orgullo a su mano de hierro y una de desprecio a la otra. Luego volvió a fruncir el ceño.

—Peter le lanzó mi mano a un cocodrilo que pasaba por allí —dijo estremeciéndose.

—Con frecuencia he notado —dijo Smee— su extraño miedo a los cocodrilos.

—A los cocodrilos no —le corrigió Garfio—, a un cocodrilo.

Bajó la voz.

—Le gustó tanto mi brazo, Smee, que desde entonces no ha parado de seguirme de mar en mar y de tierra en tierra, relamiéndose con la idea de devorar el resto.

—En cierto modo —dijo Smee— es una especie de cumplido.

—No necesito cumplidos de esa clase —gruñó Garfio con petulancia—. Quiero la piel de Peter Pan, el primero que dio a ese bicho gusto por mí.

Se sentó sobre una enorme seta y siguió hablando con voz temblorosa:

—Smee —dijo en tono ronco—, hace mucho que ese cocodrilo me habría comido, pero, por suerte, se tragó un reloj que sigue haciendo tictac en sus tripas, y por eso, antes de que pueda alcanzarme, oigo su tictac y salgo corriendo.

Se echó a reír, pero su risa sonaba a hueco.

—Algún día —dijo Smee—, el reloj se parará, y entonces lo cogerá.

Garfio se humedeció sus labios secos:

—Sí —dijo—, ése es el miedo que me atormenta.

Desde que se había sentado, notaba una curiosa sensación de calor.

—Smee —dijo—, este asiento está ardiendo.

Y dio un brinco.

—¡Por mil cañones, estoy quemándome!

Examinaron la seta, que era de un tamaño y de una solidez desconocida en la isla; intentaron arrancarla y se quedaron con ella en las manos porque no

tenía raíces. Y lo que era más raro todavía, inmediatamente empezó a salir humo. Los piratas se miraron el uno al otro.

—¡Una chimenea! —exclamaron ambos.

En efecto, habían descubierto la chimenea de la casa subterránea. Los chicos solían tapparla con una seta cuando había enemigos en los alrededores.

Pero no sólo salía humo. También se oían voces infantiles, porque los niños se sentían tan seguros en su refugio que estaban charlando alegremente. Los piratas escucharon atentamente y volvieron a colocar la seta en su sitio. Miraron a su alrededor y descubrieron los agujeros en los siete árboles.

—¿Les ha oído decir que Peter Pan no estaba en casa? —susurró Smeë, jugueteando con Johnny Sacacorchos.

Garfio asintió. Se quedó un buen rato perdido en sus pensamientos, y luego una sonrisa fría le iluminó su cara morena. Es lo que Smeë había estado esperando.

—Dígame su plan, capitán —exclamó ansioso.

—Volver al barco —respondió Garfio despacio y entre dientes—, y preparar una enorme tarta muy espesa con azúcar verde por encima. Ahí abajo sólo puede haber una habitación, porque sólo hay una chimenea. Esos topos estúpidos no han tenido suficiente sentido común para darse cuenta de que no necesitaban para nada una puerta por cada uno de ellos. Lo cual demuestra que no tienen madre. Dejaremos la tarta en la orilla de la laguna de las sirenas. Estos chicos siempre están nadando allí, jugando con las sirenas. Encontrarán la tarta y se la comerán sin dejar nada, porque, como no tienen madre, no saben lo peligroso que es comer una tarta rica y recién hecha.

Y soltó una risotada, pero ahora su risa no era hueca, sino auténtica.

—¡Ja, ja, morirán todos!

Smeë le había estado escuchando con una admiración cada vez mayor.

—Es el plan más retorcido y más maravilloso que he oído en mi vida —exclamó.

Y llenos de entusiasmo, se pusieron a bailar y a cantar.

*Quietos cuando yo aparezco,
todos temen al pirata;
y se quedan en los huesos
si Garfio saca la garra.*

Habían empezado esta estrofa, pero no llegaron a terminarla porque oyeron un ruido y se callaron. Al principio era un sonido tan débil que una

hoja que hubiera caído sobre él habría podido apagarlo, pero al ir acercándose se fue haciendo más preciso:

—Tictac, tictac.

Garfio quedó clavado en el sitio, todo tembloroso y con un pie en el aire.

—El cocodrilo —dijo con voz entrecortada.

Y echó a correr seguido por su contramaestre.

En efecto, era el cocodrilo. Había adelantado a los pieles rojas, que ahora iban tras la pista de los otros piratas, y se había puesto a perseguir a Garfio.

Una vez más, los chicos emergieron a la superficie, pero los peligros de la noche aún no habían terminado, porque Nibs apareció de pronto en medio de ellos, sin aliento y perseguido por una manada de lobos. Los perseguidores llevaban la lengua fuera y lanzaban unos aullidos espantosos.

—¡Salvadme! ¡Salvadme! —gritaba Nibs, cayendo al suelo.

—Pero ¿qué podemos hacer? ¿Qué podemos hacer?

Era todo un cumplido para Peter que, en ese terrible momento, todos se acordaran de él.

—¿Qué haría Peter? —gritaron todos al mismo tiempo.

Y casi al mismo tiempo añadieron:

—Peter los miraría por entre las piernas.

Y luego dijeron:

—Hagamos lo que haría Peter.

Ésa es la forma más eficaz para deshacerse de los lobos, y todos a un tiempo, como un solo chico, se agacharon y miraron por entre sus piernas. El momento siguiente resultó algo largo; pero la victoria llegó enseguida porque, cuando los niños avanzaban hacia ellos en esa terrible postura, los lobos metieron el rabo entre las piernas y escaparon.

Entonces Nibs se levantó del suelo y los demás creyeron que sus ojos desorbitados seguían viendo todavía a los lobos. Pero no eran lobos lo que veía.

—He visto una cosa más maravillosa todavía —exclamó cuando todos, impacientes, le hicieron corro—. Un gran pájaro blanco. Viene volando hacia aquí.

—¿Qué clase de pájaro crees que es?

—No lo sé —dijo Nibs, desconcertado—, pero parece cansadísimo, y mientras vuela va gimiendo: «Pobre Wendy».

—Pobre Wendy.

—Recuerdo —dijo Slightly al momento— que hay pájaros que se llaman wendys.

—¡Mirad, ahí viene! —exclamó Curly, señalando con el dedo a Wendy en el cielo.

Wendy estaba ahora casi encima de ellos y podían oír sus quejidos lastimeros. Pero la voz estridente de Campanilla les llegó con mayor claridad. La celosa hada había renunciado a todo su disfraz de amistad y se lanzaba contra su víctima pellizcándola cruelmente cada vez que la tocaba.

—Hola, Campanilla —gritaron los sorprendidos muchachos.

Campanilla les contestó con energía:

—Peter quiere que disparéis contra el wendy.

No estaban acostumbrados a cuestionar las órdenes de Peter.

—Hagamos lo que Peter desea —exclamaron los ingenuos chicos—. Deprisa, arcos y flechas.

Y menos Tootles, todos bajaron de un salto de sus árboles. Él llevaba un arco y una flecha, y Campanilla se dio cuenta y se frotó las manitas.

—Deprisa, Tootles, deprisa —chilló ella—. Peter se pondrá muy contento.

Muy excitado, Tootles ajustó la flecha en el arco.

—Apártate, Campanilla —gritó.

Y luego disparó, y Wendy cayó al suelo con una flecha en el pecho.

Capítulo 6

La casita

Cuando los demás chicos saltaron, armados de arcos y flechas, de sus árboles, el tonto de Tootles estaba plantado como un conquistador sobre el cuerpo de Wendy.

—Llegáis tarde —exclamó con orgullo—. He matado al wendy. Peter se sentirá muy contento conmigo.

Revoloteando por encima de ellos, Campanilla gritó: «¡Imbécil!», y se escondió rápidamente. Los otros no la oyeron. Se habían agrupado alrededor de Wendy, y, cuando la miraban, sobre el bosque cayó un terrible silencio. Si el corazón de Wendy hubiese estado latiendo todos lo habrían oído.

Slightly fue el primero en hablar:

—Esto no es un pájaro —dijo asustado—. Creo que es una dama.

—¿Una dama? —dijo Tootles echándose a temblar.

—Y nosotros la hemos matado —añadió Nibs con voz ronca.

Todos se quitaron las gorras.

—Ahora lo entiendo —dijo Curly—; Peter nos la traía.

Y se tiró al suelo desconsolado.

—Una dama que por fin iba a ocuparse de nosotros —dijo uno de los Gemelos—, y tú la has matado.

Sentían pena por él, pero más todavía por ellos mismos, y cuando Tootles se les acercó un poco más le volvieron la espalda.

A Tootles la cara se le había puesto pálida, pero mostraba una dignidad que hasta entonces nunca había tenido.

—Sí, yo la he matado —dijo pensativo—. Cuando las damas solían acercárame en sueños, yo les decía: «Mamá bonita, mamá bonita». Y ahora que por fin ha venido una, la he matado.

Y empezó a alejarse del grupo muy despacio.

—No te vayas —le dijeron apenados.

—Tengo que hacerlo —respondió él, temblando—; tengo mucho miedo a Peter.

Fue en ese trágico momento cuando oyeron un ruido que llenó de angustia el corazón de todos. Oyeron el graznido de Peter.

—¡Peter! —exclamaron, porque siempre les anunciaba así su regreso.

—Escondedla —susurraron, y todos hicieron muy de prisa un corro alrededor de Wendy.

Pero Tootles permaneció alejado.

De nuevo les llegó aquel graznido sonoro, y Peter se posó delante de ellos.

—Saludos, chicos —gritó Peter.

Todos lo saludaron mecánicamente y de nuevo se hizo el silencio.

Peter frunció el ceño.

—Ya estoy de vuelta —dijo con vehemencia—. ¿Por qué no os alegráis?

Ellos abrieron la boca, pero la alegría no llegaba. Peter lo pasó por alto, en su prisa por contarles las maravillosas nuevas.

—Grandes noticias, chicos —exclamó—. Por fin he traído una madre para todos vosotros.

El silencio continuaba, salvo el pequeño ruido producido por Tootles al caer de rodillas.

—¿No la habéis visto? —preguntó Peter empezando a inquietarse—. Pues volaba hacia aquí.

—¡Ay de mí! —dijo una voz.

Y otra dijo:

—¡Qué día tan triste!

Tootles se puso de pie.

—Peter —dijo con mucha calma—. Yo te la enseñaré.

Y como los otros seguían queriendo ocultarla, añadió:

—Apartaos, Gemelos, dejad que Peter la vea.

Entonces todos se apartaron para que Peter pudiese verla; y después de mirarla un rato no supo qué hacer a continuación.

—Está muerta —declaró en tono contrito—. Quizá la asuste estar muerta.

Por un momento pensó en alejarse saltando cómicamente hasta perderla de vista y no volver nunca más a aquel sitio. De haberlo hecho, todos le hubieran seguido muy contentos.

Pero estaba la flecha. La arrancó del corazón de Wendy, y se volvió hacia su banda.

—¿De quién es esta flecha? —preguntó en tono severo.

—Es mía, Peter —dijo Tootles de rodillas.

—¡Ah, mano asesina! —dijo Peter, levantando la flecha para usarla como un puñal.

Tootles no se inmutó. Se descubrió el pecho.

—Clávala, Peter —dijo con firmeza—, clávala de verdad.

Por dos veces blandió Peter la flecha, y por dos veces cayó su mano.

—No puedo clavarla —dijo sorprendido—, algo retiene mi mano.

Todos le miraron atónitos, menos Nibs, que por suerte tenía los ojos clavados en Wendy.

—Es ella —exclamó—, es la dama wendy; mirad su brazo.

Puede parecer increíble, pero Wendy había levantado el brazo. Nibs se agachó sobre ella y se puso a escuchar con reverencia.

—Creo que está diciendo «Pobre Tootles» —susurró.

—Está viva —dijo Peter en tono lacónico.

Slightly gritó al instante:

—¡La dama wendy está viva!

Entonces Peter se arrodilló a su lado y su mirada se posó en la caperuza de bellota que le había regalado. Como recordaréis, se la había colgado en una cadena que llevaba al cuello.

—Mirad —dijo—, la flecha chocó con esto. Es el beso que le di. Le ha salvado la vida.

—Me acuerdo de los besos —le interrumpió enseguida Slightly—, déjame ver. ¡Ah, sí, es un beso!

Peter no le escuchaba. Estaba suplicando a Wendy que se recobrase enseguida para enseñarle las sirenas. Por supuesto, ella no podía responderle porque seguía sufriendo un desmayo espantoso.

—Escuchad a Campanilla —dijo Curly—, llora porque la wendy está viva.

Entonces tuvieron que contarle a Peter el crimen de Campanilla, y nunca le habían visto tan serio.

—Escúchame, Campanilla —exclamó Peter—: ya no soy amigo tuyo. Aléjate de mí para siempre.

Ella fue a posarse en su hombro y le suplicó, pero Peter la rechazó. Pero como Wendy volvió a levantar el brazo, Peter se ablandó lo suficiente para decir:

—Bueno, para siempre no, pero sí para toda una semana.

¿Creéis que Campanilla le estaba agradecida a Wendy por haber levantado el brazo? Ni mucho menos, nunca había tenido tantas ganas de pellizcarla como ahora. Las hadas son unas criaturas realmente extrañas, y Peter, que era quien menos las conocía, no dejaba de darles alguna bofetada de vez en cuando.

Pero ¿qué hacer con Wendy en el precario estado de salud en que se encontraba?

—Lo mejor sería bajarla a la casa —sugirió Curly.

—¡Sí, sí! —dijo Slightly—, es lo que hay que hacer con las damas.

—No, no —dijo Peter—, no debéis tocarla. Sería faltarle al respeto.

—Eso estaba pensando yo —dijo Slightly.

—Pero si la dejamos aquí tumbada —dijo Tootles—, se moriría.

—¡Sí, se morirá! —admitió Slightly—. Pero no hay otra solución.

—Sí, la hay —exclamó Peter—. ¿Por qué no construimos una casita a su alrededor?

Todos parecieron encantados.

—Rápido —les ordenó—, que cada uno me traiga lo mejor que tenemos. Vacíad nuestra casa. Moveos.

Al momento todos se mostraron tan diligentes como sastres la noche antes de la boda. Correteaban de acá para allá, hacia abajo en busca de sábanas, hacia arriba en busca de leña, y, cuando estaban en ello, ¿quiénes creéis que aparecieron? Pues John y Michael. Tenían tanto sueño cuando se posaron en el suelo que se quedaron dormidos de pie, se despertaron, dieron un paso y volvieron a dormirse.

—John, John —gritaba entonces Michael—. Despierta. ¿Dónde están Nana, John y mamá?

Y entonces John se frotó los ojos murmurando:

—Es verdad, hemos volado.

Podéis estar seguros de que se alegraron mucho de encontrar a Peter.

—Hola, Peter —dijeron.

—Hola —respondió Peter amablemente, aunque se había olvidado de ellos por completo.

En ese momento estaba muy ocupado midiendo con sus pies a Wendy para saber el tamaño de la casa que iba a necesitar. Por supuesto, tenía intención de dejar espacio para las sillas y para una mesa. John y Michael le observaban.

—¿Está dormida Wendy? —preguntaron.

—Sí.

—John —propuso Michael—, vamos a despertarla para que nos haga la cena.

Pero cuando lo estaba diciendo llegaron varios chicos cargados de ramas para construir la casa.

—¡Mira! —gritó.

—Curly —dijo Peter, en su tono más imperativo—, encárgate de que esos chicos ayuden a construir la casa.

—Desde luego, señor.

—¿Construir una casa? —exclamó John.

—Para la wendy —dijo Curly.

—¿Para Wendy? —dijo John, atónito—. Pero si sólo es una chica.

—Por eso —le explicó Curly— nosotros somos sus servidores.

—¿Vosotros servidores de Wendy?

—Sí —dijo Peter—, y vosotros también. En marcha.

A los asombrados hermanos los llevaron a rastras a cortar y acarrear ramas.

—Primero sillas y una valla —ordenó Peter—. Luego construiremos la casa alrededor.

—Sí —dijo Slightly—, así se construye una casa; ya me acuerdo.

Peter pensaba en todo:

—Slightly —ordenó—, vete a buscar un médico.

—De acuerdo —dijo Slightly al momento, y desapareció, rascándose la cabeza.

Pero sabía que había que obedecer a Peter y regresó enseguida, con el sombrero de John puesto y aspecto solemne.

—Gracias, señor —dijo Peter dirigiéndose hacia él—, ¿es usted médico?

La diferencia entre Peter y el resto de los niños en una situación así consistía en que ellos sabían que era pura ficción, mientras que, para él, la ficción y la verdad eran exactamente lo mismo. Esto causaba problemas algunas veces, como cuando tenían que fingir que habían comido.

Si dejaban de fingir, Peter les golpeaba en los nudillos.

—Sí, hombrecito —respondió ansiosamente Slightly, que tenía los nudillos doloridos.

—Por favor, señor, —explicó Peter—, hay una dama gravemente enferma.

Estaba tendida a sus pies, pero Slightly tuvo el sentido común de no verla.

—Vaya, vaya, vaya —dijo—, ¿dónde está?

—En aquel claro.

—Le pondré una cosa de cristal en la boca —dijo Slightly.

Y fingió que lo hacía mientras Peter esperaba. Hubo un momento de angustia cuando el doctor retiró la cosa de cristal.

—¿Cómo está? —preguntó Peter.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Slightly—. Se ha curado con esto.

—Cuánto me alegro —exclamó Peter.

—Volveré a verla por la noche —dijo Slightly—; tenéis que darle sopa de carne de buey en una taza con pitorro.

Pero después de haberle devuelto su sombrero a John, resopló profundamente, como siempre que escapaba de alguna dificultad. Mientras tanto, el ruido de los golpes de hacha había llenado el bosque; Wendy tenía ahora a sus pies todo lo necesario para construir una casa acogedora.

—Si supiésemos el tipo de casa que más le gusta —dijo uno.

—Peter —exclamó otro—, está moviéndose en sueños.

—Y se le abre la boca —anunció un tercero, mirándole dentro con mucho respeto—. ¡Oh, qué bonito!

—A lo mejor se pone a cantar en sueños —dijo Peter—. Wendy, cántanos el tipo de casa que te gustaría tener.

Acto seguido, sin abrir los ojos, Wendy se puso a cantar:

*Quisiera una casa bonita,
la más pequeña que hayáis visto,
verde musgo en el tejado
y rojas paredes muy lindas.*

Casi se ahogan de alegría porque, por una suerte inesperada, las ramas que habían traído estaban llenas de savia roja y todo el suelo estaba alfombrado de musgo. Mientras empezaban a montar la casita, ellos mismos rompieron a cantar:

*Tejado y paredes tenemos ya,
y una puerta encantadora,
Madre Wendy, dinos, dinos,
¿quieres ahora algo más?*

A lo que Wendy contestó con cierta avidez:

*¡Ay!, si ponerse pudieran
muchas, muchísimas ventanas,
con rosas por de fuera
y muchos niños dentro.*

Con unos puñetazos bien dados hicieron las ventanas, y unas anchas hojas amarillas sirvieron de cortinas. Pero las rosas...

—Rosas —ordenó Peter en un tono que no admitía réplica.

Inmediatamente los niños fingieron que las rosas más hermosas trepaban por las paredes.

Pero ¿y los niños?

Para impedir que Peter les ordenase buscar niños se pusieron a cantar de nuevo:

*De rosas la casa se adorna,
y a la puerta están los niños.
Tal vez un poco crecidos ahora
pues no pueden volver a nacer.*

A Peter le pareció buena la idea, e inmediatamente se la adjudicó. La casa era realmente bonita y Wendy debía de encontrarse muy a gusto dentro, aunque, claro, ahora ya no podía verla ninguno. Peter se puso a examinarla yendo de un lado para otro y ordenando los últimos retoques. Nada escapaba a su ojo de águila. Y en el momento en que parecía totalmente acabada, dijo:

—La puerta no tiene aldaba.

Sintieron mucha vergüenza, pero Tootles ofreció la suela de su zapato, que se convirtió en una excelente aldaba.

Ahora sí que está totalmente acabada, pensaron.

Ni mucho menos.

—No hay chimenea —dijo Peter—; necesitamos una chimenea.

—No podemos estar sin una chimenea —dijo John con aires de importancia.

Esto le dio una idea a Peter. Le arrancó a John el sombrero de la cabeza, lo desfondó y puso el sombrero encima del tejado. La casita estaba tan contenta de tener una chimenea tan importante que, como para dar las gracias, inmediatamente empezó a echar humo por el sombrero.

Ahora sí que estaba terminada de verdad. Lo único que quedaba por hacer era llamar a la puerta.

—Arreglaos lo mejor que podáis —les advirtió Peter—; la primera impresión es muy importante.

Se alegró de que ninguno le preguntase qué era una primera impresión: todos estaban demasiado ocupados arreglándose lo mejor que podían.

Peter llamó a la puerta con mucha educación; ahora el bosque estaba tan silencioso como los niños, no se oía ningún ruido, salvo a Campanilla, que los observaba desde una rama y se burlaba descaradamente de ellos.

Los chicos estaban preguntándose: ¿Quién responderá a la llamada? Si era una dama, ¿a quién se parecería?

La puerta se abrió y salió una dama. Era Wendy. Todos se quitaron los gorros.

Ella parecía bastante sorprendida, y eso era lo que los niños habían esperado.

—¿Dónde estoy? —dijo Wendy.

Naturalmente, Slightly fue el primero en meter baza.

—Señora Wendy —dijo rápidamente—, hemos construido esta casa para ti.

—Por favor, di que te gusta —exclamó Nibs.

—Es una casa preciosa y adorable —dijo Wendy.

Eran las palabras que esperaban que dijese.

—Y nosotros somos tus niños —exclamaron los Gemelos.

Entonces todos se pusieron de rodillas y, extendiendo los brazos, exclamaron:

—Señora Wendy, por favor, sé nuestra madre.

—¿Creéis que podría? —dijo Wendy toda radiante—. Por supuesto que sería fantástico, pero ya veis que sólo soy una niña. No tengo ninguna experiencia.

—Eso no importa —dijo Peter, como si fuese el único de los presentes que sabía todo de aquel asunto, aunque en realidad era el que menos sabía—. Lo que necesitamos es simplemente una persona amable y maternal.

—¡Dios mío! —dijo Wendy—. ¡Pero si eso es exactamente lo que soy!

—Es cierto, es cierto —gritaron todos—, nos dimos cuenta enseguida.

—Muy bien —dijo ella—, lo haré lo mejor que pueda. Entrad enseguida, niños malos. Estoy segura de que tenéis los pies mojados. Y antes de que os meta en la cama tendré tiempo para acabar el cuento de Cenicienta.

Y entraron en la casa; no sé cómo había sitio para todo el mundo, pero en el País de Nunca Jamás uno se puede apretar mucho. Aquélla fue la primera de las muchas noches felices que habían de pasar con Wendy. Luego los arrojó con mucho cuidado en la gran cama que ellos tenían debajo de los árboles, mientras ella dormía esa noche en su casita y Peter montaba guardia fuera, con la espada en la mano, porque a lo lejos se oía el alboroto de los piratas y los lobos estaban al acecho. En la oscuridad, la casita tenía un aspecto acogedor y seguro, con una brillante luz filtrándose a través de las cortinas, la chimenea echando humo alegremente y Peter montando guardia.



Peter montaba guardia fuera

Pero al cabo de un rato, Peter se quedó dormido, y algunas hadas que volvían de una juerga dando tumbos tuvieron que trepar por él. Si las hadas hubiesen tropezado en su camino con algún otro chico por la noche, le habrían hecho alguna jugarreta, pero a Peter se contentaron con pellizcarle la nariz al pasar.



Pero al cabo de un rato Peter se quedó dormido

Capítulo 7

La casa subterránea

Una de las primeras cosas que hizo Peter al día siguiente fue tomar las medidas de Wendy, John y Michael para buscarles unos árboles huecos. Garfio, como recordaréis, se había burlado de los chicos por pensar que necesitaban un árbol para cada uno, pero era pura ignorancia de su parte, porque, a menos de que el niño se corresponda exactamente con el diámetro del tronco, sería muy difícil subir y bajar por él, y no había dos chicos que fueran exactamente del mismo tamaño. Una vez elegido el árbol necesario, para bajar bastaba contener la respiración arriba y dejarse caer a la velocidad apropiada, mientras que para subir había que aspirar y soltar el aire alternativamente para subir serpenteando. Por supuesto, cuando se domina esa técnica, estas cosas pueden hacerse sin pensar y de la manera más graciosa del mundo.

Pero para eso hay que tener el tamaño adecuado al tronco, y por eso Peter está tomando las medidas del árbol con tanto cuidado como si fuese para un traje: con la única diferencia de que la ropa se hace para que se ajuste al cuerpo, mientras que aquí es uno el que tiene que ajustarse al árbol. Por lo general, una adaptación así es muy fácil: basta ponerse mucha ropa o poca ropa; pero si a uno le salen bultos en lugares inapropiados o el único árbol disponible tiene una forma extraña, Peter le hace al niño algunas modificaciones, y éste encaja perfectamente. Una vez que encajas, tienes que tener mucho cuidado para seguir encajando, y eso, como Wendy no tardaría en descubrir entusiasmada, mantiene a toda la familia en perfectas condiciones.

Wendy y Michael se adaptaron a sus árboles desde el primer intento, pero John tuvo que sufrir algunas correcciones.

Tras unos cuantos días de ejercicio, podían subir y bajar tan alegremente como unos cubos en un pozo. Y con qué pasión se encariñaron de su casa subterránea; especialmente Wendy. Consistía en una sala muy grande, como debería de haber en todas las casas, con un suelo donde se podía cavar un agujero si se quería ir de pesca, y en el que también crecían fuertes setas de preciosos colores, que servían de taburetes. Un árbol de Nunca Jamás se

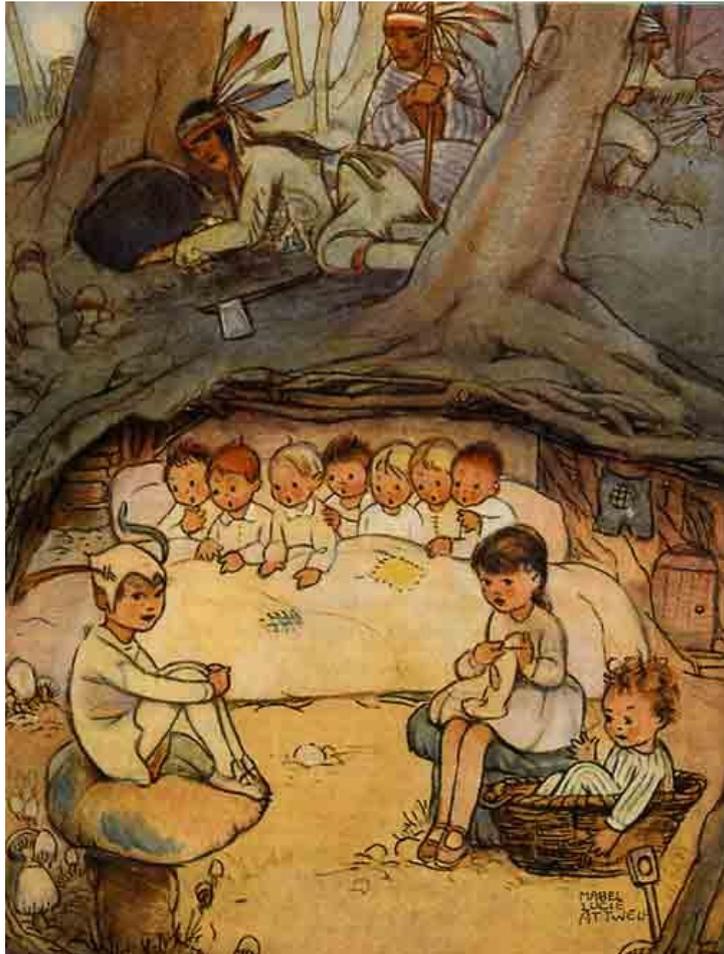
esforzaba por crecer en el centro de la sala, pero todas las mañanas le serraban el tronco a ras de suelo. A la hora del té, el árbol había alcanzado unos dos pies de alto, y entonces le ponían una puerta encima, y el conjunto se convertía en una mesa; cuando terminaban de recoger todo, volvían a serrar el tronco, y así tenían más espacio para jugar. Había una chimenea enorme, que estaba situada en cualquier parte de la pieza donde quisiesen hacer fuego, y delante de ella Wendy tendía cuerdas, hechas de fibra, en las que colgaba la colada. Durante el día, la cama permanecía apoyada contra la pared, y la bajaban a las seis y media, ocupando entonces casi la mitad de la sala, y todos los niños menos Michael dormían en ella, acostados como sardinas en lata. Había una regla estricta: nadie podía darse la vuelta hasta que uno de ellos no diese la señal, y entonces todos se daban la vuelta al mismo tiempo. Michael tendría que haber dormido con los demás, pero Wendy quería tener un bebé y él era el más pequeño, y ya sabéis cómo son las mujeres: al final, Michael acabó durmiendo en un cesto colgado del techo.

Todo era tosco y sencillo, no muy distinto de lo que unos oseznos habrían hecho en una casa subterránea en iguales circunstancias. Pero en la pared había un hueco, no mayor que una jaula de pájaros, que era el aposento privado de Campanilla. Podía aislarse del resto de la casa mediante una cortina minúscula que Campanilla, que era muy quisquillosa, siempre echaba cuando se ponía o se quitaba la ropa. Ninguna mujer, por grande que fuera, habría podido disponer de una combinación más exquisita de tocador y dormitorio. Su diván, como ella lo llamaba, era de auténtico estilo reina Mab^[36], con patas torneadas; y cambiaba el color de la colcha según el color de la fruta de la estación. Su espejo era un Gato con Botas, de los que hoy en día los anticuarios de hadas sólo conocen tres ejemplares en buen estado; el lavabo era un Hojaldre reversible; la cómoda, un auténtico Príncipe Encantador VI, la alfombra de la cama y las alfombras pertenecían a la primera época (la mejor) de Margarita y Robin. Había una araña de Juego de la Pulga^[37] por el efecto que hacía, pero naturalmente sólo iluminaba su residencia. Campanilla despreciaba mucho el resto de la casa, porque realmente era inevitable; pero su aposento, aunque bonito, parecía presuntuoso y daba la impresión de mirar siempre por encima del hombro.

Supongo que todo esto agradaba de manera especial a Wendy, porque aquellos petulantes chiquillos suyos le daban mucho que hacer. Realmente había semanas enteras en que, salvo cuando subía por la noche a remendar algún calcetín, nunca salía a la superficie. Puedo aseguraros que la cocina la tenía con las narices pegadas a las cazuelas. Sus principales alimentos

consistían en frutos del árbol del pan, boniatos, cocos, cerdo cocido, mameyes, rollos de tapa^[38] y plátanos, todo ello remojado con zumo de *poe-poe*^[39] en calabazas; pero nunca se sabía exactamente si iban a tomar una comida real o simplemente una comida de fantasía: todo dependía del humor de Peter, que podía comer, comer realmente si eso formaba parte del juego, pero era incapaz de atiborrarse sólo por el placer de comer, que es lo que gusta a la mayoría de los niños más que cualquier otra cosa; lo siguiente que más les gusta es hablar de ello. Hacer que comía era para él tan real que, durante una comida falsa, se podía ver cómo se hinchaba. Era desde luego molesto, pero estaban obligados a seguirle la corriente; si le podías demostrar que estabas quedándote demasiado delgado para tu árbol, te permitía atiborrarte.

El momento preferido por Wendy para coser y zurcir era después de que todos los niños se habían ido a la cama. Entonces, como ella decía, tenía un rato de respiro; y empleaba ese tiempo para hacerles ropa nueva y en remendarles las rodilleras, pues era en las rodillas donde más se gastaban los pantalones.



El momento preferido por Wendy para coser y zurcir

—Dios mío, estoy segura de que a veces envidio a las solteras.
Y su cara irradiaba una sonrisa al decir esto.

Sin duda os acordaréis de su lobezno. Pues bien, éste no tardó en descubrir que Wendy había llegado a la isla, y se puso a buscarla hasta que la encontró, cayendo entonces uno en brazos del otro. Luego la seguía por todas partes.

Pasaban los días, pero ¿pensaba Wendy a menudo en sus queridos padres, a los que había abandonado? Pregunta difícil, porque es totalmente imposible decir cómo pasa el tiempo en el País de Nunca Jamás, donde se calcula por lunas y soles, mucho más abundantes en la isla que en tierra firme. Pero me temo que Wendy no se preocupaba mucho por su padre ni por su madre; estaba absolutamente convencida de que siempre dejarían la ventana abierta para cuando decidiese regresar volando, y esto la tranquilizaba mucho. Lo que sí la preocupaba a veces era que John sólo se acordase vagamente de sus padres como de personas que había conocido en otro tiempo, mientras

Michael estaba totalmente dispuesto a creer que ella era su verdadera madre. Estas cosas la asustaban un poco, y, siempre ansiosa por cumplir su deber, se esforzaba por mantener intacta en sus cabezas la antigua vida, examinándoles con preguntas escritas, lo más parecidas posible a las que ella solía hacer en la escuela. A los demás niños todo esto les parecía muy interesante, e insistían en participar; fabricaron unas pequeñas pizarras y se sentaban alrededor de la mesa, escribiendo y pensando intensamente en las preguntas que Wendy escribía en otra pizarra y luego les pasaba. Las preguntas eran de lo más normales: «¿De qué color eran los ojos de mamá? ¿Quién era más alto, papá o mamá? ¿Mamá era rubia o morena? Responda estas tres preguntas si es posible». «(A) Escribe una redacción de no menos de cuarenta palabras sobre cómo pasé mis últimas vacaciones, o Comparación de los caracteres de papá y mamá. Sólo hay que escribir sobre uno de los dos temas». O «(1) Describe la risa de mamá. (2) Describe la risa de papá. (3) Describe el vestido de noche de mamá. (4) Describe la caseta del perro y su ocupante».

Las preguntas eran muy sencillas y, si no sabía uno contestarlas, tenía que hacer una cruz; era realmente horrible ver el número de cruces que hacía incluso John. Naturalmente, el único chico que respondía a todas las preguntas era Slightly, y nadie tenía mayores esperanzas de ser el primero, pero sus respuestas eran tan ridículas que terminó siendo el último: algo muy triste.

Peter no participaba. Por un lado, despreciaba a todas las madres menos a Wendy, y, por otro, era el único chico de la isla que no sabía ni escribir ni leer; ni la más mínima palabra. Estaba por encima de ese tipo de cosas.

Por cierto, todas esas preguntas estaban escritas en pasado: ¿De qué color eran los ojos de mamá?, etcétera. Y es que a Wendy, como veis, también se le había ido olvidando.

Naturalmente, las aventuras, como veremos, ocurrían a diario; pero más o menos por entonces Peter inventó, con la ayuda de Wendy, un juego nuevo que lo tuvo totalmente fascinado hasta que, de repente, dejó de interesarle, cosa que, como ya os he contado, era lo que siempre ocurría con sus juegos. Consistía en fingir que no había aventuras, en hacer las cosas que John y Michael habían estado haciendo toda su vida: sentarse en un taburete, lanzar pelotas al aire, empujarse uno a otro, salir de paseo y volver sin haber matado nada, ni siquiera un oso gris. Ver a Peter sin hacer nada en un taburete era todo un espectáculo: en tales ocasiones, no podía dejar de asumir un aire solemne porque estar sentado sin hacer nada le parecía algo muy cómico. Se jactaba de haber dado un paseo a pie porque era bueno para la salud. Durante

varios soles, éstas fueron para él las aventuras más originales de todas, y John y Michael tuvieron que fingir que también se divertían; de lo contrario, los habría tratado con mucha severidad.

Con frecuencia salía solo, y cuando volvía nunca podía saberse con certeza si había corrido una aventura o no. Quizá la había olvidado por completo, y por eso no decía nada; y sin embargo, salías y te encontrabas el cadáver; en cambio, podía ser que dijese muchas cosas de sus aventuras y sin embargo no había forma de encontrar el cadáver. Algunas veces volvía a casa con la cabeza vendada, y entonces Wendy le hacía mimos y le bañaba la herida con agua templada mientras él le contaba una historia fascinante. Pero Wendy nunca estaba totalmente segura de que fuese verdad. Pero había muchas aventuras que sabía verdaderas por haber participado en ellas, y había muchas más que eran ciertas en parte, porque los demás niños habían participado y aseguraban que eran totalmente verdad. Para describirlas con todos los detalles se necesitaría un diccionario tan grande como un diccionario inglés-latín, latín-inglés, y lo mejor que podemos hacer es presentar una entre muchas, como ejemplo de lo que era una hora en la isla. Lo difícil es elegirla. ¿Por qué no contar la escaramuza con los pieles rojas en el Barranco de Slightly? Fue un asunto sanguinario y especialmente interesante, porque pone de relieve una de las peculiaridades de Peter, que consistía en cambiar de repente de bando en medio de una pelea. En el Barranco, cuando la victoria aún estaba incierta, inclinándose unas veces a un lado y otras a otro, gritó:

—Hoy soy piel roja; ¿qué eres tú, Tootles?

Y Tootles respondió:

—Piel roja.

—¿Y tú, Nibs?

Y Nibs había dicho:

—Piel roja.

—¿Qué sois vosotros, Gemelos?

Y así sucesivamente; y al final todos eran pieles rojas; naturalmente, esta táctica habría puesto fin a la batalla si los auténticos pieles rojas, fascinados por los métodos de Peter, no hubiesen aceptado ser niños perdidos por una vez; de ahí que todos se lanzaran de nuevo a la lucha, con más ferocidad que antes.

El sorprendente resultado de esta aventura fue..., pero todavía no hemos decidido que sea ésa la aventura que vamos a contar. Quizá fuese mejor la del ataque nocturno de los pieles rojas contra la casa subterránea, cuando varios

de ellos, atascados en los troncos huecos, tuvieron que ser sacados como corchos. También podríamos contar cómo Peter salvó la vida de Tigridia en la Laguna de las Sirenas, convirtiéndola así en aliada.

Y podríamos recordar el pastel preparado por los piratas para que los niños perdidos murieran al comérselo; y cómo fueron colocándolo hábilmente en lugares estratégicos; pero Wendy siempre llegaba a tiempo para arrancárselo a los niños de las manos, de modo que fue perdiendo la succulencia para volverse tan duro como una piedra y ser empleado como proyectil; y Garfio terminó tropezando con él en la oscuridad.

También podríamos hablar de los pájaros que eran amigos de Peter, en particular del Pájaro de Nunca Jamás, que hizo su nido en un árbol que dominaba la laguna, y cómo el nido cayó al agua, y el pájaro siguió sentado encima de sus huevos, y Peter dio órdenes para que no le molestaran. Es una historia preciosa, cuyo final demuestra lo agradecido que puede ser un pájaro; pero si la contamos, también debemos contar la aventura completa de la laguna, lo cual sería en realidad contar dos historias en vez de una. Una aventura más corta, e igual de apasionante, fue el intento de Campanilla, con la ayuda de varias hadas callejeras, de enviar a Wendy a tierra firme dormida sobre una gran hoja flotante. Por suerte, la hoja se hundió, y Wendy se despertó pensando que era la hora del baño y regresó a la isla a nado. O también podríamos escoger el desafío lanzado por Peter a los leones, cuando trazó un círculo a su alrededor en el suelo con una flecha y los desafió a que lo cruzaran; y aunque esperó horas y horas, con los demás muchachos y Wendy observándole sin aliento desde sus árboles, ninguno de los leones se atrevió a aceptar el reto.

¿Cuál de estas aventuras elegiremos? Lo mejor será echarlo a cara o cruz.

He lanzado la moneda al aire, y ha ganado la laguna. De pronto, me habría gustado que ganase el Barranco, o el pastel, o la hoja de Campanilla. Naturalmente, podría intentarlo de nuevo y elegir la mejor de las tres; sin embargo, quizá lo más justo sea quedarse con la laguna.

Capítulo 8

La Laguna de las Sirenas

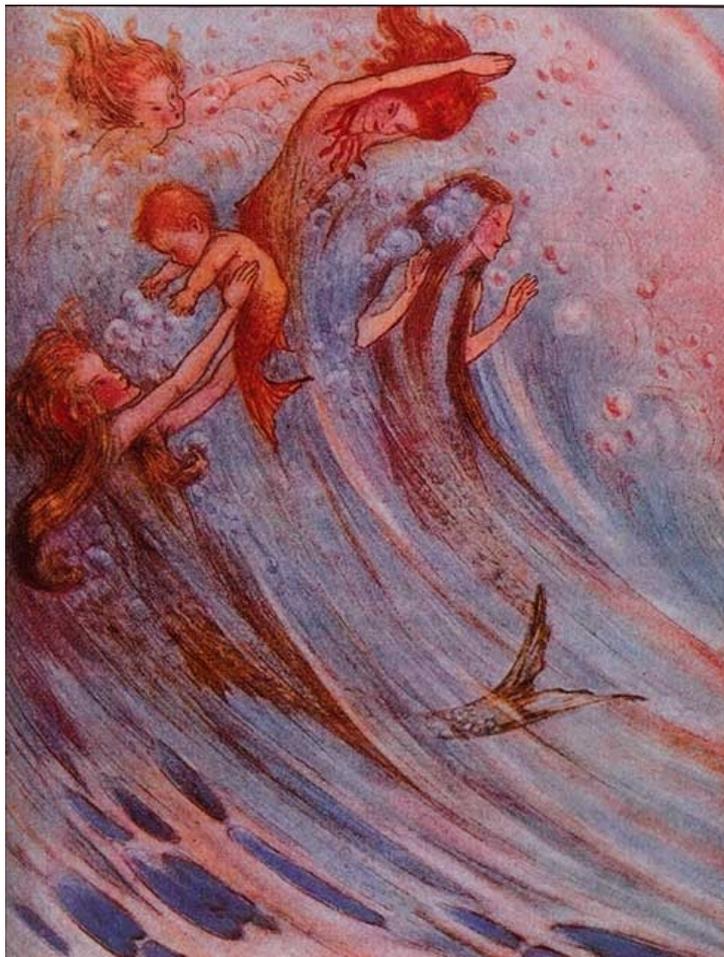
Si cerráis los ojos y tenéis suerte, podréis ver algunas veces, flotando en la oscuridad, una mancha informe de preciosos colores pálidos; si entonces apretáis más los párpados, la mancha empieza a tomar forma y los colores se vuelven tan brillantes que otro apretón de párpados bastará para incendiarlos. Pues justo antes de que eso ocurra es cuando se ve la laguna. Es lo más cerca que uno puede acercarse estando en tierra firme, y sólo durante un momento celestial; si le siguiese un segundo momento, podríais ver el oleaje y oír cantar a las sirenas.

A menudo, los niños pasaban los largos días del verano en esta laguna, nadando o flotando la mayor parte del tiempo, y jugando a los juegos de las sirenas en el agua y demás. Pero por esto no debéis llegar a la conclusión de que las sirenas mantenían buenas relaciones con ellos; al contrario, una de las mayores penas de Wendy era pensar que, desde que había llegado a la isla, nunca había conseguido una palabra amable de ninguna de ellas. Cuando se acercaba sigilosamente a la orilla de la laguna, podía verlas a montones, sobre todo en la Roca de los Abandonados, donde les gustaba tumbarse al sol y peinarse con un aire lánguido que irritaba a Wendy; hasta podía acercarse a ellas nadando, como si dijéramos, de puntillas, y situarse a una yarda de distancia, pero nada más verla se zambullían salpicándola adrede, y no por casualidad, con la cola.

Trataban a todos los niños de la misma forma, excepto a Peter; como es lógico, que pasaba horas charlando con ellas en la Roca de los Abandonados, y se sentaba sobre sus colas cuando se volvían impertinentes. Peter le dio a Wendy uno de sus peines.

El momento más propicio para verlas era con luna nueva, cuando lanzan extraños gritos lastimeros; pero entonces la laguna es peligrosa para los mortales, y, hasta esa noche de la que ahora vamos a hablar Wendy no había visto nunca la laguna a la luz de la luna, menos por miedo, porque Peter naturalmente la habría acompañado, que porque ella misma había decretado la estricta norma de que todo el mundo se metiera en la cama a las siete. Sin embargo, iba a menudo a la laguna, en los días soleados después de la lluvia,

cuando las sirenas se reúnen en gran número para jugar con sus burbujas. Emplean las burbujas multicolores hechas en el agua del arco iris como pelotas lanzándolas alegremente con su cola y tratando de mantenerlas en el arco iris hasta que estallan. Las porterías están a ambos lados del arco iris, y a las porterías sólo se les permite utilizar las manos. A veces, hay centenares de sirenas jugando en la laguna al mismo tiempo, y es un espectáculo precioso.



A veces, hay centenares de sirenas jugando en la laguna al mismo tiempo

Pero en el momento en que los niños trataban de sumarse a sus juegos, se encontraban solos, porque las sirenas desaparecían inmediatamente. Tenemos, sin embargo, pruebas de que observaban en secreto a los intrusos, y de que no desdeñaban aprovechar algunas de sus ideas: John, por ejemplo, había inventado una nueva forma de golpear las burbujas, con la cabeza en vez de con la mano, y las sirenas de las porterías no dudaron en adoptarla. Esa es la única huella que John ha dejado en el País de Nunca Jamás.

También tiene que haber sido divertido ver a los niños reposando en una roca durante media hora después de la comida del mediodía. Wendy se

empeñaba en que se echasen esa siesta, que debía ser real, incluso cuando la comida sólo había sido imaginaria. De forma que se tumbaban al sol y sus cuerpos brillaban, mientras ella se sentaba a su lado con aires de importancia.

Era uno de estos días, y todos estaban reposando en la Roca de los Abandonados. La Roca no era mucho mayor que su gran cama, pero estaban acostumbrados a ocupar el mínimo espacio, y se hallaban medio dormidos, o por lo menos tenían los ojos cerrados, dado que se daban pellizcos de tarde en tarde cuando creían que Wendy no estaba mirándolos. Wendy estaba muy atareada cosiendo.

Mientras cosía, se produjo un cambio en la laguna. La recorrieron unos pequeños temblores, el sol desapareció y la superficie del agua cuya temperatura descendió, se cubrió de sombras. Wendy no veía ya lo suficiente para enhebrar la aguja y cuando levantó la cabeza, la laguna, que hasta ese momento había sido un lugar tan risueño, mostraba un aspecto hostil y temible.

No es que hubiese caído la noche, eso lo sabía, sino que había llegado algo tan oscuro como la noche. No, peor incluso. No había llegado, sino que ese temblor lo había enviado el mar para anunciar que estaba llegando. ¿Qué era?

Invadieron su cabeza todas las historias que le habían contado sobre la Roca de los Abandonados, bautizada con ese nombre porque los capitanes malvados abandonan a los marineros en ella y los dejan allí para que se ahoguen. Y se ahogan cuando sube la marea, porque la roca queda sumergida.

Como es lógico, tendría que haber despertado a los chicos inmediatamente; no sólo por aquella presencia desconocida que avanzaba hacia ellos, sino porque no era bueno que siguiesen durmiendo en una roca que se había quedado fría. Pero, como era una madre joven, no sabía estas cosas; pensaba simplemente que bastaba con respetar su norma de la media hora de siesta después de comer. Por eso, a pesar del miedo y a pesar de que estaba deseando oír voces masculinas, no quiso despertarlos. Incluso cuando oyó el chapoteo de unos remos apagados, y aunque el corazón le dio un vuelco, no quiso despertarlos. Montó guardia a su lado para que siguiesen durmiendo hasta el final. ¿Verdad que Wendy era muy valiente?

Fue una suerte para aquellos chicos que uno de ellos fuese capaz de olfatear el peligro, incluso estando dormido. Peter se levantó de un salto, tan rápido como un perro, y despertó a los demás lanzando un grito de advertencia. Luego se quedó inmóvil, con una mano en la oreja.

—¡Piratas! —exclamó.

Los demás niños se apiñaron a su alrededor. Una extraña sonrisa bailaba en la cara de Peter, y Wendy la vio y se echó a temblar. Cuando aquella risa flotaba en su cara, nadie se atrevía a dirigirle la palabra; lo único que podían hacer era estar dispuestos a obedecer. La orden llegó tajante e incisiva:

—¡Al agua!

Hubo un destello de piernas relucientes y, un momento después, la laguna pareció desierta. La Roca de los Abandonados se alzaba sola en medio de las sombrías aguas como si también estuviese abandonada.

El barco se acercaba. Era el bote pirata, con tres pasajeros a bordo: Smee y Starkey, y el tercero una prisionera, que no era otra que Tigridia. Sus manos y sus tobillos iban atados, y sabía el destino que la esperaba. La dejarían perecer en la roca, un final que para los de su raza era más terrible que la muerte por fuego o por tortura, pues, ¿no está escrito en el libro de la tribu que en el agua no hay sendero que lleve al paraíso de los terrenos de caza? Sin embargo, su rostro permanecía impassible; era la hija de un jefe y debía morir como la hija de un jefe, eso era todo.

La habían sorprendido trepando a bordo del barco pirata con un cuchillo entre los dientes. En el barco no había ningún centinela, porque Garfio se jactaba de que bastaba su fama para proteger el barco en una milla a la redonda. Ahora, la muerte que esperaba a Tigridia ayudaría a protegerlo. El viento iría cargado esa noche con un lamento más.

En las tinieblas que traían consigo, los dos piratas no vieron la roca hasta que chocaron con ella.

—¡Orza, so bruto! —exclamó una voz irlandesa que era la de Smee— aquí está ya la roca. Ahora lo único que hay que hacer es subir a la piel roja y dejarla para que se ahogue.

Dejar brutalmente a la hermosa joven en la roca fue cosa de un momento; era demasiado orgullosa para ofrecer una resistencia inútil.

Muy cerca de la roca, pero fuera del alcance de la vista, dos cabezas flotaban a ras del agua, la de Peter y la de Wendy. Wendy lloraba, porque aquélla era la primera tragedia que veía. Peter había visto muchas tragedias, pero se le habían olvidado todas. Sentía menos pena que Wendy por Tigridia; pero le indignaba que fueran dos hombres contra una mujer, y estaba dispuesto a salvarla. Lo más fácil habría sido esperar a que los piratas se marchasen, pero él nunca elegía las soluciones fáciles.

Como no había casi nada que no pudiera hacer, se puso a imitar la voz de Garfio.

—¡Eh, vosotros, bobos! —gritó.

Era una imitación perfecta.

—El capitán —dijeron los piratas, mirándose sorprendidos.

—Debe de venir nadando hacia nosotros —dijo Starkey después de que los dos se dedicaron a buscarlo inútilmente.

—Hemos dejado a la piel roja en la roca —gritó Smee.

—Soltadla —fue la sorprendente respuesta.

—¿Soltarla?

—Sí, cortadle las cuerdas y que se vaya.

—Pero, capitán...

—Ahora mismo, ¿me oís? —gritó Peter—. Si no, os clavo el garfio.

—¡Qué raro! —dijo Smee con voz entrecortada.

—Será mejor obedecer las órdenes del capitán —dijo Starkey muy nervioso.

—De acuerdo —dijo Smee.

Y cortó las cuerdas de Tigridia. En el acto, como si fuese una anguila, ella se zambulló en el agua pasando por entre las piernas de Starkey.

Wendy, por supuesto, se sintió muy aliviada con la astucia de Peter, pero sabía que, aliviado él también, corría el riesgo de que se pusiese a graznar y se traicionase, por lo que inmediatamente alargó la mano para taponarle la boca. Pero detuvo su gesto en el acto, porque el grito de «¡Ah del bote!» resonó en la superficie de la laguna en la voz de Garfio, y esta vez no era Peter el que había hablado.

Puede que Peter estuviese a punto de lanzar su graznido, pero su rostro se transformó como para emitir un silbido de sorpresa.

—¡Ah del bote! —volvió a oírse.

Esta vez Wendy comprendió. El auténtico Garfio también estaba en el agua.

Se dirigía a nado hacia el bote, y, como sus hombres sacaron un farol para guiarlo, no tardó en reunirse con ellos. A la luz del farol, Wendy vio su garfio clavarse en la borda del bote; vio su rostro moreno y patibulario cuando salía del agua chorreando, y, temblando, habría querido alejarse a nado, pero Peter no se movía lo más mínimo. Estaba desbordante de vida y, además, de presuntuosa vanidad.

—Soy maravilloso, ¿verdad?, soy maravilloso —le susurró.

Y aunque Wendy también lo pensaba, se alegró mucho por el propio bien y la fama de Peter de que sólo ella lo había oído.

Peter le hizo señas de que escuchara.

Los dos piratas sentían mucha curiosidad por saber los motivos por los que su capitán se había reunido con ellos, pero él se quedó, en una actitud de profunda melancolía, con la cabeza sobre el garfio.

—Capitán, ¿va todo bien? —le preguntaron tímidamente.

Pero él contestó con un gemido tenebroso.

—Está suspirando —dijo Smee.

—Vuelve a suspirar —dijo Starkey.

—Y suspira por tercera vez —dijo Smee.

—¿Qué pasa, capitán?

Entonces rompió a hablar con rabia.

—La partida ha terminado —exclamó—; esos niños han encontrada una madre.

Por más asustada que estuviese, Wendy se llenó de orgullo.

—¡Maldito día! —exclamó Starkey.

—¿Qué es una madre? —preguntó el ignorante Smee.

Wendy quedó tan sorprendida que exclamó:

—¡No lo sabe!

Y desde entonces siempre pensó que, si hubiera podido tener un pirata en casa, escogería a Smee.

Peter la arrastró debajo del agua, porque Garfio se había levantado gritando:

—¿Qué ha sido eso?

—Yo no he oído nada —dijo Starkey, levantando el farol por encima del agua.

Y cuando los piratas miraron, tuvieron una extraña visión. Era el nido del que os he hablado, flotando en la laguna, con el pájaro de Ninguna Parte posado encima.

—¡Mira! —dijo Garfio respondiendo a la pregunta de Smee—, eso es una madre. ¡Qué lección! El nido ha debido de caerse al agua, pero ¿habrá abandonado la madre sus huevos? No.

Durante un momento se le quebró la voz, como si a su memoria hubiesen vuelto recuerdos de una infancia inocente... pero apartó esa debilidad blandiendo el garfio.

Smee, muy impresionado, contempló al pájaro mientras el nido pasaba llevado por la corriente; pero Starkey, más desconfiado, dijo:

—Si es una madre, quizá haya venido para ayudar a Peter.

Garfio hizo una mueca de disgusto.

—Sí —dijo—, ése es el temor que me angustia.

Se vio arrancado de su abatimiento por la voz animada de Smee.

—Capitán —dijo Smee—, ¿no podríamos raptar a la madre de esos chicos y convertirla en nuestra madre?

—Es un plan estupendo —exclamó Garfio.

La sugerencia cobró forma inmediatamente en su gran cerebro.

—Atraparemos a los niños y los llevaremos al barco: a ellos los haremos pasear por la tabla, y Wendy se convertirá en nuestra madre.

Una vez más, Wendy se olvidó de la situación.

—¡Nunca! —exclamó, y volvió a meter la cabeza debajo del agua.

—¿Qué ha sido eso?

Pero no pudieron ver nada. Pensaron que debía de haber sido el ruido de una hoja en el viento.

—¿Estáis de acuerdo, mis valientes? —preguntó Garfio.

—Aquí está mi mano —respondieron los dos.

—Y aquí está mi garfio. Juremos.

Todos hicieron el juramento. En ese momento se encontraban sobre la roca, y de repente Garfio se acordó de Tigridia.

—¿Dónde está la piel roja? —preguntó de pronto.

Como había veces que le gustaba gastar bromas, los dos piratas pensaron que ésta era una de esas veces.

—Todo en orden, capitán —respondió Smee en tono complaciente—, la hemos soltado.

—¿Que la habéis soltado? —gritó Garfio.

—Tú nos lo ordenaste —dijo el contramaestre titubeando.

—Nos dijiste desde el otro lado del agua que la soltásemos —dijo Starkey.

—¡Rayos y centellas! —tronó Garfio—. ¿Qué broma es ésta?

La cara se le había puesto negra de rabia, pero al darse cuenta de que estaban convencidos de lo que decían, se asustó.

—Muchachos —dijo con una voz algo temblorosa—, yo no he dado esa orden.

—Pues es muy extraño —dijo Smee.

Y todos se agitaron nerviosos. Garfio levantó la voz, que todavía le temblaba un poco.

—Espíritu que rondas esta noche por esta oscura laguna —exclamó—, ¿puedes oírme?

Claro está que Peter habría podido quedarse callado, pero, por supuesto, no lo hizo. Contestó inmediatamente con la voz de Garfio:

—¡Por diez mil diablos, te oigo!

En ese instante supremo, Garfio no palideció lo más mínimo, pero Smee y Starkey se abrazaron de terror.

—¿Quién eres tú, extranjero? Habla —preguntó Garfio.

—Soy James Garfio —replicó la voz—, capitán del *Jolly Roger*.

—No es cierto, mientes —gritó Garfio con voz ronca.

—¡Rayos y centellas! —replicó la voz—, repite eso y te echo el ancla encima.

Garfio probó una actitud más conciliadora.

—Si eres Garfio —dijo más humilde—, dime quién soy yo.

—Un bacalao —replicó la voz—, nada más que un bacalao.

—¡Un bacalao! —repitió Garfio como si fuese el eco.

Y fue entonces, pero sólo entonces, cuando su orgullo se vino abajo. Vio que sus hombres se apartaban de él.

—¿Todo este tiempo nos ha estado mandando un bacalao? —murmuraron—. ¡Qué vergüenza para nuestro orgullo!

Eran sus propios perros los que le ladraban, pero, por más patética que fuese su figura, no les hizo ningún caso. Ante pruebas tan terribles, lo que necesitaba no era que creyesen en él, sino creer en sí mismo. Sintió que su ego se le escapaba.

—No me abandones, valiente —susurró con voz áspera.

En aquel oscuro carácter, como en todos los grandes piratas, había algo de femenino que a veces le permitía tener intuiciones. De repente, se le ocurrió jugar a las adivinanzas.

—Garfio —gritó—, ¿tienes otra voz?

Peter, que nunca podía resistirse a la tentación de jugar, contestó alegremente con su propia voz.

—Sí, tengo otra.

—¿Y otro nombre?

—Sí, sí.

—¿Vegetal? —preguntó Garfio.

—No.

—¿Mineral?

—No.

—¿Animal?

—Sí.

—¿Hombre?

—No.

Esta respuesta fue lanzada con mucho desprecio.

—¿Niño?

—Sí.

—¿Niño normal?

—¡No!

—¿Niño maravilloso?

Para disgusto de Wendy, la respuesta que sonó esta vez fue:

—Sí.

—¿Estás en Inglaterra?

—No.

—¿Estás aquí?

—Sí.

Garfio estaba totalmente desorientado.

—Preguntadle algo —dijo a los otros enjugándose el sudor de la Frente.

Smee reflexionó:

—No se me ocurre nada que preguntarle —dijo apenado.

—¡No lo adivináis, no lo adivináis! —graznó Peter—. ¿Os rendís?

Por supuesto, su orgullo estaba llevando el juego demasiado lejos, y los malvados vieron su oportunidad.

—Sí, sí —respondieron los dos impacientes.

—Bueno, muy bien —exclamó—, soy Peter Pan.

¡Pan!

En un instante Garfio volvió a ser el de siempre, y Smee y Starkey fueron sus más fieles secuaces.

—Ya lo tenemos —gritó Garfio—. Al agua, Smee. Starkey, vigila el bote. Cogedle vivo o muerto.

Mientras hablaba, daba saltos y, al mismo tiempo, se oyó la voz alegre de Peter.

—¿Estáis listos, muchachos?

—Sí, sí —contestaron desde distintos lugares de la laguna.

—Entonces, ¡a por los piratas!

El combate fue breve y violento. El primero en derramar sangre fue John, que valientemente trepó a la barca y agarró a Starkey. Hubo una feroz pelea, en la que al pirata le arrebataron el sable. Se tiró entonces por la borda y John saltó tras él. La barca fue a la deriva.

Aquí y allí flotaba una cabeza en el agua, y se veía el centelleo de la hoja de una espada seguido por un grito de agonía o de victoria. En medio de la confusión, algunos golpeaban a los de su propio campo. El sacacorchos de

Smee alcanzó a Tootles en la cuarta costilla, pero a su vez resultó golpeado por Curly. A cierta distancia de la roca, Starkey acorralaba a Slightly y a los Gemelos.

¿Dónde estaba Peter mientras? Buscando una presa mayor.

Los demás eran muchachos valientes, y no debe reprochárseles que se batieran en retirada ante el capitán de los piratas. Su garra de hierro trazaba a su alrededor un círculo de muerte sobre el agua, del que huían como peces asustados.

Pero había uno que no le tenía miedo: uno que estaba preparado para entrar en aquel círculo.

Curiosamente, no fue en el agua donde se encontraron. Garfio subió a la roca para recuperar el aliento, y en ese mismo instante Peter subía por el lado contrario. La roca era resbaladiza como un balón, y ambos tenían que arrastrarse más que trepar. Ninguno sabía que el otro estaba tan cerca. Buscando a tientas un asidero para agarrarse, ambos encontraron el brazo del otro: sorprendidos, alzaron las cabezas; sus caras casi se tocaban. Así se encontraron.

Algunos de los mayores héroes han confesado que, justo antes de entrar en combate, habían tenido un desfallecimiento. Si ése hubiera sido el caso de Peter en tal momento, yo lo admitiría. Después de todo, tenía enfrente al único hombre del que había tenido miedo el Cocinero. Pero Peter no desfalleció, el único sentimiento que le dominaba era la alegría, hasta el punto de que rechinó los dientes entusiasmado. Veloz como el rayo, cogió el cuchillo que Garfio llevaba a la cintura y estaba a punto de clavárselo cuando se dio cuenta de que se encontraba a mayor altura en la roca que su presa. No habría sido un combate justo. Tendió la mano al pirata para ayudarle a subir hasta él.

Fue entonces cuando Garfio le mordió.

No fue el dolor, sino lo injusto del mordisco, lo que desconcertó a Peter. Lo dejó indefenso. Lo único que hacía era mirar horrorizado. Todos los niños reaccionan así la primera vez que son tratados de forma injusta. Lo único que piensan cuando se nos acercan es que tienen derecho a la justicia. Si sois injustos con un niño, no dejará de quereros, pero nunca volverá a ser el mismo. Nadie olvida nunca la primera injusticia: nadie, excepto Peter. Chocaba a menudo con ella, pero siempre la olvidaba. Creo que ésa era la verdadera diferencia entre los demás niños y él.

Por este motivo, cuando en la roca volvió a encontrarse con la injusticia, reaccionó como la primera vez; y lo único que hizo fue quedarse atónito e

indefenso. Por dos veces le golpeó en la mano de hierro.

Pocos minutos después, los otros niños vieron a Garfio en el agua nadando frenéticamente hacia el barco; su cara pestilente no expresaba ahora alegría, sino pánico, porque el cocodrilo le perseguía sin tregua. En una ocasión normal, los niños habrían nadado a su lado con gritos de entusiasmo, pero ahora estaban preocupados, porque habían perdido a Peter y a Wendy y recorrían toda la laguna llamándolos por sus nombres. Encontraron el bote y regresaron en él a la orilla, gritando: «Peter, Wendy» por el camino, pero la única respuesta que obtuvieron fueron las carcajadas burlonas de las sirenas.

—Habrán vuelto a nado o volando —terminaron diciendo los niños.

En realidad, no estaban muy preocupados, porque era mucha la confianza que tenían en Peter. Y, como niños, se reían para sus adentros porque hoy se acostarían tarde, ¡y toda la culpa sería de Mamá Wendy!

Cuando sus voces se apagaron, sobre la laguna volvió a hacerse un silencio frío que rompió un grito débil:

—¡Socorro, socorro!

Dos pequeñas siluetas eran zarandeadas contra la roca; la niña se había desmayado y Peter la sostenía en su brazo. Con un último esfuerzo, la subió a la roca y luego se dejó caer a su lado. Cuando también él estaba desmayándose, vio que el agua subía. Supo que no tardarían mucho en ahogarse, pero no podía más.

Cuando estaban allí tumbados, una sirena cogió a Wendy por los pies, y empezó a tirar de ella suavemente hacia el agua. Al notar Peter que se le escapaba, despertó sobresaltado, justo a tiempo de agarrarla. Pero tenía que decirle la verdad.



... una sirena cogió a Wendy por los pies

—Estamos en la roca, Wendy —dijo—, pero cada vez se va haciendo más pequeña. Pronto la cubrirá el agua.

Ni siquiera ahora lo entendía Wendy.

—Tenemos que irnos —dijo ella, casi animada.

—Sí —respondió él con voz débil.

—¿A nado o volando, Peter?

Peter tuvo que decírselo.

—Wendy, ¿crees que podrías nadar o volar hasta la isla sin mi ayuda?

Wendy hubo de admitir que estaba demasiado agotada.

Peter dejó escapar un gemido.

—¿Qué pasa? —preguntó Wendy, muy preocupada por él.

—No puedo ayudarte, Wendy. Garfio me ha herido. No puedo ni volar ni nadar.

—¿Quieres decir que nos vamos a ahogar los dos?

—Mira cómo sube el agua.

Se taparon los ojos con las manos para no ver. Pensaban que pronto dejarían de existir. Y estaban así, sentados, cuando algo tan ligero como un beso rozó a Peter, y se quedó allí, como si tímidamente dijera: «¿Puedo servir para algo?».

Era la cola de una cometa que Michael había fabricado unos días antes. Se le había escapado de la mano y el viento se la había llevado.

—La cometa de Michael —dijo Peter indiferente.

Pero un instante después la había agarrado por la cola y tiraba de ella.

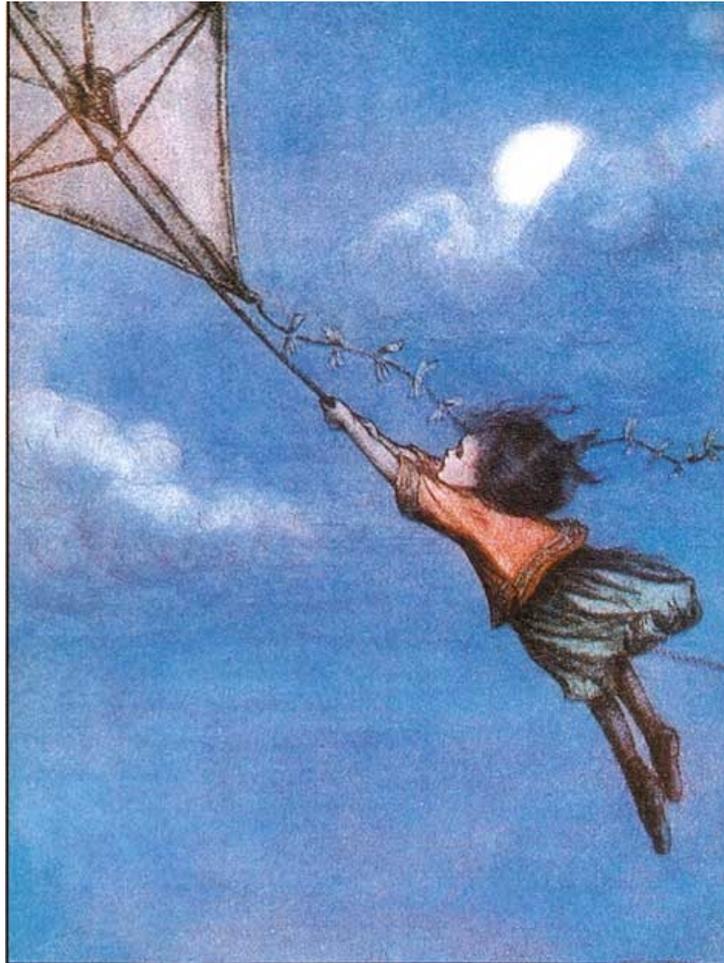
—Si pudo levantar a Michael del suelo —exclamó—, ¿por qué no podría llevarte a ti?

—¡A los dos!

—No puede levantar a dos; Michael y Curly lo intentaron.

—Echémoslo a suertes —dijo Wendy con valentía.

—Eres una dama; eso nunca.



«Adiós, Wendy»

Peter ya había atado la cola de la cometa a la cintura de Wendy que, agarrada a él, no quería irse sola; pero, con un «Adiós, Wendy», él la empujó fuera de la roca; y unos instantes más tarde, había desaparecido de su vista. Peter se había quedado solo en la laguna.

Ahora la roca se había vuelto muy pequeña; no tardaría en quedar sumergida. Pálidos rayos de luz se deslizaban de puntillas por el agua; y al poco rato empezó a oírse el sonido más musical y más melancólico del mundo: las sirenas cantando a la luna.

Peter era desde luego muy diferente de los demás niños; pero por fin tenía miedo. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, como un escalofrío sobre el mar; pero en el mar un temblor sucede a otro, hasta que se juntan cientos de ellos, y Peter sólo sintió ése. Un segundo más tarde, estaba de pie sobre la roca, con su famosa sonrisa en la cara y un redoble de tambor en su pecho. Este redoble le decía: «Morir ha de ser una aventura tremendamente grande».



«Morir ha de ser una aventura tremendamente grande»

Capítulo 9

El ave de Nunca Jamás

Los últimos sonidos que oyó Peter antes de quedarse completamente solo fueron los de las sirenas retirándose una a una a sus dormitorios bajo el mar. Estaba demasiado lejos para oír cómo se cerraban sus puertas; pero cada una de las puertas de las cuevas de coral donde viven tiene una campanilla que suena cuando se abre o se cierra —como en todas las casas más elegantes de tierra firme—, y él oyó las campanillas.

Las aguas fueron subiendo en silencio hasta tocarle los pies, y, para pasar el tiempo antes de que terminaran por engullirle, se puso a contemplar la única cosa que se movía en el lago. Pensó que era un trozo de papel flotante, quizá un fragmento de la cometa, y se preguntó distraído cuánto tiempo tardaría en llegar a la orilla.

Luego se dio cuenta de que aquel objeto debía de estar sobre la laguna con alguna intención precisa, porque luchaba contra la marea y a veces ganaba; y cuando ganaba, Peter, siempre defensor de los más débiles, no podía dejar de aplaudir; era un trozo de papel muy valiente.

En realidad no se trataba de un trozo de papel; era el ave de Nunca Jamás, haciendo desesperados esfuerzos sobre su nido por alcanzar a Peter. Batiendo las alas, como había aprendido a hacer desde que el nido cayó al agua, conseguía con bastante destreza gobernar su extraña barca, pero cuando Peter reconoció al ave, estaba muy agotada. Había venido a salvarle, a darle su nido, aunque todavía hubiese huevos en él. Era bastante sorprendente este gesto de parte del pájaro, porque si Peter se había portado bastante bien con él, también otras veces se había dedicado a atormentarle. Supongo simplemente que, como Mrs. Darling y todos los demás, no podía resistir a la seducción de sus dientes de leche.

El ave le explicó a gritos por qué iba a su encuentro, y Peter le gritó a su vez qué estaba haciendo allí, pero, por supuesto, ninguno de los dos comprendía el lenguaje del otro. En los cuentos fantásticos la gente puede hablar libremente a los pájaros, y ahora me gustaría que éste fuera uno de esos cuentos para poder decir que Peter respondió de manera inteligible al ave de Nunca Jamás; pero es mejor la verdad y debo decir únicamente lo que en

realidad pasó. Pues bien, no sólo no se comprendían, sino que olvidaron los buenos modales.

—Quiero... que... te... metas... en... el... nido —gritó el pájaro, hablando lo más despacio y claro posible—; entonces... podrás... llegar... a... la... orilla..., pero... estoy... demasiado... cansada... para... acercarlo... más... y... tendrás... que... venir... nadando... hasta... aquí.

—¿Qué es lo que estás graznando? —respondió Peter—. ¿Por qué no dejas que el nido flote como siempre?

—Quiero... que... tú... —dijo el ave, y repitió toda su frase.

Entonces Peter trató de hablar claro y despacio.

—¿Qué... es... lo... que... estás... graznando? —y el resto de la frase.

El ave de Nunca Jamás se enfadó; tiene muy mal genio.

—Pedazo de imbécil —chilló—, ¿por qué no haces lo que te digo?

Peter tuvo la impresión de que estaban insultándole, y por si acaso replicó en tono furioso:

—¡Eso lo serás tú!

Entonces, curiosamente, los dos soltaron la misma frase:

—¡Cierra el pico!

—¡Cierra el pico!

Sin embargo, el ave estaba decidida a salvarle si podía y, haciendo un último esfuerzo, impulsó el nido contra la roca. Luego echó a volar, abandonando sus huevos, para dejar clara su intención.

Peter terminó comprendiendo; enganchó el nido y por gestos dio las gracias al ave cuando ésta ya revoloteaba por encima de él. Sin embargo, si se había quedado flotando en el cielo no era para esperar su agradecimiento, ni tampoco para ver cómo se metía en el nido: era para ver qué hacía con sus huevos.

Había dos huevos grandes y blancos, y Peter los sopesó pensativo. El pájaro se cubrió la cara con las alas para no ver el final de sus huevos; aunque no pudo dejar de echar una ojeada por entre las plumas.

No recuerdo ya si os he contado que en la roca había una estaca plantada hacía mucho tiempo por algunos bucaneros para señalar el sitio de un tesoro enterrado. Los niños habían descubierto el brillante botín y, cuando les daba por divertirse haciendo travesuras, solían lanzar puñados de *moidores*, de diamantes, de perlas, y de monedas de cobre^[40] a las gaviotas, que se lanzaban sobre ellos creyendo que eran comida y terminaban alejándose furiosas por la jugarreta que acababan de hacerles. La estaca seguía estando allí, y Starkey había colgado en ella su sombrero, un sombrero de lona

impermeable de ala ancha. Peter metió los huevos en ese sombrero y lo depositó en la superficie de la laguna. Flotaba perfectamente.



Luego se metió dentro del nido

El ave de Nunca Jamás se dio cuenta enseguida de la intención de Peter, y lanzó un chillido de admiración; pero, ay, Peter también graznó para darle las gracias. Luego se metió dentro del nido, plantó en él la estaca como si fuese un mástil y ató a ella su camisa como vela. En ese mismo instante, el pájaro bajó volando hasta el sombrero y una vez más se sentó cómodamente encima de sus huevos. Ambos, Peter y el ave se alejaron en direcciones opuestas mientras daban gritos de júbilo.

Naturalmente, cuando Peter llegó a tierra, varó su barca en un lugar donde el pájaro pudiese encontrarla fácilmente; pero el resultado del sombrero había sido tan bueno que el ave abandonó por él su nido. Arrastrado por la corriente, flotó hasta que se hizo trizas, y Starkey iba a menudo a la orilla de la laguna para contemplar, lleno de amargura, al ave sentada encima de su sombrero. Como no volveremos a ver al pájaro, quizá convenga mencionar

que todas las aves de Nunca Jamás construyen ahora sus nidos de esa forma, con un ala ancha sobre la que los polluelos suelen tomar el aire.

Fue grande la alegría cuando Peter llegó a la casa subterránea casi al mismo tiempo que Wendy, a quien la cometa había arrastrado de acá para allá. Todos los niños tenían una aventura que contar; aunque quizá la aventura mayor de todas fuese que hacía varias horas que se les había pasado el momento de irse a la cama. Estaban tan orgullosos por ello que intentaron diversas estratagemas para seguir sin acostarse más tiempo todavía: por ejemplo, pidiendo vendas; pero Wendy, aunque se felicitaba por tener de nuevo a todos sanos y salvos en casa, estaba escandalizada por lo tarde que era, y gritó: «A la cama, a la cama», con una voz que exigía obediencia. Al día siguiente, sin embargo, estaba muy cariñosa y dio vendas a todos; y ellos estuvieron jugando hasta la hora de irse a la cama a hacerse los cojos y a llevar el brazo en cabestrillo.



Peter y el ave se alejaron en direcciones opuestas mientras daban gritos de júbilo

Capítulo 10

El hogar feliz

Una consecuencia importante de la escaramuza en la laguna fue que se hicieron amigos de los pieles rojas. Peter había salvado a Tigridia de un destino horrible, y ahora no había nada que ella y sus valientes no estuviesen dispuestos a hacer por él. Montaban guardia toda la noche vigilando la casa subterránea y esperando el gran ataque de los piratas, que evidentemente no podía tardar mucho. Incluso de día andaban por allí, fumando la pipa de la paz y dando casi la impresión de esperar alguna golosina.

Llamaban a Peter el Gran Padre Blanco y se postraban ante él, cosa que a Peter le gustaba mucho, aunque en realidad no le hacía ningún bien.

—El Gran Padre Blanco —les decía en tono arrogante mientras se arrastraban a sus pies— se alegra de ver a los guerreros piccaninnis protegiendo su tienda de los piratas.

—Yo Tigridia —respondía aquella encantadora criatura—, Peter Pan salvarme, yo su gran amiga. Yo no dejar piratas hacerle daño.

Era demasiado hermosa para humillarse de aquel modo, pero Peter pensaba que se lo debía y respondía condescendiente:

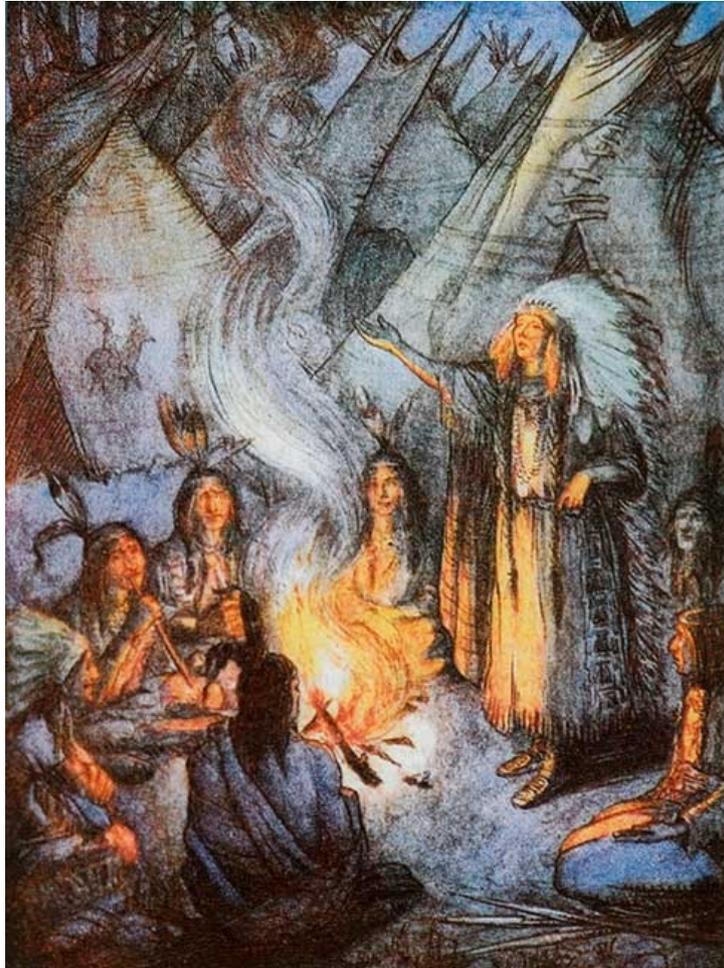
—Está bien. Peter Pan ha hablado.

Siempre que decía «Peter Pan ha hablado» quería decir que ahora debían callarse, y los indios aceptaban humildemente ser tratados así; pero no eran ni mucho menos tan respetuosos con el resto de los chicos, a los que consideraban unos guerreros normales. Les decían: «¿Qué tal?» y cosas parecidas, y lo que más irritaba a los niños era ver que a Peter todo aquello le parecía bien.

Wendy, en el fondo, estaba un poco de su parte, pero era una madre de familia demasiado leal para escuchar la menor queja contra el padre. «El padre siempre sabe más», solía decir, fuera cual fuese su opinión personal. Su opinión personal era que los pieles rojas no debían llamarla su *squaw*^[41].

Ahora llegamos a esa noche que debía ser conocida entre ellos como la Noche de las Noches, por sus aventuras y sus consecuencias. El día, como si estuviera reuniendo tranquilamente sus fuerzas, se había desarrollado sin incidentes, y ahora los pieles rojas, envueltos en mantas, montaban guardia en

sus puestos arriba, mientras abajo los niños estaban cenando; todos menos Peter, que había salido para averiguar la hora. La forma de saber la hora en la isla era encontrar al cocodrilo, y luego quedarse cerca hasta que sonase la campanilla del reloj.



...se hicieron amigos de los pieles rojas

Pero aquella noche la cena era un té imaginario, y todos se sentaron alrededor de la mesa, tragando con avidez; y la verdad es que, con toda su charla y sus discusiones, el ruido resultaba totalmente ensordecedor, como dijo Wendy. No es que a ella le importase el ruido, pero no estaba dispuesta a tolerar que se pegasen y luego se disculparan diciendo que Tootles les había dado con el codo. Había una norma estricta según la cual nunca debía devolverse un golpe recibido en la mesa: debían comunicar a Wendy el motivo de la disputa levantando muy educadamente el brazo derecho y diciendo: «Quiero quejarme de Fulano»; pero solía ocurrir que se olvidaban de hacerlo o lo hacían demasiado.

—Silencio —exclamó Wendy después de decirles por enésima vez que no debían hablar todos al mismo tiempo—. ¿Has acabado ya tu calabaza,

Slightly, cielo?

—Todavía no, mamá —dijo Slightly, después de mirar dentro de un tazón imaginario.

—Ni siquiera ha empezado a beberse la leche —intervino Nibs.

Aquello era chivarse, y Slightly aprovechó la ocasión.

—Quiero quejarme de Nibs —exclamó inmediatamente.

Pero John había levantado la mano antes.

—Dime, John.

—¿Puedo sentarme en la silla de Peter, ya que no está él aquí?

—¿Sentarte en la silla de tu padre, John? —dijo escandalizada Wendy—.

Por supuesto que no.

—No es nuestro padre de verdad —respondió John—. Ni siquiera sabía lo que hace un padre hasta que yo se lo enseñé.

Aquello era una protesta en toda regla.

—Queremos quejarnos de John —exclamaron los Gemelos.

Tootles también levantó su mano. Era, con diferencia, el más humilde de todos, el único humilde en realidad, y por eso Wendy se mostraba especialmente cariñosa con él.

—Creo que yo no podría ser padre —dijo Tootles tímidamente.

—No, Tootles.

Una vez que Tootles empezaba a hablar, cosa que no ocurría muy a menudo, no había manera de pararlo.

—Como no puedo ser padre —dijo, sombrío—, supongo, Michael, que no me dejarás hacer de niño pequeño, ¿verdad?

—No, ni hablar —soltó Michael, en tono áspero.

Ya estaba metido en su canasto.

—Entonces, si no puedo hacer de niño —insistió Tootles, poniéndose cada vez más pesado—, ¿creéis que podría hacer de gemelo?

—Claro que no —replicaron los Gemelos—; es terriblemente difícil ser gemelo.

—Ya que no puedo ser nada importante —dijo Tootles—, ¿me dejáis que os enseñe un truco?

—No —replicaron todos.

Entonces renunció.

—En realidad no tenía ninguna esperanza —dijo.

Y las odiosas acusaciones se desataron de nuevo.

—Slightly está tosiendo en la mesa.

—Los Gemelos han empezado por los frutos de mamey.

—Curly está comiendo panecillos y ñame al mismo tiempo.

—Nibs está hablando con la boca llena.

—Quiero quejarme de los Gemelos.

—Quiero quejarme de Curly.

—Quiero quejarme de Nibs.

—¡Dios mío, Dios mío! —exclamó Wendy—, estoy convencida de que a veces los niños dan más lata que alegría.

Les dijo que recogieran la mesa y fue a sentarse junto a su cesta de labor: como siempre, un montón de medias con agujeros en las rodillas por remendar.

—Wendy —protestó Michael—, soy demasiado grande para estar en una cuna.

—Alguien tiene que estar en la cuna —respondió ella con cierta sequedad—, y tú eres el más pequeño. Es tan bonito tener una cuna en casa...

Mientras cosía, los niños jugaban a su alrededor: un grupo de rostros felices y ágiles piernas iluminado por aquel fuego romántico. Había llegado a convertirse en una escena muy familiar en aquella casa subterránea; pero estamos contemplándola por última vez.

Arriba se oyeron pasos, y podéis estar seguros de que Wendy fue la primera en reconocerlos.

—Niños, estoy oyendo los pasos de vuestro padre. Le gusta que le recibáis en la puerta.

Arriba, los pieles rojas estaban prosternados ante Peter.

—Vigilad bien, valientes, he hablado.

Y luego, como siempre, los alegres niños fueron a sacarle a rastras de su árbol. Como siempre, pero como nunca más.

Había traído nueces para los niños, así como la hora exacta para Wendy.

—Peter, los mimas demasiado —se quejó Wendy.

—Bueno, vieja —dijo Peter, colgando su escopeta.

—Fui yo el que les dijo que a las madres se las llamaba «vieja» —le susurró Michael a Curly.

—Quiero quejarme de Michael —dijo Curly inmediatamente.

El primero de los Gemelos avanzó hacia Peter.

—Papá, queremos bailar.

—Pues baila, baila, hombrecito —dijo Peter, que estaba de muy buen humor.

—Pero queremos que bailes tú.

De hecho, Peter era el mejor bailarín de todos, pero fingió escandalizarse.

—¿Yo? ¡Mis viejos huesos no lo resistirían!

—Y mamá también.

—¿Cómo? —exclamó Wendy—. ¿Bailar la madre de toda esta bandada de niños?

—Pero si es sábado por la noche —insinuó Slightly.

En realidad no era sábado por la noche, aunque podría haberlo sido, ya que hacía mucho que habían perdido la cuenta de los días; pero si querían hacer algo especial, siempre decían que era sábado por la noche, y entonces lo hacían.

—Claro que es sábado por la noche, Peter —dijo Wendy, ablandándose.

—A nuestra edad, Wendy...

—Pero si es sólo en familia.

—Cierto, cierto.

Así que les dieron permiso para bailar, pero antes tenía que ponerse los camiones.

—Bueno, vieja —le dijo aparte Peter a Wendy, calentándose al fuego y mirándola mientras remendaba un talón—, después de un día de trabajo no hay nada más agradable para ti y para mí que pasar la noche junto al fuego con los niños cerca.

—Es delicioso, ¿verdad, Peter? —dijo Wendy, enormemente satisfecha—. Peter, me parece que Curly ha sacado tu nariz.

—Michael se parece a ti.

Wendy se dirigió hacia él y le puso la mano en el hombro.

—Querido Peter —dijo—, con una familia tan grande, como es lógico, lo mejor ya se me ha pasado, pero no me cambiarías por otra, ¿verdad?

—No, Wendy.

Claro que no quería cambiarla, pero la miró algo inquieto, parpadeando, ¿sabéis?, como si no estuviera seguro de estar despierto o dormido.

—¿Qué pasa, Peter?

—Estaba pensando —dijo un poco asustado—. Es de mentirijillas que yo sea su padre, ¿verdad?

—Claro —dijo Wendy en tono remilgado.

—Es que —continuó él como si quisiera excusarse— ser su padre me haría sentirme tan viejo...

—Pero son nuestros, Peter, tuyos y míos.

—Pero de mentirijillas, ¿no, Wendy? —preguntó angustiado.

—No si no lo deseas —replicó ella.

Y a sus oídos llegó claramente el suspiro de alivio del niño.

—Peter —le preguntó tratando de hablar con firmeza—, ¿qué es exactamente lo que sientes por mí?

—El cariño de un hijo, Wendy.

—Lo que me figuraba —dijo ella.

Y fue a sentarse en la otra punta de la habitación.

—¡Qué rara eres! —dijo él, desconcertado—, y Tigridia es igual que tú. Dice que quiere ser algo para mí, pero que no es mi madre.

—No, claro que no —exclamó Wendy recalcando las palabras.

Ahora ya sabemos por qué no le gustaban los pieles rojas.

—¿Y qué es entonces?

—Una dama no puede decirlo.

—Muy bien —dijo Peter, algo despechado—. Ya me lo dirá Campanilla.

—Sí, que te lo diga Campanilla —replicó Wendy con desprecio—. Es una criatura desvergonzada.

En ese momento, Campanilla, que estaba escuchándolo todo desde su tocador, soltó una grosería.

—Dice que le encanta ser una desvergonzada —tradujo Peter.

De repente tuvo una idea.

—A lo mejor Campanilla quiere ser mi madre.

—¡Qué burro eres! —gritó Campanilla furiosa.

Decía este insulto con tanta frecuencia que Wendy no necesitó traducción.

—Casi estoy de acuerdo con ella —dijo Wendy en tono muy brusco.

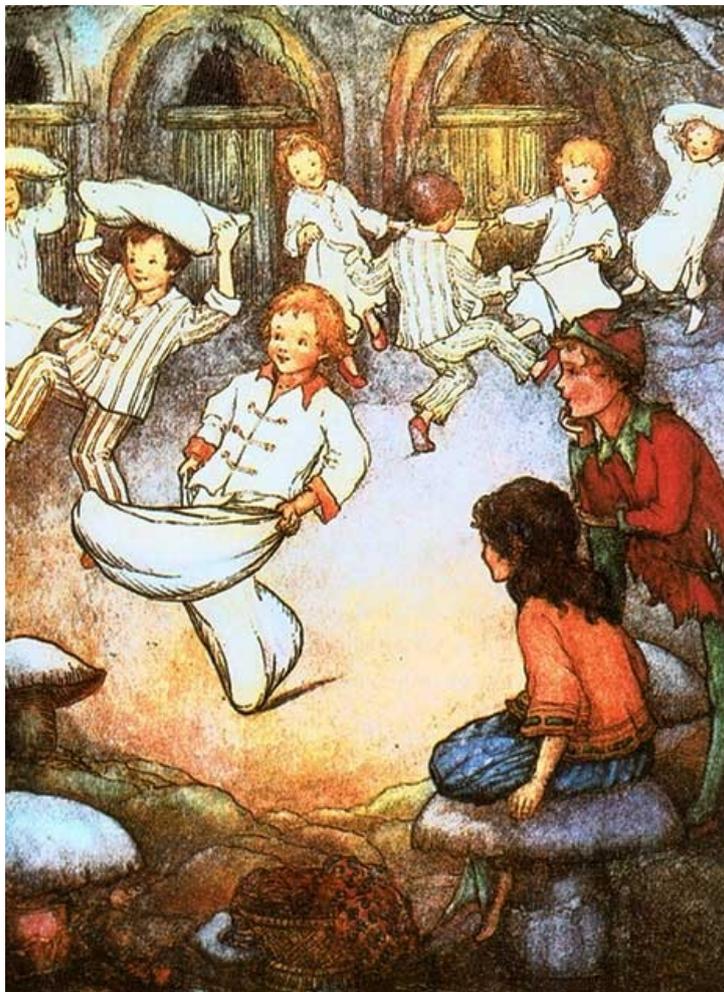
Imaginaos a Wendy hablando en tono brusco. Pero estaba muy cansada y no tenía ni la menor idea de lo que iba a ocurrir antes de que acabase la noche. Si lo hubiera sabido, no habría dicho aquello con tanta brusquedad.

Ninguno lo sabía. Quizá lo mejor era no saberlo. Su ignorancia les permitió vivir una hora más de felicidad todavía; y como iba a ser su última hora en la isla, alegrémonos de que tuviera sesenta minutos. Cantaron y bailaron en camisón. Era una canción deliciosamente siniestra, en la que fingían asustarse de sus propias sombras; qué lejos estaban de imaginar que, muy pronto, caerían sobre ellos unas sombras verdaderas ante las que temblarían de miedo real. ¡Qué increíblemente divertido era aquel baile, y cómo se empujaban unos a otros encima de la cama y fuera de ella! Más que un baile, era una batalla de almohadas, y, cuando acabó, las almohadas insistieron en volver una vez más a la pelea, como unos compañeros de juego que saben que tal vez no hayan de volver a verse. ¡Cuántas historias se contaron, antes incluso de que llegase la hora del cuento de buenas noches de Wendy! Hasta Slightly intentó contar una historia esa noche, pero el principio

era tan terriblemente aburrido que él mismo se sintió horrorizado y dijo en un tono lastimero:

—Sí, es un principio aburrido. Bueno, hagamos como que es el final.

Y por fin se metieron todos en la cama para oír el cuento de Wendy, el cuento que más les gustaba, el cuento que Peter odiaba. Por regla general, cuando ella empezaba a contar ese cuento, él se iba de la habitación o se tapaba los oídos con las manos; y posiblemente, si en esa ocasión hubiera hecho una de estas cosas, puede que todavía siguieran viviendo en la isla. Pero precisamente esa noche Peter se quedó en su taburete; y ahora vamos a ver lo que ocurrió.



Más que un baile, era una batalla de almohadas

Capítulo II

El cuento de Wendy

—Vamos, escuchad —dijo Wendy, sentándose para narrar su cuento, con Michael a sus pies y los siete niños en la cama—. Había una vez un señor...

—Me gustaría más que fuese una señora —dijo Curly.

—Y a mí que fuese una rata blanca —dijo Nibs.

—Silencio —les reprendió su madre—. También había una señora y...

—Mamá —exclamó el primero de los Gemelos—, quieres decir que también había una señora, ¿verdad? Entonces ¿no está muerta?

—Claro que no.

—¡Cómo me alegro de que no esté muerta! —dijo Tootles—. ¿También te alegras tú, John?

—Desde luego.

—¿Tú no te alegras, Nibs?

—Bastante.

—¿No os alegráis vosotros, Gemelos?

—Claro que nos alegramos.

—Dios mío —suspiró Wendy.

—A ver si hacéis menos ruido —dijo Peter, decidido a que no interrumpieran a Wendy, por más horrible que a él le pareciera el cuento.

—El señor —continuó Wendy— se llamaba señor Darling, y el nombre de ella era señora Darling.

—Yo los conocía —dijo John, para hacer rabiar a los demás.

—También yo creo que los conocía —dijo Michael no demasiado convencido.

—Estaban casados, ¿sabéis? —explicó Wendy—, ¿y qué creéis que tuvieron?

—Ratas blancas —exclamó Nibs en un momento de inspiración.

—No.

—¡Qué complicado! —dijo Tootles, que se sabía el cuento de memoria.

—Cállate, Tootles. Tuvieron tres descendientes.

—¿Qué son descendientes?

—Bueno, tú eres uno, Gemelo.

—¿Has oído, John? Soy un descendiente.

—Los descendientes no son otra cosa que los niños —dijo John.

—¡Dios mío, Dios mío! —suspiró Wendy—. Sigamos, esos tres niños tenían una fiel niñera llamada Nana; pero un día el señor Darling se enfadó con ella y la ató en el patio; y por eso los niños se fueron volando.

—Es un cuento muy bueno —dijo Nibs.

—Se fueron volando —continuó Wendy— al País de Nunca Jamás, donde están los niños perdidos.

—Es lo que yo pensaba —interrumpió Curly, muy emocionado—. No sé cómo, pero es lo que yo pensaba.

—Wendy —exclamó Tootles—, ¿se llamaba Tootles uno de los niños perdidos?

—Sí, así es.

—Estoy en un cuento. Hurra, estoy en un cuento, Nibs.

—¡A callar! Ahora quiero que penséis en los sentimientos de los desdichados padres cuando todos sus hijos se marcharon volando.

—¡Ay! —gimieron todos, aunque en realidad no pensaban para nada en los sentimientos de los desdichados padres.

—¡Pensad en las camas vacías!

—¡Ay!



El cuento de Wendy

—¡Qué triste! —dijo el primero de los Gemelos muy contento.

—No me imagino que este cuento pueda acabar bien —dijo el segundo gemelo—. ¿Te lo imaginas tú, Nibs?

—Estoy tremendamente preocupado.

—Si supieseis lo grande que es el amor de una madre —les dijo Wendy triunfalmente—, no tendríais miedo.

Había llegado a la parte que Peter aborrecía.

—A mí me gusta el amor de una madre —dijo Tootles, golpeando a Nibs con una almohada—. ¿Te gusta el amor de una madre, Nibs?

—Pues claro —dijo Nibs, devolviéndole el golpe.

—Pues veréis —dijo Wendy complacida—, nuestra heroína sabía que la madre dejaría siempre la ventana abierta para que los niños volvieran; así que estuvieron fuera muchos años y se divertieron muchísimo.

—¿Volvieron alguna vez?

—Ahora —dijo Wendy, concentrándose para su esfuerzo más delicado—, echemos una ojeada al futuro.

Y todos dieron un giro que hizo más fácil echar una ojeada al futuro.

—Han pasado los años; y ¿quién será la elegante dama de edad incierta que se apea en la estación de Londres?

—¡Oh!, Wendy, ¿quién es? —exclamó Nibs, tan excitado como si no supiera nada.

—Puede ser... sí..., no..., es... ¡el hada Wendy!

—¡Ah!

—¿Y quiénes son los dos personajes de noble porte que la acompañan, ya hechos unos hombres? ¿Serán John y Michael? Sí, ellos son.

—¡Oh!

—Mirad, queridos hermanos —dice Wendy, señalando hacia arriba—, ahí está la ventana, que sigue abierta. Y ahora vamos a ser recompensados por haber confiado plenamente en el amor de una madre... Entonces volaron hacia su mamá y su papá y no hay pluma que pueda describir la feliz escena, sobre la que corremos un velo.

Ése era el cuento, y a los niños les gustaba tanto como a su hermosa narradora. Como veis, todo era como debía ser. Nos escapamos del hogar como los seres más crueles del mundo, que es lo que son los niños, a pesar de ser tan atractivos, y pasamos un rato delicioso pensando únicamente en nosotros mismos; y cuando necesitamos atenciones especiales volvemos noblemente en su busca, confiando en que nos recibirán con abrazos en lugar de azotes.

Era de hecho tan grande su confianza en el amor de una madre que se creían con derecho a seguir siendo un poco más crueles durante algún tiempo.

Pero había alguien que sabía más que el resto, y, cuando Wendy acabó, dejó escapar un gemido sordo.

—¿Qué te pasa, Peter? —exclamó Wendy, corriendo a su lado y creyendo que estaba enfermo.

Muy solícita, le palpó por debajo del pecho.

—¿Dónde te duele, Peter?

—No es esa clase de dolor —contestó Peter con un tono sombrío.

—Entonces ¿de qué clase es?

—Wendy, estás equivocada en lo de las madres.

Todos le rodearon muy asustados, porque su agitación resultaba alarmante; y con total ingenuidad les contó lo que hasta entonces había ocultado.

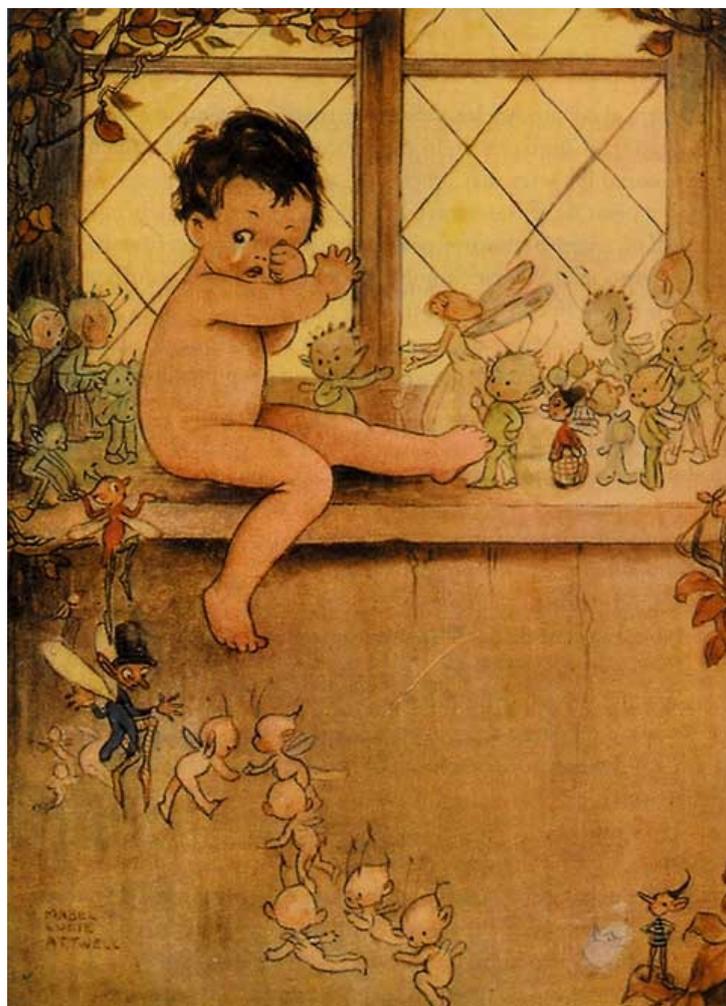
—Hace mucho —dijo—, pensé como vosotros que mi madre siempre tendría la ventana abierta para mí; por eso estuve fuera durante lunas y lunas, muchas lunas, y luego regresé volando; pero la ventana estaba cerrada, porque mi madre se había olvidado totalmente de mí, y en mi cama había otro niño durmiendo.

No estoy seguro de que esto fuera cierto, pero Peter lo creía; y los niños se asustaron.

—¿Estás seguro de que las madres son así?

—Sí.

Conque ésa era la verdad sobre las madres. ¡Qué horror!



... regresé volando, pero la ventana estaba cerrada

O sea, que es mejor tener cuidado; y nadie sabe mejor que un niño cuándo hay que dar marcha atrás.

—Wendy, vámonos a casa —exclamaron al mismo tiempo John y Michael.

—Sí —dijo ella abrazándolos.

—¿Esta misma noche? —preguntaron los niños perdidos, atónitos.

En lo que llamaban el fondo de sus corazones sabían que se puede vivir perfectamente sin una madre, y que sólo las madres piensan que no se puede.

—Ahora mismo —respondió Wendy muy decidida, porque se le acababa de ocurrir una idea espantosa—. A lo mejor mamá ya está de medio luto.

Ese temor la hizo olvidarse de lo que debían de ser los sentimientos de Peter, y le dijo en un tono bastante brusco:

—Peter, ¿puedes encargarte de hacer los preparativos?

—Si así lo deseas —respondió él con la misma frialdad que si le hubiese pedido que le pasara las nueces.

¡Ni siquiera lamentaban que se echarían de menos! Si a ella no le preocupaba la separación, Peter iba a demostrarle que a él tampoco.

Pero claro que le preocupaba, y mucho; y estaba tan lleno de ira contra los adultos que, como de costumbre, lo echaban todo a perder, que nada más meterse en su árbol se puso a hacer deliberadamente inspiraciones cortas, a razón de cinco por segundo. Y lo hizo porque hay un refrán en el País de Nunca Jamás según el cual cada vez que respiras muere un adulto; y Peter, en venganza, estaba matándolos lo más deprisa posible.

Luego, después de haber dado a los pieles rojas las instrucciones necesarias, volvió a la casa subterránea donde, en su ausencia, se había desarrollado una escena indigna. Dominados por el pánico ante la idea de perder a Wendy, los niños perdidos habían avanzado hacia ella con gestos amenazadores.

—Será peor que antes de que viniera —exclamaron.

—No la dejaremos marchar.

—Hagámosla prisionera.

—Eso es, encadenadla.

En esta situación crítica, el instinto indicó a Wendy hacia quién debía volverse.

—Tootles —exclamó—, ayúdame.

¿No es extraño? Recurrió a Tootles, el más estúpido de todos.

Tootles, sin embargo, respondió con altura de miras. Porque en ese momento dejó a un lado su estupidez y habló con gran dignidad.

—Yo no soy más que Tootles —dijo—, y a nadie le importo. Pero al primero que no se comporte con Wendy como un caballero inglés, lo apuñalo.

Y sacó su puñal; y en ese instante su brillo estaba en su apogeo. Los demás niños, intranquilos, retrocedieron. Entonces volvió Peter, e

inmediatamente se dieron cuenta de que no los apoyaría. Peter nunca retendría a una niña en el País de Nunca Jamás contra su voluntad.

—Wendy —dijo Peter, paseando arriba y abajo—, he pedido a los pieles rojas que te guíen a través del bosque, porque volar te cansaría mucho.

—Gracias, Peter.

—Luego —continuó con la voz seca de quien está acostumbrado a ser obedecido—, Campanilla te llevará a través del mar. Despiértala Nibs.

Nibs tuvo que llamar dos veces antes de obtener una respuesta, aunque Campanilla llevaba un rato sentada en la cama, escuchando atentamente.

—¿Quién eres? ¿Cómo te atreves? ¡Largo de aquí! —gritó Campanilla.

—Tienes que levantarte, Campanilla —le dijo Nibs—, y llevar a Wendy de viaje.

Por supuesto, Campanilla había oído encantada que Wendy se iba; pero estaba totalmente decidida a no servirle de guía, y así lo expresó con las palabras más crudas. Luego fingió que había vuelto a dormirse.

—Dice que no quiere —exclamó Nibs, horrorizado ante semejante insubordinación.

Tras lo cual Peter se dirigió muy serio hacia el cuarto de la damisela.

—Campanilla —dijo en tono seco—, si no te levantas y te vistes ahora mismo, abro las cortinas y todos te veremos en *negligé*.

Esto hizo que Campanilla diese un brinco hasta el suelo.

—¿Quién dice que no quiero levantarme? —exclamó.

Mientras tanto, los niños contemplaban consternados a Wendy, que ya estaba preparada para el viaje, con John y Michael a su lado. Para entonces estaban muy abatidos, no tanto porque iban a perderla, sino sobre todo porque se daban cuenta de que al final del viaje a Wendy le esperaba algo muy bonito a lo que no habían sido invitados. Como siempre, se sentían atraídos por la novedad.

Creyéndolos animados por sentimientos más nobles, Wendy se ablandó.

—Queridos —les dijo—, si queréis venir conmigo estoy segura de que puedo conseguir que mi padre y mi madre os adopten.

La invitación iba destinada a Peter sobre todo; pero cada uno de los muchachos estaba pensando exclusivamente en sí mismo, y acto seguido se pusieron a dar saltos de alegría.

—¿Pero no pensarán que somos muchos? —preguntó Nibs en mitad de su salto.

—¡Oh!, no —dijo Wendy, después de meditar un instante—, bastará con poner unas cuantas camas más en el salón; se pueden tapar con biombos los

primeros jueves de mes.

—Peter, ¿podemos ir? —exclamaron todos en tono suplicante.

Daban por hecho que si ellos se iban, también lo haría él, pero en realidad les importaba poco. Así es, los niños siempre están dispuestos, cuando a la puerta llama la novedad, a abandonar a sus seres queridos.

—De acuerdo —replicó Peter con amarga sonrisa.

Y acto seguido todos corrieron a recoger sus cosas.

—Y ahora, Peter —dijo Wendy, pensando que todo estaba resuelto—, voy a darte tu medicina antes de ponernos en marcha.

A ella le gustaba darles medicinas, y sin duda les daba demasiada dosis. Por supuesto, no era más que agua, pero la sacaba de una calabaza, y siempre agitaba la Calabaza y contaba las gotas, lo cual daba a la operación cierta apariencia medicinal. En esta ocasión, sin embargo, no le dio a Peter su dosis, porque nada más prepararla vio en la cara de Peter una expresión que la desanimó.

—Prepara tus cosas, Peter —le dijo, temblando.

—No —contestó él, fingiendo indiferencia—, yo no me voy contigo, Wendy.

—Sí vendrás, Peter.

—No.

Para demostrarle que su marcha iba a dejarle indiferente, se puso a caminar arriba y abajo por el cuarto, tocando alegremente su despiadada flauta. Wendy se vio obligada a ir tras él, aunque este comportamiento fuese bastante indigno.

—Para encontrar a tu madre —dijo en tono zalamero.

Si Peter había conocido alguna vez una madre, hacía mucho que no la echaba de menos. Podía arreglárselas perfectamente sin madre. Había pensado mucho en ella, y sólo recordaba sus defectos.

—No, no —le dijo a Wendy, muy decidido—; a lo mejor dice que soy muy mayor, y yo lo único que quiero es seguir siendo un niño y divertirme.

—Pero, Peter...

—No.

Y por eso tuvo que decírselo a los otros.

—Peter no viene.

¡Peter no se marchaba! Se quedaron mirándole, atónitos, con sus palos al hombro, y en cada palo un hatillo. Al principio pensaron que si Peter no iba, probablemente cambiaría de opinión y tampoco les dejaría marcharse.

Pero Peter era demasiado orgulloso para eso.

—Si encontráis a vuestras madres —dijo en tono sombrío—, espero que os gusten.

El espantoso cinismo de estas palabras causó una sensación incómoda, y la mayoría empezó a dar señales de duda. Después de todo, sus caras parecían decir: ¿No somos unos imbéciles por querer marcharnos?

—Vamos —exclamó Peter—, nada de alboroto ni de lloriqueos. Hasta la vista, Wendy.

Y le tendió la mano alegremente, como si en realidad tuvieran que irse en ese momento porque él tenía cosas importantes que hacer.

Ella se vio obligada a estrecharle la mano, porque nada dejaba suponer que prefiriese un dedal.

—¿Te acordarás de cambiarte los pantalones de franela, Peter? —dijo ella, quedándose a su lado.

Wendy siempre había sido muy meticulosa sobre sus pantalones de franela.

—Sí.

—¿Y te tomarás la medicina?

—Sí.

Parecía que no tenían nada más que decirse. Se produjo un silencio incómodo. Sin embargo, Peter no era de los que flaquean delante de gente.

—¿Estás preparada, Campanilla? —gritó.

—Sí, sí.

—Entonces, enséñale el camino.

Campanilla subió volando hasta el árbol más cercano; pero nadie la siguió, porque fue en ese preciso momento cuando los piratas lanzaron su terrible ataque contra los pieles rojas. Arriba, donde había reinado el silencio, el aire se llenó de gritos y de aceros que chocaban entre sí. Abajo, había un silencio mortal. Todos se quedaron boquiabiertos. Wendy cayó de rodillas, pero sus brazos se tendieron hacia Peter. Todos los brazos se tendieron hacia él, como si un viento repentino los impulsara en esa dirección; le suplicaban, sin palabras, que no los abandonase. En cuanto a Peter, se abalanzó sobre su sable, el mismo con el que creía que había matado a Barbacoa; y en sus ojos brillaba la sed de la batalla.

Capítulo 12

El rapto de los niños

El ataque pirata había sido una sorpresa completa: prueba segura de que el malvado Garfio lo había dirigido sin respetar las reglas, porque sorprender a los pieles rojas no está, por lo general, al alcance del hombre blanco.

Según todas las leyes no escritas de la guerra salvaje, siempre son los pieles rojas los que atacan, y con la astucia de su raza lo hacen justo antes del amanecer, momento en que saben que el valor de los blancos está en su nivel más bajo. Mientras tanto, los hombres blancos han levantado una tosca empalizada en la cima de un terreno ondulado a cuyo pie corre algún riachuelo; porque estar demasiado lejos del agua significa la destrucción. Allí esperan el asalto final: los inexpertos mantienen aferrados los revólveres y pisan ramitas, pero los veteranos duermen tranquilamente hasta justo antes del alba. En la oscuridad de la larga noche los exploradores salvajes se deslizan como serpientes entre la hierba sin que se mueva una sola brizna. Los matorrales se cierran tras ellos tan silenciosamente como la arena por la que acaba de meterse un topo. No se oye el menor ruido, salvo cuando lanzan al aire una maravillosa imitación del aullido solitario del coyote. Al grito responden otros guerreros, y algunos lo hacen todavía mejor que los coyotes, a quienes no se les da demasiado bien. Así van pasando esas frías horas de la noche, y la larga incertidumbre resulta terriblemente agotadora para los rostros pálidos que la viven por primera vez; pero para los veteranos, esas llamadas inquietantes, y esos silencios más inquietantes todavía, no son otra cosa que los indicios de la noche que transcurre.

Garfio sabía perfectamente que ése es el procedimiento habitual, y no se le puede disculpar pretendiendo que lo pasaba por alto por ignorancia.

Los piccaninnis, por su parte, confiaban sin reserva en su sentido del honor, y su conducta durante toda aquella noche contrastaba con la del pirata. No dejaron de hacer nada para mantener la reputación de su tribu. Con esa agudeza de los sentidos que causa a un tiempo maravilla y desesperación en los pueblos civilizados, supieron que los piratas estaban en la isla desde el momento en que uno de ellos pisó un palo seco; y en un espacio increíblemente corto de tiempo empezaron a oírse los aullidos del coyote.

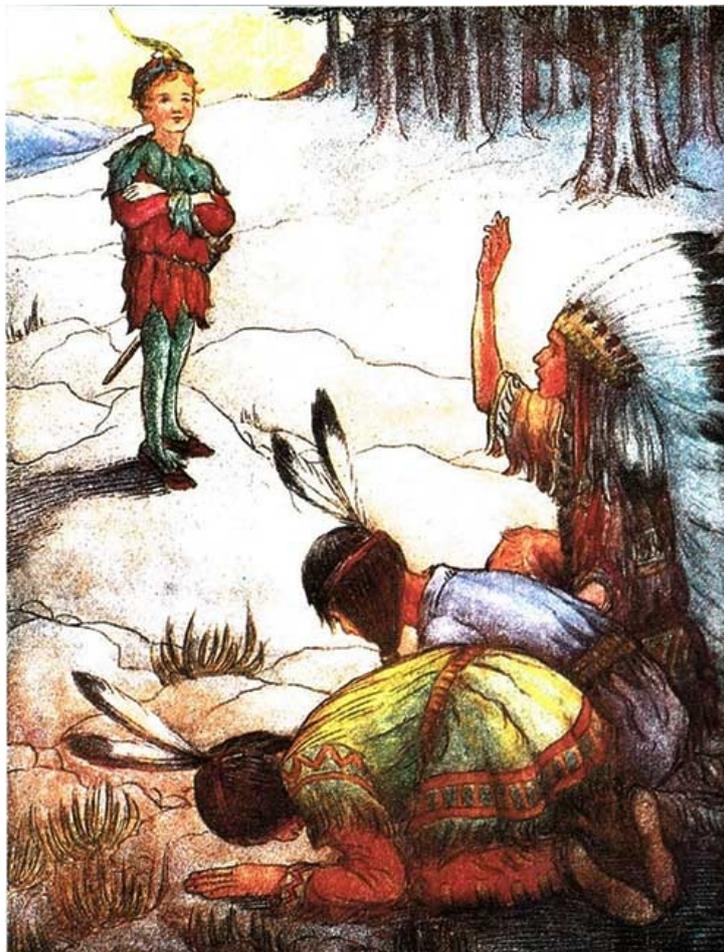
Cada palmo de terreno entre el lugar donde Garfio había desembarcado sus fuerzas y la casa bajo los árboles fue examinado sigilosamente por guerreros que llevaban los mocasines puestos del revés. Sólo encontraron una única colina con un riachuelo en su parte baja, por lo que Garfio no tenía elección: debía instalar allí su campamento y esperar hasta justo antes del amanecer. Una vez previsto todo con una astucia más que diabólica, la mayor parte de los pieles rojas se envolvieron en sus mantas y con una tranquilidad que para ellos es la quintaesencia de la hombría, se acurrucaron encima de la casa de los niños, aguardando el frío momento en que tendrían que sembrar la pálida muerte.

Y en ese lugar, soñando, aunque vigilantes, con las exquisitas torturas a las que los someterían en cuanto apuntase el alba, estos confiados salvajes fueron sorprendidos por el traicionero Garfio. Según lo que contaron después los exploradores indios que lograron escapar a la carnicería, parece que Garfio no se fijó siquiera en la colina, aunque es seguro que tuvo que verla en medio de aquella luz grisácea: en ningún momento parece que pasó por su sutil cabeza la idea de esperar el ataque de los indios; no aguardó siquiera a que la oscuridad de la noche se disipase: su único objetivo era cargar contra el enemigo. ¿Qué podían hacer los desconcertados exploradores, maestros consumados en todas las estratagemas de la guerra menos en ésta, sino correr tras él, exponiéndose fatalmente a ser vistos, mientras lanzaban una patética imitación del aullido del coyote?

Rodeando a la valerosa Tigridia había una docena de sus guerreros más valientes, que de pronto vieron a los pérfidos piratas lanzarse sobre ellos. De sus ojos cayó el velo a través del que habían contemplado la victoria. Ya no torturarían a nadie en el poste. Sólo les esperaba el paraíso de los terrenos de caza. Lo sabían, pero como dignos hijos de sus padres cumplieron con su deber. En ese momento, aún habrían tenido tiempo de formar una falange que habría sido difícil de romper si se hubiesen levantado rápidamente, pero las tradiciones de su raza se lo prohibían. Está escrito que el salvaje noble nunca debe manifestar la menor sorpresa en presencia del hombre blanco. Y por terrible que haya debido de ser para ellos la repentina aparición de los piratas, permanecieron quietos un instante, sin mover un solo músculo, como si el enemigo hubiese llegado en respuesta a una invitación. Luego, después de cumplir galantemente con la tradición tomaron las armas y su grito de guerra hendió los aires; pero era demasiado tarde.

No tenemos intención de describir lo que fue más una carnicería que un combate. Así pereció la flor y nata de los guerreros de la tribu piccaninny.

Cierto que más de uno murió vengado, porque con Lobo Flaco cayó Alf Mason, que ya no volvería a perturbar las costas del Caribe; y entre los que mordieron el polvo estaban Geo^[42]. Scourie, Chas. Turley y el alsaciano Foggerty. Turley cayó bajo el *tomahawk* del terrible Pantera, que consiguió abrirse paso entre los piratas con Tigridia y unos pocos que quedaban de la tribu.



Llamaban a Peter el Gran Padre Blanco y se postraban ante él

¿Hasta qué punto hay que censurar a Garfio por su táctica en esta ocasión? Eso es algo que deben decidir los historiadores. Si hubiese esperado en la colina hasta la hora apropiada, es probable que él y sus hombres se hubieran visto reducidos a picadillo; y a la hora de juzgarlo hay que tener esa eventualidad en cuenta. Lo que quizá debería haber hecho era avisar a sus adversarios de que iba a emplear una táctica nueva. Aunque, por otro lado, eliminando el elemento de sorpresa, habría reducido a la nada la eficacia de su estrategia, de modo que todo este asunto está plagado de dificultades. Pero no podemos reprimir cierta admiración, con alguna reserva, ante el cerebro

que concibió un proyecto tan audaz ni sentir el genio con que fue puesto en práctica.

¿Qué pensó el propio Garfio sobre sí mismo en la hora del triunfo? Mucho habrían dado sus secuaces por conocerlo cuando, todavía jadeantes, y agrupados a discreta distancia de su garfio limpiaban sus sables, escudriñando con sus ojos de hurón a aquel hombre extraordinario. Indudablemente, el júbilo debía henchir su corazón, pero su cara no lo reflejaba; enigma oscuro y siempre solitario, Garfio se mantenía alejado de sus secuaces tanto en cuerpo como en alma.

La tarea de la noche aún no había acabado, porque no había ido a destruir a los pieles rojas; no eran más que abejas que había que espantar con humo para poder llegar hasta la miel. A quien él quería era a Peter Pan, Pan y Wendy y su pandilla, pero sobre todo a Pan.

Peter era un niño tan pequeño que puede sorprender el odio que aquel hombre sentía por él. Ciertamente que había tirado el brazo de Garfio al cocodrilo; pero ni esto ni el aumento de peligros que, para la existencia del pirata, se derivaban de ese accidente, debido sobre todo a la obstinación del cocodrilo, podían justificar un deseo de venganza tan feroz e implacable. Lo cierto es que en Peter había algo que empujaba al capitán pirata hasta la locura. No era su valentía, ni tampoco el atractivo de su aspecto, no era... Pero es inútil andarse por las ramas, porque sabemos de sobra de qué se trata y tenemos que decirlo. Era la arrogancia de Peter.

Esa arrogancia sacaba de su quicio los nervios de Garfio; producía un cosquilleo en su garra de hierro y por la noche le incordiaba como un insecto. Mientras Peter viviese, este hombre atormentado se sentiría como un león en cuya jaula ha entrado un gorrión.

El problema consistía ahora en bajar de los árboles, o cómo conseguir que sus secuaces lo hiciesen. Paseó por todos ellos sus ojos ansiosos, en busca de los más delgados. Ellos se agitaban preocupados, porque sabían que Garfio no tendría ningún escrúpulo en hacerlos bajar, aunque fuese a palos.

Mientras tanto, ¿qué ha sido de los niños? Los hemos visto, cuando las armas empezaron a sonar, convertirse en algo parecido a estatuas de piedra, con las bocas muy abiertas y los brazos tendidos hacia Peter en actitud de súplica; y volvemos a ellos cuando sus bocas ya se han cerrado y tienen los brazos caídos a los lados. El jaleo de arriba ha cesado de forma casi tan repentina como había empezado, después de pasar como una violenta ráfaga de viento, pero saben que, al pasar, ha sellado su destino.

¿Qué bando habría conseguido la victoria? Los piratas, con los oídos pegados en los árboles huecos, oyeron las preguntas que hacía cada niño, y, ¡ay!, también oyeron la respuesta de Peter.

—Si han ganado los pieles rojas —dijo—, tocarán el tam-tam; ésa es siempre su señal de victoria.

Pero resulta que Smee había encontrado el tam-tam, y en ese momento estaba sentado sobre él.

—Nunca volveréis a oír el tam-tam —murmuró en un tono por supuesto inaudible, porque Garfio les había ordenado absoluto silencio.

Para gran sorpresa suya, Garfio le hizo gestos de que tocarse el tam-tam; y poco a poco Smee fue comprendiendo la espantosa maldad de aquella orden. Nunca, probablemente, aquel hombre simple había admirado tanto a Garfio.

Smee golpeó el instrumento dos veces, y luego se detuvo para escuchar muy atento.

—El tam-tam —oyeron gritar a Peter los granujas—. ¡Han vencido los indios!

Los desdichados niños respondieron con un grito de alegría que sonó a música en los negros corazones de arriba, e inmediatamente volvieron a despedirse de Peter. Esto desconcertó a los piratas, pero todos sus demás sentimientos quedaron ensombrecidos ante la innoble alegría de que sus enemigos se disponían a subir por los árboles. Se miraron sonriendo unos a otros y se frotaron las manos. Con rapidez y en silencio, Garfio fue dándoles sus órdenes: un hombre en cada árbol, y los demás en fila, a dos yardas de distancia.



... como paquetes de mercancías lanzados
de mano en mano

Capítulo 13

¿Creéis en las hadas?

Cuanto antes acabemos con estos horrores, mejor. El primero en aparecer fuera de su árbol fue Curly. Salió para caer en los brazos de Cecco, que lo lanzó a Smee, que lo lanzó a Starkey, que lo lanzó a Bill Jukes, que lo lanzó a Noodler, y pasando así de uno a otro terminó cayendo a los pies del pirata negro. Todos los niños fueron brutalmente arrancados de sus árboles de la misma manera; y varios de ellos coincidieron por el aire al mismo tiempo, como paquetes de mercancías lanzados de mano en mano.

A Wendy, que salió la última, se le concedió un trato diferente. Con irónica cortesía, Garfio la saludó quitándose el sombrero y, ofreciéndole su brazo, la escoltó hasta el lugar donde los otros estaban siendo amordazados. Lo hizo con tanta ceremonia, con un aire tan enormemente *distingué*, que Wendy estaba demasiado fascinada para gritar. Al fin y al cabo no era más que una niña.

Quizá sea de chismosos divulgar que, durante un momento, sintió la seducción de Garfio, pero sólo lo contamos por las extrañas consecuencias que acarreó. Si su orgullo la hubiese hecho soltarse del brazo del pirata (y nos habría encantado poder contarlo), la habrían lanzado por el aire como a los demás y Garfio no habría estado presente en el momento en que ataban a los niños; y si no hubiese estado presente, no habría descubierto el secreto de Slightly; y sin ese secreto, no habría podido atentar pérfidamente contra la vida de Peter.

Fueron atados para evitar que echasen a volar, y estaban allí doblados, con las rodillas pegadas a las orejas; y para atarlos como si fueran pollos, el pirata negro había cortado una cuerda en siete trozos iguales. Todo fue bien hasta que le llegó el turno a Slightly, que resultó ser como uno de esos desesperantes paquetes que necesitan toda la cuerda para envolverlos y no dejan cabos con los que hacer el nudo. Los piratas, rabiosos, empezaron a darle patadas, igual que daríamos patadas al paquete (aunque sería más justo dar patadas a la cuerda); y, por extraño que parezca, fue Garfio quien les ordenó que pusieran fin a su violencia. Una maliciosa sonrisa de triunfo retorció sus labios. Mientras sus hombres sudaban inútilmente, porque cada

vez que trataban de empaquetar al desdichado niño por un lado se inflaba por otro, la mente superior de Garfio había penetrado bajo la superficie de Slightly, buscando no los efectos sino las causas; y su júbilo demostraba que las había encontrado. Slightly, blanco como el papel, supo que Garfio había descubierto su secreto, que era el siguiente: un niño tan hinchado no puede utilizar un árbol en el que un adulto normal necesitaría que lo empujasen con un palo. El pobre Slightly, que en ese momento era el más desdichado de todos los niños, estaba aterrorizado por Peter y lamentaba amargamente lo que había hecho. Insaciable bebedor de agua cuando tenía calor, se había hinchado de manera alarmante, y, en vez de adelgazar para adaptarse a las medidas de su tronco, había ido recortando el tronco, sin que los demás se enterasen, para ajustarlo a su gordura.

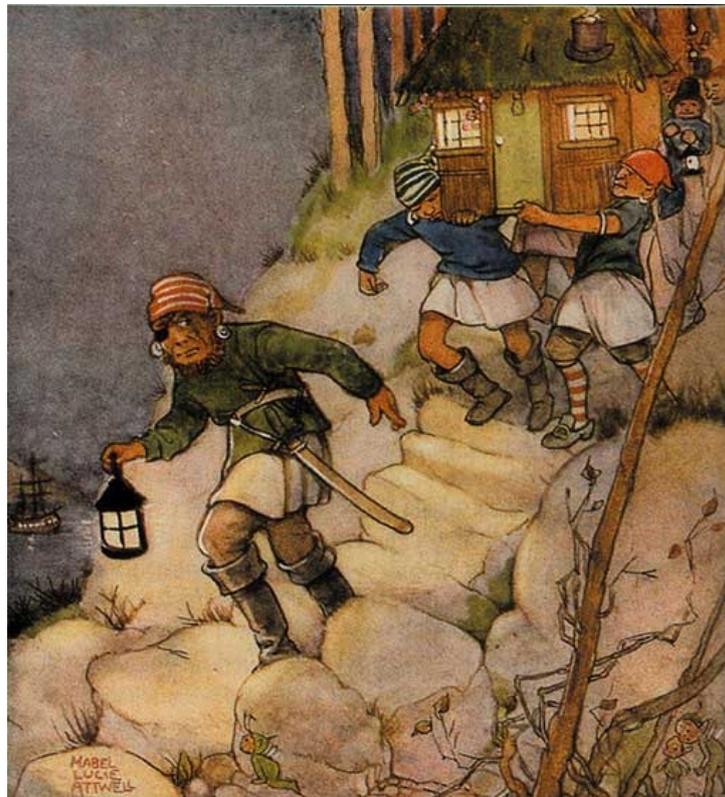
Garfio adivinó lo suficiente de ese secreto para convencerse de que, por fin, Peter estaba a su merced; pero ni una palabra sobre el siniestro plan elaborado en las cavernas subterráneas de su cerebro salió de sus labios: se limitó a indicar por gestos la orden de llevar a los cautivos al barco y su deseo de quedarse solo.

¿Cómo llevarlos? Atados como estaban, podían hacerlos rodar cuesta abajo como barriles, pero una marisma cruzaba la mayor parte del camino. De nuevo el genio de Garfio superó las dificultades. Indicó que podían usar la casita como medio de transporte. Los niños fueron arrojados en su interior, y cuatro vigorosos piratas se la echaron a hombros; les seguían los demás piratas, y, cantando la odiosa canción pirata, la extraña procesión se puso en marcha a través del bosque. No sé si alguno de los niños iba llorando; de ser así, la canción ahogaba sus llantos; pero mientras la casita desaparecía bajo los árboles, una valiente aunque delgada columna de humo salía de la chimenea como desafiando a Garfio.

Pero Garfio no tardó en verla, y el humo le jugó una mala pasada a Peter, porque secó cualquier brizna de piedad que pudiese quedar en el bárbaro pecho del pirata.

Lo primero que hizo, en cuanto se encontró a solas en medio de la oscuridad del crepúsculo, fue acercarse de puntillas al árbol de Slightly y asegurarse de que podía pasar por él. Luego se puso a cavilar largo rato, dejando el sombrero de mal agüero en la hierba para que la suave brisa que se había levantado le refrescara la cabeza. Por negros que fuesen sus pensamientos, sus ojos azules tenían la dulzura de la pervinca^[43]. Acechaba con mucha atención los menores ruidos que subían de las profundidades de la tierra, pero abajo reinaba el mismo silencio que arriba; la casa subterránea

parecía ser una simple casa abandonada en medio del vacío. ¿Estaría durmiendo aquel muchacho, o lo aguardaba al pie del árbol de Slightly con el puñal en la mano?



La extraña procesión se puso en marcha a través del bosque

No había forma de saberlo, excepto bajando. Garfio dejó caer silenciosamente su capa al suelo y, mordiéndose los labios hasta que le brotó sangre, se metió en el árbol. Era un hombre valiente, pero no por eso dejó de detenerse un momento para enjugarse la frente, que chorreaba sudor como una vela. Luego, en silencio, se dejó caer hacia lo desconocido.

Llegó sin problemas al pie del orificio y de nuevo se quedó inmóvil, recuperando el aliento, que había estado a punto de faltarle. A medida que sus ojos iban acostumbrándose a la penumbra, pudo ver los contornos de diversos objetos de la casa subterránea, que cobraban forma; pero el único en el que posó su ávida mirada, buscado durante tanto tiempo y por fin encontrado, fue la gran cama. En ella estaba Peter profundamente dormido.

Ignorante de la tragedia que estaba ocurriendo arriba, Peter había seguido tocando alegremente su flauta durante un rato después de la marcha de los niños, en un triste intento, sin duda, de demostrarse a sí mismo su indiferencia. Luego decidió no tomarse la medicina, como para fastidiar a Wendy. Después se tumbó en la cama, sobre la colcha, para fastidiarla más,

porque Wendy siempre los había arropado con ella, porque nunca sabes si vas a tener frío a medida que avanza la noche. Después casi se echó a llorar; pero se imaginó la indignación de la niña si, por el contrario, le veía reír; así pues, lanzó una arrogante carcajada en mitad de la cual se quedó dormido.

A veces, aunque no a menudo, soñaba, y sus sueños eran más dolorosos que los sueños de los demás niños. Pasaba horas sin que pudiese librarse de esos sueños, durante los que exhalaba largos gemidos. Creo que tenían que ver con el enigma de su existencia. En tales ocasiones, Wendy solía sacarle de la cama y sentarlo en su regazo, consolándole con mimos que ella misma había inventado; y cuando terminaba de calmarse, volvía a meterlo en la cama antes de que despertara del todo, para que Peter ignorase la indignidad a la que Wendy lo había sometido. Pero en esta ocasión se había quedado dormido inmediatamente y no tuvo sueños. Un brazo le colgaba del borde de la cama, tenía doblada una pierna, y la parte interrumpida de su risa seguía esbozada en la boca, que estaba entreabierta y mostraba sus diminutas perlas.

Así fue, indefenso, como lo encontró Garfio. El pirata permaneció en silencio al pie del árbol contemplando a su enemigo al otro lado del cuarto. ¿Sintió su sombrío pecho una sombra de compasión? Garfio no era totalmente malo; le gustaban las flores (eso me han dicho) y la música suave (él mismo tocaba de manera bastante aceptable el clavicordio); y, hay que admitirlo francamente, la naturaleza idílica de la escena le conmovió profundamente. Si se hubiese dejado llevar por su lado bueno, habría vuelto a subir, aunque de mala gana, por el árbol, pero una cosa se lo impidió.

Lo que le hizo quedarse fue la expresión impertinente de Peter mientras dormía. La boca abierta, el brazo colgando y la rodilla doblada eran la personificación de la insolencia, una insolencia que no volverá a presentarse, eso esperamos, a unos ojos tan sensibles a su carácter ofensivo. Fue esa insolencia la que enfureció el corazón de Garfio. Si su rabia lo hubiese roto en cien pedazos, cada uno de ellos, sin preocuparse de la explosión, se habría lanzado contra el durmiente.

Aunque la cama estaba iluminada débilmente por la única lámpara encendida, Garfio permanecía a oscuras, y nada más dar un paso chocó con un obstáculo: la puerta del árbol de Slightly. No cubría la totalidad del hueco, y Garfio había estado mirando por encima. Buscando a tientas el pestillo, comprobó furioso que estaba muy bajo, fuera de su alcance. A su cerebro trastornado le pareció que la irritante cualidad de la cara y la figura de Peter había aumentado visiblemente, y zarandeó la puerta lanzándose contra ella. ¿También esta vez iba a escapársele su enemigo?

Pero ¿qué era aquello? Sus ojos inyectados de sangre habían visto la medicina de Peter encima de un estante y al alcance de su mano. Enseguida adivinó su uso e inmediatamente supo que el durmiente estaba en su poder.

Para que nunca lo cogieran vivo, Garfio siempre llevaba encima un espantoso veneno preparado por él mismo con el veneno de todos los anillos que habían caído en su poder. Lo había cocido hasta concentrarlo en un líquido amarillo totalmente desconocido para la ciencia, que sin duda era el veneno más virulento que existía.

Vertió cinco gotas de ese veneno en la copa de Peter. Su mano temblaba, pero más de alegría que de vergüenza. Mientras lo hacía, evitaba mirar al durmiente, pero no por temor a dejarse dominar por la piedad; simplemente para que no se le cayese fuera. Luego, después de lanzar una larga mirada de alegría sobre su víctima, se volvió y no sin esfuerzo reptó por el tronco hueco del árbol. Cuando salió del agujero parecía la encarnación misma del mal saliendo de su guarida. Colocándose el sombrero de la forma más belicosa, se envolvió en su capa, sujetando un extremo por delante de su cara como para ocultar su persona de la noche, de la que él era la parte más negra, y, murmurando en voz baja extrañas palabras, se alejó entre los árboles.

Peter siguió dormido. La luz vaciló y se apagó, dejando la casa a oscuras; pero él siguió durmiendo. No debían de ser menos de las diez por el reloj del cocodrilo cuando repentinamente se incorporó en la cama, sin saber qué le había despertado. Eran unos golpes prudentes y cautelosos en la puerta de su árbol.

Prudentes y cautelosos, pero en medio de aquella calma resultaban siniestros. Peter buscó a tientas el puñal y su mano se crispó sobre él. Luego preguntó:

—¿Quién va?

Durante largo rato no hubo respuesta; luego volvieron a llamar.

—¿Quién es?

Tampoco hubo respuesta.

Peter se sintió intrigado, y le gustaba estar intrigado. De dos zancadas alcanzó la puerta. A diferencia de la puerta de Slightly, la suya se ajustaba exactamente al marco, así que no podía ver nada de lo que ocurría al otro lado mientras que la persona que llamaba podía verle a él.

—No abriré si no hablas —gritó Peter.

Entonces por fin habló la visitante, una hermosa voz parecida a una campana.

—Déjame entrar, Peter.

Era Campanilla, y Peter describió rápidamente el cerrojo. Ella revoloteó muy agitada por el cuarto, con la cara encendida y el vestido manchado de barro.

—¿Qué pasa?

—A ver si lo adivinas —exclamó ella.

Y le ofreció tres oportunidades.

—¡Suéltalo de una vez! —gritó Peter.

En una sola frase, gramaticalmente incorrecta y tan larga como la cuerda de pañuelos que sacan los prestidigitadores de sus bocas, Campanilla le contó la captura de Wendy y de los niños.

El corazón de Peter brincaba arriba y abajo en su pecho mientras la escuchaba. ¡Wendy prisionera, y en el barco pirata! ¡Con lo que a ella le gustaba que todo fuera como es debido!

—Yo la rescataré —exclamó Peter, saltando hacia sus armas.

En medio del salto pensó que podía hacer algo para agradar a Wendy. Podía tomarse la medicina.

Su mano se cerró sobre el fatal brebaje.

—¡No! —chilló Campanilla, que había oído a Garfio evocar entre murmullos su hazaña mientras corría por el bosque.

—¿Por qué no?

—Está envenenado.

—¿Envenenado? ¿Quién iba a envenenarlo?

—Garfio.

—No seas tonta. ¿Cómo habría podido Garfio bajar hasta aquí?

Por desgracia, Campanilla no podía explicárselo, porque tampoco ella conocía el secreto del árbol de Slightly. Sin embargo, las palabras de Garfio no dejaban lugar a dudas. La copa estaba envenenada.

—Además —dijo Peter, creyéndose lo que decía—, no me he quedado dormido ni un minuto.

Y levantó la copa. Ya no había tiempo para las palabras; había que actuar; y con uno de sus movimientos rápidos Campanilla se deslizó entre sus labios y el brebaje, y lo bebió de un trago.

—¿Cómo te atreves, Campanilla, a beberte mi medicina?

Pero ella no contestó. Ya había empezado a tambalearse en el aire.

—¿Qué te pasa? —exclamó Peter, súbitamente asustado.

—Estaba envenenada, Peter —le dijo ella suavemente—; y ahora voy a morir.

—Campanilla, ¿te la has bebido para salvarme?

—Sí.

—Pero ¿por qué, Campanilla?

Ahora sus alas apenas podían sostenerla, pero a modo de respuesta se posó en el hombro de Peter y le dio un mordisco cariñoso en la barbilla. Le susurró al oído: «Qué tonto eres», y luego, tambaleándose, llegó a su cuarto y se dejó caer en la cama.

La cabeza de Peter casi llenaba la cuarta parte de la habitación de Campanilla, y Peter se arrodilló junto a ella angustiado. Su luz se debilitaba a cada instante y Peter supo que, cuando se apagase, Campanilla habría dejado de existir. Ella se sintió tan feliz viéndole llorar que extendió su hermoso dedo y dejó que las lágrimas corrieran por él.

Su voz era tan baja que al principio Peter no podía entender lo que le decía. Luego lo entendió. Estaba diciéndole que creía que se curaría si los niños creían en las hadas.

Peter extendió los brazos. Allí no había ningún niño, y era de noche; pero se dirigió a todos los que podían estar soñando con el País de Nunca Jamás, y que por lo tanto estaban más cerca de él de lo que podríais imaginaros; chicos y chicas en camisón, y niños pequeños medio desnudos en sus cestas colgadas de los árboles.

—¿Creéis en las hadas? —gritó Peter.

Campanilla se incorporó en la cama casi con energía para saber cuál iba a ser su destino.

Creyó oír respuestas afirmativas, pero no estaba segura.

—¿Tú qué piensas? —le preguntó a Peter.

—Si creéis —les gritó Peter—, dad palmadas; no dejéis morir a Campanilla.

Muchos batieron palmas.

Algunos no.

Un puñado de animalillos silbaron.

Las palmadas se detuvieron de repente, como si innumerables madres se hubieran precipitado en el cuarto de sus hijos para ver qué demonios estaba ocurriendo; pero Campanilla ya se había salvado. Primero fue recuperando la voz; luego saltó fuera de la cama; después se puso a revolotear por la habitación con más alegría y descaro que nunca. Ni por un momento pensó en dar las gracias a los que habían creído, pero le habría gustado ponerle la mano encima a los que habían silbado.

—Y ahora, vamos a rescatar a Wendy.

La luna cabalgaba por un cielo lleno de nubes cuando Peter emergió de su árbol, armado hasta los dientes y casi desnudo, para emprender su peligrosa misión. No era precisamente la noche que él hubiese elegido. Tenía pensado volar manteniéndose a ras del suelo para que nada extraño escapase a sus ojos; pero, con aquella luz tan intermitente, volar bajo significaba proyectar su sombra a través de los árboles, molestando así a los pájaros y revelando a cualquier enemigo al acecho que había salido.

Ahora lamentaba haber dado a los pájaros de la isla unos nombres tan extraños que se habían vuelto salvajes y resultaba difícil acercarse a ellos.

No le quedaba más remedio que avanzar al estilo de los pieles rojas; por suerte se le daba bien. Pero ¿en qué dirección? Porque no estaba seguro de que hubieran llevado a los niños al barco. Una ligera nevada había borrado todas las huellas; y un silencio de muerte planeaba sobre la isla, como si la naturaleza siguiese horrorizada todavía por la reciente carnicería. Peter había enseñado a los niños algunos secretos del bosque que había aprendido de Tigridia y de Campanilla, y contaba con que en esa hora crucial no se les olvidasen. Si tenía una oportunidad, Slightly haría marcas en los árboles, por ejemplo. Curly iría dejando caer semillas a su paso, y Wendy tiraría su pañuelo en algún lugar estratégico. Pero para buscar todos estos indicios había que esperar al amanecer, y Peter no tenía tiempo. El mundo de la superficie le reclamaba, pero él no podía ayudarle.

El cocodrilo le adelantó, pero no había ninguna otra criatura viviente, ni un ruido, ni un movimiento; sabía sin embargo que la muerte súbita podía estar esperándole en el siguiente árbol, o iba tras sus pasos.

Entonces Peter lanzó este terrible juramento:

—Esta vez, ¡o Garfio o yo!

Entonces empezó a reptar como una serpiente; luego, poniéndose de nuevo de pie, cruzó como una flecha un claro en el que jugueteaba la luz de la luna: con un dedo en los labios y el puñal a punto. Era enormemente feliz.



Esta vez, ¡o Garfio o yo!

Capítulo 14

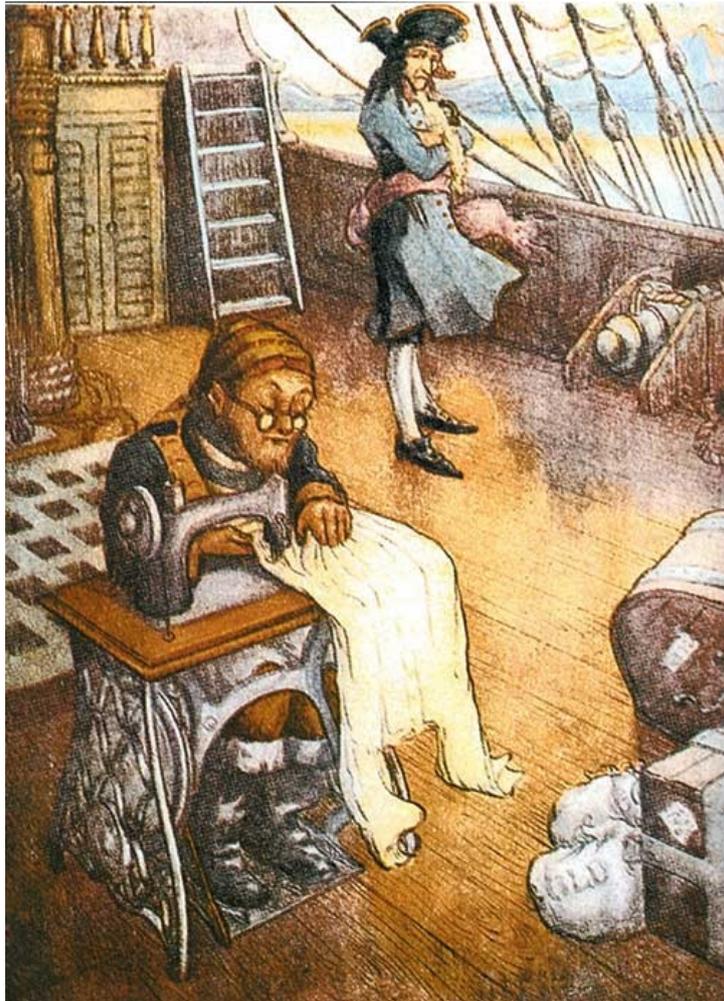
El barco pirata

Una luz verde que parpadeaba sobre la Ensenada de Kidd^[44], cerca de la desembocadura del río de los piratas, señalaba el lugar donde estaba el bergantín, el *Jolly Roger*, muy hundido en el agua; el navío era feo de arriba abajo, sucio hasta en el casco, con todos sus baos^[45] detestables como un suelo cubierto de plumas destrozadas. Era el caníbal de los mares, y en realidad no necesitaba aquel ojo vigilante, porque su sola reputación le bastaba para flotar sin miedo a ningún ataque.

Estaba envuelto en el manto de la noche, y ningún sonido podía llegar hasta él desde la orilla. A bordo no se oía el menor ruido, únicamente el nada agradable zumbido de la máquina de coser del barco ante la que estaba sentado Smee, siempre trabajador y dispuesto, la quintaesencia de la vulgaridad, el patético Smee. No sé por qué era tan infinitamente patético; quizá porque era patéticamente inconsciente de serlo; pero hasta los hombres más duros tenían que apartar de él inmediatamente la vista, y más de una vez, en las noches de verano, había conseguido llegar al corazón de Garfio y hacerle llorar. De esto, como de casi todo lo demás, Smee era totalmente inconsciente.

Unos cuantos piratas, apoyados en la borda, bebían aspirando los miasmas de la noche; otros, tirados por el suelo entre los barriles, jugaban a los dados y a las cartas; y los cuatro hombres que habían transportado a bordo la casita, agotados, dormían en el puente, donde incluso en su sueño rodaban de un lado para otro en su intento de alejarse de Garfio, por miedo de que, al pasar, los golpease maquinalmente con el garfio.

Garfio paseaba arriba y abajo por cubierta. ¡Qué hombre tan insondable! Era la hora de su triunfo. Peter había sido barrido para siempre de su camino, y todos los demás niños estaban a bordo, a punto de dar un paseo por la tabla^[46]. Era su acto más cruel desde los días en que había torturado a Barbacoa; y, sabiendo como sabemos hasta qué punto el hombre es un tabernáculo de vanidad, ¿puede sorprendernos que camine arriba y abajo por cubierta, henchido por los vientos de su victoria?



A bordo no se oía el menor ruido, únicamente el nada agradable zumbido de la máquina de coser del barco

Pero su paso, en el que no había ninguna alegría, iba acompasado por los tormentos de su mente sombría. Garfio estaba profundamente deprimido.

Le ocurría a menudo cuando conversaba consigo mismo a bordo de su barco en la quietud de la noche. Porque estaba terriblemente solo. Este hombre inescrutable nunca se sentía tan solo como cuando estaba rodeado por sus secuaces. Socialmente eran muy inferiores a él.

Garfio no era su verdadero nombre. Todavía hoy, revelar su verdadera identidad escandalizaría a todo el país; pero como ya habrán adivinado los que saben leer entre líneas, había sido alumno de una ilustre escuela pública^[47] cuyas tradiciones seguían cubriéndole como ropajes, con las que por otra parte no dejaban de tener mucha relación. Por ejemplo, le parecía ofensivo subir a bordo de un navío con la misma ropa con que lo había capturado; y en su forma de andar todavía se notaba el estudiado descuido de la escuela. Pero sobre todo conservaba el amor por los buenos modales.

¡Buenos modales! Por muy bajo que hubiese caído, seguía convencido de que son lo único realmente importante.

Desde el fondo de sí mismo le llegó un chirrido como el de unas puertas oxidadas, y a través de ellas oía un golpeteo regular, como los martillazos que oímos de noche cuando no podemos dormir. «¿Has dado muestra hoy de buenos modales?», era la eterna pregunta de aquellos martillazos.

—¡La fama, la fama, esa chuchería dorada, ya es mía! —exclamó.

—¿Te parece de buena educación sobresalir en algo? —replicaba el golpeteo de su escuela.

—Soy el único hombre al que Barbacoa tenía miedo —protestaba en tono insistente—, y hasta el propio Flint tenía miedo a Barbacoa.

—Barbacoa, Flint... ¿de qué casa? —replicó la cortante respuesta.

Se le ocurrió la reflexión más inquietante de todas: ¿no es de mala educación pensar sobre la buena educación?

Este problema le torturaba. Era una especie de garra que llevaba dentro, más afilada que su garfio de acero; y mientras le desgarraba las entrañas, por su rostro cetrino corrían gruesas gotas de sudor, manchándole el jubón. Aunque de vez en cuando se pasaba la manga por la cara, no había forma de parar aquel goteo.

¡Ah, no envidiéis a Garfio!

De repente tuvo el presentimiento de su temprana disolución. Era como si el terrible juramento de Peter hubiese abordado el barco. Garfio sintió el tenebroso deseo de decir sus últimas palabras, no fuera que luego no tuviera tiempo.

—A Garfio más le hubiera valido —exclamó— ser menos ambicioso.

En las horas más negras se refería a sí mismo en tercera persona.

—Ningún niño pequeño me quiere.

Resulta curioso que lo pensara, porque hasta entonces nunca le había preocupado; quizá la máquina de coser le había dado la idea. Durante largo rato estuvo mascullando para sus adentros, contemplando a Smees, que cosía un dobladillo tranquilamente, convencido de que todos los niños le tenían miedo.

¡Miedo de él! ¡Miedo de Smees! No había a bordo del bergantín ningún niño que esa noche no le quisiese. Les había dicho cosas horribles, les había pegado con la palma de la mano porque era incapaz de darles puñetazos, y los niños lo único que habían hecho era encariñarse más con él. Michael se había probado sus gafas.

¡Decirle al pobre Smee que los niños le encontraban encantador! Garfio estaba deseando hacerlo, pero le parecía demasiado cruel. Así pues, se contentó con darle vueltas a aquel enigma en su mente: ¿por qué les parecía Smee encantador? Analizó el problema como el fino sabueso que era. Si Smee resultaba encantador, ¿qué tenía para serlo? De repente se le ocurrió una respuesta terrible: ¿Buenos modales?

¿Tendría su contra maestre buenos modales sin saberlo, que es la mejor manera de estar bien educado?

Recordó que había que demostrar que uno tiene buena educación sin darse cuenta para tener una posibilidad de ser admitido en el Pop^[48].

Con un grito de rabia blandió su mano de hierro por encima de la cabeza de Smee; pero contuvo el golpe. Lo que le detuvo fue la siguiente reflexión:

¿Qué decir de un hombre que mata a otro porque tiene buena educación?
Que tiene mala educación.

El desdichado Garfio, tan impotente como sudoroso, cayó hacia adelante como una flor tronchada.

Sus hombres, pensando que se lo habían quitado de en medio durante un rato, relajaron la disciplina acto seguido; y se lanzaron a bailar una bacanal, que hizo a Garfio ponerse en pie de un salto; cualquier rastro de debilidad humana había desaparecido, como si le hubieran echado encima un cubo de agua.

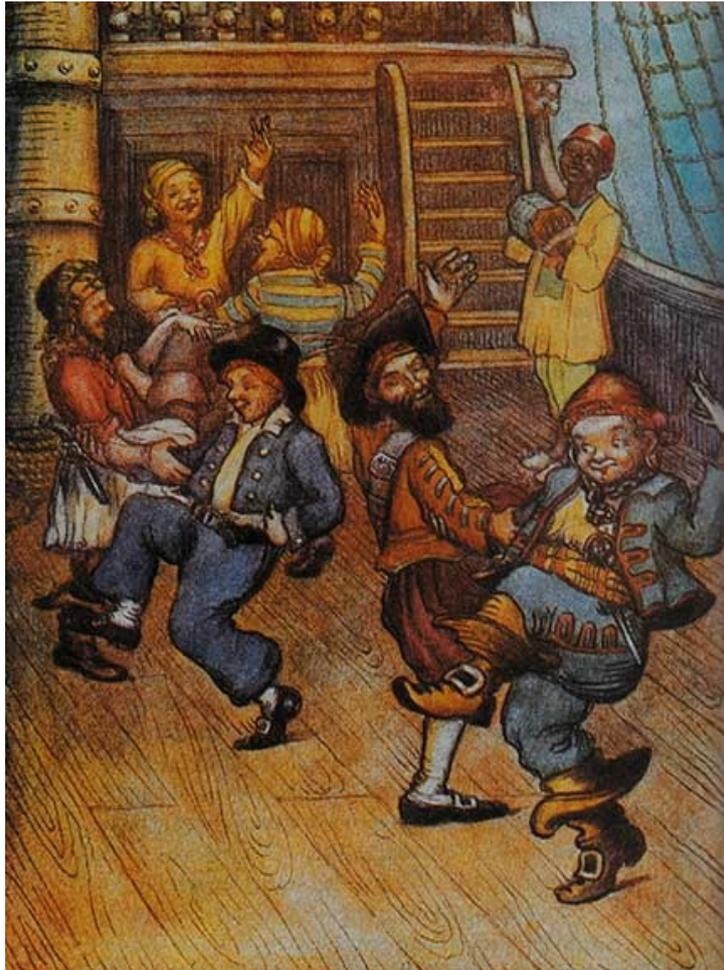
—¡Silencio, patanes! —gritó—, porque si no, os meto el ancla en las tripas.

Inmediatamente cesó el barullo.

—¿Están todos los niños bien encadenados, para que no puedan escaparse volando?

—Sí, capitán.

—Entonces, traédmelos.



... y se lanzaron a bailar una bacanal

Los pobres prisioneros fueron sacados a rastras de la bodega, todos menos Wendy, y colocados en fila delante del capitán. Durante un rato, pareció no darse cuenta de su presencia. Se sentó tranquilamente, tarareando con voz agradable pasajes de una canción grosera y dando vueltas entre sus dedos a un manojito de naipes. De vez en cuando la luz de su cigarro le ponía una mancha de color en la cara.

—Bueno, amiguitos —dijo con energía—, seis de vosotros van a pasear por la tabla esta noche, pero tengo sitio para dos grumetes. ¿Quién de vosotros quiere serlo?

—No le enfadéis sin necesidad —les había aconsejado Wendy en la bodega.

Por eso Tootles dio un paso adelante con mucha educación. A Tootles le horrorizaba la idea de servir a las órdenes de un hombre como aquél, pero su instinto le decía que lo más prudente era cargar la responsabilidad a una persona ausente; y aunque fuese un poco tonto, sabía que sólo las madres

están siempre dispuestas a sacrificarse. Todos los niños lo saben de sus madres, y por eso las desprecian, aunque nunca dejen de aprovecharse de ello.

Así pues, Tootles se explicó con mucha prudencia:

—Verá usted, señor, no creo que a mi madre le guste que me haga pirata. ¿Le gustaría a tu madre, Slightly, que te hicieras pirata?

Le guiñó un ojo a Slightly, que respondió en tono desolado: «No lo creo», como si deseara que las cosas fuesen de otro modo.

—¿Le gustaría a vuestra madre, Gemelos, que os hicieseis piratas?

—Tampoco lo creo —dijo el primer gemelo, igual de astuto que los demás—. ¿A tu madre, Nibs?...

—¡Basta de cháchara! —rugió Garfio.

Y los portavoces fueron llevados a rastras hacia atrás.

—A ver, tú, chico —dijo dirigiéndose a John—. Tú parece tener algo de agallas. ¿Nunca has querido ser pirata, valiente?

En realidad, John había tenido ganas de serlo alguna vez, durante las clases de matemáticas, y estaba sorprendido de que Garfio lo eligiese precisamente a él.

—Una vez pensé en llamarme Jack Mano Roja —dijo tímidamente.

—¡Un nombre muy bonito! Y así es como te llamaremos si te unes a nosotros.

—¿Qué te parece, Michael? —preguntó John.

—Y si yo me uno, ¿cómo me llamaríais? —preguntó Michael.

—Joe Barbanegra.

Naturalmente, Michael quedó muy impresionado.

—¿Qué te parece, John?

Quería que John decidiese, y John quería que decidiese Michael.

—¿Seguiremos siendo respetuosos súbditos del rey? —preguntó John.

La respuesta llegó a través de los dientes de Garfio:

—Tendréis que jurar «Abajo el rey».

Puede que John no se hubiera portado muy bien hasta entonces, pero en ese momento reaccionó con valentía.

—Entonces me niego —exclamó, dando un puñetazo sobre el barril que Garfio tenía delante.

—Entonces me niego —exclamó Michael.

—¡Viva Inglaterra! —chilló Curly.

Los piratas, furiosos, les golpearon en la boca y Garfio rugió:

—Has firmado tu sentencia de muerte. Traed a su madre. Preparad la tabla.

No eran más que unos niños, y se quedaron blancos al ver a Jukes y a Cecco preparar la tabla fatal. Pero se esforzaron por parecer valientes cuando trajeron a Wendy.

Ninguna de mis palabras os dará idea de cuánto odiaba Wendy a aquellos piratas. A los niños podía parecerles que había cierto atractivo en el oficio de piratas, pero lo único que ella veía es que nadie había fregado aquel barco hacía años. No había una sola portilla sobre cuyos sucios cristales no hubiera podido escribirse con el dedo: «Cerdo», y ya estaba escrito en algunos. Pero mientras los niños se apiñaban a su alrededor, Wendy sólo tenía una idea: salvarlos.

—Entonces, guapita —dijo Garfio con una voz melosa—, ahora vas a ver a tus niños paseando por la tabla.

Por más fino caballero que fuese, la intensidad de sus cavilaciones había manchado de sudor su gorguera y, de repente, supo que Wendy tenía clavados los ojos en ella. Con un gesto rápido trató de ocultar la mancha, pero era demasiado tarde.

—¿Van a morir? —preguntó Wendy, con tal expresión de desprecio que Garfio estuvo a punto de desmayarse.

—Sí, van a morir —gruñó Garfio—. Silencio todo el mundo —soltó, con los ojos brillándole de placer—, oigamos las últimas palabras de una madre a sus hijos.

En ese momento Wendy estuvo magnífica.

—Queridos niños, éstas son mis últimas palabras —dijo con firmeza—. Siento que tengo un mensaje que transmitir de parte de vuestras madres verdaderas, y es el siguiente: «¡Esperamos que nuestros hijos mueran como auténticos caballeros ingleses!».

Hasta los piratas mismos quedaron impresionados; y Tootles se puso a gritar histérico:

—Yo voy a hacer lo que espera mi madre. ¿Qué harás tú, Nibs?

—Lo que espera mi madre. ¿Qué harás tú, Gemelo?

—Lo que espera mi madre. John, ¿tú qué...?

Pero Garfio había recuperado de nuevo la voz.

—Atadla —gritó.

Fue Smee el que la ató al mástil.

—Escucha, preciosa —le susurró—, si me prometes ser mi madre te salvaré.

Pero ni siquiera a Smee podía hacerle Wendy semejante promesa.

—Casi preferiría no tener hijos —dijo en tono despectivo.

Es triste reconocer que ninguno de los niños estaba mirándola mientras Smee la ataba al mástil; todos los ojos se habían concentrado en la tabla por la que pronto iban a dar su último paseo. No les quedaba siquiera la esperanza de caminar por ella dignamente, porque habían perdido la capacidad de pensar; sólo podían mirar y temblar.

Apretando los dientes, Garfio los miró con una sonrisa y dio un paso hacia Wendy. Quería obligarla a volver la cara para que viese a los niños caminando por la tabla uno tras otro. Pero nunca lo consiguió, nunca oyó el grito de angustia que esperaba arrancar de sus labios. Lo que oyó fue algo muy distinto.

El terrible tictac del cocodrilo.

Todos lo oyeron, los piratas, los niños y Wendy; e inmediatamente todas las cabezas se volvieron en una sola dirección; no hacia el agua de donde procedía el ruido, sino hacia Garfio. Todos sabían que lo que estaba a punto de ocurrir sólo le concernía a él, y que, de repente, los demás habían pasado a convertirse de actores en espectadores.

Era espantoso ver el cambio que se había producido en Garfio. Como si le hubiesen cortado todas las articulaciones, cayó al suelo hecho un rebujo.

El ruido se había ido acercando, precedido por una terrible certeza: «El cocodrilo iba a subir a bordo».

Hasta la garra de hierro le colgaba inerte, como si supiese que no era parte intrínseca de lo que buscaba el ataque enemigo. Abandonado de aquella manera terrible, cualquier otro hombre se habría quedado allí, tirado en el suelo, con los ojos cerrados; pero el gigantesco cerebro de Garfio seguía trabajando, y bajo su guía se arrastró sobre sus rodillas por cubierta, alejándose cuanto pudo del ruido. Los piratas se apartaban respetuosamente a su paso, y sólo cuando chocó contra las cuadernas recuperó la palabra.

—¡Escondedme! —gritó con voz ronca.

Sus hombres lo rodearon, apartando los ojos de aquella cosa que estaba subiendo a bordo. No tenían ninguna intención de luchar contra él. Era el Destino.

Sólo cuando Garfio desapareció de su vista la curiosidad reanimó los miembros de los niños, que corrieron hacia el costado del barco para ver al cocodrilo trepar por él. Entonces se llevaron la mayor sorpresa de aquella Noche de Noches; porque no era el cocodrilo el que venía en su ayuda. Era Peter.

Les hizo seña de que contuvieran cualquier grito de admiración que pudiese levantar sospechas. Luego siguió haciendo tictac.

Capítulo 15

Esta vez, ¡o Garfio o yo!

A lo largo de nuestra vida, a todos nosotros nos suceden cosas extrañas sin que nos demos cuenta de que han ocurrido hasta pasado cierto tiempo. Por ejemplo, de repente descubrimos que hemos estado sordos de un oído desde hace un rato, digamos media hora. Pues una experiencia de este tipo le había ocurrido a Peter esa noche. Cuando le vimos por última vez estaba cruzando la isla con pasos furtivos, un dedo en los labios y el puñal preparado. Había visto pasar al cocodrilo sin observar nada anormal, pero al cabo de un rato recordó que no había oído el tictac. Al principio le pareció inquietante, pero luego se dijo simplemente que al reloj se le había acabado la cuerda.

Sin pararse a pensar en los sentimientos que podía tener una criatura privada súbitamente de un compañero inseparable, Peter se puso a cavilar enseguida sobre la mejor forma de aprovechar la catástrofe; y decidió hacer él mismo el tictac para que las bestias salvajes creyesen que él era el cocodrilo y lo dejaran pasar sin molestarle. Hizo unos tictacs soberbios, pero ocurrió algo inesperado. El cocodrilo estaba entre los que oyeron el ruido, y se puso a seguirle: si fue con la idea de recuperar lo que había perdido, o simplemente como amigo pensando que el tictac procedía de su interior, nunca lo sabremos porque, como todos los esclavos de una idea fija, era un animal estúpido.

Peter llegó sin problemas a la orilla y siguió adelante; sus piernas lo llevaron hasta el agua como si no se dieran cuenta de que estaban en un nuevo elemento. Muchos animales pasan así de la tierra al agua, pero ningún otro ser humano que yo sepa. Mientras nadaba, sólo pensaba en una cosa: «Esta vez, o Garfio o yo». Llevaba tanto tiempo haciendo tictac que ya ni se daba cuenta. De haberlo sabido se hubiese parado, porque no se le había ocurrido subir al bergantín con la ayuda del tictac, aunque era una idea ingeniosa.

Pensaba por el contrario que había trepado por el lado silencioso del barco tan discreto como un ratón; y quedó atónito al ver a los piratas apartándose de él, con Garfio en el centro, tan asustado como si hubiese oído al cocodrilo.

¡El cocodrilo! Tan pronto como Peter se acordó de él, oyó el tictac. Al principio pensó que el ruido venía del cocodrilo, y echó una mirada a su espalda. Luego se dio cuenta de que era él mismo quien hacía el tictac, y en

un abrir y cerrar de ojos comprendió la situación. «Qué listo soy», pensó, e hizo una seña a los niños para que no aplaudiesen.

Fue en ese momento cuando Ed Teynte, el contramaestre, emergió del castillo de proa y se dirigió hacia ellos por la cubierta. Ahora, lector, cronometra con tu reloj el tiempo transcurrido desde este momento. Peter lo apuñaló certera y enérgicamente. John tapó con sus manos la boca del desdichado pirata para ahogar sus últimos gemidos. El moribundo cayó hacia adelante. Cuatro niños se abalanzaron sobre él para amortiguar el golpe. Peter hizo una seña y el cadáver fue arrojado por la borda. Se oyó el chapoteo en el agua, luego volvió el silencio. ¿Cuánto tiempo tardaron?

—¡Uno! (Slightly había empezado a llevar la cuenta).

Instantes después, Peter había desaparecido sigilosamente en el interior del camarote, porque más de un pirata estaba armándose de valor para volver la vista atrás. Ahora ya oían la respiración angustiada de los demás, lo cual les demostraba que el terrorífico ruido había cesado.

—Se ha ido, capitán —dijo Smee limpiándose las gafas—. Todo vuelve a estar tranquilo.

Garfio sacó lentamente la cabeza de la gorguera y escuchó con tanta intensidad que pudo distinguir el eco del tictac. No se oía absolutamente nada, y se irguió firmemente en toda su estatura.

—¡Pues sigamos con la tabla! —vociferó descaradamente.

Su odio por los niños era mayor que antes porque le habían visto acobardarse. Y se puso a entonar la siniestra canción:

*Ya-jú, ya-jú, la tabla juguetea,
y por ella los haremos pasear.
Hasta que baje ella y tú bajes
donde Davy Jones esperándote está...*

Para aterrorizar más a los prisioneros, aunque con cierta pérdida de dignidad, se puso a bailar sobre una tabla imaginaria, haciéndoles muecas mientras cantaba; y al terminar, gritó:

—¿Queréis probar el gato de nueve colas antes de pasear por la tabla?

Entonces todos cayeron de rodillas.

—No, no —gritaron de una forma tan lastimera que todos los piratas sonrieron.

—Trae el gato, Jukes —dijo Garfio—; está en el camarote.

¡El camarote! ¡En el camarote estaba Peter! Los niños se miraron unos a otros.

—Ahora mismo, capitán —dijo Jukes muy contento, dirigiéndose al camarote.

Los niños lo siguieron con los ojos; apenas se dieron cuenta de que Garfio se había puesto a cantar de nuevo, acompañado esta vez por sus hombres:

*Ya-jú, ya-jú, el gato que araña,
nueve son sus colas, ya lo sabéis,
que en vuestra espalda su marca dejarán...*

Nunca sabremos lo que decía el último verso porque, de repente, la canción fue interrumpida por un grito terrible que venía del camarote. Resonó por todo el barco para luego apagarse. Entonces se oyó una especie de graznido que los niños reconocieron enseguida, pero que para los piratas era casi más espantoso que el chillido anterior.

—¿Qué ha sido eso? —gritó Garfio.

—Dos —dijo Slightly solemne.

El italiano Cecco dudó un momento y luego se precipitó en el camarote. Salió tambaleándose y pálido.

—¿Qué le ha pasado a Bill Jukes, perro? —susurró Garfio, mirándole desde su altura.

—Le ha pasado... que está... muerto... apuñalado —respondió Cecco con voz apagada.

—¡Bill Jukes muerto! —exclamaron los aterrados piratas.

—El camarote está oscuro como un pozo —dijo Cecco, casi balbuceando—, pero hay algo terrible dentro, esa cosa que habéis oído graznar.

Ni el júbilo de los niños ni el miedo de las caras de los piratas habían pasado desapercibidos para Garfio.

—Cecco —dijo con su voz más cortante—, vuelve y tráeme a ese granuja. Cecco, valiente entre los valientes, se acobardó ante su capitán y gritó:

—No, no.

Pero Garfio había empezado a acariciarse la garra.

—¿Has dicho que irías, verdad, Cecco? —dijo con aire distraído.

Cecco obedeció después de alzar los brazos con un gesto de desesperación. Ahora ya no cantaba nadie, todos escuchaban atentamente; de nuevo se oyó un grito de muerte y un graznido.

Nadie habló, excepto Slightly.

—Tres —dijo.

Garfio animó a sus hombres con un gesto.

—Por todos los infiernos y las barbas de Satanás —aulló—, ¿quién me trae a ese granuja?

—Esperemos a que Cecco vuelva —gruñó Starkey.

Y los demás se unieron a su grito.

—Me parece que te has ofrecido voluntario, Starkey —dijo Garfio con su voz más melosa.

—¡Ni hablar, por todos los diablos! —gritó Starkey.

—Mi garfio me asegura que sí —dijo Garfio avanzando hacia él—. ¿No te parece que sería mejor, Starkey, tener contento al garfio?

—Prefiero que me cuelguen antes que entrar ahí —replicó Starkey obstinado.

Y de nuevo consiguió el apoyo de la tripulación.

—¿Es un motín? —preguntó Garfio, más amable que nunca—. ¿Y Starkey es su cabecilla?

—Piedad, capitán —gimoteó Starkey, que se había echado a temblar.

—Choca esos cinco, Starkey —dijo Garfio, tendiéndole su garra.

Starkey buscó ayuda mirando a su alrededor, pero los demás lo dejaron solo. A medida que retrocedía, Garfio avanzaba hacia él, con los ojos inyectados de un brillo rojo. Lanzando un grito de desesperación, el pirata saltó por encima del Largo Tom y se precipitó al mar.

—Cuatro —dijo Slightly.

—Y ahora —preguntó Garfio muy finamente—, ¿hay algún otro caballero que quiera amotinarse?

Se apoderó de un farol y levantó su garra en un gesto de amenaza.

—Yo mismo iré a sacar a ese pajarraco —dijo.

Y se metió precipitadamente en el camarote.

—Cinco.

¡Cuántas ganas tenía Slightly de decirlo! Se pasó la lengua por los labios para estar preparado, pero Garfio volvió a salir, con paso vacilante, y sin el farol.

—Algo ha apagado la luz —dijo con voz nada segura.

—¡Algo! —dijo Mullins haciéndole eco.

—¿Y qué ha sido de Cecco? —preguntó Noodler.

—Está tan muerto como Jukes —respondió brevemente Garfio.

Su negativa a volver al camarote causó muy mala impresión en todos, y de nuevo se dejaron oír murmullos de amotinamiento. Todos los piratas son supersticiosos, y Cookson gritó:

—Dicen que la señal más segura de que un barco está maldito es cuando a bordo hay un hombre más de los que debería haber.

—Yo he oído decir —murmuró Mullins— que siempre termina subiendo a un barco pirata. ¿Tenía cola, capitán?

—Dicen —añadió otro, mirando a Garfio con expresión torva— que, cuando llega, toma el aspecto del hombre más malvado de a bordo.

—¿No tenía un garfio, capitán? —preguntó Cookson con insolencia.

Y, uno tras otro, todos los piratas fueron repitiendo:

—El barco está maldito.

Ante esto, los niños no pudieron contener el deseo de aplaudir. Garfio casi se había olvidado de sus prisioneros, pero, al volverse ahora hacia ellos, su rostro se iluminó de nuevo.

—Muchachos —gritó a su tripulación—, tengo una idea. Abrid el camarote y metedlos dentro. Que luchen contra el pajarraco para salvar su vida. Si lo matan, mejor que mejor; y si él los mata, no habremos perdido nada.

Por última vez sus secuaces admiraron a Garfio y cumplieron sus órdenes con celo. Los niños, fingiendo resistirse, se dejaron arrastrar al camarote, cuya puerta fue cerrada a sus espaldas.

—Y ahora, a escuchar —gritó Garfio.

Todos se pusieron a escuchar. Pero nadie se atrevía a mirar la puerta de frente. Sí, sólo una persona, Wendy, que durante todo este tiempo seguía atada al mástil. Pero no era un grito ni un graznido lo que estaba esperando: esperaba la reaparición de Peter.

Su espera no fue muy larga. En el camarote, Peter había encontrado lo que había ido a buscar: la llave que permitiría liberar a los niños de sus grilletes; y ahora no tenían más que salir a escondidas, con todas las armas que pudiesen encontrar. Después de hacerles una seña para que se escondieran, Peter fue a cortar las ataduras de Wendy; luego, lo único que tenían que hacer, lo más fácil, era echar a volar; pero un obstáculo se interponía en su camino, un juramento: «Esta vez, ¡o Garfio o yo!». Por eso, nada más liberar a Wendy, le susurró que se ocultase con los demás mientras él mismo ocupaba el sitio de Wendy en el mástil, envolviéndose en la capa de la niña para hacerse pasar por ella. Luego llenó profundamente los pulmones de aire y soltó un graznido.



Peter fue a cortar las ataduras de Wendy

Para los piratas, aquella voz anunciaba que todos los niños habían resultado muertos en el camarote, y quedaron aterrorizados. Garfio trató de animarlos, pero, como los perros en que se habían convertido bajo sus órdenes, se limitaron a enseñarle los colmillos, y Garfio comprendió que, si ahora apartaba un solo instante la vista de ellos, se lanzarían sobre él.

—Muchachos —dijo, dispuesto a engatusar o a golpear según fuera necesario, pero sin acobardarse ni un momento—, ya he descubierto lo que pasa. Hay un gafe a bordo.

—Claro —gruñeron ellos—, un hombre con un garfio.

—No, muchachos, no, es la niña. Cuando un barco pirata lleva a bordo una mujer, nunca tiene suerte. Todo irá bien en el barco cuando ella desaparezca.

Algunos se acordaron de haber oído decir las mismas palabras a Flint.

—Podemos intentarlo —dijeron sin mucha convicción.

—Arrojad a la niña por la borda —gritó Garfio.

Y los piratas se precipitaron hacia la figura envuelta en la capa.

—Esta vez nadie podrá salvarte, señorita —silbó, lleno de júbilo, Mullins.

—Sí, una persona.

—¿Quién?

—¡Peter Pan el vengador! —fue la terrible respuesta.

Y mientras hablaba, Peter se quitó la capa. Todos comprendieron al instante quién era el que los había derrotado en el camarote; Garfio trató de hablar en dos ocasiones, y en dos ocasiones no lo consiguió. Creo que, en ese terrible momento, su orgulloso corazón se hizo pedazos.

Finalmente, gritó, aunque nada convencido:

—¡Abridlo en canal!

—Adelante, niños, a por ellos —resonó la voz de Peter.

Y un momento después el ruido de las armas chocando entre sí se difundió por todo el navío. Si los piratas hubiesen permanecido juntos es seguro que habrían conseguido la victoria; pero el ataque se produjo cuando sus cabezas estaban confusas, y echaron a correr cada uno por su lado, dando puñaladas a ciegas, y creyéndose cada uno el último superviviente de la tripulación. De hombre a hombre, eran los más fuertes, pero luchaban únicamente a la defensiva, permitiendo a los niños cazarlos por parejas o elegir su presa. Varios rufianes saltaron al mar; otros se escondieron en rincones oscuros, donde fueron encontrados por Slightly, quien, en vez de luchar, corría por todas partes con un farol que les ponía en la cara, deslumbrándolos con la luz y convirtiéndolos en presa fácil para las espadas malolientes de los demás niños. Apenas se oía otra cosa que el ruido de las hojas de los sables, algún grito ocasional o el chapoteo de alguien que caía al mar, y la voz monótona de Slightly que contaba: cinco... seis... siete... ocho... nueve... diez... once.

Creo que no quedaba un solo pirata cuando un grupo de niños salvajes rodeó a Garfio, que parecía invulnerable, porque mantenía a raya a todos en aquel círculo de fuego. Habían exterminado a sus secuaces, pero parecía que él solo era capaz de enfrentarse a todos. Una y otra vez cargaban contra él, y una y otra vez conseguía rechazar sus ataques. Había levantado a un niño con el garfio, y lo blandía como un escudo cuando otro, que acababa de traspasar a Mullins con su espada, se lanzó de un salto a la pelea.

—Envainad las espadas, niños —gritó el recién llegado—, este hombre es mío.

De esta forma, Garfio se encontró de pronto cara a cara con Peter. Los niños se apartaron y formaron un círculo alrededor de ambos.

Durante largo rato los dos enemigos se desafiaron con la mirada; Garfio temblaba un poco, y en la cara de Peter flotaba una extraña sonrisa.

—Entonces, Pan, esto es cosa tuya —dijo por fin Garfio.

—Sí, James Garfio —fue la severa respuesta—, es cosa mía.

—Jovenzuelo presuntuoso e insolente —dijo Garfio—, prepárate a morir.

—Hombre oscuro y siniestro —respondió Peter—, prepárate tú.



Garfio se encontró de pronto cara a cara con Peter

Sin una palabra más, ambos se lanzaron a la pelea y durante un rato ninguno de los dos parecía tener ventaja. Peter era un espadachín magnífico, que paraba todos los golpes con una rapidez sorprendente; de vez en cuando lanzaba una finta seguida de una estocada que engañaba la defensa de su adversario, pero su menor envergadura jugaba en su contra y no conseguía propinarle el golpe definitivo. Garfio, apenas menos diestro que él en el manejo de la espada, compensaba la falta de agilidad de su muñeca con la fuerza de sus golpes, que hacían retroceder a Peter; esperaba acabar con él con su estocada preferida, que le había enseñado hacía mucho Barbacoa en Río. Pero cuál no sería su asombro cuando comprobó que esa estocada era esquivada una y otra vez. Trató entonces de acercarse a su adversario para cargar contra él y utilizar, para dar el golpe mortal, su garra de hierro, que

todo ese tiempo había estado arañando el aire; pero Peter se agachó y, lanzándose a fondo, hirió a Garfio en las costillas. A la vista de su propia sangre, cuyo peculiar color, como recordaréis, no soportaba, la espada cayó de la mano de Garfio, que quedó a merced de Peter.

—¡Ahora! —gritaron los niños.

Pero con un gesto de magnificencia, Peter invitó a su adversario a recoger la espada. Garfio lo hizo al instante, pero con la trágica sensación de que Peter estaba portándose con buena educación.

Hasta ese momento, había creído que luchaba contra un vagabundo, pero ahora le asaltaban las sospechas más negras.

—Pan, ¿quién y qué eres? —gritó con voz ronca.

—Soy la juventud, soy la alegría —respondió Peter al azar—. Soy un pajarillo que se ha caído del nido.

Desde luego, era una tontería, pero demostraba al desdichado Garfio que Peter no tenía la más mínima idea de quién o qué era, lo cual es el colmo de la buena educación.

—¡En guardia! —gritó desesperado.

Entonces se puso a batir el aire como un látigo humano, y cada estocada de aquella terrible espada hubiese podido cortar en dos a cualquier criatura, niño o adulto, que se cruzara en su camino; pero Peter revoloteaba a su alrededor como si el propio viento que levantaba la espada lo alejase de la zona de peligro. Y de vez en cuando se lanzaba hacia adelante y tocaba a su adversario.

Garfio luchaba ahora sin ninguna esperanza. Su furioso corazón no pedía siquiera vivir; no anhelaba más que un favor: ver a Peter perder su buena educación antes de enfriarse para siempre.

Abandonando el combate de improviso, se precipitó hacia el polvorín y encendió una mecha.

—¡Dentro de dos minutos —gritó—, el barco saltará por los aires!

Ahora veremos si tiene buena educación, pensó.

Pero Peter salió del polvorín con la bomba de la mecha encendida en sus manos y tranquilamente la arrojó por la borda.

Pero ¿qué clase de modales estaba demostrando el propio Garfio? Por más equivocado que estuviese, debemos alegrarnos, sin por ello simpatizar con él, de que al final se mostrase fiel a las tradiciones de su raza. Los demás niños estaban volando ahora a su alrededor, burlándose de él y manifestándole su desprecio; y mientras se tambaleaba sobre cubierta lanzándoles estocadas que demostraban su impotencia, su mente hacía tiempo que no estaba con ellos;

estaba vagabundeando por los campos de juego de su juventud, o recibiendo los elogios de su director o recordando los partidos desde una famosa tapia^[49]. Y sus zapatos eran impecables, su chaleco era impecable, su corbata era impecable y sus calcetines eran impecables.

James Garfio, aunque no carezcas de cierto heroísmo, ¡adiós!

Porque hemos llegado a su último momento.

Viendo a Peter avanzar por el aire lentamente hacia él, con el puñal preparado, saltó sobre la borda para arrojar al mar. No sabía que el cocodrilo estaba esperándole, porque detuvimos el reloj precisamente para ahorrarle esa angustia: una pequeña muestra de respeto por nuestra parte en su final.

Consiguió un último triunfo, que, en mi opinión, no debemos negarle. Cuando estaba encaramado en la borda mirando por encima de los hombros a Peter, que revoloteaba a sus espaldas, lo invitó con un gesto a que lo empujase con el pie. Y en vez de apuñalarlo, Peter le dio una patada.

Por fin Garfio conseguía el favor que tanto había anhelado.

—¡Qué mala educación! —exclamó alegremente.

Y cayó satisfecho hacia el cocodrilo.

Así pereció James Garfio.

—Diecisiete —cantó Slightly.

Pero sus cuentas no eran del todo correctas. Quince hombres habían pagado esa noche el precio de sus crímenes, pero dos consiguieron llegar a la orilla: Starkey fue capturado por los pieles rojas, que lo convirtieron en niñera de todos sus retoños, triste destino para un pirata; y Smee, que desde entonces vaga por el mundo con sus gafas, y se gana la vida de forma precaria contando que él era el único hombre ante el que Jas. Garfio había tenido miedo.

Naturalmente, Wendy no había participado de ningún modo en la batalla, aunque no por eso había dejado de seguir con ojos brillantes a Peter; pero ahora que todo había acabado, volvió a recuperar sus prerrogativas. Elogió el comportamiento de todos por igual y se estremeció encantada cuando Michael le enseñó el lugar donde había matado a un pirata; luego, Wendy los llevó al camarote de Garfio y señaló su reloj que colgaba de un clavo. ¡Indicaba la una y media!

Esa hora tan tardía era lo mejor de todo. Puedo aseguraros que Wendy acostó inmediatamente a los niños en los camastros de los piratas; a todos menos a Peter, que paseó arriba y abajo por cubierta hasta que se quedó

dormido junto a Largo Tom. Esa noche tuvo una de sus pesadillas, y lloró en sueños largo rato mientras Wendy lo tenía abrazado contra su corazón.

Capítulo 16

La vuelta a casa

A la mañana siguiente, cuando se oyeron dos golpes de campana, todos estaban de pie a bordo; porque había mar gruesa y Tootles, el contramaestre, estaba en medio de los niños con un cabo de cuerda en la mano y mascando tabaco. Todos se pusieron ropas de pirata, con los pantalones cortados a la altura de la rodilla, se afeitaron elegantemente y subieron a cubierta, andando con la soltura de auténticos lobos de mar y sujetándose los pantalones.

No es necesario decir quién era el capitán. Nibs y John eran el primer y segundo oficiales. Había una mujer a bordo. Los demás hacían las maniobras como simples marineros y vivían en el castillo de proa. Peter ya se había atado al timón; pero reunió a todos en cubierta y pronunció unas breves palabras; dijo que esperaba verles cumplir sus deberes con corazón animoso, pero que sabía que eran la escoria de Río de la Costa de Oro, y que, si alguna vez se insubordinaban contra él, los haría pedazos. Sus duras y estridentes palabras eran las adecuadas para aquellos marineros que le aclamaron llenos de entusiasmo. Luego dio unas cuantas órdenes, y los niños hicieron virar el barco, poniendo rumbo a tierra firme.

Después de consultar la carta de navegación, el capitán Pan calculó que, si el tiempo se mantenía, deberían llegar a las Azores hacia el 21 de junio; después ganarían un tiempo precioso volando.

Algunos niños querían que fuese un barco honrado y otros estaban a favor de que siguiera siendo un barco pirata; pero el capitán los trataba como a perros y ninguno se atrevía a expresar sus deseos, ni siquiera en forma de peticiones firmadas. La obediencia ciega era lo único seguro. Slightly se ganó una docena de latigazos por parecer desconcertado cuando se le ordenó echar la sonda. La impresión general era que Peter se mostraba imparcial sólo para no despertar las sospechas de Wendy, pero no había duda de que cambiaría cuando estuviera listo su traje nuevo, que Wendy, en contra de su voluntad, le estaba haciendo con algunas de las ropas más siniestras de Garfio. Después, según los rumores que susurraron los niños, la primera noche que Peter se puso ese traje estuvo mucho tiempo sentado en el camarote con la boquilla de Garfio en la boca y el brazo tendido, con el puño cerrado, menos el índice,

que tenía curvado y al que se esforzaba por dar el aspecto amenazador de un garfio.

En lugar de quedarnos a bordo del barco, ahora debemos volver hacia ese hogar desolado del que tres de nuestros héroes sin entrañas escaparon volando hace ya tanto tiempo. Es una pena habernos olvidado del número 14 todo este tiempo; y, sin embargo, podemos estar seguros de que Mrs. Darling no nos lo reprocha. Si hubiéramos vuelto antes para compadecernos de ella, sin duda habría exclamado: «No seáis tontos; ¿a quién le importo yo? Volveos a cuidar de los niños». Mientras las madres sigan siendo así, los niños se aprovecharán de ellas; pueden estar seguras.

Incluso ahora nos aventuramos a entrar en ese conocido cuarto de los niños sólo porque sus ocupantes legítimos van camino de casa: nos hemos adelantado a ellos simplemente para ver si sus camas están bien aireadas, y si el señor y la señora Darling tienen previsto salir esta noche. No somos más que servidores. Pero ¿por qué diablos iban a estar aireadas las camas si las abandonaran con semejante prisa ingrata? ¿No se lo tendrían bien merecido si, al llegar, se encontrasen con que sus padres están pasando el fin de semana en el campo? Sería para ellos la lección moral que han estado necesitando desde que los conocimos; aunque si nos tomásemos las cosas así, la señora Darling no nos perdonaría nunca.

Me gustaría infinitamente decirle, como hacen ciertos autores, que los niños están de vuelta, y que probablemente llegarán el próximo jueves. Pero sería echar a perder por completo la sorpresa con que cuentan Wendy, John y Michael. Se la han estado imaginando en el barco: la felicidad de la madre, el grito de alegría del padre, el salto en el aire de Nana para ser la primera en abrazarlos, cuando deberían estar preparados para una buena azotaina. Qué delicioso sería echarlo todo a perder anunciando la noticia de antemano, para que, cuando hiciesen su espectacular entrada, la señora Darling no les ofreciese un beso siquiera y el señor Darling pudiese exclamar de mal humor: «Vaya por Dios, ya están aquí los malditos niños». Sin embargo, no sabrían agradecerlo. Ahora estamos empezando a conocer a la señora Darling, y podéis estar seguro de que nos haría reproches por privar a los niños de su pequeño placer.

—Pero, mi querida señora, aún faltan diez días para el jueves; si le contamos lo que ocurre, podemos ahorrarle diez días de preocupaciones.

—¡Sí, pero a qué precio! Privando a los niños de diez minutos de felicidad.

—Bueno, si se lo toma usted así...

—¿De qué otra forma me lo puedo tomar?

Ya lo veis, a esta mujer le falta carácter. Yo tenía la intención de decir cosas elogiosas de ella; pero la desprecio, y ahora no pienso decir absolutamente nada. De hecho es inútil decirle que tenga todas las cosas listas, porque todas están listas. Todas las camas están aireadas, ella nunca sale de casa, y, fijaos, la ventana está abierta. Ya que no le servimos de nada, podríamos volver al barco. Sin embargo, ya que estamos aquí podemos quedarnos y seguir mirando. Es lo único que somos, simples mirones. Nadie nos necesita realmente. Así pues, sigamos mirando y haciendo comentarios mordaces, con la esperanza de que alguno alcance su blanco.

El único cambio que se observa en el cuarto de los niños es la desaparición, entre las nueve de la mañana y las seis de la tarde, de la caseta del perro. Cuando los niños se fueron, el señor Darling se sintió profundamente culpable de haber encadenado a Nana y comprendió que la perra había sido más inteligente que él desde el principio. Como vimos, era desde luego un hombre simple; de no ser por su calvicie, casi habría podido pasar por un niño; pero también tenía un noble sentido de la justicia y el valor de un león para hacer lo que consideraba correcto; y después de haber meditado cuidadosamente el problema tras la escapada de los niños, se puso a cuatro patas y se metió en la caseta del perro. A todos los ruegos de la señora Darling invitándole a salir había respondido con un tono triste pero firme:

—No, querida, mi verdadero sitio está aquí.

En medio de la amargura de su remordimiento juró no salir de la caseta hasta que no regresaran sus hijos. Era, desde luego, una decisión desoladora; pero el señor Darling solía excederse en todo lo que hacía, o renunciaba inmediatamente a hacer cualquier cosa. Y nunca se vio un hombre más humilde que el soberbio George Darling acurrucado por la tarde en su caseta hablando con su mujer de sus hijos y de todas sus gracias, tan encantadoras.

Era muy conmovedora su deferencia con Nana. Nunca la habría dejado entrar en la caseta, pero en todo lo demás cumplía sus deseos ciegamente.

Todas las mañanas la caseta era transportada, con el señor Darling dentro, hasta un coche que lo llevaba a su oficina, y regresaba a casa de la misma manera a las seis. Podéis apreciar la fuerza de carácter de este hombre si recordáis lo sensible que era a la opinión de sus vecinos: este hombre, cuyo menor gesto llamaba ahora una atención mezclada de asombro. En su interior debía de estar sufriendo horribilmente, pero mantenía una máscara impasible, incluso cuando los jóvenes criticaban su actual casita, y siempre se quitaba

cortésmente el sombrero cuando alguna dama se inclinaba para echar una ojeada dentro.

Podría parecer una actitud quijotesca, pero era sublime. No tardó en comprenderse su significado profundo, y el gran corazón del público se sintió conmovido. La muchedumbre seguía su coche, aclamándole a su paso; jóvenes encantadoras trepaban a él para pedirle un autógrafo; en los mejores periódicos aparecieron entrevistas con él, y la mejor sociedad lo invitaba a cenar añadiendo: «No deje de venir con la caseta».

Aquel jueves, tan cargado de acontecimientos, la señora Darling se encontraba en el cuarto de los niños esperando la vuelta de George a casa: una mujer de mirada muy triste. Viéndola ahora de cerca y recordando su alegría de otro tiempo, desaparecida desde el día en que perdió a sus niños, creo que después de todo soy incapaz de decir nada desagradable de ella. Si quería demasiado a los granujillas de sus hijos, no era culpa suya. Miradla sentada en su silla, donde se ha quedado dormida. Las comisuras de sus labios, que es lo primero que se ve, están casi marchitas. Se lleva a menudo la mano al pecho como si algo le doliera por dentro. A unos les gusta más Peter, a otros les gusta más Wendy, pero yo la prefiero a ella. Supongamos que, para hacerla feliz, le susurramos en el sueño que sus niños están de camino a casa. En realidad ahora están a dos millas de la ventana, y vuelan deprisa, pero lo único que debemos susurrarle es que vienen de camino. Adelante.

Es una lástima que lo hayamos hecho, porque se ha despertado llamándolos por sus nombres; y en el cuarto de los niños no hay nadie, salvo Nana.

—¡Ay, Nana! He soñado que mis pequeños habían vuelto.

Nana tenía los ojos velados por las lágrimas, pero no podía hacer otra cosa que poner delicadamente su pata en el regazo de su ama; y así seguían, juntas, cuando trajeron de vuelta la caseta. Cuando el señor Darling saca la cabeza para dar un beso a su mujer, vemos que su cara está más avejentada que antes, pero con una expresión más dulce.

Le da el sombrero a Liza, que lo coge con un gesto despectivo porque, sin ninguna imaginación, es incapaz de comprender los motivos de un hombre como éste. Fuera, la muchedumbre que había acompañado el coche en su regreso a casa, sigue aplaudiendo, y naturalmente el señor Darling se siente conmovido.

—Escúchalos —dijo—, es muy gratificante.

—Es una pandilla de críos —dice Liza, burlona.

—Hoy había varios adultos —le aseguró el señor Darling, ruborizándose.

Pero cuando ella movió la cabeza de una manera burlona, él no le hizo el menor reproche. Su popularidad no lo había echado a perder; únicamente lo había vuelto más comprensivo. Permaneció un rato sentado en el umbral de la caseta, hablando con la señora Darling de esa popularidad, y estrechándole la mano para tranquilizarla mientras ella le expresaba su esperanza de que la fama no se le subiría a la cabeza.

—Pues si llego a ser un hombre débil... —dijo el señor Darling—, ¡Santo Cielo, si llego a ser un hombre débil!

—George —dijo ella tímidamente—, sigues estando lleno de remordimientos, ¿verdad?

—Tan lleno de remordimientos como siempre, querida. Ya ves mi castigo: vivir en una caseta de perro.

—Pero es un castigo, ¿verdad, George? ¿Estás seguro de que no disfrutas con ello?

—¡Amor mío!

Podéis estar seguros de que la señora Darling le pidió perdón; luego, como le entraba sueño, se acurrucó dentro de la caseta.

—¿Por qué no tocas un poco el piano para que me duerma? —le pidió.

Y cuando ella cruzaba el cuarto de los niños, añadió sin darse cuenta:

—Y cierra esa ventana. Hay corriente.

—George, no me pidas eso nunca. La ventana siempre debe estar abierta para ellos, siempre, siempre.

Ahora era a él a quien le tocaba pedir perdón; y ella se dirigió al cuarto de juegos y tocó el piano; él no tardó en quedarse dormido; y mientras dormía, Wendy, John y Michael entraron en la habitación.

¡Oh, no! Hemos escrito eso porque ése era el delicioso cuadro que ellos habían imaginado antes de abandonar el barco; pero algo había debido de ocurrir luego, porque no eran ellos los que acababan de entrar, sino Peter y Campanilla.

Las primeras palabras de Peter lo explican todo.

—Rápido, Campanilla —murmuró Peter—, cierra la ventana, échale el pestillo. Muy bien. Ahora tú y yo nos vamos por la puerta; y cuando Wendy llegue, pensará que su madre la ha dejado fuera y tendrá que volver conmigo.

Ahora comprendo lo que tanto me había intrigado, y por qué Peter, cuando exterminó a los piratas, no volvió a la isla y dejó que Campanilla escoltase a los niños hacia tierra firme. Hacía tiempo que había ideado esta estratagema.

En lugar de sentirse culpable de haber cometido una mala acción, se puso a saltar de alegría; luego echó una ojeada en el cuarto de juegos para ver quién estaba tocando. Le susurró a Campanilla: «Es la madre de Wendy. Es una señora muy bonita, pero no tan bonita como mi madre. Tiene la boca llena de dedales, pero no tantos como tenía la de mi madre».

Por supuesto, de su madre no sabía absolutamente nada; pero a veces le gustaba presumir de ella.

No conocía la melodía que estaba tocando, que era «Hogar, dulce hogar», pero sabía que el estribillo decía: «Vuelve, Wendy, Wendy, Wendy», y gritó exultante:

—¡Nunca volverá a ver a Wendy, señora, porque la ventana está cerrada!

Echó una nueva ojeada dentro del cuarto porque la música se había detenido, y entonces vio que la señora Darling había apoyado la cabeza en la caja del piano y que dos lágrimas brotaban de sus ojos.

«Quiere que abra la ventana —pensó Peter—, pero a mí no me da la gana, ni hablar».

Volvió a asomarse y las lágrimas seguían allí, o eran otras dos nuevas que habían ocupado su lugar.

«Quiere muchísimo a Wendy», se dijo para sus adentros. Y empezó a enfadarse con ella porque no comprendía los motivos por los que no podía tener a Wendy.

La razón era tan sencilla: «También yo la quiero. No podemos tenerla los dos, señora».

Pero la señora no parecía dispuesta a conformarse, y Peter se sentía desgraciado. Dejó de mirarla, pero la señora Darling seguía obsesionándole. Peter se puso a dar brincos y a hacer muecas, pero nada más detenerse sintió como si ella estuviese dentro de él, dándole golpecitos.

—Bueno, está bien —terminó diciendo, con un nudo en la garganta.

Luego, descorrió el pestillo de la ventana.

—Vamos, Campanilla —gritó, burlándose temerariamente de las leyes de la naturaleza—; no queremos saber nada de estas madres estúpidas.

Y salió volando.

Por eso Wendy, John y Michael encontraron, después de todo, la ventana abierta; no se lo merecían, desde luego. Se posaron en el piso sin sentir la menor vergüenza de sí mismos; y el más pequeño de los tres ya se había olvidado de su hogar.

—John —dijo mirando a su alrededor con aire de duda—, creo que he estado aquí antes.

—Claro que has estado, so bobo. Es tu antigua cama.

—¡Ah, es cierto! —dijo Michael, aunque sin mucha convicción.

—¡Mira! —exclamó John—. ¡La caseta del perro!

Y se precipitó para mirar en su interior.

—Quizá Nana esté dentro —dijo Wendy.

Pero John soltó un silbido.

—¡Anda! —dijo—, dentro hay un hombre.

—¡Es papá! —exclamó Wendy.

—Déjame ver a papá —suplicó Michael con insistencia.

Y lo examinó detenidamente.

—No es tan grande como el pirata que maté —añadió en un tono tan decepcionado que me alegro de que el señor Darling estuviese dormido.

Habría sido muy triste si éstas hubieran sido las primeras palabras que oyese decir a su pequeño Michael.

Wendy y John se habían quedado bastante desconcertados al encontrar a su padre en la caseta.

—¿Solía dormir antes en la caseta? —dijo John, como alguien que ha perdido la fe en su memoria.

—John —exclamó Wendy con voz balbuceante—, quizá no nos acordemos de nuestra antigua vida tan bien como creemos.

Un escalofrío súbito les encogió el corazón; bien merecido lo tenían.

—Es muy poco delicado por parte de mamá —dijo el granuja de John— no estar aquí cuando regresamos.

En ese momento la señora Darling se puso a tocar de nuevo.

—¡Es mamá! —gritó Wendy, asomándose al cuarto de juegos.

—¡Es verdad! —dijo John.

—Entonces, ¿no eres tú nuestra madre de verdad, Wendy? —preguntó Michael, que debía de estar empezando a dormirse.

—¡Dios mío! —exclamó Wendy, sintiendo la primera punzada de remordimiento auténtico—. Ya iba siendo hora de que volviésemos.

—Acerquémonos sin hacer ruido —sugirió John—, y pongámosles las manos sobre los ojos.

Pero Wendy, dándose cuenta de que debían dar la alegre noticia de manera más delicada, tenía un plan mejor.

—Sería preferible meternos en la cama y estar ahí cuando ella entre, como si nunca nos hubiéramos ido.

Por eso, cuando la señora Darling volvió al cuarto de los niños para ver si su marido estaba dormido, todas las camas estaban ocupadas. Los niños

esperaban un gran grito de alegría de su madre, pero no se produjo. La señora Darling los vio, pero no creyó que estuviesen allí de verdad. Tantas veces los había visto en sueños en sus camas que pensó que una vez más era el sueño el que le rondaba por la cabeza.

Se sentó cerca del fuego, en la silla donde tantas veces los había acunado en otro tiempo.

Los niños no podían comprenderlo, y un miedo frío se apoderó de los tres.

—¡Mamá! —exclamó Wendy.

—Esa es Wendy —dijo la señora Darling, que seguía convencida de estar soñando.

—¡Mamá!

—Ese es John —dijo ella.

—¡Mamá! —exclamó Michael, que ahora sí la reconocía.

—Ese es Michael —dijo ella.

Y tendió los brazos hacia los tres niños egoístas a los que nunca volvería a estrechar contra su pecho. Pero sí que lo hicieron: se cerraron alrededor de Wendy, de John y de Michael, que se habían levantado de la cama para correr hacia ella.

—¡George, George! —gritó la señora Darling cuando recuperó el uso de la palabra.

Y el señor Darling se despertó para compartir su dicha, y Nana entró corriendo. No es posible imaginar un cuadro más maravilloso, aunque no había nadie para contemplarlo, excepto un extraño niño que miraba por la ventana. Tenía alegrías innumerables que otros niños nunca pueden conocer; pero estaba contemplando por la ventana la única alegría que debía estarle prohibida para siempre.

Capítulo 17

Y Wendy se hizo mayor

Espero que queráis saber qué era lo que les ocurría a los demás niños. Estaban esperando abajo, para dar tiempo a Wendy de contar su historia; y después de contar hasta quinientos, subieron. Subieron por la escalera, pensando que causarían mejor impresión. Se pusieron en fila delante de la señora Darling, con los sombreros en la mano y lamentando que sus ropas fueran las de pirata. Permanecían en silencio, pero sus ojos estaban suplicando a la dueña de la casa que los aceptase. También deberían haber mirado al señor Darling, pero se olvidaron de él.

Como es lógico, la señora Darling les dijo inmediatamente que los aceptaba; pero el señor Darling parecía extrañamente deprimido, y ellos se dieron cuenta de que seis niños de golpe le parecía una cantidad algo excesiva.

—Debo reconocer —le dijo a Wendy— que no haces las cosas a medias.

Los Gemelos creyeron que este comentario ambiguo iba dirigido a ellos.

El primero de los Gemelos, el más orgulloso, preguntó sonrojándose:

—¿Le parece que seríamos demasiados, señor? Porque, si es así, podemos marcharnos.

—¡Papá! —exclamó Wendy, atónita.

Pero él seguía poniendo su gesto de mal humor. Sabía que estaba comportándose de manera mezquina, pero no podía evitarlo.

—Podemos dormir de dos en dos —dijo Nibs.

—Y soy yo la que siempre les corta el pelo —dijo Wendy.

—¡George! —exclamó la señora Darling, apenada al ver a su querido esposo mostrarse bajo una luz tan desfavorable.

El señor Darling se echó a llorar, y entonces se descubrió la verdad. Estaba tan dispuesto a aceptar a los niños como ella, dijo, pero pensaba que podrían haberle pedido también su consentimiento, en lugar de tratarle como a un cero a la izquierda en su propia casa.

—Yo no creo que sea un cero —exclamó Tootles inmediatamente—. ¿A ti te parece un cero, Curly?

—No, no lo creo. ¿A ti te parece un cero, Slightly?

—Claro que no. ¿Y qué piensas tú, Gemelo?

Resultó que a ninguno les parecía un cero; y entonces se sintió absurdamente reconfortado y declaró que haría sitio para todos en el salón si es que cabían.

—Sí que cabremos, señor —le aseguraron.

—Entonces, seguid al guía —dijo alegremente el señor Darling—. Escuchad, no estoy seguro de que tengamos un salón, pero si hacemos como que lo tenemos, será lo mismo. ¡Epa ya!

Y abrió la marcha dando saltitos por toda la casa, y todos cantaban a coro: «¡Epa ya!» y bailaban tras él en busca del salón; y no sé si encontraron el salón, pero en cualquier caso dieron con unos cuantos rincones y en ellos se instalaron.

En cuanto a Peter, vio a Wendy una vez más antes de emprender el vuelo. No llegó exactamente a la ventana, pero la rozó al pasar para que ella la abriese si quería y hablase con él. Fue eso lo que Wendy hizo.

—Hola, Wendy, adiós —dijo Peter.

—¡Ay!, Dios mío, ¿te marchas?

—Sí.

—¿No crees, Peter —dijo ella con voz alterada— que te gustaría decirles algo a mis padres sobre un asunto muy bonito?

—No.

—¿Sobre mí, Peter?

—No.

La señora Darling se acercó a la ventana, porque había decidido vigilar estrechamente a Wendy por el momento. Le dijo a Peter que había adoptado a todos los demás niños, y que también le gustaría adoptarle a él.

—¿Me mandará a la escuela? —preguntó Peter en tono desconfiado.

—Sí.

—¿Y luego a la oficina?

—Supongo que también.

—¿Y enseguida me haría un hombre?

—Enseguida.

—No quiero ir a la escuela y aprender cosas serias —dijo Peter enérgicamente—. No quiero hacerme un hombre. ¡Ay, madre de Wendy, qué espanto si al despertarme un día descubro que tengo barba!

—Peter —dijo Wendy la conciliadora—, yo te querría incluso con barba.

Y la señora Darling le tendió los brazos, pero Peter la rechazó.

—Atrás, señora, nadie va a atraparme para convertirme en un hombre mayor.

—Pero ¿adónde irás a vivir?

—Con Campanilla, en la casa que hemos construido para Wendy. Las hadas la pondrán en lo alto de las copas de los árboles, donde ellas duermen por la noche.

—¡Qué maravilla! —exclamó Wendy con tanto entusiasmo que la señora Darling la sujetó con más fuerza.

—Yo creía que todas las hadas estaban muertas —dijo la señora Darling.

—Siempre hay muchas hadas jóvenes —le explicó Wendy, que se había convertido en una autoridad en la materia—, porque, verás, cuando un niño recién nacido ríe por primera vez, nace un hada, y como siempre hay niños recién nacidos siempre hay hadas nuevas. Viven en nidos en las copas de los árboles; las hadas malas son chicos, las hadas blancas chicas, y las azules unas tontorronas que no están seguras de lo que son.

—Voy a divertirme como un loco —dijo Peter, vigilando a Wendy con el rabillo del ojo.

—Estarás bastante solo por la noche, sentado junto al fuego —dijo ella.

—Tendré a Campanilla.

—Campanilla tiene un cerebro de pájaro —le recordó Wendy con aspereza.

—Acusica, chivata —le soltó Campanilla desde algún rincón del cuarto.

—Eso no importa —dijo Peter.

—Peter, sabes que sí importa.

—Pues entonces, vente a vivir conmigo en la casita.

—¿Me dejas, mamá?

—Ni hablar. Ahora que por fin has vuelto, te quedas conmigo.

—Pero él necesita una madre.

—Tú también, querida.

—Bueno, muy bien —dijo Peter, como si hubiese hecho la propuesta simplemente por cortesía.

Pero la señora Darling vio que le temblaban las comisuras de los labios y le hizo una oferta generosa: dejar que Wendy pasase una semana con él todos los años para hacer la limpieza de primavera. Wendy habría preferido un acuerdo más permanente; le parecía que las primaveras tardarían mucho en llegar; pero Peter se puso muy contento. No tenía ninguna noción del tiempo, y corría tantas aventuras que todas las que os he contado de él son como una

gota de agua en el mar. Y como Wendy lo sabía, las últimas palabras que le dijo estuvieron teñidas de melancolía:

—Peter, ¿verdad que no te olvidarás de mí antes de que llegue la época de la limpieza de primavera?

Peter se lo prometió, por supuesto, y echó a volar. Se llevó consigo un beso de la señora Darling. El beso que nadie había podido recoger, Peter lo consiguió sin gran esfuerzo. Curioso. Pero ella parecía satisfecha.

Naturalmente, todos los niños fueron a la escuela; y la mayoría entró en el curso de tercero, pero a Slightly le pusieron al principio en cuarto y luego en quinto. El curso de primero es el más avanzado. Aún no había pasado la primera semana de clase cuando se dieron cuenta de lo tontos que habían sido por no quedarse en la isla; pero ya era demasiado tarde y no tardaron en acostumbrarse a ser tan normales como tú o como yo o como fulano o mengano. Es triste tener que decir que poco a poco fueron perdiendo su poder de volar. Al principio Nana les ataba los pies a los barrotes de la cama para que no se escaparan volando por la noche; y una de sus diversiones durante el día consistía en fingir que se caían de los autobuses; pero poco a poco dejaron de intentar soltarse de sus ataduras cuando estaban en la cama y comprobaron que se hacían daño cuando saltaban del autobús. Al cabo de algún tiempo, ni siquiera podían volar hasta sus sombreros. Falta de práctica, decían; pero lo que ocurría en realidad es que habían dejado de creer en ello.

Michael creyó más tiempo que los demás niños, a pesar de que los otros se burlaban de él; por eso estaba en compañía de Wendy cuando Peter llegó a buscarla al cumplirse el primer año. Wendy se marchó volando con Peter, con el vestido de hojas y bayas que había tejido en el País de Nunca Jamás, y su único temor era que Peter se diese cuenta de lo corto que se le había quedado; pero tenía tantas cosas que contar de sí mismo, que no se dio cuenta.

—¿Quién es el capitán Garfio? —preguntó muy interesado cuando ella le habló de su archienemigo.

—¿No te acuerdas de cuando le mataste y nos salvaste la vida? —preguntó Wendy estupefacta.

—En cuanto los mato, me olvido de ellos —contestó él sin mayor interés.

Cuando Wendy expresó una vaga esperanza de que Campanilla se alegraría de verla, Peter preguntó:

—¿Quién es Campanilla?

—Pero Peter... —dijo Wendy sorprendida.

Y a pesar de sus explicaciones, él ni siquiera se acordaba.

—Hay tantas hadas —respondió—. Es muy posible que haya muerto.

Quizá tuviese razón, porque las hadas no viven mucho tiempo; pero son tan pequeñas que incluso un breve espacio de tiempo les parece muy largo.

Wendy descubrió apenada que Peter no diferenciaba entre el año anterior y el día de la víspera; ¡qué largo, en cambio, se le había hecho a ella aquel año! Pero Peter seguía siendo igual de fascinante, y ambos pasaron una deliciosa semana de limpieza de primavera en la casita de la copa de los árboles.

Al año siguiente, Peter no fue a por ella. Wendy esperó con un vestido nuevo porque en el viejo, sencillamente, no cabía; pero él no vino.

—A lo mejor está malo —dijo Michael.

—Tú sabes que nunca se pone malo.

Michael se acercó a Wendy y le susurró al oído, estremeciéndose:

—¡A lo mejor no existe tal persona, Wendy!

Y entonces Wendy se habría echado a llorar de no ser porque Michael ya estaba llorando.

Peter reapareció para la limpieza de la primavera siguiente; y, cosa extraña, no tenía ni idea de que se había saltado un año.



Peter reapareció para la limpieza de la primavera siguiente

Fue la última vez que la niña Wendy le vio. Durante algún tiempo, trató por él de no tener dolores de crecimiento; y se sintió desleal con Peter cuando recibió el premio de cultura general. Luego pasaron los años sin que el despreocupado Peter reapareciese; y cuando volvieron a verse, Wendy ya era una mujer casada y Peter no era para ella más que un montoncito de polvo en la caja donde guardaba sus juguetes. Wendy había crecido. Pero no tenéis que compadecerla. Porque era de las que les gusta crecer. Terminó haciéndose mayor más deprisa que el resto de las niñas de su edad.

En esa época, todos los niños habían crecido y se habían echado a perder, por lo que no merece la pena decir nada sobre ellos. Podéis ver a los Gemelos, a Nibs, a Curly, dirigiéndose todos los días a la oficina, llevando cada uno una cartera y un paraguas. Michael es maquinista. Slightly se casó con una lady, y por eso llegó a lord^[50]. ¿Veis a ese juez con peluca que sale por la puerta de hierro? En otro tiempo solía ser Tootles. Y ese barbudo incapaz de contar la menor historia a sus hijos fue John en otro tiempo.

Wendy se casó con un vestido blanco y cinturón rosa. Resulta extraño pensar que Peter no irrumpió en la iglesia para prohibir las amonestaciones.

Los años siguieron pasando, y Wendy tuvo una hija. Esto deberíamos escribirlo no con tinta ordinaria sino con letras de oro.

La llamaron Jane, y siempre tuvo una extraña mirada inquisitiva, como si desde el momento en que llegó a este mundo quisiese hacer mil preguntas. Cuando fue suficientemente mayor para hacerlas, se referían en su mayor parte a Peter Pan. Adoraba oír hablar de Peter, y Wendy le contó todo aquello de lo que podía acordarse en aquel mismo cuarto de los niños donde había tenido lugar el famoso vuelo. Ahora era el cuarto de Jane, porque su padre se la había comprado al tres por ciento de interés al padre de Wendy, al que ya no le apetecía nada subir las escaleras. La señora Darling estaba ahora muerta y olvidada.

Ahora sólo había dos camas en el cuarto de los niños, la de Jane y la de su niñera; y no había caseta para el perro, porque Nana también había fallecido. Murió de vieja, y al final se había vuelto bastante insoportable, porque estaba firmemente convencida de que nadie sabía cuidar a los niños salvo ella.

La niñera de Jane tenía una tarde libre a la semana; era entonces cuando a Wendy le tocaba acostar a Jane. Y ésa era la hora de los cuentos. Era Jane quien había inventado lo de levantar la sábana por encima de la cabeza de su madre y la suya, haciendo así una especie de tienda, y luego susurrar en la inquietante penumbra:

—¿Qué vemos ahora?

—Me parece que esta noche no se ve nada —dice Wendy, con la sensación de que si Nana hubiese estado allí se habría opuesto a que siguiese la conversación.

—Sí, sí que ves algo —dice Jane—, te estás viendo cuando eras una niña pequeña.

—Hace tanto tiempo de eso, mi vida —dice Wendy—. ¡Ay, cómo vuelan los años!

—¿Vuelan —pregunta la astuta niña— como volabas tú cuando eras pequeña?

—¡Como volaba yo! Verás, Jane, algunas veces me pregunto si volé de verdad.

—Claro que sí.

—¡Ay, qué tiempos tan maravillosos cuando podía volar!

—¿Por qué no puedes volar ahora, mamá?

—Porque he crecido, cariño. Cuando la gente se hace mayor, se le olvida la forma de hacerlo.

—¿Por qué se les olvida?

—Porque dejan de ser alegres, inocentes y sin corazón. Sólo los que son alegres, inocentes y sin corazón pueden volar.

—¿Qué es ser alegre, inocente y sin corazón? A mí me gustaría ser alegre, inocente y sin corazón.

O quizá Wendy admita que ha podido ver algo.

—Debe de ser esta habitación —dice.

—También yo lo creo —dice Jane—. Venga, sigue.

Y se embarcan en la gran aventura de la noche en que Peter entró volando en busca de su sombra.

—El muy bobo trató de pegársela con jabón —dijo Wendy—, y al no conseguirlo se echó a llorar, y eso me despertó y yo se la cosí.

—Te has saltado una parte —le interrumpe Jane, que ahora se sabe la historia mejor que su madre—. Cuando le viste sentado en el suelo y llorando, ¿qué le dijiste?

—Me senté en la cama y le dije: «Niño, ¿por qué lloras?».

—Sí, así era —dice Jane soltando un gran suspiro.

—Y entonces nos llevó a todos volando al País de Nunca Jamás, con las hadas, los piratas, los pieles rojas, el lago de las sirenas, y la casa subterránea y la casita.

—¡Sí! ¿Y qué es lo que más te gustó de todo?

—Creo que lo que más me gustó de todo fue la casa subterránea.

—Sí, a mí también. ¿Y qué fue lo último que te dijo Peter?

—Lo último que me dijo fue: «No dejes de esperarme, y alguna noche me oirás graznar».

—Sí.

—Pero ¡qué lástima!, me ha olvidado —dijo Wendy con una sonrisa. Se había hecho mayor.

—¿Cómo era su graznido? —preguntó Jane una noche.

—Algo así —dijo Wendy tratando de imitar el graznido de Peter.

—No, así no —dijo Jane muy seria—, era así.

Y lo imitó mucho mejor que su madre.

Wendy se quedó algo asombrada.

—Cariño, ¿cómo puedes saberlo?

—Lo he oído a menudo cuando duermo —dijo Jane.

—Claro, muchas niñas lo oyen cuando están dormidas, pero yo soy la única que lo ha oído despierta.

—¡Qué suerte! —dijo Jane.

Y luego, una noche, ocurrió la tragedia. Era primavera, esa noche le habían contado la historia, y Jane estaba durmiendo en su cama. Wendy se hallaba sentada en el suelo, muy cerca del fuego, para ver mejor mientras zurría, porque era la única luz que había en el cuarto de los niños; y mientras zurría oyó un graznido. Luego el viento abrió la ventana como en otro tiempo y Peter se posó en el suelo.

Seguía siendo exactamente el mismo, y Wendy vio que aún tenía los dientes de leche.

Él seguía siendo un niño, y ella se había hecho mayor. Acurrucada junto al fuego no se atrevía a moverse, sintiéndose desarmada y culpable de ser una mujer adulta.

—Hola, Wendy —dijo Peter, sin notar ninguna diferencia porque sólo pensaba en sí mismo.

Y en la penumbra el vestido blanco de Wendy podía pasar por el camisón con que la había visto la primera vez.

—Hola, Peter —replicó ella débilmente, encogiéndose todo lo posible.

En el fondo de ella misma algo le gritaba: «Mujer, mujer, suéltame».

—Hola, ¿dónde está John? —preguntó Peter, descubriendo de pronto que faltaba la tercera cama.

—John ya no está aquí —respondió con voz entrecortada.

—Y Michael, ¿está dormido? —preguntó él, echando un vistazo distraído a Jane.

—Sí —respondió ella.

Y se sintió tan culpable de deslealtad con Jane como con Peter.

—Eso no es Michael —añadió enseguida, por miedo a ganarse el castigo del cielo.

Peter miró.

—Anda, ¿es uno nuevo?

—Sí.

—¿Niño o niña?

—Niña.

Seguro que ahora comprendería todo; pero ni por asomo.

—Peter —dijo Wendy, balbuceando—, ¿estás esperando que me marche volando contigo?

—Claro, he venido por eso.

Y luego añadió en tono algo seco:

—¿Has olvidado que es la época de la limpieza de primavera?

Wendy sabía que era inútil explicarle cuántas épocas de limpieza de primavera se había saltado.

—No puedo ir —dijo disculpándose—. Se me ha olvidado volar.

—No tardo nada en volver a enseñarte.

—Peter, no malgastes el polvillo de las hadas conmigo.

Wendy se había puesto de pie; y ahora, por fin, a Peter le asaltó el miedo.

—¿Qué pasa? —dijo acobardado.

—Voy a encender la luz —dijo ella—, y entonces tú mismo podrás verlo.

Por única vez en su vida, que yo sepa, Peter estaba asustado.

—No enciendas la luz —exclamó.

Wendy acarició con sus manos el pelo del trágico niño. Ya no era una niña que tuviese el corazón roto por él; era una mujer que sonreía recordando todo aquello, pero con una sonrisa en la que brillaban las lágrimas.

Entonces encendió la luz, y Peter vio todo. Lanzó un grito de dolor, y cuando la alta y hermosa criatura se inclinó hacia él para cogerlo en brazos, se apartó bruscamente.

—¿Qué pasa? —volvió a exclamar.

Ella tuvo que contárselo.

—Soy mayor, Peter. Tengo mucho más de veinte años. Crecí hace mucho.

—¡Prometiste no hacerlo!

—No pude evitarlo. Ahora soy una mujer casada, Peter.

—No, no es cierto.

—Sí, y la niña que hay en la cama es hija mía.

—No, no lo es.

Pero Peter supuso que lo era, y se acercó a la niña dormida con el puñal levantado. Naturalmente no se lo clavó. Al contrario, se sentó en el suelo y se echó a llorar; y Wendy no sabía cómo consolarle, a pesar de que en otros tiempos le hubiera resultado muy fácil hacerlo. Ahora no era más que una mujer, y salió corriendo de la habitación para intentar pensar algo.

Peter seguía llorando, y sus sollozos no tardaron en despertar a Jane, que se incorporó en la cama y al instante pareció muy interesada.

—Niño —dijo Jane—, ¿por qué estás llorando?

Peter se levantó y le hizo una reverencia, y ella se la devolvió desde la cama.

—Hola —dijo él.

—Hola —dijo Jane.

—Me llamo Peter Pan —le dijo.

—Sí, ya lo sé.

—He vuelto a buscar a tu madre —le explicó Peter— para llevarla al País de Nunca Jamás.

—Sí, ya lo sé —dijo Jane—, yo estaba esperándote.

Cuando Wendy volvió a entrar tímidamente, encontró a Peter encaramado en el barrote de la cama lanzando su graznido triunfal, mientras Jane, en camisón, revoloteaba por el cuarto en medio de un éxtasis solemne.



Jane, en camisón, revoloteaba por el cuarto

—Ella es mi madre —le explicaba Peter.

Y Jane descendió y fue a situarse a su lado con la expresión que tanto le gustaba a Peter descubrir en la cara de las damas que le miraban.

—Necesita tanto una madre —dijo Jane.

—Sí, lo sé —admitió Wendy algo melancólica—, nadie lo sabe mejor que yo.

—Adiós —le dijo Peter a Wendy.

Y se elevó por el aire, y la desvergonzada Jane se elevó con él; para ella ya era la manera más fácil de desplazarse.

Wendy corrió hacia la ventana.

—No, no —exclamó.

—Es sólo para la limpieza de primavera —dijo Jane—; Peter quiere que siempre me encargue yo de su limpieza de primavera.

—Si pudiera irme con vosotros —suspiró Wendy.

—Ya ves que no puedes volar —dijo Jane.

Naturalmente, Wendy terminó por dejarles que se marchasen volando juntos. Nuestra última visión de Wendy nos la muestra apoyada en la ventana, viéndolos alejarse por el cielo hasta que se hacen tan pequeños como estrellas.

Si miráis bien a Wendy, podréis ver que su pelo ha empezado a volverse blanco, y que su silueta se vuelve más pequeña, porque todo esto ocurría hace mucho tiempo. Jane es ahora una persona adulta como las demás, con una hija llamada Margaret; y cuando vuelve la época de la limpieza de primavera, salvo cuando se le olvida, Peter llega en busca de Margaret y se la lleva al País de Nunca Jamás, donde ella le cuenta historias sobre él mismo, que Peter escucha atentamente. Cuando Margaret crezca tendrá una hija, a la que también le llegará la vez de ser la madre de Peter; y así seguirá siendo por los tiempos de los tiempos, mientras los niños sean alegres, inocentes y sin corazón.



Es sólo para la limpieza de primavera



Álbum de Peter Pan



Hilda Trevelyan en el papel de Wendy en la representación teatral de 1904



Nina Boucicault en el papel de Peter Pan en la representación teatral de 1904



Gerald Du Maurier
en el papel de
Capitán Garfio
de la representación
teatral de 1904
(dibujo de Ralph Cleaver)

Arthur Lupino
encarno
a Nana
en el teatro en 1904
(dibujo de Ralph Cleaver)





El actor Robb Harwood, como Capitán Garfio en la reposición teatral de 1907



Eva Embury
en el papel de
Peter Pan;
representación
en gira de 1918



El actor George Shelton
interpretó a Smee
desde su estreno
en 1904 hasta el año en
en que se retiró
de la escena, 1930



La actriz Cissie Loftus como Peter Pan en la primera reposición teatral de 1905



Personajes del reparto
de la primera función
teatral de 1904
(dibujos de
Ralph Cleaver)



La familia Darling en la escena 3ª del acto III del estreno de *Peter Pan* en 1904



Los hijos de los Darling se lanzan guiados por Peter Pan hacia el País de Nunca Jamás (dibujo de Ralph Cleaver)



Portada del programa de reposición teatral de 1907



Peter Pan enseñando a Wendy, Michael y Jhon a volar
(dibujo de Charles Buchel)



Estatua de Peter Pan en los Jardines de Kensington,
obra de Sir George Frampton, 1912



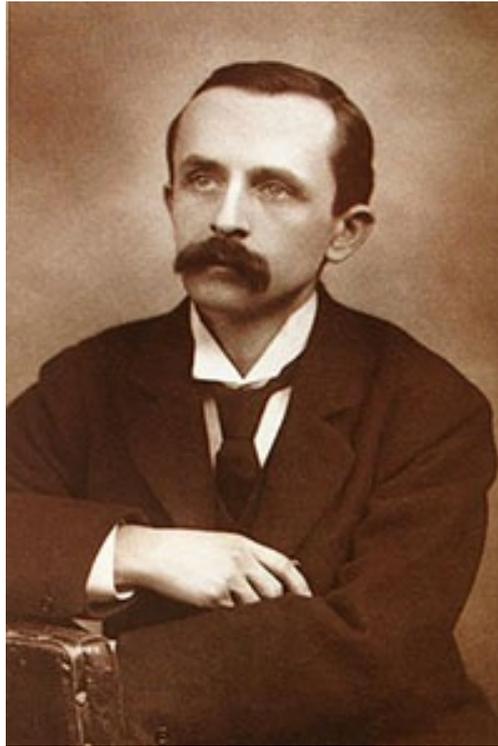
Peter bailando con su sombra (postal de Barham)



Wendy da un beso a Peter (postal de Barham)



Eva Embury en el papel de Peter Pan de la gira de 1918



Sir JAMES MATTHEW BARRIE, comúnmente conocido como J. M. Barrie (9 de mayo de 1860 - 19 de junio de 1937), fue un novelista y dramaturgo escocés. Es especialmente famoso por haber creado el personaje de Peter Pan, basado en sus amigos, los niños Llewellyn-Davies.

Segundo de diez hermanos, Barrie nació en Kirriemuir, Angus y fue educado en The Glasgow Academy y la Universidad de Edimburgo. Ejerció de periodista en Nottingham, luego en Londres, y luego pasó a ser novelista y posteriormente autor teatral.

Nombrado baronet en 1913, Barrie está enterrado en Kirriemuir junto a sus padres, su hermana y su hermano mayor David, quien había muerto en un accidente de patinaje justo antes de su decimocuarto cumpleaños.

Notas

[1] Antiguo parque de la residencia real —construida por Christopher Wren— que forma, junto a Hyde Park, el mayor espacio abierto y arbolado de Londres. Separan ambos parques el Long Water y la Serpentine. Al convertirlo en la isla de Peter Pan, el autor mezcla puntos y lugares geográficos auténticos, cuya situación anotamos, con otros imaginarios. <<

[2] Se trata del Palace Gate, entre Kensington Road y Hyde Park Gate <<

[3] *Broad Walk*: el principal paseo de los Jardines, entre Kensington Palace y el Round Pond. <<

[4] Barrie utiliza el nombre de un hijo de su hermano, el novelista Maurice Hewlett, Cecco Hewlett, al que el autor solía llevar de paseo a los Jardines.
<<

[5] *Big Penny*: estatua de mármol dedicada a la reina Victoria, hecha por una de sus hermanas, la princesa Luisa; se halla en Broad Walk, frente a Kensington Palace. <<

[6] *Baby's palace*: el palacio de Kensington, donde había nacido la reina Victoria. <<

[7] *Round Pond*: Todavía hoy sigue siendo el lugar preferido de niños y adultos para remar en barca. <<

[8] Éste era el nombre de un san bernardo, muerto en 1902, del autor de *Peter Pan*. <<

[9] Barrie formó el nombre de su protagonista con el de Peter Liewelyn Davies, niño que protagoniza otro título del autor, *The Little White Birdy* y el del dios de la naturaleza de los griegos. La familia Liewelyn Davies tuvo cinco hijos, cuyos nombres pasarán a las aventuras de Peter: George, el mayor, servirá para nombrar al señor Darling; el tercero, Peter, se convertirá en el protagonista; el segundo y el cuarto se llamaban John y Michael, que se convertirán en protagonistas de *Peter y Wendy*. <<

[10] En las tradiciones inglesas, la «*Queen Mab*» es la reina de las hadas. <<

[11] Caballero inglés que sirvió con el más famoso capitán del siglo XVI, Francis Drake. Escribió unas memorias tituladas *El famoso viaje de Sir Francis Drake a los Mares del Sur* realizado, al servicio de la corona inglesa, en 1577. <<

[12] *Fairies Basin*': convertido en la actualidad en servicios públicos. <<

[13] *Baby Walk*: el Flower Walk, que va desde Palace Gate al Nannies' Corner, cerca del Albert Memorial. <<

[14] El cartero no necesita llamar a las casas para entregar el correo. Pero en Navidad sí llama y presenta una cajita solicitando el aguinaldo. <<

[15] Flor perenne de bayas de color azul oscuro, cuyo nombre latino es *Polygonatum multiflorum*. <<

[16] Barrie utiliza el término *ayah*, con el que se designaba a las criadas en la India, cuando esa región asiática pertenecía al imperio colonial británico. <<

[17] En la actualidad siguen existiendo estas dos tumbas que le fueron descubiertas a Barrie por el niño George Llewelyn Davies, durante uno de sus paseos por los jardines de Kensington. <<

[18] La unidad monetaria que Gran Bretaña utilizó de 1816 a 1970 era la libra esterlina, dividida en 20 chelines; cada chelín se dividía a su vez en 12 peniques; la guinea era una moneda que valía 21 chelines, es decir 1 libra y un chelín. En 1970, Gran Bretaña adoptó un sistema decimal, con la libra dividida en 100 peniques. <<

[19] En la tradición inglesa, el día de la mala suerte por excelencia es el viernes, sobre todo si es, como en la tradición española, 13. <<

[20] «Por mi culpa, por mi culpa», expresión latina de la oración cristiana conocida como el *confíteor*, o «Yo, pecador». <<

[21] Nebulosa de estrellas, también conocida como «Camino de Santiago» que, según la mitología griega, fue formada por las gotas de leche que se le cayeron del pecho a la diosa Juno cuando amamantaba a Hércules. <<

[22] *Thinker Bell*: la tradición española ha convertido el nombre de esta hada en «Campanilla», aunque su significado exacto es el de «campana de calderero». <<

[23] Jas. Hook: abreviatura de James Hook, apellido que en inglés significa el «garfio». <<

[24] *Barbecue*: nombre que la tripulación adjudica en *La isla del Tesoro* de Stevenson, al capitán John Silver. <<

[25] *Execution Dock*: muelle del este de Londres, en Wapping, donde generalmente se ahorcaba a los piratas condenados a muerte por el almirante Court. <<

[26] Nombre del sobrino del autor, hijo de Maurice Hewlett, que ya aparecía en *Peter Pan en los jardines de Kensington*. <<

[27] Este nombre suele aparecer enmendado como Goa, nombre de una colonia portuguesa en la India. Pero aparece así en los originales de *Peter Pan*, por lo que debe suponerse un nombre imaginario y misterioso. <<

[28] En *La isla del tesoro* (capítulo 11), el *Walrus* es «un viejo barco de Flint», a quien pertenecía el tesoro que se busca en esa novela de Stevenson. <<

[29] *Moidore*: antigua moneda de oro portuguesa; circulaba en Castilla con un valor de diez ducados a finales del siglo XVI. <<

[30] Morgan, como Murphy, son los apellidos de dos piratas históricos. Henry John Morgan (1635-1688) realizó expediciones corsarias en las aguas de Jamaica, al servicio de la Corona inglesa, y llegó a conquistar Jamaica, ciudad que saqueó. Ante las protestas españolas, fue devuelto a Inglaterra bajo arresto, pero no tardó mucho en ser rehabilitado y nombrado lugarteniente general de Jamaica; de ese cargo fue depuesto cinco años antes de su muerte por abuso de poder. <<

[31] O miembro de la religión protestante, pero contrario a los criterios de la Iglesia oficial de Inglaterra. <<

[32] Barrie utiliza el nombre de un amigo, el novelista A. E. W. Mason. <<

[33] *Sea-Cook*, es decir, John Silver, protagonista de *La isla del tesoro*, novela cuyo título original fue *The Sea Cook*. <<

[34] Rey inglés, nacido en 1630; cuando su padre, Carlos I, fue depuesto por Cromwell, se refugió en Francia; aunque en 1651 fue llamado para ocupar el trono, pero una derrota de sus fuerzas frente a Cromwell lo devolvió al exilio. Por fin en 1660 subió al trono, que ocupó hasta su muerte en 1685. <<

[35] Los delawareos son una tribu amerindia, cuyas tierras lindaban con la costa atlántica, entre el Hudson y Baltimore. Los hurones eran también amerindios que poblaban las zonas cercanas a los Grandes Lagos. Los descendientes de ambos, tanto de delawareos como de hurones, viven en reservas de Oklahoma en la actualidad. <<

[36] A esta reina de las hadas, Barrie le suma a continuación otros nombres de la tradición folclórica inglesa. <<

[37] Barrie emplea el término *tiddlywinks*. <<

[38] Distintos frutos tropicales de América, empleados para la alimentación; si el mamey produce un fruto de pulpa muy sabrosa, en cambio los *tappa rolls* del texto designan las tiras que los polinesios sacan de la corteza de distintos árboles, sobre todo de la morera, y que utilizan para fabricarse los taparrabos.
<<

[39] Los términos ingleses *poe* y *poi* identifican un tipo de bebida hawaiana.
<<

[40] Monedas, o pesos, españoles, cuyo valor era de ocho reales. <<

[41] Nombre de las mujeres entre los pieles rojas. <<

[42] Abreviatura de George, lo mismo que Chas, lo es de Charles. <<

[43] Vinca, o vincapervinca: planta herbácea de flores azul-violeta. <<

[44] El capitán Kidd fue el más famoso de todos los piratas históricos, colgado dos veces —en la primera se rompió la cuerda— en mayo de 1701 en el Muelle de las Ejecuciones. <<

[45] Cada uno de los maderos o barras de hierro o acero que sirven para soportar los costados del buque al mismo tiempo que sostienen la cubierta. <<

[46] Cuando los piratas condenaban a muerte a alguien, obligaban a su víctima a pasear por una tabla o plancha que sobresalía por la borda; el condenado terminaba cayendo al agua. <<

[47] Alusión a Eton College, que, desde luego, era un *college* privado al que sólo acudían los hijos de las familias aristocráticas. <<

[48] Prestigioso club social del Eton College, formado por 20 estudiantes de los cursos superiores, envidiados por sus prerrogativas y sus éxitos deportivos. <<

[49] Juego de pelota practicado contra una pared, exclusivo de la escuela de Eton; el partido más importante del año enfrentaba a los escolares de ese College y a los «oppidans», una selección de las restantes 4 «houses» o casas, residencias en las que se repartían los estudiantes en las universidades y colegios privados en Inglaterra. <<

[50] Barrie se burla de las reglas sexistas que regían en la nobleza inglesa, porque, a pesar de que adjudique el título de lord a Slightly por su matrimonio, las cosas no eran así: cuando una mujer se casaba con un lord, sí se convertía en lady; pero no ocurría eso cuando un hombre sin título se casaba con una lady. <<

Índice de contenido

Presentación

Peter Pan en los jardines de Kensington

Capítulo 1. Una larga visita a los jardines

Capítulo 2. Peter Pan

Capítulo 3. El nido del tordo

Capítulo 4. La hora de cerrar

Capítulo 5. La casita

Capítulo 6. La cabra de Peter

Peter Pan y Wendy

Capítulo 1. La aparición de Peter

Capítulo 2. La sombra

Capítulo 3. ¡Vámonos, vámonos!

Capítulo 4. El vuelo

Capítulo 5. Una isla de verdad

Capítulo 6. La casita

Capítulo 7. La casa subterránea

Capítulo 8. La Laguna de las Sirenas

Capítulo 9. El ave de Nunca Jamás

Capítulo 10. El hogar feliz

Capítulo 11. El cuento de Wendy

Capítulo 12. El rapto de los niños

Capítulo 13. ¿Creéis en las hadas?

Capítulo 14. El barco pirata

Capítulo 15. Esta vez, ¿o Garfio o yo!

Capítulo 16. La vuelta a casa

Capítulo 17. Y Wendy se hizo mayor

Álbum de Peter Pan

Sobre el autor

Notas